



# CRAIG DILOUIE

**Así es como termina el mundo.  
Esta es la historia de los soldados  
que lucharon para salvarlo.**



# **NUEVA YORK: HORA Z**

Lectulandia

Una nueva plaga parecida al virus de la rabia asola el mundo e infecta a millones de personas. Estados Unidos ordena el regreso a casa de sus tropas para custodiar los hospitales. La situación parece estar bajo control hasta que los infectados se vuelven violentos y atacan a la población.

El teniente Todd Bowman, un superviviente de la guerra de Iraq, debe dirigir a sus hombres para proteger un laboratorio que podría tener la cura para el virus.

Para sobrevivir a esta misión, para salvar lo que queda del mundo, los hombres del segundo pelotón se enfrentarán a las personas que juraron defender. Personas que se han convertido en una ingente horda infectada, armada sólo con uñas y dientes.

# Lectulandia

Craig DiLouie

## Nueva York: Hora Z

ePUB v1.0

Dirdam 03.04.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: «Tooth and Nail»

Publicación original: 2010

Traducción: Lluís Lorente

Editorial: Timun Mas

Publicación en España: 2012

ISBN: 978-84-480-4035-2

Para Christine y Mieka

«La fe de mi país jamás defraudaré.  
Sin descanso lucharé,  
a pesar del enemigo,  
marcharé hacia el objetivo,  
por un triunfo total.  
Lucharé hasta morir si es preciso».

**Fragmento de «*El credo del soldado de Infantería*»**

Quien con monstruos luche, cuide de no convertirse a su vez en uno.

**Friedrich Nietzsche**

# Capítulo 1

## 1. No habrá fin del mundo sin una guerra

De pie en el puesto de control tras la alambrada de espino y los sacos terreros, sudando bajo el chaleco antibalas y con una carabina M4 en las manos, el soldado de primera Jon Mooney entorna los párpados, se queda dormido de golpe y el peso del casco de Kevlar le hace dar una cabezada. Entonces abre los ojos y parpadea repetidamente e imagina durante un breve instante que aún se encuentra en Iraq, apostado en una barricada en el distrito de Adamiyah de Bagdad con el zumbido de los Apache en lo alto, el vocerío de los críos iraquís vendiendo refrescos fríos y los secos estampidos de los rifles de francotirador desde las ventanas.

Sobresaltado, echa un vistazo para evaluar la posible amenaza y, por lo que le parece la centésima vez, los ojos se le quedan prendidos en un gigantesco cartel que hay al otro lado del cruce. El enorme anuncio, repleto de modelos que juguetean en una bañera llena de espuma rosa, se alza sobre un Burger King flanqueado por una tienda de electrónica sin nombre y un *outlet* de ropa. No entiende el anuncio y tampoco se imagina qué producto se supone que vende. No obstante, lo atrae, le promete un tipo de evasión que en este mismo instante desea con desesperación pero que es incapaz de identificar.

No está en Iraq. Está en Nueva York.

El Burger King y todos los demás establecimientos de este tramo de la Primera Avenida están cerrados debido a la epidemia y tienen los escaparates protegidos con negras rejas metálicas, como si la calle fuera una prisión enorme. La basura y los coches abandonados se amontonan en las calles y las aceras aledañas al puesto de control, extendiéndose hasta las barreras de hormigón colocadas a una manzana de distancia.

Se supone que está en casa.

Los rascacielos del Midtown de Manhattan se ciernen sobre la mugrienta escena urbana y sus ventanas reflejan el sol. Mooney entorna los ojos para protegerse del intenso brillo hasta que consigue ver la reluciente cúspide del edificio Chrysler. Ahí arriba todo parece estar tranquilo, casi sereno. Uno podría subir a lo alto del edificio y descansar un rato disfrutando de la brisa.

Cuarenta y seis horas antes se encontraba al otro lado del mundo, sentado en una pista de aterrizaje con el resto del segundo pelotón de la compañía Charlie, esperando a que los llevaran a casa. Por supuesto, nadie se refería a ello como una retirada. Los altos mandos lo llamaban «reassignación de emergencia», los oficiales subalternos «extracción» y la tropa «una mierda», «la madre de todas las cagadas» o «un modo cojonudo de que te maten». Se le diera el nombre que se le diera, el ejército empezó a retirar de golpe miles y miles de soldados mientras el gobierno iraquí se refugiaba en



la Zona Verde y los insurgentes tribales se dedicaban a saldar las cuentas pendientes con el gobierno cuando tenían tiempo, entre un ataque y otro contra las tropas americanas que se replegaban.

Los soldados regresaban a casa en cualquier cosa que pudiera volar o flotar y eran reasignados a lo largo y ancho de Estados Unidos. La logística de la retirada y el regreso a casa de las tropas de las bases repartidas por el mundo atentaban contra todo razonamiento. Al pelotón de fusileros de infantería ligera de Mooney, aún con la piel quemada por el sol de Oriente Medio y con los bolsillos llenos de arena, lo destacaron a este tramo de la Primera Avenida en Manhattan.

Su misión: proporcionar protección al hospital Trinity.

No era exactamente el tipo de bienvenida que Mooney había anhelado durante el último año, pero, por lo menos, ya no le disparaba nadie.

El mismo viejo de antes ha regresado y hostiga de nuevo a la gente que intenta cruzar el puesto de control de los soldados para llegar al hospital.

—Yo, en vuestro lugar, no entraría ahí —les advierte.

El viejo, bien afeitado aunque con una larga y desaliñada melena canosa, viste una camiseta que reza: El tío más listo del lugar.

—Pero tengo hambre —le contesta un hombre—. Las tiendas están casi vacías y yo no tengo nada.

El cabo Eckhardt, el jefe del equipo de Mooney, hace pasar con un gesto de la mano a una mujer joven infectada, sin lugar a dudas, con el Hong Kong Lyssa. Un hombre que bien podría ser su marido o su novio la sujeta por el brazo. La mujer tiembla y tiene fiebre alta.

—Lo siento —se disculpa Eckhardt con la gente que hace cola—. No estamos distribuyendo comida en este puesto. Aquí tienen una lista proporcionada por la alcaldía de los sitios a los que pueden dirigirse.

—La gente entra en el hospital pero ninguno de ellos sale —informa el viejo a todos los presentes sin dejar de asentir con la cabeza.

Prácticamente, ese viejo bastardo se regodea dando la noticia.

Mooney suspira mientras observa el discurrir de la gente a través de los coches abandonados en busca de cuidados en las cada vez más escasas camas del Trinity. Parece que los infectados no paran de llegar. Jon Mooney está cansado del servicio militar, pero dentro de nada habrá terminado para él: veintisiete días y un alba para licenciarse y dejar el ejército. Un «Sierra Hotel Papá» (*sayonara*, hijoputa) a Iraq, Nueva York y todo lo demás.

Los días no pasan con suficiente rapidez. Tanto él como la mayoría de los otros chicos del pelotón son muchacho de diecinueve o veinte años, a pesar de lucir las insignias en ambos hombros que indican que han participado en combates y ya son veteranos. Son de infantería: totalmente preparados y dispuestos. Mooney está

cansado y ya ha visto demasiadas cosas que preferiría olvidar. Sólo quiere regresar a casa, volver a coleccionar vinilos y mirar telebasura hasta las dos de la madrugada. Le gustaría intentar arreglar las cosas con Laura. Quizá independizarse, tener un refugio secreto en el que estar a solas durante un tiempo.

—¡Siguiente! —ladra Eckhardt—. Muévanse, señores. Vamos.

—Ninguna de las personas que han entrado en el hospital ha salido —sigue graznando el viejo.

—Señor, creo que ya es hora de que cierre el pico —lo reprende el especialista Martin, de la escuadra de arma de apoyo, inclinándose sobre su M240 del calibre treinta, con el trípode apoyado sobre un montón de sacos terreros y apuntando a la Primera Avenida. Sentado en el suelo junto a él, el ayudante de artillero, un tipo al que apodan Trueno, se ríe.

—¿Así es como tratáis a...? —empieza a decir el viejo, pero Martin hace girar la ametralladora, lo justo para resultar amenazador, y el viejo se aleja del puesto de control—. Vale, chicos. No os equivocasteis de profesión —grita por encima del hombro al tiempo que se aleja entre los coches abandonados—. ¡No habrá fin del mundo sin una guerra!

—¡Sierra Hotel Papá! —grita Martin mientras agita la mano para despedirse, con una sonrisa de oreja a oreja. El ayudante de artillero vuelve a reírse entre dientes.

—¡Una guerra fratricida! —se desgañita el viejo.

Y por alguna razón, a pesar de que la palabra le resulta casi desconocida, Mooney se estremece.

—Sólo pasa en Nueva York —dice Trueno, negando con la cabeza.

## 2. Este lugar empieza a parecerse a Bagdad

En el puesto de control sur, un pequeño grupo de gente discute con el oficial al mando del segundo pelotón sobre si el ejército almacena una vacuna secreta en el hospital.

El teniente Todd Bowman, de Fredericksburg, Texas, tiene los ojos azul pálido y el aspecto rubicundo tan americano de los chicos de un coro. Estudió Historia en la universidad antes de alistarse en el ejército para ver cómo ésta se escribía con sus propios ojos. Bowman, alto y desgarrado, ha resultado ser un buen líder a pesar de que aún no ha conseguido quitarse la costumbre de mirar al sargento Mike Kemper, un veterano de treinta años de Luisiana, en busca de confirmación de sus órdenes más osadas o sus peores temores. Kemper, pequeño pero de manos grandes y con una complexión enjuta y letal, suele guiñarle el ojo a modo de respuesta. Con el pelo cortado a cepillo y una intensa mirada, el sargento siempre resulta amenazador hasta que sonrío, lo que hace cambiar su apariencia de forma drástica. Para los muchachos, el sargento del pelotón es sólido como una roca. Lo llaman «Papi».

Al otro lado de la doble línea de alambrada de espino sujeta mediante sacos terreros, una mujer corpulenta le suplica al teniente que comparta la vacuna que están protegiendo, sea cual sea.

—Señora, si tuviéramos una vacuna, ¿por qué íbamos a llevar estas máscaras? —le contesta el teniente—. ¿Se imagina lo incómodo que es llevarlas día y noche?

La mujer lo mira dubitativa.

—Bueno, las podrían llevar para disimular.

—Eso no tendría ningún sentido, señora.

—¡No voy a irme hasta que consiga la vacuna para mis niños! ¿Me entiende?

—Oficial, ¡aquí! —le llama la atención otro hombre.

—¿Cuántos años tiene usted? ¿Doce? —le reprocha la mujer al teniente.

—Estoy aquí, oficial —reitera el hombre—. Gracias. El presidente de Estados Unidos anunció que tenían una vacuna. ¿Por qué iba a afirmar tal cosa el presidente si no fuera cierto?

—Señor, el comandante en jefe no ha comunicado dicha información a su cadena de mando. De haber sido así, esté seguro de que me lo habrían hecho saber —le contesta Bowman en un tono neutro.

—Oiga, le he preguntado si me ha entendido —insiste la mujer.

—Mi mujer está infectada —empieza a explicar otro hombre—, y le pedí a su hermana que viniera a casa y nos ayudase. Ahora ella también se ha contagiado y no puedo controlar a las dos. Están en mi piso haciendo Dios sabe qué, destrozándolo. Necesito ayuda. ¿Qué debo hacer?

—Lo mejor que puede hacer es traerlas aquí para que las traten o pruebe a ver si algún vecino quiere ayudarlo —responde Bowman—. O llame a la policía, quizá ellos tengan algunos medios. Pero yo no puedo enviar a ninguno de mis hombres con usted para que lo ayuden. Lo siento. De verdad que lo siento.

Hacia el norte, una prolongada sucesión de disparos estalla entre el rumor de fondo de Nueva York, el runrún de ocho millones de personas intentando seguir con vida. Bowman se pone tenso durante un momento y da media vuelta para mirar en dirección al eco del lejano tiroteo, alertado por una vaga sensación de peligro. Unos instantes después, todo sonido queda ahogado cuando un helicóptero Blackhawk pasa a toda velocidad por encima de su posición, a escasos centímetros de los tejados de los edificios.

Mientras tanto, el cabo Álvarez ha llegado junto al teniente y le comenta que los responsables del Trinity quieren hablar con él. «Es urgente», añade.

—No me está escuchando... —protesta el hombre.

Bowman asiente con aire distraído, incapaz de librarse de la desazón que lo domina.

—No puedo decirles nada más, lo siento —informa a la gente.

El doctor Linton, el jefe del hospital, y Winslow, uno de los policías armados hasta los dientes que se ocupan de la seguridad en el interior del edificio, lo esperan junto al autobús metropolitano aparcado frente a la puerta de urgencias del hospital con un gesto preocupado en el rostro bajo las máscaras N95. A sus espaldas, tosiendo y sorbiendo por la nariz, una hilera de afectados por el virus Hong Kong Lyssa y sus familiares esperan turno para subir al autobús. Dentro, las enfermeras evalúan a los pacientes como si de un hospital de campaña se tratase y separan a los infectados por el virus de aquellos con otro tipo de infecciones o sin otra dolencia que el pánico y la imaginación.

A los que tienen el Lyssa se les asigna una etiqueta de color dependiendo de su gravedad: si es verde, las enfermeras le dan el alta y lo envían a casa. Si es roja, se lo considera un enfermo de alta prioridad y va directo a la UCI, si es que hay alguna cama disponible. Si la etiqueta es amarilla, quizá se podría recuperar en la UCI o quizá no, así que se queda en el hospital pero tiene que esperar.

Si es negra, lo ponen lo más cómodo posible hasta que muera.

El índice de mortalidad del virus HK Lyssa es alto, entre un tres y un cinco por ciento de los casos clínicos, el doble de lo que fue con la gripe española de 1918. Cientos de miles de americanos ya han muerto y se espera que otros dos o tres millones mueran en breve. De hecho, han muerto tantas personas que los cadáveres se guardan en unos camiones refrigerados que hay estacionados en la parte trasera del hospital; una vez que se llenan, los camioneros transportan la carga a las fosas comunes que se están cavando en Nueva Jersey.

A pesar de que el número de muertos es espeluznante, ése no es el problema.

El HK Lyssa es un nuevo virus de transmisión aérea similar a la gripe. Según el CDC —el Centro para el Control de Enfermedades—, es probable que su origen sean los murciélagos frugívoros de India y que éste haya evolucionado hasta lograr transmitirse entre los humanos con facilidad. Los síntomas son parecidos a los de una gripe severa, pero además provoca espasmos, parpadeo rápido y un intenso olor corporal a leche agria. La mayoría de las personas se recupera en unas dos semanas, pero si la infección es grave y el virus llega al cerebro, causa demencia: el enfermo echa espuma por la boca, rechaza ingerir agua y se vuelve paranoico y propenso a movimientos súbitos y violentos; con el tiempo, pierde el habla y sólo emite un gruñido enervante parecido al sonido de una motocicleta al ralentí. Alguien de un canal de noticias por cable los llamó «perros rabiosos» y el nombre se popularizó. Les va como anillo al dedo. Son peligrosos y los soldados saben que cualquier precaución es poca con ellos. Los perros rabiosos han herido y matado a personas, incluso a miembros de sus propias familias. Su etiqueta siempre es de color negro e invariablemente mueren en un plazo de tres a cinco días, por regla general.

Pero el pequeño número de perros rabiosos, que complica lo que por sí sola ya es una epidemia horripilante, tampoco es el verdadero problema.

El mayor desafío para Estados Unidos es la abrumadora cantidad de gente enferma, incapaz de hacer cualquier cosa excepto permanecer en cama y requerir atenciones continuadas.

Debido a que el sistema inmunológico del ser humano nunca se ha enfrentado a este virus, no tiene ninguna defensa natural y casi todo el mundo puede contraerlo. En consecuencia, decenas de millones de personas están enfermas en todo el país. El número incluye a mucha gente encargada de cuidar a los infectados, de mantener el orden público, de distribuir los alimentos o los productos farmacéuticos, de hacer que siga fluyendo el agua y de que funcione el alumbrado, el aire acondicionado, las neveras, los ascensores y las cocinas de gas. América empieza a resquebrajarse.

Hay un dicho que reza que Estados Unidos de América siempre está a tres días de una revolución. Deja de repartir comida a los supermercados y verás qué opina al respecto un país de trescientos millones de personas con un fuerte sentimiento de sus derechos y más de doscientos cincuenta millones de armas de fuego. Por esta razón, el gobierno decretó la emergencia nacional y retiró a las tropas del extranjero. Para proteger a Estados Unidos de sí mismo.

—Venga conmigo, Mike —le dice Bowman al sargento de pelotón—. Tengo la impresión de saber qué quieren esta vez.

Kemper se quita la gorra de campaña y se pasa la mano por la cabeza pulcramente afeitada.

—Era inevitable, señor —contesta—. Sabíamos que iba a suceder.

—Pero no hemos podido organizar nada. No tenemos el equipo adecuado.

—Hemos entrenado con armas no letales, y ahora que hemos de utilizarlas, no tenemos ninguna —se queja Kemper mientras se coloca de nuevo la gorra—. Todo el entrenamiento a hacer puñetas.

El doctor Linton renuncia a hacer un esfuerzo simbólico para que la conversación con los militares que protegen su hospital sea amistosa y va directo al grano:

—Teniente, no quedan habitaciones para más pacientes. Ni camas, ni personal. Nada. Dentro de poco se habrán acabado los guantes, las batas y las mascarillas. De momento, vamos a cerrar las puertas y a centrarnos en los pacientes que tenemos.

—Comprendo —responde Bowman.

Con la mano enguantada, el jefe del hospital le tiende una carpeta al teniente.

—He mandado hacer una lista con las direcciones de varios centros de atención alternativos en la ciudad. Siguen abiertos, por lo que sé. También de centros de internamiento para los perros rabiosos. —El doctor carraspea como excusándose tras utilizar ese término tan común, aunque políticamente incorrecto—. Lo que le pido es si usted podría decirle a la gente que venga a tratarse aquí que se dirija a uno de estos otros sitios.

—Nos ocuparemos de ello —dice Bowman al tiempo que Kemper coge la carpeta.

Linton abre la boca como si fuera a decir algo y la cierra.

—Gracias, teniente —dice únicamente.

Con la vista fija en los hombres que regresan al hospital, Bowman niega con la cabeza mientras que Kemper asiente al gesto del teniente.

—Un marrón, señor, sin lugar a dudas —añade el sargento escuetamente.

Bowman suspira profundamente.

—Tengo que informar al capitán West. Mike, encuéntreme al operador de radio.

El estrépito repentino de unos disparos de armas automáticas se oye hacia el oeste, en el interior de la ciudad. Los soldados se vuelven en dirección al sonido con gesto sorprendido e intercambian una mirada rápida. Parece que cada día se producen más tiroteos y piensan que este lugar empieza a parecerse a Bagdad.

Y sólo hace unas pocas semanas que la epidemia empezó.

### 3. Si disparabas a un perro, no te lo podías comer

Ocho días atrás, la compañía Charlie se había pasado treinta horas sentada junto a su equipo en la pista de aterrizaje de la zona de apoyo logístico Cobra Real en Iraq, abrasándose de día y congelándose de noche mientras esperaban el viaje de vuelta a casa. En la práctica, Cobra Real era una ciudad compuesta por tiendas de campaña apuntaladas con sacos terreros y búnkers de hormigón que se extendía varios kilómetros a la redonda protegida por alambradas de espino y torres de vigilancia. La evacuación del país que estaba llevando a cabo el ejército era una maravilla por su orden y rapidez de ejecución; sin embargo, la ZAL Cobra Real se desmoronaba por momentos a causa de la confusión, los ataques constantes de los insurgentes y la enorme tarea de intentar proporcionar cobijo y cuidado médico a los infectados. Se estimaba que un veinte por ciento de las tropas en Iraq habían contraído el Lyssa y sufrían en las tiendas de cuarentena.

Por aquel entonces, los soldados pensaban que iban a ser destinados a Florida, motivo que provocó un debate sobre las cualidades de las chicas de Miami frente a las de las chicas de los otros estados representados en la compañía. Gritaron para hacerse oír por encima del duelo musical que habían comenzado unos miembros de las tropas de apoyo u OPG (otras personas aparte de los *grunts*) en un parque de vehículos motorizados cercano, en el que un grupo había escogido *gangster rap* y el otro himnos de *heavy metal*.

Los chicos empezaron a preocuparse a la segunda noche. Ninguno de los responsables parecía saber que se encontraban allí; estaban hambrientos y sin comida. Algunos de ellos se aventuraron a pedir o a robar algunas raciones y casi les cuesta la vida. No se podía ir a las letrinas sin que unos perros salvajes te atacaran o te disparara un soldado de reemplazo nervioso. Los perros también contraieron el Lyssa, y tenías que llevarte una escopeta recortada a las letrinas para que no te mordieran; por esa misma razón, si disparabas a un perro, como hizo un francotirador del tercer pelotón, no te lo podías comer.

Una granada propulsada por cohete alcanzó a un Humvee aparcado cerca de los límites de la pista de aterrizaje y lo incendió, provocando que la munición se calentara y detonara. Los Cobra de los marines rugieron en la oscuridad del cielo y realizaron varias pasadas sin dejar de disparar. En medio de un campamento tan densamente poblado y lleno de hogueras, tanto los instrumentos de visión térmica como nocturna eran inútiles, así que los muchachos lanzaron bengalas y dispararon contra las sombras a la buena de Dios. El Humvee explotó y los fragmentos de metal candente salieron disparados a unos quince metros de altura haciendo que los soldados gritaran. Un artillero del segundo pelotón apareció con una sonrisa en la

cara y una botella de ginebra iraquí de mala calidad que había comprado a unos críos junto a la valla del perímetro; los componentes del pelotón se pasaron la botella saboreando la lenta quemazón en las gargantas reseca.

Un tiroteo estalló a lo lejos, luego otro; los destellos de color rojo de las balas trazadoras se veían a lo largo de la alambrada. Un único disparo de mortero silbó y el proyectil cayó en el centro del campamento, haciendo saltar por los aires algunas tiendas. Un grupo de policías militares fuertemente armados se acercó al trote y les gritó que agacharan la cabeza. Autobuses repletos de soldados se dirigieron hacia la pista de aterrizaje como si no sucediera nada; sus luces jugueteaban sobre las tiendas y los vehículos Stryker aparcados en formación mientras un avión de transporte C130 aterrizaba peligrosamente cerca. Durante un breve instante, antes de desviarse y sumirlos de nuevo en la oscuridad, las luces iluminaron a dos soldados enzarzados en una pelea. Alguien gritaba en las tiendas de cuarentena. Sonaron disparos.

Tiritando bajo el chaleco antibalas, los soldados se tumbaron en el suelo y apoyaron las cabezas en los cascos para soñar con placeres prohibidos, como una ducha caliente, un montón de platos de patatas fritas y, por supuesto, el sexo. Algunos estaban tan cansados que soñaron que dormían, y otros no soñaron en absoluto. Se despertaron en mitad de la noche al son de unos disparos cercanos con la boca, la nariz y las orejas cubiertas del polvo del desierto iraquí. El aire hedía a humo aceitoso y gases de combustión del diesel.

«Al menos la situación en casa será diferente —pensaron con alivio—. Pronto habrá terminado todo».

Las balas trazadoras de color verde de las armas rusas surcaban el frío cielo nocturno por encima de Bagdad. Parecía que la ciudad se estaba cayendo a pedazos. Radio Macuto afirmaba que, en la calle, las milicias disparaban a los infectados con el Lyssa. Algunas personas se habían convertido en perros rabiosos y vagaban por la ciudad junto a los animales que también se habían contagiado, propagando así la infección.

Era un desastre más allá de la compresión de los soldados.

—Lo hemos intentado —dijo el soldado de primera Richard Boyd mientras observaba los lejanos fuegos artificiales. Tenía la voz temblorosa a causa de la ira—. De verdad que lo hemos hecho. Por lo que a mí respecta, se pueden morir ahora mismo.

El teniente coronel George Custer Armstrong, de pelo plateado, semblante serio y con el brazo apoyado en un cabestrillo manchado de sangre, reunió al batallón al alba y arengó apasionadamente a los presentes antes de que embarcaran en los aviones de United Airlines y Air France fletados para la ocasión y comenzaran el largo viaje de vuelta a casa.

—La operación Libertad iraquí ha sido cancelada —les informó—. Volvemos a la



civilización. Ahora tenemos una nueva misión, una misión más importante. De hecho, quizá sea la más importante que ha recibido el ejército desde la fundación de la república.

»Tenemos que conseguir que Estados Unidos de América sobreviva a esta pandemia —sentenció.

Los hombres intercambiaron rápidas ojeadas y sonrisas discretas. Era cierto. Por fin regresaban a casa.

Cuando la compañía Charlie subió a los aviones, el primer pelotón advirtió que el soldado Tyrone Botus, el chico al que todo el mundo llamaba «Grajo», había imitado a Elvis. Estaba desaparecido. Se había aventurado cerca de las tiendas de cuarentena para rellenar las cantimploras de su escuadra durante la pasada noche. No lo encontraron por ninguna parte.

## 4. Tenemos bayonetas. Eso debería impresionarlos

Jake Sherman, el operador de radio del pelotón, le entrega al teniente Bowman el auricular del equipo de radio SINCGAR que lleva a la espalda.

—Perro de guerra Seis a la escucha, teniente —dice Sherman con la boca llena de chicle.

«Perro de guerra» es el indicativo de llamada de la compañía Charlie, y «Perro de guerra Seis» es el del oficial al mando de la compañía, el capitán West.

—Aquí Perro de guerra Dos —comunica Bowman por teléfono—. Clave «Metallica», cambio.

—Aquí Perro de guerra. Le copio «Metallica». Manténgase a la espera, cambio. Esto... Recibido, cambio.

—Solicito equipo antidisturbios, cambio.

—Espere, cambio. Negativo, cambio.

—Solicito ser relevado por una unidad antidisturbios. ¿Me copia? Cambio.

—Negativo también, Perro de guerra Dos. No puedo enviarles nada. Tendrán que arreglárselas. Cambio.

El teniente aprieta los dientes y dice:

—Recibido, señor.

—Corazón y alma, hijo. Buena suerte. Corto.

Bowman se da la vuelta para mirar a sus jefes de escuadra. Su pelotón de fusileros está dividido en tres escuadras de nueve hombres y lo que queda de la escuadra de armas de apoyo, diezmada en Iraq por la infección del Lyssa y reducida a un único equipo de ametralladora. A su vez, al frente de cada una de las escuadras hay un sargento; es fácil saber quiénes son porque, al igual que Bowman, son los únicos que llevan gorra en lugar de los cascos de Kevlar. Los hombres se acercan al teniente para la reunión.

Hacia el este, al otro lado del río, en algún lugar de Brooklyn, se oyen varios disparos de armas ligeras.

—Caballeros, nuestra situación ha cambiado —informa el teniente.

El pelotón había tomado posiciones a la entrada del hospital junto al autobús aparcado delante de las puertas de urgencias. Se había dispuesto una doble alambrada de espino a ambos extremos de la manzana, sujeta por sacos terreros, y colocado los nidos para las ametralladoras del calibre treinta del pelotón. Se habían bloqueado las bocacalles de las calles adyacentes con barreras de hormigón, pero la gente las evitaba conduciendo por la acera y luego abandonaba los coches en las intersecciones. Más allá de las barreras de hormigón, las calles se encuentran atascadas por los coches que avanzan lentamente, los conductores se gritan los unos a

los otros y no dejan de hacer sonar el claxon. Viendo el tráfico embotellado a una manzana de distancia, uno casi podía pensar que todo se desarrolla con la misma normalidad de antes. Al menos para Nueva York.

—Hasta el momento, nuestra misión ha sido proteger el hospital y asegurarnos de que el proceso de evaluación de los pacientes se desarrollara ordenadamente —expone Bowman—. Ahora el hospital está hasta los topes y acabo de informar al capitán West con el nombre en clave de la misión. Ese desarrollo ordenado está a punto de dejar de serlo. Cerramos las dos entradas del hospital en treinta minutos.

—A los buenos ciudadanos de Nueva York no les va a hacer la menor gracia —apunta el sargento Ruiz—. Se podrían torcer las cosas rápidamente.

—¿Sabemos algo de las armas no letales, señor? —pregunta el sargento McGraw con su marcado acento sureño.

—El capitán dijo Noviembre Golf, Pete.

En otras palabras, negativo.

McGraw se frota la nariz. De complexión fuerte y pecho musculado, bigote de herradura y los antebrazos repletos de tatuajes, tiene una apariencia intimidadora. Cuando no está de servicio, suele montar en una Harley por el sureste del país con su joven novia motera, recorriendo la interestatal.

—Resultará difícil controlar a la gente con lo que tenemos, teniente —apunta McGraw—. Estamos armados hasta los dientes, pero no podemos utilizar ninguna arma. Ya lo sabe.

—Tenemos bayonetas. Eso debería impresionarlos. Esperemos que sea suficiente.

—¿Y si no es así, señor?

Bowman mira a sus suboficiales a los ojos. Sabe lo que están pensando. Piensan que las calles de Iraq están cubiertas de buenas intenciones estadounidenses, de sangre, cuerpos y artefactos sin detonar. Cientos de miles de civiles han muerto en esas calles, muchos de ellos a causa de balas americanas perdidas. No puedes emplear la potencia de fuego que utiliza la infantería americana y esperar que ningún civil muera, sobre todo en zonas urbanas. Es de cajón. Los accidentes ocurren, y ahora que los civiles son sus conciudadanos no se puede permitir que suceda tal cosa. Para llevar a cabo esta misión de manera correcta, los soldados necesitan porras, escudos, aerosoles, francotiradores apostados en los tejados y helicópteros en el cielo. Pero no tienen nada de eso. Otras unidades del ejército repartidas por todo el país necesitan el mismo equipo y, simplemente, no hay suficiente para todos. Además, debido al embrollo logístico de turno, tampoco tienen las granadas de gas CS con las que se suele equipar a la infantería que se despliega en zonas urbanas.

En cambio, están hasta los topes de armas de fuego pesado y munición.

—Nos ceñiremos a las reglas de enfrentamiento —responde Bowman—. Recuerden de quién son las casas que hay frente a nosotros.

Las reglas para este tipo de misión en terreno urbano son simples: sólo responder a un ataque si una fuerza hostil e identificada con claridad te dispara directamente. Algo que casi nunca ocurrirá.

—Mantendremos juntos nuestros efectivos —añade Bowman—. Entre el Lyssa y todo lo demás, nos hemos visto reducidos a un setenta y cinco por ciento de nuestra fuerza. No quiero que ningún miembro de este pelotón se vaya por su lado y que un grupo de civiles cabreados en busca de medicinas se lo lleve por delante.

Saben que, en resumidas cuentas, se enfrentan a una situación sin salida, a «un marrón» en jerga militar.

Ruiz silba por la nariz.

—Tío, menuda jodienda —murmura Lewis.

—Eso es lo que hay, caballeros —dice Kemper con una sonrisa.

Bowman levanta las cejas.

—Muy bien. Si la situación se nos va de las manos, nos pondremos las máscaras antigás, dispararemos unas cuantas granadas de humo y quizá los civiles pensarán que es gas lacrimógeno y se dispersarán. Hay pocas posibilidades, ya lo sé...

—Está bien, señor. Hay que intentarlo —asiente McGraw con una sonrisa.

—De acuerdo entonces. Que los hombres se preparen y formen en treinta minutos.

## 5. La mejor manera de derribar un helicóptero de la policía con un lanzagranadas en el Grand Theft Auto

Los chicos de la tercera escuadra han montado guardia durante la noche, y ahora disfrutan de un descanso tumbados en las literas dispuestas en una amplia habitación en el fresco sótano del hospital, donde han alojado al segundo pelotón. Tres de los chicos duermen a pierna suelta después de debatir cuál era la mejor manera de derribar un helicóptero de la policía con un lanzagranadas en el *Grand Theft Auto*. El cabo Hicks hace flexiones en el suelo, el sudor le gotea y con un resoplido pasa a hacer abdominales. Boyd fuma relajado y lee una carta de su casa mientras se pasa la mano de manera distraída por la cabeza rapada sin dejar de mover los labios para decir «Oh, tío» una y otra vez. Por su parte, McLeod, que es el holgazán del pelotón, hojea un ejemplar de *Playboy* y recita —para todo aquel que quiera escuchar— los nombres, aficiones y medidas de las chicas y pregunta, suponiendo que uno gozara de fondos ilimitados, cuánto estarían dispuestos a pagar por acostarse con ellas. «El Bicho», el novato del pelotón, se cose un roto en el uniforme sin dejar de mascullar maldiciones a cuenta de tener que hacer otra condenada tarea tediosa por pertenecer al ejército, cuando podría estar echando un sueñecito.

Entretanto, Williams limpia y engrasa su carabina con el lanzagranadas M203A1 acoplado; en ese preciso instante, tiene la certeza de que mataría a quien fuera por un burrito caliente con salsa agria y extra de salsa de maíz. Un buen soldado puede desmontar un fusil en cerca de treinta segundos y montarlo en menos tiempo aún, y Williams sabe lo que se hace. Creció entre pandilleros en Oakland, California, aunque ahora está alejado de ese mundo e incluso se siente como en casa entre los tipos más grandes, tontos y serios del pelotón. El ejército es un crisol. Williams meneaba la cabeza, sonrío, recuerda. Cuando vuelva a casa tiene unas cuantas historias que contar. Aún sigue con vida para contarlas.

Música a todo volumen suena sin cesar en un loro que se agenciaron en una de las salas de enfermería de los pisos superiores. Hoy toca *hip hop*, ayer *rock and roll* y mañana ya veremos. Siempre que esté a todo volumen.

—¡Oh, tíos! Por lo menos un millón de dólares —afirma McLeod, mirando el póster central—. Por lo menos, ¿eh? ¡Dios mío! Tíos, ¿cuánto me dais por echar una ojeadita a estos melones? ¿He oído un pavo? Os juro que son de verdad. ¿Alguien puja?

Williams niega con la cabeza. Es lo único de lo que hablan siempre, esa Suzie *Chuminosucio* tan especial de su ciudad natal, las proezas sexuales de cariz mítico de las que han sido protagonistas, las enfermeras despampanantes que hay en el hospital y lo que van a hacer con las mujeres al licenciarse del ejército. Williams levanta la

vista cuando el sargento Ruiz entra en la habitación.

—Sargento, ¿qué sucede? —pregunta Williams.

—Lo que sucede es que vosotros no estáis durmiendo cuando se supone que tendríais que estar en el sobre, capullos —ladra a modo de respuesta Ruiz sin dejar de fulminar a Williams con la mirada—. Y tampoco lleváis las máscaras cuando deberíais.

—Si no llevábamos las máscaras en Iraq, sargento, ¿por qué tendríamos que llevarlas aquí? —pregunta McLeod.

—Porque en Iraq no estábamos acuartelados en un hospital lleno de gente muriéndose de la peste negra, atontado.

McLeod sonrío divertido y se devana los sesos en busca de una buena respuesta, pero Ruiz ya ha pasado página.

—Salid de los sacos de dormir y poneos guapas, señoritas. El teniente tiene trabajo para nosotros. Os quiero listos en diez minutos.

Boyd levanta la vista. Tiene los ojos relucientes.

—Mi hermana ha cogido el Lyssa. He recibido esta carta de casa —dice Boyd.

Los chicos se quedan quietos y lo miran.

—Mi madre me cuenta que están incinerando cuerpos a las afueras de la ciudad —continúa—. Incluso me explica cómo lo hacen. Cavan una zanja para que haya un respiradero y luego levantan una pira con madera, ponen los cuerpos encima y le prenden fuego. A los miembros del ayuntamiento se les ha ido la olla y han empezado a incinerar los cadáveres. Lo mismo se repite a lo largo de toda la costa Oeste del país. La carta ha tardado más de una semana en llegarme.

—Siento lo de tu hermana, Boyd —dice Ruiz.

—Más de una semana —repite Boyd sin dejar de mirar la carta, incrédulo—. Ya podría estar muerta.

—¿Alguien ha dicho que estaban quemando cadáveres? —salta Ross, al que todo el mundo llama «Ojo de Halcón» por su asombrosa puntería con la M4. Acaba de despertarse y aún tiene los ojos legañosos—. Tío, eso es de locos.

—No debe de ser verdad —interviene McLeod—. Algunas ciudades están cavando fosas comunes para enterrar los cuerpos de manera temporal. Pero no los están incinerando, por el amor de Dios.

—Si están paranoicos, no me extrañaría —contesta Williams.

—Lo que quiero decir es... ¿Qué hago aquí?, en Nueva York —se pregunta Boyd—. ¿Por qué no estamos protegiendo un hospital en Idaho, en Boise? Tendría que estar allí. Tendría que estar en casa, junto a ellas. Al menos podría estar en el mismo estado, demonios. Tengo que llamar a mi madre.

—Estoy seguro de que tenemos efectivos en Boise y en los pueblos de alrededor, igual que nosotros estamos aquí, en Nueva York —afirma Ruiz—. Probablemente,

algunos de esos chicos serán neoyorkinos y desearían estar aquí. Ellos cuidan de tu familia como tú cuidas de la suya, del mismo modo que cada uno de los miembros de este pelotón cuida las espaldas del compañero. ¿Entendido?

—*Hooah*, sargento —contesta Boyd sin entusiasmo.

Lentamente, los chicos empiezan a equiparse: uniforme de combate, botas, rodilleras, chaleco antibalas, arnés, reloj, munición, cuchillo, guantes, arma principal y el casco de Kevlar.

—Vale, habremos llegado al extremo de quemar a las personas, pero si miras en perspectiva esta mortal plaga mundial como si fuera un vaso medio lleno, entonces hay varias cosas de las que aún podemos alegrarnos bastante —empieza a decir McLeod para romper el hielo al cabo de unos instantes—. Por ejemplo, nos dan tres comidas al día, dormimos ocho horas por la noche e incluso tenemos agua corriente. Además, no tenemos que salir a patrullar por vecindarios que parecen Tijuana después de que la bombardeen con bombas de racimo, ni preocuparnos de que nos vuelen las pelotas con esos improvisados artefactos saltarines, ni de *hajjis* locos.

—Cállate, McLeod —lo regaña Ruiz.

—Tan sólo intento animar al personal al exponer que puede ser verdad que doscientos millones de personas vayan a morir y que probablemente el mundo vaya a acabarse, pero al menos hemos salido del infierno árabe con nuestros huevos y nuestros culos de una sola pieza y ya no tenemos que cagar en un horno lleno de moscas. Así pues, misión cumplida. ¿Tengo razón o tengo razón?

Muchos de los chicos se ríen, pero Ruiz se planta delante de McLeod, quien al momento adopta la posición de firmes, con la mirada al frente y la boca bien cerrada, reprimiendo una sonrisa a duras penas. El sargento da otro paso más y se sitúa a escasos centímetros de la cara de McLeod. Ruiz le sondea los ojos en busca de una excusa, pero McLeod mira al vacío. Al final, el sargento niega con la cabeza con exagerada repugnancia y se aleja.

—¡Vamos, nenas! —grita.

Cuando Ruiz abandona la habitación, Williams le da una colleja a McLeod. La amistad entre los dos se remonta a la instrucción militar, cuando fueron «colegas de batalla» y McLeod conseguía que los triturasen a flexiones y los hicieran limpiar los barracones —casi siempre fregaban los lavabos— por dormirse en clase o encabronar a los instructores.

—Sigue haciendo el payaso y Maguila te va a dejar el culo como la bandera de Japón, tronco —le advierte Williams.

Y lo dice en serio: Ruiz es un suboficial considerado y coherente pero con poca correa, y gracias a ejercitarse continuamente posee un cuerpo musculado que lo hace parecer un bulldog. Los chicos lo llaman «Maguila el Gorila» a sus espaldas.

McLeod responde encogiendo los hombros como hacen en las series de dibujos

animados.

El cabo Hicks observa a Boyd, que se equipa despacio sin dejar de murmurar.

—Ponte las pilas, Rick. La mayoría del pelotón conoce a alguien que ha pillado el virus.

—Tendría que estar allí con ellas —responde Boyd—. Son todo lo que tengo en este mundo.

—Si no perdemos la cabeza, todos vamos a salir de ésta. Todos. Si empezamos a desmoronarnos y a ir cada uno por su lado, bueno, que Dios se apiade de nosotros porque estamos jodidos. La situación se va a complicar mucho más antes de que empiece a arreglarse. Hasta entonces, hazte amigo del dolor para ser más fuerte.

McLeod se ríe entre dientes.

—¿A que estaría bien que al sargento se le metiera el Lyssa en el cerebro y se convirtiera en un perro rabioso? —bromea McLeod, y acto seguido suelta un par de gruñidos imitando al sargento Ruiz—: «Salid de vuestros sacos de dormir y poneos guapas, señoritas».

Los chicos rompen a reír.



## 6. Os voy a dejar secos

—¡En formación! ¡Moveos!

El sargento McGraw observa a los hombres de la escuadra, que adoptan la formación en línea y sostienen las armas en posición de presenten para que los amistosos ciudadanos de Nueva York vean con claridad las bayonetas caladas. Al otro lado de la alambrada de espinos y los sacos terreros la gente sigue llegando sorteando los coches, y cuando ve que los soldados empiezan a cerrar el puesto de control, echa a correr. Al llegar junto a la alambrada y confirmar que sus esperanzas se han acabado, gritan o suplican para que los dejen cruzar.

—Ayúdenme —implora alguien—. Creo que mis hijos lo han cogido y no sé qué hacer. Se les está poniendo la cara azul.

El cabo Eckhardt les entrega las hojas amarillas, pero la gente no quiere marcharse. Muchos han traído a sus seres queridos enfermos, y la perspectiva de andar otras diez manzanas hasta un centro para el Lyssa instalado en una escuela o en una bolera no les resulta muy prometedora. Chillan, gritan y suplican. Se tiran al suelo y se sientan, aferrando las hojas amarillas con gesto ausente. El ambiente se carga del agrio olor enfermizo que emana de los infectados con el Lyssa, un hedor que los delata.

—No puedo hacerlo yo sola —llora una mujer—. No puedo. No puedo hacerlo.

—¿Y no podríamos dejar pasar a unos cuantos más? —susurra Mooney.

—Cállate —contesta Finnegan, el hombre que está a su lado—. Ya sabes la respuesta.

—Esto es horrible.

—Todo en orden en nuestra posición, señor —comunica el sargento McGraw por el auricular.

Un tiroteo se desata a unas pocas manzanas hacia el oeste, el fuerte sonido del eco resuena entre los edificios. El constante gemido de las sirenas de policía y ambulancias parece multiplicar su intensidad.

McGraw se detiene un instante para mirar hacia el oeste.

—Hemos... —empieza a decir.

Un estruendo ensordecedor hace temblar el suelo unos instantes, y las ventanas de los edificios cercanos se hacen añicos. Los soldados rompen la formación para ver una bola de fuego que se eleva rápidamente en una columna de humo negro hacia el cielo por encima de los edificios de la avenida que les queda al oeste. Los civiles gritan aterrorizados.

—¡Joder! —exclama Wyatt—. He notado la onda expansiva en el cerebro.

—¡Mantened la formación! —grita McGraw con la cara roja—. ¡Vamos!

—Pero ¿qué ha sido eso? —pregunta Rollins—. Casi me revienta los tímpanos.

—Tío, menuda mierda —susurra Mooney.

—Tenemos que confiar en el sargento —afirma Finnegan—. Nos sacará de ésta. Y si no lo hace él, lo hará Papi. Ahora, chitón, y haz lo que te han ordenado. Todo irá bien.

—¡Silencio en la formación, ¿me oís?! —los abronca McGraw y luego termina de informar al teniente a través del auricular.

Mooney no lo escucha. Observa a dos hombres que corren en dirección a la multitud en la alambrada. Hay algo raro en ellos: la manera en que se mueven y se abren camino entre los coches con determinación, el trote saltarín y extraño, las manos a modo de garras presionadas contra el pecho. Como si no fueran personas sino algún tipo de animal. Ese pensamiento hace que un escalofrío le recorra la espalda.

—¡Sargento! —llama Mooney.

—Al próximo hombre que hable le voy a dar una patada —gruñe McGraw, harto.

Mooney ya no ve a los dos individuos. Uno de ellos iba con el pecho descubierto y lo que parecía un pantalón de pijama azul. El otro llevaba una gorra, camisa y pantalones vaqueros y tenía una mancha negra en la cara alrededor de la boca.

Los civiles gritan. Mooney estira el cuello para mirar por encima de los anchos hombros de McGraw.

Entonces el sargento se mueve, echa a correr, y Mooney alcanza a ver el puesto de control. Los dos hombres están ahí. Uno de ellos arranca mechones de pelo negro de la melena de una mujer mientras que el otro la muerde en el estómago de modo sistemático, haciendo brotar la sangre y dejando una mancha de saliva alrededor de la herida. Los otros civiles gritan e intentan salir corriendo. Los dos hombres forcejean y tiran a la mujer al suelo. Ella emite un horrible quejido agudo y, de pronto, parece rendirse. Su cuerpo comienza a quedarse inerte, los ojos vidriosos y suplicantes.

—¡Alto! ¡Alto o disparo! —ordena McGraw.

—Sargento... —dice el cabo Eckhardt dando un paso al frente.

Entonces McGraw ve lo que esos hombres han hecho y grita:

—¡Os voy a dejar secos!

Pero el sargento recuerda el entrenamiento y realiza un disparo al aire con su Beretta. Disparo de aviso. Los hombres levantan la cabeza chorreando sangre y babas. Dan la impresión de ser unas aves sorprendidas cuando se deleitaban con la carroña. El que lleva el pantalón de pijama azul se pone en pie de un salto y empieza a correr en dirección a McGraw, pero al instante se enreda con el alambre de púas y empieza a emitir sonidos semejantes a los de un perro que se ahoga.

El alambre de púas está revestido de hojas afiladas de cinco centímetros de ancho con una separación de diez centímetros entre ellas. El hombre se corta una y otra vez

hasta caer al suelo con las piernas cubiertas de sangre tras seccionarse la arteria femoral.

El otro individuo se pone en pie, toma velocidad, y salta por encima de la alambrada...

Varios disparos de carabina suenan al unísono y el hombre se retuerce en el aire y cae a plomo. Al instante, un charco de sangre que no para de agrandarse se forma bajo su cuerpo.

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego!

Mooney baja la carabina. El penetrante olor de la cordita flota en el ambiente.

—¿Lo habéis visto? —pregunta McGraw a nadie en particular—. ¿Qué ha sido eso?

Bowman, a la carrera desde el otro puesto de control, grita exigiendo saber por qué se ha abierto fuego.

La mujer aún vive. Está tumbada en el suelo, agoniza y sufre convulsiones. Los dos atacantes están quietos sobre los charcos de su propia sangre. Es obvio que están muertos.

—Señora, ya no tiene nada que temer —dice McGraw, con la Beretta escondida detrás de la espalda y la mano libre tendida por encima de la alambrada—. Venga conmigo. Cuidaremos de usted.

La mujer lo mira aterrorizada, jadeando, mientras a duras penas consigue ponerse en pie.

McGraw se quita la máscara.

—Míreme, señora. Todo irá bien.

La mujer empieza a sufrir convulsiones y a pestañear con rapidez.

—No, no hag...

Pero la mujer ya se ha dado la vuelta y ha empezado a correr. Cuando la escuadra consigue abrir un hueco en la alambrada para que McGraw salga tras ella, la mujer ha desaparecido.

# Capítulo 2

## 7. Empiezo a preguntarme si de verdad hemos abandonado Iraq

La noche bulle con las sirenas de policía, las bocinas de los coches, los gritos y los disparos. El aire bochornoso huele a humo. La luz de las farolas baja de intensidad, y de vez en cuando se aviva debido a los problemas de suministro eléctrico a los que se enfrenta la ciudad. Más allá de la barricada, todos los semáforos parpadean en ámbar a lo largo de la Primera Avenida; el tráfico está colapsado, los cláxons suenan frenéticos mientras miles de personas continúan con el éxodo masivo de Manhattan en cualquier tipo de vehículo en el que puedan poner un poco de gasolina.

Todo el mundo piensa que las cosas van mejor en cualquier otro lugar.

Los chicos de la tercera escuadra del segundo pelotón montan guardia en la alambrada, nerviosos por haber tomado demasiado café. Un helicóptero de la policía hace una breve inspección de la zona con un potente foco que inutiliza la visión nocturna de los soldados y luego sigue adelante.

—No me lo puedo creer —murmura para sí el cabo Hicks, que entrecierra los ojos para observar la Primera Avenida al escuchar el tableteo sordo de una ametralladora pesada—. ¿Eso son balas trazadoras?

—¡Qué va! Es que estoy contento de verte —contesta McLeod, quien avanza hasta el cabo con su ametralladora—. Suena como una calibre cincuenta. ¿Y qué?

—¿Y qué? Que estamos en Nueva York, no en Bagdad, atontado. ¿Cómo es posible que alguien dispare una ametralladora en el centro de Nueva York? —Y como si se le ocurriera de repente, añade—: Al suelo, McLeod. Veinte flexiones.

—Estás de broma, ¿no? Nos encontramos en medio de una zona de combate.

—¿Quieres hacer treinta?

Mientras McLeod cuenta las flexiones en voz alta, Hicks se acerca al ojo la mira telescópica de su carabina, en cuyo centro hay un punto rojo para facilitar la puntería. Las balas trazadoras crean un haz de luz por encima de los capós de los coches atascados en la caravana y de las cabezas de las personas que escapan a pie.

Sin embargo, Hicks no puede ver a través de los edificios, por lo que no tiene ni idea de quién hace llover plomo ni sobre quién lo hace. Se encuentra a unos pocos cientos de metros, y a pesar de estar tan cerca se siente aislado y apenas es capaz de explicar lo que ocurre. Se pregunta dónde estarán cayendo esos enormes proyectiles. El alcance de una bala del calibre cincuenta es de seis kilómetros. Puede atravesar vehículos y, si se dispara a bocajarro, hasta un muro de hormigón.

Imaginad qué le puede hacer a un ser humano.

—Seis... Siete...

Cesan los disparos. Sólo han durado unos pocos segundos. Alguien la ha cagado

de verdad. Lo más seguro es que un recluta novato montado en un Humvee se ha asustado. Con suerte, no habrá matado a nadie.

«Mejor tú que yo», piensa el cabo.

Hicks está a punto de bajar el arma cuando ve a dos personas en la periferia de la óptica y se centra en ellas. Una es un hombre de mediana edad vestido con unos calzoncillos bóxer, y la otra una jovencita con una camiseta que le llega a las rodillas. Miran sin ver y tuercen el cuello, ese gesto tan extraño y nervioso que suelen hacer los infectados con la cepa del perro rabioso del Lyssa y que le pone los pelos de punta a Hicks. Tienen las manos cerradas en un puño y apretadas contra el pecho. Lo miran, abren la boca y salen escopeteados en la dirección donde se produjeron los disparos de la ametralladora.

—¿Y qué hacen todos estos perros rabiosos revoloteando sin correa? —rezonga Hicks.

«Sólo nos falta que otro grupo se lance contra nuestro perímetro y haga que lo matemos —se dice a sí mismo—. Si te ves implicado en un incidente de ese tipo, jamás en la vida te lo quitarás de encima».

Vuelven a sonar los secos disparos de la ametralladora.

—Empiezo a preguntarme si de verdad hemos abandonado Iraq —comenta McLeod, y luego sigue contando flexiones.

## 8. Si seguimos adelante, señor, todo irá bien

Los Humvees blindados, con el teniente Todd Bowman al mando, circulan a toda velocidad por la calle Haifa entre el intenso olor de la basura ardiendo y los gases de los motores diesel. Los soldados que viajan en el vehículo que abre el convoy mueven la cabeza al ritmo de *Die Motherfucker Die*, de Dope, puesta a todo volumen para que la oigan desde el interior de las mezquitas. Hace un año, el gobierno de Iraq estuvo al borde del colapso y el ejército de Estados Unidos volvió a patrullar las ciudades para apoyarlo, desatando una nueva generación de mártires, soldados de a pie y locos que se inmolaban en una guerra sin fin.

El karma de las calles cambia por momentos. Bowman, recién llegado al país y al mando, no está preparado para todo el odio que tiene que tragar a diario. Emanan de las paredes de los altos edificios de pisos, agujereadas por las balas tras años de combates. Las calles gritan «infiel», los ladrillos lo quieren muerto.

—¡Enemigo a la derecha!

Un cohete silba por delante del Humvee e impacta en una furgoneta aparcada, que explota y sale volando en un amasijo giratorio de metal en dirección al parabrisas del vehículo de Bowman, donde impacta y rebota con un golpe de infarto y hace que la luna se resquebraje por completo. Kemper, que conduce el vehículo, deja escapar un silbido, pero ni se inmuta por el impacto.

A Bowman no lo prepararon para esto en el Cuerpo de Adiestramiento de Oficiales de Reserva.

Las balas de las armas ligeras zumban y chascan en el aire mientras que las del calibre cincuenta de las ametralladoras de los Humvees pulverizan las paredes de los edificios cercanos. Las balas trazadoras centellean y hienden el aire. La copa de una palmera explota y esparce las hojas en llamas, que caen sobre el parabrisas como si fueran metralla.

Bowman, con los ojos abiertos como platos y ronco de gritar, se obliga a tranquilizarse. Sus hombres cuentan con que él los lidere y no quiere defraudarlos en su primera misión. Tienen que detenerse y concentrar todo el fuego sobre las posiciones de los insurgentes.

Si caes en una emboscada y no puedes huir, atacas.

Alarga la mano hacia el auricular, pero Kemper lo mira y le guiña el ojo.

—Si seguimos adelante, señor, todo irá bien —le dice.

## 9. Los polis no contestan el teléfono

Bowman abre los ojos y observa el despacho del responsable de las instalaciones del hospital con un atisbo de pánico. ¿Acaso soñaba? Por un momento pensó que... Entonces había oído un ruido. ¿Una llamada en la puerta? Escucha el zumbido de la maquinaria en el sótano del hospital.

Alguien murmura al otro lado de la puerta.

—Adelante —dice el teniente.

Kemper entra en la habitación, iluminada por la luz tenue de una sola lámpara de mesa, seguido por los jefes de escuadra. Bowman los esperaba. Había pedido una reunión con ellos. El olor de la habitación, a sudor, café rancio y ropas demasiado utilizadas, se intensifica.

—Acerquen una silla, caballeros —ofrece el teniente frotándose los ojos—. Sí, Pete, esa misma. El café no está recién hecho, pero al menos está caliente, por si quieren una taza.

Ruiz se levanta y se dirige hacia la cafetera.

—Si no le importa, señor —dice con una sonrisa Ruiz, cuya escuadra estará apostada en la alabrada durante el resto de la noche hasta que los releven a las cero-seis-cero-cero.

Bowman se aclara la garganta.

—Caballeros, la situación ha cambiado, otra vez. A decir verdad, se ha vuelto inestable.

Debajo de las máscaras N95, los jefes de escuadra están confundidos.

—¿Señor?

—Hace una media hora que nuestro operador de radio vino a verme —explica Bowman—. Compartió conmigo cierta información interesante acerca de unos mensajes que interceptó en la red. Caballeros, hay unidades en nuestra zona de operaciones que han sufrido ataques por parte de los civiles.

Los sargentos entornan los ojos con incredulidad.

—¿Está confirmado?

—El capitán West lo ha confirmado.

—¿Son ataques coordinados?

—No —responde Bowman—. Son ataques al azar.

—¿Y qué esperan conseguir con eso? —pregunta el sargento McGraw—. ¿Buscan comida, vacunas? ¿O quizá quieren emprenderla a golpes con el gobierno?

Bowman lo mira a los ojos y responde:

—Nosotros hemos sido una de las unidades atacadas.

Todos se quedan boquiabiertos. No son hombres a los que se pueda sorprender



con facilidad. Pero acaban de enterarse de que los ataques los han llevado a cabo víctimas del Lyssa afectadas por el síndrome del Perro Rabioso. Y eso los ha dejado anonadados.

—Nos atacaron —dice McGraw lentamente.

—Sí, sargento. Nos atacaron.

—Eran civiles americanos desarmados. Gente enferma.

Bowman mira a los otros sargentos.

—Como les he dicho, la situación está cambiando.

McGraw niega con la cabeza.

—Señor...

—Pete, puede que crea que sus hombres tengan que rendir cuentas por lo sucedido hoy en la alambrada. Yo no lo creo. Y el capitán West es de la misma opinión en este asunto. Sean cuales sean sus sentimientos al respecto, tendrá que sobreponerse a ellos.

—Sí, señor —murmulla McGraw después de mordisquearse el bigote.

—Bueno, al menos tiene su lógica —comenta Ruiz—. Hemos rechazado a un montón de personas infectadas con el virus, pero también a un montón de personas que pedían ayuda para controlar a los perros rabiosos o que nos informaban de que un vecino se había convertido en un perro rabioso y atacaba a la gente. Lo hemos oído más que de sobra.

—¿Y qué es lo que hay que decirles? —pregunta el sargento Lewis, un hombretón que roza los dos metros de altura, al que otrora se consideró el mejor atleta de la unidad. En esa época, los soldados lo llamaban «Aquiles» a sus espaldas, llenos de admiración, pero ya no lo hacen; al menos de un tiempo a esta parte. Después de que naciera su hijo y dejara de fumar, ganó algo de peso y se puso un poco blando. Sin embargo, su agresividad innata no se vio afectada. A decir verdad, con el tiempo se ha vuelto aún más agresivo—. ¿Y qué les tienes que decir que hagan?

Ruiz se encoge de hombros.

—Que regresen a casa y llamen a la poli.

—¿Y con eso se conforman?

—Esto... Dicen que los polis no contestan el teléfono.

—Tenemos que salir de aquí y empezar a ayudar a esa gente —opina Lewis, que gesticula con sus enormes manos.

—Negativo, sargento —contesta el teniente, negando con la cabeza para dar más énfasis.

—¿Acaso no es la razón por la que estamos aquí, teniente?

—Negativo. No es nuestra misión. El ejército es el último recurso en situaciones de disturbios civiles. No somos la policía. Nos hemos entrenado con armas no letales,

pero no disponemos de ellas. Si salimos, acabaremos inmersos en otra situación como la de hoy en la que morirán civiles.

—Por lo que dicen, la gente ya está muriendo por toda la ciudad, y nosotros estamos aquí perdiendo el tiempo —replica Lewis con acritud—. ¿Para qué sirve el ejército sino para proteger a esas personas?

—No tengo las respuestas que a usted le gustaría que le diera —responde Bowman—. Lo que importa es nuestra situación. Nuestras órdenes no han cambiado. Mantener el hospital a salvo. Ahí fuera no haríamos más que complicar las cosas.

Kemper asiente. Tiene lógica. No puedes matar una mosca con un martillo.

—No obstante, debo añadir una cosa —continúa Bowman con cautela, tras aclararse la garganta—. A la luz de los recientes acontecimientos, las reglas de enfrentamiento han cambiado.

Los suboficiales comienzan a maldecir.

## 10. Si te ausentas sin permiso durante más de treinta días, técnicamente eres un desertor

El soldado Richard Boyd sigue a la chica por la calle, los dos avanzan de sombra en sombra para evitar ser vistos. No tenía ni idea de que las cosas se hubieran complicado hasta este extremo. Las calles están repletas de grupos de gente sana y de infectados, dándose caza los unos a los otros.

La chica se llama Susan y Boyd le echa unos diecinueve años. La misma edad que él. Cara bonita y un buen cuerpo, delgado y atlético. El tipo de chica que parece fuera de lugar en Nueva York. Después de pasar los últimos diez meses en un país musulmán, Boyd había olvidado cuánta carne enseñan las chicas de Occidente cuando hace un calor bochornoso como el de esta noche. Lleva una camiseta corta y unos vaqueros cortados. La humedad la hace sudar y Boyd se imagina las gotas de sudor cayéndole entre los pechos. Siente el tirón de la excitación. Quizá ella lo besará por haberla ayudado. Quizá hará algo más.

Susan desaparece por la puerta de una joyería. Él la sigue.

—¿Qué sucede? —susurra cerca de la oreja de la chica.

Están tan cerca el uno del otro que Boyd se pregunta si debería intentar besarla.

—Nada. Se han ido —dice ella tras unos instantes.

La chica se presentó en el puesto de control pasada la medianoche para pedir ayuda, mientras el sargento Ruiz estaba reunido en el hospital con el teniente. Williams dijo que tenía pinta de yonqui y le sugirió algún tipo de quid pro quo en caso de que él le consiguiera «algo» de la farmacia del hospital, lo que hizo que los chicos se excitaran y comenzaran a bromear. Dejaron de reír cuando ella les contó su historia: su padre estaba enfermo, se convirtió en perro rabioso y le dio una paliza a su madre. Mamá se escondió en un armario mientras papá destrozaba todo el piso. Susan llamó a la policía, pero, a modo de respuesta, sólo encontró el mensaje pregrabado en el que se informaba de que todas las líneas estaban ocupadas. Ahí fue cuando apareció el cabo Hicks y le dijo que no podían hacer nada por ella. Si la policía no la ayudaba, se las tendría que arreglar ella sola. De repente los chicos ansiaron ayudarla, aunque Williams se encaró con ella y le dijo que su historia no era más que una sarta de mentiras y que por poco se las da con queso a los blanquitos.

A algunos no les hubiera importado que se la pegara. Pensaban que la chica era verdaderamente guapa.

Ahí fue cuando Boyd decidió «darse el piro» y ausentarse sin permiso. Esperó unos minutos y luego se deslizó entre la alambrada hasta llegar junto a la chica. Desde entonces han avanzado en una lenta y fatigosa marcha hacia su piso situado en el Lower East Side.

Su plan es salvar a la madre de la chica, ser el héroe y largarse a Idaho. Ahora mismo debería estar ahí, con su familia. Donna ha cogido el Lyssa y su madre lo necesita. Así se lo explicaba en la carta. Le decía que tenía miedo de que su hermana se convirtiera en un perro rabioso y que entonces viniera el *sheri*, le descerrajara un tiro y tiraran su cuerpo a una de esas enormes piras que ardían a las afueras del pueblo. Para Boyd, el hecho de que todo lo explicado en la carta hubiera sucedido hacía una semana no tenía ninguna importancia.

El único problema con este plan es que ni siquiera está seguro de dónde se encuentra ahora, y aún menos de cómo llegar a las afueras de Boise mientras dure la plaga, con todos los aviones en tierra y, por lo que parece, las calles repletas de maníacos homicidas.

Si te ausentas sin permiso durante más de treinta días, técnicamente eres un desertor, y si te declaran desertor pueden fusilarte en caso de que te encuentren. Después de lo que ha visto esta noche, tiene la certeza de que lo harían. Son malos tiempos y van a peor.

Quizá regrese a su puesto una vez que haya ayudado a la chica. La idea de que lo ejecuten empieza a adueñarse de su imaginación y no le gusta lo más mínimo. No pensó bien las cosas antes de escabullirse del puesto. Su plan ya empieza a desmoronarse.

Susan cruza disparada otra puerta y él la sigue.

—¿Qué pasa?

Ella le chista para que se calle mientras sus cuerpos se estrechan uno contra el otro.

Y entonces lo oye: unos perros rabiosos aúllan en la oscuridad.

Dos chicas adolescentes aparecen bajo la parpadeante luz de las farolas y cruzan la calle. Una se detiene, fija la mirada donde Boyd y la chica se esconden entre las sombras y emite un gruñido, gutural y grave; camina con los hombros encorvados y temblorosos y las manos apretadas en puños caídas a los costados. La baba le resbala entre los dientes prietos y le moja la camiseta.

La otra chica, con una larga melena enmarañada cayéndole sobre la cara, continúa renqueante su camino; arrastra una pierna, que sangra y parece estar rota. Ella también se detiene y se pone a gruñir en su dirección.

Boyd levanta su M4. Los gruñidos de la primera chica se intensifican. Susan tiembla y jadea presa del pánico.

—Dispárale, dispárale... —le susurra a Boyd.

Boyd se humedece los labios al tiempo que una escalofriante oleada de horror le deja la mente en blanco. El corazón empieza a latirle deprisa, contra las costillas, y siente que se le afloja el vientre. Parpadea, intenta centrar la mente en su entrenamiento, pero nunca lo adiestraron para esto. No tiene ni idea de qué hará en

caso de que la chica se abalance sobre él. Las cosas nunca eran blancas o negras en Iraq, pero luchar contra civiles americanos que se han convertido en una especie de zombies psicópatas es algo nuevo, algo que sobrepasa cualquier entrenamiento. En cambio, comienza a obsesionarse con una teoría que oyó acerca de los perros rabiosos: cuando hacen ese ruido en realidad no gruñen, sino que hablan, pero como tienen la garganta parcialmente paralizada, sólo alcanzan a gorjear de manera espeluznante. Ahora que lo ha pensado, ya no puede quitárselo de la cabeza.

Boyd se pregunta qué intentan decirle.

Un tropel de asiáticos —jóvenes y musculados, vestidos con camisetas imperio y vaqueros— surgen de entre las sombras y se abalanzan sobre las dos chicas armados con tuberías de metal y bates de béisbol. Los cuerpos de las chicas caen al suelo bajo los golpes, y a excepción del sonido del roce de sus zapatillas con la acera mientras se agitan, sufren convulsiones y mueren, no hacen el menor ruido. Boyd oye las tuberías y los bates que golpean la carne y parten los huesos al dar en el blanco y que resuenan contra el asfalto cuando no aciertan.

—¡Jesús! —exclama Boyd con el estómago revuelto.

Uno de los chicos se yergue y mira en su dirección.

—¡Cállate! —susurra Susan a su lado.

—¿Por qué? Ellos no están infectados.

—Ya he visto a esos tipos antes —contesta la chica—. Será mejor que no les jodas.

Una vez han terminado el trabajo, el grupo se va sin decir una palabra, estirándose y blandiendo sus armas caseras para desentumecerse.

—Venga, Rick —susurra Susan—. Ya casi estamos en casa.

## 11. La guerra tiene reglas

En el centro de mando de Bowman, situado en el despacho del responsable de las instalaciones del hospital, las reglas de enfrentamiento cambian y los suboficiales maldicen.

—Desde este momento están autorizados para hacer uso de la fuerza contra los civiles que realicen gestos amenazadores contra cualquier miembro de esta unidad —insiste Bowman—. Incluso si dicho civil está desarmado.

Ahora todos hacen preguntas o protestan alzando la voz.

—La orden viene directa del batallón. Y es de suponer que también de Cuarentena y del propio Viejo.

La guerra tiene reglas. Las reglas de enfrentamiento las dictan las autoridades al mando para describir bajo qué circunstancias las unidades militares pueden hacer uso de la fuerza y en qué grado.

También se supone que tienen que ajustarse a los preceptos básicos del derecho.

El teniente se pasa la mano por la cabeza rapada.

—Caballeros, si les soy sincero, no sé qué pensar. Estoy abierto a sugerencias.

Kemper le clava una mirada severa.

—No es legal —afirma McGraw—. No tenemos por qué obedecer una orden ilegal.

—Imagina que no comunicamos las nuevas reglas de enfrentamiento a los hombres —contesta Lewis—. ¿Qué sucede si nos atacan? ¿Cómo nos defendemos y con qué?

—No voy a disparar contra ciudadanos americanos —responde McGraw con la cara roja—. Juré defenderlos, no asesinarlos, por el amor de Dios. Incluso a la maldita escoria *hippy*.

—Así que dejamos que nos ataquen los perros rabiosos, que nos maten o nos infecten —replica Lewis—. ¿Ésas son tus reglas?

McGraw resopla.

—Pero ¿de cuánta gente estamos hablando? Nos podemos ocupar de unos cuantos a la vez sin tener que matar a nadie. No hay mucha gente que se convierta en perro rabioso. Es un hecho excepcional.

—Si eso es cierto —interviene Ruiz—, entonces ¿por qué hemos recibido esos informes de ataques a unidades del ejército por parte de los perros rabiosos?

Nadie tiene la respuesta a la pregunta.

—¿No os habéis preguntado por qué Estados Unidos se ha visto obligado a retirar los efectivos de casi todas las bases militares que tiene repartidas por el mundo? —continúa Ruiz—. Tenemos... ¿Cuántas? ¿Más de setecientas bases? ¿Es que no había

más de doscientos cincuenta mil efectivos en el extranjero, sólo del Ejército de Tierra? Pensadlo. Casi todos han regresado a casa.

—Hay algo que no nos cuentan —contesta Lewis—. Tenedlo por seguro. Eso está más claro que el agua.

—Tenemos un conocimiento de la situación muy limitado —afirma Bowman.

—¿Y qué pasa luego, señor? —pregunta Ruiz—. Suponga que disparamos a alguien que, de todas todas, intenta matarnos. ¿Qué pasa después, una vez termine la epidemia? ¿Se nos acusará de asesinato en un consejo de guerra o qué? ¿Podrían hacerlo?

—Van a morir de todos modos —manifiesta Lewis.

—Querría tener ciertas garantías acerca de la legalidad de todo esto —insiste Ruiz.

—Lo que quiero decir es que si ellos intentan matarnos, nosotros deberíamos poder neutralizarlos primero —opina Lewis—. No pueden someter a todo el ejército a un consejo de guerra, ¿verdad?

—Yo no voy a disparar a nadie —se niega McGraw—. La pregunta no es si rehusamos acatar la orden, sino si informamos al capitán que rehusamos cumplirla para que así se entere la cadena de mando.

—No podemos ser la única unidad que rehúse disparar sobre los infectados —apunta Ruiz.

—Son tiempos difíciles —dice Lewis—. Yo no anunciaría a la cadena de mando que no acatamos sus órdenes. No sé si me explico...

—Y otra cosa, ¿tendríamos que estar aquí? —pregunta Ruiz—. ¿No va contra la ley que el Ejército de Estados Unidos apunte con sus armas a cualquier persona en nuestras propias ciudades? Ya sabe, la ley Posse Comitatus.

—Nos entrenaron para este tipo de emergencias domésticas antes de embarcar hacia Iraq —replica Lewis—. ¿Por qué lo iban a hacer si no querían que utilizáramos dicho entrenamiento ahora?

—¿Ah, sí? Entonces, ¿dónde están las armas no letales?

Lewis mira a Kemper.

—Respáldame, Papi.

Kemper quiere hacerlos callar a gritos, recordarles que son profesionales y que deberían cerrar el pico y escuchar al teniente, pero Bowman no hace nada, excepto estar sentado con la boca abierta y rezongando que toda la situación no tiene ningún sentido. Si sólo desarrollan los síntomas de perro rabioso entre un tres y un cinco por ciento de los infectados y éstos mueren antes de una semana, ¿cómo pueden representar una amenaza? En un momento dado, no puede haber más de diez mil, quince mil a lo sumo, en todo Manhattan. Si los pones a todos juntos son un número importante, pero están repartidos por la ciudad.

¿Cómo puede haber tantos perros rabiosos?

Kemper mira a otro lado, preguntándose de pronto si el teniente será capaz de sacarlos de ésta de una sola pieza. Después de servir juntos en Iraq durante un año, es un pensamiento desleal y no le gusta lo más mínimo.

Al igual que Lewis, Kemper también es de la opinión de que el ejército les oculta información vital y, como ha dicho el teniente, el conocimiento de la situación es muy, muy limitado. Kemper se pregunta el precio que tendrán que pagar llegado el momento.



## 12. Lo peor que he oído en mi vida

Sumido en la oscuridad, el soldado de primera Jon Mooney está tumbado en su catre, despierto, inquieto y con la boca seca de llevar la máscara N95 día y noche. Repasa mentalmente el tiroteo una y otra vez. ¿Hicieron lo correcto? No puede quitarse de la cabeza la imagen de ese perro rabioso chillando y cayendo sobre un charco de sangre, enredado con el alambre de púas.

Los soldados de la primera escuadra roncan a su alrededor de manera casi imperceptible. Collins habla en una lengua incomprensible mientras duerme, aunque termina las frases con «¿Pollo frito?» y una risita gutural. Alguien suelta un pedo y se da la vuelta. A Mooney le caen bien estos tíos, son como sus hermanos. Todos juntos han ido al infierno y han vuelto, pero no los soporta más y desearía que lo dejaran solo durante un tiempo.

Se tumba de costado y ve que el soldado de primera Joel Wyatt lo mira fijamente, con los ojos brillándole en la oscuridad. Wyatt se quita los auriculares.

—¿Estás despierto, Mooney? —pregunta.

—No puedo dormir. ¿Y tú?

—Me relajó como un bebé, socio.

—Vale. Buenas noches, Joel.

—Buenas noches.

Mooney cierra los ojos, aparta el tiroteo de la mente e intenta recordar la apariencia de Laura. Teóricamente no están juntos, pero intenta no pensar en ello. Antes de partir a Iraq, él le dijo que quizá deberían romper. Aún piensa que fue una decisión acertada en aquel momento. Además, estaba cargado de dudas, pues a veces se preguntaba si en realidad ella era tan guapa, y pensaba que quizá él se merecía algo mejor. Sin embargo, Mooney no previó lo duras que serían las cosas en el extranjero, lo solo que se sentiría, y se aferra a la idea de que aún la quiere: una cuerda de salvamento en su mundo violento.

Asimismo, ella accedió con demasiada facilidad a su sugerencia de verse con otras personas, algo que lo ha corroído por dentro desde que lo llevaron al frente.

—Oye, Mooney.

—Dime, Joel.

—Me apetece ver un poco la tele. En las habitaciones de los pacientes tienen, ¿verdad? ¿Te apuntas?

Algo semejante a la corriente eléctrica recorre el cuerpo de Mooney y lo saca de la cama. En pocos segundos, se ponen las camisetas, los pantalones y salen al pasillo de puntillas, sin hacer ruido, con los pies descalzos, mientras intentan no reírse al pasar por delante del despacho del responsable de las instalaciones donde el teniente,

el sargento de pelotón y los jefes de escuadra mantienen una tensa reunión.

Se paran a escuchar.

—Mi mujer y mi hijo están ahí fuera y yo voy a protegerlos —dice alguien.

—¿Lewis? —susurra Mooney a Wyatt, que se encoge de hombros.

—Tienes razón, están ahí fuera —responde otra voz—. ¿Qué pasa si tu mujer se convierte en uno de ellos? ¿Quieres que también le disparemos?

—Escuchadme bien —contesta Lewis—. Si me convierto en una de esas cosas, pegadme un tiro en la cabeza.

—Pero ¿qué cojones? Cambio —susurra Mooney.

—Qué cojones. Corto —susurra a su vez Wyatt.

A pesar de lo placentero que resulta espiar, el aliciente del puro entretenimiento es mayor y regresan a su misión original. La oscuridad del pasillo oculta sus movimientos, el zumbido de la maquinaria encubre sus pasos. Todo el sótano huele a amoníaco y a desinfectante.

«Somos *ninjas* —piensa Mooney—, totalmente a cubierto». El pensamiento le hace sonreír.

—¿Qué pondrán a estas horas de la noche? —pregunta Wyatt al empezar a subir por la escalera.

—¿Qué más da? Sólo quiero desconectar el cerebro y olvidarme de quién soy durante una hora.

—¡En lugar de dormir!

—¿Y quién puede dormir? —se pregunta Mooney.

—Bueno, ¿adónde vamos?

—Subamos a la sexta planta, entonces vamos bajando y comprobamos cada planta hasta encontrar una habitación en la que funcione la tele. ¿Vale?

—Venga.

Cuando llegan a la sexta planta, los chicos resuellan y se paran a descansar. Se encuentran en buena forma, pero están cansados después de tantos meses de trabajo duro, de falta de sueño y de ingerir las calorías justas. Se sientan en el último escalón y comparten un cigarrillo. A Mooney empieza a caerle bien Wyatt, ese soldado de reemplazo de Michigan, alto, flacucho, pelirrojo, con gafas del ejército y que da la impresión de mirarte por encima del hombro cada vez que habla contigo. La mayoría de los chicos opinan que está mal de la azotea.

—¿Preparado para ver la teletienda, colega? —pregunta Wyatt—. ¿O quizá «Chicas desmelenadas»?

Mooney tira escalera abajo la colilla, que suelta una lluvia de chispas al rebotar en los peldaños.

—De acuerdo. En marcha —dice Mooney, poniéndose otra vez la máscara, así como los guantes de látex que Wyatt le acaba de entregar.

—Recuerda, Mooney. Si nos ve una enfermera o cualquier otra persona, le decimos que nos han enviado a buscar a ese poli. El tal Winslow. Ésa es nuestra historia.

Abren la puerta y sufren arcadas de inmediato a causa del hedor que los asalta, el horrible olor agrio del sudor de los infectados con el Lyssa camuflado bajo una mezcla dulzona de ambientadores y perfume que, por lo que parece, la gente del Trinity ha pulverizado por todos los rincones.

Mooney oye gemidos y observa que, junto a las paredes del oscuro pasillo, hay una hilera de camillas, y en cada una de ellas un infectado del Lyssa conectado a una bolsa de suero para evitar la deshidratación. Algunos gruñen y forcejean para liberarse de las correas de sujeción mientras que la mayoría sólo gimen, tumbados, con la respiración acelerada.

A excepción de los afectados por el Lyssa, no se ve ni un alma.

—¡Qué canguelo! —exclama Wyatt, dando un silbido. Mooney asiente—. ¿A que molaría que se nos tiraran encima y nos atacaran, eh? —añade.

Doblan una esquina. No hay pacientes en esa parte del pasillo y han dejado las luces encendidas durante la noche. Mooney y Wyatt parpadean para habituarse a la luz de los fluorescentes.

—No tendríamos que estar aquí —comenta Mooney—. El virus campa a sus anchas por toda la planta.

—Colega, ¿y esa peste? Cada vez que creo que me he acostumbrado a ella, me provoca arcadas. Eso que incluso llevo dentro de la máscara una de esas muestras de perfume de rasca y huele que pillé de una revista.

—¿Abortamos la misión?

—¡No, qué dices! Éstas son las habitaciones de los pacientes, tío. En alguna debe de haber una tele. Anda que no molaría que tuvieran también una PlayStation.

—Me encantaría jugar al *Guitar Hero* —admite Mooney.

Pellizcándose la nariz, se acercan sigilosamente a una puerta. En el interior de la habitación, los enfermos de Lyssa están tumbados en la oscuridad, entre el hedor y el sudor de los cuerpos. Mooney oye la respiración entrecortada de los infectados. Encima de una cama plegable que hay en el suelo, una mujer joven solloza y se disculpa, de forma alternativa, con alguien llamado Ron en medio de su febril delirio.

—¡Bingo! —exclama Wyatt—. Pero el sonido está apagado. A ver si encuentro el mando a distancia... A no ser que prefieras los subtítulos para sordos que tienen puestos. Yo no puedo leer tan rápido.

—¿Qué canal es?

—La CNN, creo. Algo de unos disturbios en Chicago. No, espera. Ahora hablan de Atlanta.

—¿Hola?

La voz rasposa les hace dar un respingo.

—Seas quien seas, me has dado un susto de muerte —sisea Wyatt, y empieza a reír.

—Lo mismo os digo —responde la voz—. ¿Sois polis?

—No, señor —contesta Mooney, y conforme se le adapta la vista a la oscuridad entrevé la figura de un hombre sentado en una de las camas—. Somos del Ejército de Estados Unidos.

—Antes oí gritos en el pasillo. Lo más seguro es que fuera alguien que perdió la chaveta a causa de la fiebre, ¿verdad? Fue horrible. Igual que cuando se sacrifica a un animal. Quizá querríais comprobarlo. Se lo habría dicho a una enfermera, pero no he visto a ninguna desde hace horas.

—¿Cómo se encuentra, señor? ¿Se pasa mal?

—Hoy me encuentro algo mejor, gracias. Ya no tengo fiebre, pero no me vendría mal un vaso de agua...

Se sobresaltan de nuevo al oír el chisporroteo de armas ligeras procedente del exterior del edificio. Caminando con precaución, los soldados se acercan a la ventana y echan una ojeada entre las lamas de la persiana para ver quién dispara a quién. Abajo en la calle, ven los destellos en la boca de los cañones de los fusiles y oyen el informe transmitido por radio.

La tercera escuadra está en pleno ajeteo.

—Pero ¿qué cojones? —exclama Wyatt.

Mooney empieza a tener la sensación de estar desnudo sin su fusil.

—¡Dios mío! —exclama, y sale corriendo de la habitación.

Wyatt sale detrás de él y lo encuentra vomitando dentro de una papelera.

—Lo he respirado —explica Mooney, mientras escupe e intenta recuperar el aliento—. Olvidé pellizcarme la nariz durante un segundo. Ha sido lo peor que he oído en mi vida. Joder, olía como una tumba podrida.

—Colega, ponte la máscara antes de que pilles algo —le advierte Wyatt con nerviosismo.

—Chicos, ¿estáis bien? —grita el paciente del Lyssa desde la habitación oscura—. No me dejéis solo, ¿vale? ¿Podríais traerme un vaso de agua, por favor?

—Eh, fíjate en eso —dice Wyatt señalando el suelo.

La mancha de sangre empieza a poco más de un metro de donde están y acaba frente a una puerta doble situada a unos cinco metros de distancia. La sangre está emborronada, como si alguien hubiera pasado una fregona empapada a través de las puertas.

—Tienes que estar de coña —dice Mooney cuando Wyatt se acerca a las puertas.

Deberían regresar. Si la tercera escuadra ha entrado en combate en la calle, es probable que McGraw esté reuniendo a todos los hombres. En este preciso instante, el

sargento se estará poniendo como una moto en busca de sus dos soldados ausentes sin permiso, mordisqueándose el enorme bigote de herradura y apretando los dientes responsables de la enorme mandíbula cuadrada que tiene.

Además, Mooney tampoco tiene ningún interés en ver qué hay detrás de esa puerta doble. ¿Qué es lo que ha dicho ese hombre?

«Horrible», eso es lo que ha dicho. «Fue horrible. Igual que cuando se sacrifica a un animal».

—Será mejor que regresemos —dice Mooney—. McGraw nos va a matar.

Wyatt esboza una sonrisa maliciosa.

—Sólo echaré una ojeada. Tío, este lugar es como una mansión encantada. ¿A que molaría que hubiera zombies al otro lado de las puertas?

Con la palma de la mano, Wyatt presiona un botón que hay en la pared. Las puertas se abren automáticamente.

### 13. Despejen la red, joder

Sentado en el cuarto del conserje, con los pies encima de una caja que contiene papel higiénico barato, Jake Sherman —el operador de radio del pelotón— se mete en la boca un sobre de café instantáneo mezclado con uno de chocolate en polvo y lo engulle ayudándose con tragos de Red Bull a la vez que escucha las comunicaciones en las diversas redes militares. Empezó a chutarse cafeína al haber tenido que pasar muchas noches sin dormir en Iraq, y aún no ha conseguido quitarse el hábito de enchufarse mientras trabaja.

—Blackhawk volando, aquí Cerdo de guerra Tres, justo debajo de usted. ¿Cuál es su indicativo?

—Cerdo de guerra Tres, aquí Barón Rojo Dos.

—Barón Rojo Dos, solicito pasada a tres manzanas al este de nuestra posición. Hemos oído mucho ruido en esa dirección. Probablemente haya un tiroteo en curso. ¿Qué sucede en esa posición? Confirme. Cambio.

—Espere. Cambio... Cerdo de guerra Tres, vemos múltiples civiles en el cruce situado a tres manzanas al norte y dos al este de su posición... Número estimado de civiles, cincuenta. —Pausa—. Disturbios en curso. —Pausa—. Algunos están armados. —Pausa—. Parece que se enfrentan entre ellos. Corto.

—Recibido. Gracias por los ojos, Barón Rojo Dos. Corto.

Y con esa frase termina la emoción y las transmisiones de voz de la compañía no tardan en volver a ser la salmodia de unidades hablando unas con otras en mitad de la noche, con preguntas acerca de localizaciones, estados, suministros y el resto de comunicaciones triviales pero necesarias para mantener operativas dos brigadas de infantería en Nueva York. Sherman cambia de la red de compañía a la del batallón y escucha lo que comentan: Cerdo de guerra —indicativo de llamada de la compañía Delta— sigue reuniendo y pasando información acerca de los disturbios. Martillo de guerra —la compañía Alfa— solicita una evacuación para un granadero al que un infectado con el Lyssa le mordió la oreja mientras que Buscaguerras —la compañía Bravo— pregunta al último comunicante que autentifique su identidad.

Sherman cambia a las trasmisiones civiles en busca de más información sobre los disturbios. Las autoridades han proporcionado más frecuencias de las que se necesitarían normalmente a causa de la naturaleza extrema de la epidemia, y él tiene acceso a todas ellas. La policía está al tanto de los disturbios pero no puede reunir el personal suficiente para hacer algo al respecto. También se ha declarado un incendio en un almacén de Queens, pero tampoco hay suficientes bomberos para responder a esa llamada. Las unidades de policía están desbordadas con llamadas de alborotos domésticos y saqueos. Se informa de violencia en el interior de las clínicas del Lyssa

y, por lo que parece, han atacado una de ellas con cócteles molotov. El tráfico se encuentra prácticamente paralizado en toda la ciudad pese a haberse restringido la circulación en ciertas calles principales para facilitar el paso a los vehículos oficiales.

Sherman se ríe para sus adentros. Las voces del SINCGAR, a pesar de denotar nerviosismo y tensión, aún podrían hacer que el Apocalipsis sonara como otra cagada más de logística.

Comprueba la hora en su reloj y cambia a la red de la compañía para realizar una comprobación de comunicación.

—Perro de guerra Dos, Perro de guerra Dos, aquí Perro de guerra. Adelante. Cambio.

Sherman reconoce la voz del hombre al otro lado. Es Doug Price, el operador de radio del capitán West. Sherman responde masticando chocolate en polvo.

—Perro de guerra, aquí Perro de guerra Dos. Adelante. Cambio.

—Perro de guerra Dos, mensaje a continuación. Cambio.

Sherman coge un pequeño bloc de notas y un lápiz.

—Entendido. Envíe mensaje. Cambio.

—Perro de guerra Dos, clave «Nirv...».

Sherman no oye nada durante un instante. Se oyen gritos de fondo y parece que alguien dispara un fusil.

—Negativo, Perro de guerra. Repita. Cambio.

—Clave «Nirvana». ¿Me copia? Cambio.

—Afirmativo, Perro de guerra. Copio. «Nirvana». Espere. Cambio.

Sherman comprueba «Nirvana» en la tarjeta de códigos, una chuleta para las comunicaciones rutinarias que necesitan codificarse, pero no lo encuentra. Saca el libro de códigos de misión y lo busca ahí.

«Nirvana» significa que la unidad se encuentra bajo ataque.

Sherman se atraganta con el chocolate en polvo y da otro trago al Red Bull para aclararse la garganta; enciende un cigarrillo y se toma unos instantes para pensar. ¿Quién sería tan estúpido para atacar a un pelotón de infantería de Estados Unidos fuertemente armado en medio de Manhattan en mitad de la noche? Pero es cierto, el mensaje es auténtico y procede del comandante de la compañía, que informa que el cuartel general y el primer pelotón están siendo atacados.

—Recibido, Perro de guerra.

—Perro de guerra Dos, aquí Perro de guerra. Sigue un segundo mensaje. Cambio.

—Envíe mensaje. Cambio.

—Clave «Motorhead, Slayer, Noviembre, Sierra, Oscar, Noviembre». Cambio.

—Perro de guerra, copio: «Motorhead, Slayer, Noviembre, Sierra, Oscar, Noviembre» —repite Sherman, anotando el mensaje en su bloc—. Espere. Cambio.

Comprueba el código y traduce: «Vengan a nuestra posición a las cero-siete-tres-

cero».

El teniente tiene que enterarse de este mensaje sin tardar.

—Recibido, Perro de guerra. Manténgase a la espera. Corto.

—¿Jake? ¿Jake, estás ahí?

Sherman se pone en tensión sin saber cómo responder a esta infracción del protocolo. No se utilizan nombres propios en las comunicaciones por radio.

Finalmente, responde:

—Sí, Doug, sigo aquí.

—Tened cuidado cuando vengáis, ¿vale? Hay miles de ellos.

—¿Miles de qué?

—Nos han mentido, Jake.

La radio emite interferencias y hace que Sherman se estremezca.

—Perros de guerra, aquí Cuarentena. Despejen la red, joder.



## 14. Un lugar donde resistir mientras el mundo se termina

—Ya hemos llegado —dice Susan, y señala con la mano uno de los bloques de pisos que hay al otro lado de la calle. Parece que el edificio ya tenía ese aspecto destartado antes de que empezaran los problemas.

—Tranquila —contesta Boyd, intentando hacer de tripas corazón.

Boyd no entiende por qué tiene tanto miedo. Él es un soldado, ha visto morir a hombres, incluso ha matado a unos cuantos. Bueno, al menos está seguro de haber matado a uno. Sostiene un arma cargada y lista para disparar y no debería tener miedo de un tío con tendencias homicidas —aunque desarmado— que está destrozando un piso de mala muerte en Nueva York.

Aun así, tiene tanto miedo que no es capaz de pensar con claridad.

Entran en el edificio y Susan señala hacia arriba.

—Cuarto piso.

Suben por la escalera, despacio y sin hacer ruido; Boyd va delante con el arma preparada y Susan avanza detrás de él pegada a la pared, visiblemente horrorizada.

Al llegar al segundo piso, Boyd se estremece. Oye gritos detrás de una de las puertas. Una voz de mujer suplica a alguien llamado John que no le haga daño. Los chillidos se vuelven más agudos hasta que dan paso a golpes en los muebles y a un posterior forcejeo en el suelo seguido por un largo y estridente grito de terror.

Después, todo se queda en silencio.

Boyd traga saliva y se da la vuelta para mirar a Susan, y ve que las lágrimas le caen por la cara.

—Conozco a esa mujer —explica Susan—. A ella y a su marido.

—¿Puedes continuar?

—Tienen un bebé.

—No sé qué hacer. No creo que podamos hacer nada.

—Lo siento, Rick.

—Eres una chica muy valiente.

En ese momento se siente muy unido a ella.

«Podría llegar a enamorarme», piensa.

—No te rindas —añade Boyd.

Temblorosa, Susan asiente y reanudan la marcha escalera arriba. Cuando llegan al tercer piso, Boyd oye un siniestro gruñido gorgoteante detrás de una de las puertas, el rítmico sonido de unas pisadas, y le recuerda a un animal enjaulado.

La pared vibra a causa de un impacto.

—Déjame llamar a casa primero y ver si alguien lo coge, ¿vale? —sugiere Susan.

—Está bien —responde Boyd, agradecido por el respiro en la tensión.

Susan saca su teléfono móvil y llama, pero cuelga tras unos segundos.

—No responden —explica, con el rostro blanco como el papel.

Boyd quisiera consolarla, pero sólo puede asentir y mirar al techo. Suben el último tramo de escalera. Ella señala una puerta.

—Es ésa —informa Susan.

Boyd se seca el sudor de los ojos, pestañea, asiente y apoya la culata contra el hombro.

—Hagámoslo.

Boyd oye que la puerta que tiene a la espalda se abre y, antes de que pueda darse la vuelta, algo contundente le golpea la pierna derecha, que cede al impacto y lo obliga a apoyar la rodilla en el suelo. Unas manos tiran de su arma. Le apoyan el cañón de una pistola contra la sien de forma violenta.

—Suéltala, tío —le ordenan.

—¡Susan! —grita Boyd, e intenta acercarse a ella para protegerla, pero la chica se lanza a los brazos de un chico alto y musculado.

—Lo conseguí, cariño —dice Susan, besando al chico con pasión—. Lo conseguí. —La alegría se convierte en un lloro histérico en un abrir y cerrar de ojos. Tiene la cara enterrada en el pecho del chico—. Lo conseguí, estúpido cabrón.

—Jamás tendría que haber salido a hacer esto —le dice el chico a otro que sujeta una tubería.

—Pero lo ha hecho y ha regresado, viva. Misión cumplida.

—Está destrozada, mírala. Podría haber muerto ahí fuera.

Boyd se da cuenta de que todo ha sido un montaje. La llamada de teléfono fue la señal de aviso.

—Williams ya dijo que tu historia era mentira y que eras una yonqui —los interrumpe Boyd, con lágrimas de vergüenza y rabia en los ojos—. Tendría que haberle hecho caso.

—¿Una yonqui? —repite el chico que sostiene el arma, sonriendo—. Somos estudiantes de la Universidad de Nueva York. Yo estudio Medicina y Susan es licenciada en Filosofía, tío.

—No es nada personal, colega —dice el chico que sostiene la tubería, agachándose para poder mirar a Boyd a los ojos—. Siento haberte golpeado la pierna. Sólo necesitamos el fusil y la munición que tengas. Después, te puedes ir a casa.

—Tenemos que cruzar a Jersey esta noche —interviene en la conversación el chico que blande la pistola—, y necesitamos tener armas en caso de que tengamos que abrirnos paso a tiros entre esos locos babeantes. La pistola se la cogimos a un poli muerto. Entonces, a Bob y a Susan se les ocurrió esta lunática idea de engatusar a un par de soldados y traerlos aquí para quedarnos con sus armas. —El chico rompe a reír—. Y viéndote aquí, en carne y hueso, no me puedo creer que haya funcionado.

Era un plan estúpido.

—¿Qué hay en Nueva Jersey? —pregunta Boyd con la mirada llena de furia.

—Un lugar donde resistir mientras el mundo se acaba.

—El mundo no se va a acabar.

—¿Acaso estás ciego? ¿No has visto lo que sucede ahí fuera, amigo?

—Yo no soy tu amigo —le espeta Boyd.

—Siempre podrías venirte con nosotros, ¿sabes? —le propone el deportista, que aún tiene a Susan entre los brazos. Sus amigos le dicen a gritos que se calle—. Tendremos tu fusil, pero ni siquiera sabemos cómo se utiliza correctamente. Necesitamos a un tipo como tú a nuestro lado. Casi me da un ataque al corazón cuando te hemos atacado. En cambio, tú tienes experiencia en este tipo de cosas. ¿Qué dices?

Los otros lo miran con expectación.

Quince minutos después, Boyd cojea a buen ritmo calle abajo, haciendo muecas a causa del dolor que le sube por la pierna a cada paso.

Está solo.

«Esos estúpidos críos no van a llegar a Nueva Jersey —piensa—. No van a llegar a ninguna parte. Con o sin armas, si las cosas se van a poner tan feas como dicen ellos, van a morir».

Boyd ve un cuerpo en medio de la calle, tumbado boca abajo y sufriendo convulsiones, y decide rodearlo.

Después de todo lo que ha visto y oído esta noche, el lugar más seguro en el que estar es justo en medio del segundo pelotón de la compañía Charlie, con asesinos natos como Hicks y Ruiz cubriéndole la espalda. Prefiere estar con ellos dos y que Ruiz le deje el trasero morado a patadas por haber abandonado su puesto y perder la carabina M4, que jugársela con un puñado de niños listillos robapistolas de clase media.

Tres manzanas más y estará en casa.

De nuevo, intenta pensar en alguna excusa convincente para haber abandonado su puesto y perdido el arma y la munición, pero aún no ha conseguido que su cansado cerebro dé con la solución. Un soldado de infantería que ha perdido su fusil es como un samurái que ha perdido su espada. Nunca será capaz de superarlo.

Oye un gorgoteo en la oscuridad. Se da la vuelta, en busca de algún lugar donde refugiarse, un lugar donde esconderse, pero no hay ninguno cerca. Por la calle, dos oscuras figuras avanzan hacia él con un trote saltarín. Boyd camina más rápido, pero el dolor en la pierna le hace ver las estrellas. Las figuras ya están más cerca, las caras aún cubiertas por las sombras.

Así pues, sólo queda luchar. Que así sea.

Por primera vez en toda la noche, Boyd está completamente calmado. Él sabe de

qué va esto.

Los niños universitarios le robaron el rifle y la bayoneta, pero no se llevaron su cuchillo particular, una maldita navaja que lleva escondida en la bota.

Saca la navaja y espera.

## 15. Corre, corre, maldita sea, corre

Al otro lado de la puerta doble hay un pasillo lleno de gente vestida con pijama, bata o uniforme de enfermera que caminan de un lado a otro arrastrando los pies. Sufren convulsiones y tuercen el cuello bajo el intenso brillo de la luz de los fluorescentes; tienen los ojos abiertos sin mirar a nada en particular, gruñen y se arañan cuando chocan los unos con los otros en su discurrir sin rumbo.

Tienen la cara colorada y brillante por el sudor. Los ojos les relucen febriles. Los pies descalzos dejan huellas de sangre y excrementos en el suelo.

—¡Menuda mierda! —grita Wyatt.

Giran la cabeza. Parpadean y enfocan la vista. Los gruñidos se vuelven más intensos.

—Joel, apártate de ahí —dice Mooney, dando un paso atrás.

Uno de los perros rabiosos, una mujer con el pelo largo y canoso, da tres rápidas zancadas hacia Wyatt y aúlla escupiendo saliva.

—Socorro —implora Wyatt sin alzar la voz.

Un enorme hombre con incipiente calvicie, nariz de patata y los brazos tatuados empieza a abrirse paso a empujones entre los otros para llegar a Wyatt. Un niño pequeño, no mayor de seis años, sale a la carrera hacia él y comienza a dar brincos con los ojos encendidos, al tiempo que gimotea y se lleva la mano a la nariz, que no para de moquearle.

—Corre, Joel —lo apremia Mooney con la voz entrecortada.

—Socorro...

Y de pronto el pasillo entero cobra vida, los cuerpos se empujan unos a otros hasta que se llega a un punto de ebullición y todos empiezan a correr tras ellos.

—¡Corre! —grita Mooney—. ¡Corre, corre, maldita sea, corre!

Mooney se da la vuelta y arranca a correr con los pies descalzos. Sólo se permite echar una mirada atrás y ve que Wyatt se está acercando, con los ojos abiertos como platos y llenos de lágrimas y una horda de maníacos pisándole los talones. Llegan a la escalera y bajan los escalones de dos en dos, de tres en tres, con muecas de dolor y sin parar de gritar.

—¡Mooney, espérame!

Un hombre delgado y con barba, vestido con una bata de hospital, se precipita al vacío por el hueco de la escalera sin dejar de patear y manotear al aire en su caída, y se estrella contra el suelo con un sonido asqueroso.

—¡Mooney! No me dejes aquí.

—¡Sigue corriendo, Joel!

Mooney llega a la puerta que hay al pie de la escalera, la mantiene abierta y ayuda

a Wyatt a cruzarla con un empujón antes de cerrarla con un portazo.

—¡Ve a buscar al sargento! ¡Vamos, vamos!

Wyatt se marcha escopeteado pasillo abajo, renqueante a causa de un tobillo dolorido, mientras Mooney empuja la puerta con todas sus fuerzas. Casi sale disparado contra la pared opuesta cuando el primer perro rabioso intenta abrirla. Recupera el equilibrio y vuelve a apoyarse sobre la puerta apuntalándose en los talones, pero la marea de cuerpos es imparable.

No puede contenerlos y cede terreno lentamente.

Al final, ceja en su intento y sale corriendo detrás de Wyatt dando la voz de alarma.

Los chicos ya comienzan a salir al pasillo, algunos frotándose los ojos y vestidos sólo con la ropa interior; sin embargo, todos ellos van armados, maldicen y buscan a su oficial superior.

—Pero ¿qué pasa?

—¿Quién persigue a Joel?

—¿Disparamos o qué? ¿De qué va esto?

—Dios mío, ¿y ese olor?

—¿Qué demonios es eso?

—¡Apartaos!

El teniente se abre paso entre los chicos al tiempo que desenfunda su pistola de 9 mm y le quita el seguro.

—¡Alto! —grita Bowman.

Los perros rabiosos no le hacen caso.

—¡Alto o abriremos fuego!

Y más que ordenar, lo implora.

—Por favor...

El pánico que sentía se evapora al darse cuenta de que no queda ninguna otra opción.

—¡Cuerpo a tierra! —ordena, avisando con un gesto a Mooney y a Wyatt—. ¡Ahora!

Mooney, con los pulmones y las piernas ardiéndole, da una última zancada hacia Wyatt y se lanza sobre él para hacerlo caer al suelo.

—Teniente... —dice Kemper detrás de él.

Bowman apunta con precisión y le descerraja un tiro en plena cara al perro rabioso que iba en cabeza.

Los otros perros rabiosos no se han dado ni cuenta. Siguen corriendo entre aullidos hacia los soldados.

—¡Fuego! —ordena Bowman, disparando de nuevo—. ¡Fuego!

Los soldados forman una línea de fuego y empiezan a disparar con sus armas casi

a bocajarro. El efecto es devastador. La lluvia de metal al rojo vivo atraviesa carne, músculos y huesos. Una delgada niebla de sangre y humo cubre el pasillo. Algunos chicos cierran los ojos al disparar, incapaces de contemplar la escabechina.

En menos de un minuto todo ha terminado.

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! —aúlla Kemper.

—¿Qué cojones ha pasado? —grita uno de los chicos—. ¿Qué sucede?

Bowman parpadea y ve que el suelo del pasillo está cubierto de cuerpos ensangrentados y agujereados, varios aún gimen y se mueven encima de charcos de sangre. La batalla ha transcurrido como un borrón. A pesar de la increíble potencia de fuego utilizada en esta estrecha franja de muerte, los perros rabiosos casi consiguieron llegar hasta la línea de fuego. Le pitan los oídos y aún le vibran los dientes por las ensordecedoras descargas de los fusiles. Por extraño que parezca, se siente exultante, y entonces se obliga a reprimir la necesidad de vomitar.

Se da la vuelta y ve a varios de los chicos agachados frente a la pared; gritan, tienen arcadas y vomitan. El *flash* de una cámara digital salta cuando un soldado toma una fotografía y luego vuelve a mirar con incredulidad la carnicería.

«Lo más seguro es que la tercera escuadra se esté cagando en los pantalones frente a la entrada del hospital —dice Bowman para sus adentros—. También han tenido su propio combate según informaron momentos antes de que apareciera esta horda demente. Además, tienen a un hombre ausente sin permiso. Dentro de unos minutos todos estaremos igual. Vomitando y paralizados por la culpabilidad y la vergüenza... A no ser que dejemos de pensar y nos pongamos en movimiento».

El teniente aún duda de haber tomado la decisión correcta al ordenar a sus hombres que abrieran fuego, pero le han encomendado un trabajo y tiene que asegurarse de que la unidad mantenga su eficiencia de combate.

Lo que quiere saber es de dónde salieron todos esos perros rabiosos.

—¡Sargento McGraw! —berrea Bowman—. ¡Llévese a sus dos hombres de aquí! ¡Que los limpien y los desinfecten! Espero un informe completo acerca de cómo atrajeron exactamente a esos civiles aquí abajo. ¡Sargento Ruiz!

—¿Señor?

—Compruebe su escuadra —ordena el teniente—. No lo haga por radio, compruébelo en persona. También espero un informe completo de la escaramuza. No sea muy duro con ellos. ¡Sargento Lewis!

—¡Señor!

—No se aparte de mí, Grant.

La discordia que se vivió en la reunión en el despacho del sótano ha desaparecido. Bowman está contento de ver que sus suboficiales van todos a una. Estos hombres son verdaderos profesionales.

Wyatt y Mooney ya están intentando levantarse, apartan los cuerpos que les han

caído encima y gimotean por las magulladuras sufridas bajo la estampida de perros rabiosos.

Wyatt se levanta vacilante y comienza a reír.

—Ha molado mazo —afirma.

Mooney, cubierto de sangre y tambaleándose como un borracho, intenta golpearlo, y sólo por pura suerte consigue darle en un lado de la cabeza. Wyatt sale lanzado contra la pared y pierde las gafas. Al momento, sus compañeros los separan.

—¡Sargento Kemper! —ladra Bowman.

—Señor —responde el sargento de pelotón.

—Clasifique a esas personas —ordena el oficial—. Separe a los muertos de los heridos y encuentre un lugar donde poner a los dos grupos.

—La morgue está llena, señor.

—Encuentre otro lugar, Mike. No los quiero aquí.

—Me ocuparé de ello, señor.

—El sargento Lewis se pondrá al mando de una escuadra para dar con cualquier perro rabioso que se hubiera apartado del grupo y restablecer el contacto con Winslow y con el personal del hospital. Si no están haciendo nada aquí, los quiero ayudándolo. Quiero que todo el mundo haga algo. —Bowman se da cuenta de que dos soldados esperan una oportunidad para poder hablar con él—. ¿Y bien, qué sucede? ¿Qué desean?

—Sólo... ¿Qué demonios es esta plaga, teniente? —pregunta Finnegan.

—Acabamos de disparar a toda esa gente —dice Martin sin dejar terminar a Finnegan—. ¿Qué vamos a hacer, señor?

—Sargento Lewis, ocúpese de estos hombres.

—¡Vamos, lloronas! ¡Ya habéis oído al teniente! Sacaos la cabeza del culo y despejad el pasillo.

El efecto de las palabras es electrizante, como un resorte que consigue despertar a los chicos de su letargo y ponerlos a trabajar.

—¡Eo! —grita alguien en la escalera—. ¿Están todos bien?

—Acércate lentamente para que podamos verte —ordena Lewis levantando el rifle.

Winslow aparece en el pasillo con la pistola a un costado; respira con dificultad y el terror se le refleja en los ojos al ver a los muertos y a los que no tardarán en estarlo. Camina con cuidado entre los cuerpos y se acerca a Bowman.

—¿Está infectado? —le pregunta Winslow.

—Nos atacaron —contesta Bowman—. Disparamos en defensa propia.

—¿Está infectado?

—Intentamos atender a los heridos. No nos vendría mal un poco de ayuda por parte del personal del hospital. Algunas de estas personas aún son peligrosas. Se las



tiene que sedar antes de poder tratarlas.

—¿Personal del hospital? —pregunta Winslow, confuso.

Bowman se acerca a él.

—¿Se encuentra bien, señor?

—Estos monstruos mataron a la mitad del turno de noche —explica Winslow con la voz entrecortada—. Hicieron trizas a mis hombres como si fueran de papel.

Una mujer de mediana edad gime a sus pies, con los ojos abiertos y jadeando, mientras intenta taparse un agujero ensangrentado que tiene en las costillas.

—Apártese, teniente —dice Winslow.

Y tras ello le mete una bala a la mujer en la cabeza.

# Capítulo 3

## 16. Soy de seguridad, no de mantenimiento

Cuando la muchedumbre irrumpió en el vestíbulo, el Instituto Bradley de Posgrado de Microbiología y Estudios Víricos entró en modo de aislamiento de emergencia. Los científicos no podían salir y la muchedumbre no podía subir por las escaleras y llegar a los laboratorios.

La mayoría del personal se había ido a casa la noche anterior, dejando un retén de unos pocos científicos obstinados en el laboratorio para trabajar en la vacuna para el Hong Kong Lyssa. Ahora se encuentran atrapados mientras dure el asedio.

Con los ojos llorosos de no dormir y la protuberante barriga quejándose de hambre, el doctor Joe Hardy —el director de investigación— observa a la rubia alta y guapa por las pantallas de seguridad y se pregunta dónde la ha visto antes.

—Ahí va otra vez —comenta Stringer Jackson, el guardia de seguridad, junto al doctor—. Mire, escribe otro mensaje.

El gentío logró reducir con facilidad a los dos miembros de la Guardia Nacional apostados en el vestíbulo, tomándolos como rehenes. La rubia, que al parecer es la líder del grupo, ha comunicado sus exigencias enseñando unos carteles a las cámaras de seguridad y simulando que dispara a los soldados en la cabeza.

—Esa zorra es dura de pelar —expone con admiración Hardy, las manos metidas en los bolsillos de la bata de laboratorio—. Igualita que mi ex mujer.

Jackson sonrío de oreja a oreja.

La rubia levanta satisfecha un cartel que dice: Dadnos la vacuna u os congelaréis.

Hardy resopla con sorna y entonces se queda pensativo.

—¿Pueden hacerlo? —le pregunta a Jackson.

—Yo soy de seguridad, no de mantenimiento.

El aire acondicionado comienza a soplar con fuerza a través de los conductos de ventilación, y la temperatura del centro de mando de seguridad, que ya se mantiene a tan sólo dieciocho grados centígrados para que los guardias no se duerman, empieza a bajar.

—Magnífico. ¿No se puede hacer nada para apagarlo, jefe?

—No que yo sepa, doctor Hardy —responde Jackson, que se encoge de hombros.

El centro de mando apesta a transpiración nerviosa y a humo de tabaco. La sala es casi el doble de grande que los despachos privados de los científicos; tiene una mesa en el centro, detrás de la cual está sentado Jackson en una silla ergonómica. El puesto de trabajo del operador consiste en una consola de control y un ordenador con una interfaz gráfica de usuario, un teléfono, material variado de oficina repartido por toda la superficie de la mesa y en el interior de unos cajones. Un proyector digital colgado del techo muestra las imágenes de las cámaras de seguridad en unas pantallas grandes

colgadas en la pared que está frente al puesto de trabajo.

Hardy sólo había estado una vez en esta habitación. Es extraño pensar que detrás de una puerta cualquiera, en uno de los blancos y eficientes pasillos del instituto, haya un aparato de seguridad altamente sofisticado que permite a un solo hombre monitorizar todos los espacios públicos del edificio sobre una pantalla gigante en la pared.

Por desgracia, a pesar de que el equipo del centro de seguridad permite observar a la gente que ha ocupado el vestíbulo, no ofrece ninguna solución para deshacerse de ellos.

«Esto es demasiado importante —piensa Hardy—. El país cuenta con nosotros. Hemos cultivado muestras puras del virus y trabajamos en su clasificación genética. Una vez que hayamos completado ese paso, podremos empezar a trabajar de verdad en la vacuna. Si nos dejáis...»

Hay tantas vidas en juego en ese momento...

—A decir verdad, tal vez sí hay una cosa que podríamos hacer —comenta Jackson con tranquilidad.

—¿Qué es? —pregunta Hardy, interesado.

—Pues darles lo que quieren, ya sabe...

—¡Pero aún no existe ninguna vacuna! —estalla Hardy.

Jackson se encoge de hombros, poco convencido.

—Quizá debería bajar ahí con unas cuantas jeringas e inyectarles un poco de suero —replica Hardy a modo de burla—. Así se irían y podríamos centrarnos de nuevo en intentar salvar millones de vidas al desarrollar una vacuna de verdad.

—No sé —opina Jackson—. No creo que sea muy ético.

—Jackson, ¡no hay vacuna! —exclama Hardy.

—Ya lo sé. No hace falta que me grite.

—Y tampoco vamos a conseguirla con ese enjambre de gilipollas ahí abajo. A lo sumo, tenemos a diez personas trabajando en el laboratorio en estos momentos.

—Pues a mí no me pagan lo suficiente para aguantar estas cosas. Antes fui poli, ¿sabe? La gente del vecindario solía mostrarme respeto cuando hacía la ronda.

—Los del CDC han dicho que vendrían a proteger el edificio, pero aún no lo han hecho. Casi no queda comida, no tenemos un lugar donde dormir y tampoco podemos mantener el nivel actual de esfuerzo de investigación con esta plantilla tan exigua. Y eso quiere decir que no hay una vacuna, ¿está claro? Toda esa gente de ahí abajo corre el gran riesgo de que los mate el ejército cuando aparezca.

«E incluso si trabajáramos sin interrupciones, pasarían meses antes de que se elaborara la vacuna en cantidades industriales», se recuerda Hardy para sus adentros.

Después de crear la fórmula, las fábricas tienen que sintetizar la cantidad suficiente de vacuna para inocular a los trabajadores sanitarios, luego a los miembros

del gobierno, después al ejército y, por último, al resto de los más de trescientos millones de personas que hay en Estados Unidos. Cuando empiecen a vacunar a la población en general, habrán pasado meses desde que se desarrolló la vacuna.

Y, para entonces, la pandemia habrá terminado. Por lo menos, en América del Norte.

Pero ésa no es la cuestión. La cuestión es que tienen que conseguir desarrollar una vacuna para prevenir que el virus rebrote a los pocos meses y toda esta pesadilla empiece otra vez. Las pandemias ocurren en dos o tres oleadas. Una vacuna detendría el avance de la segunda oleada. Incluso podría erradicar el Lyssa de la faz del mundo.

En las pantallas de seguridad de metro y medio de alto, la sonrisa de satisfacción de la rubia se evapora de modo paulatino, y al final se cansa de sostener el cartel en alto y se lo da a otra persona. La apatía se ha adueñado del gentío después de una larga noche de no hacer nada. Cuando las instalaciones pasaron a modo de emergencia, no sólo se quedaron aislados de los laboratorios, sino que también se quedaron encerrados dentro del edificio.

Se llama «código naranja». Nadie entra, nadie sale.

Los dos miembros de la Guardia Nacional están sentados en el suelo con las manos atadas a la espalda y aspecto apesadumbrado. Detrás de ellos, un adolescente se aparta de sus amigos, saca un bocadillo de una bolsa de papel marrón y empieza a devorarlo.

Hardy no le quita ojo de encima. El estómago le gruñe y casi saliva a causa del hambre. Intenta adivinar de qué será el bocadillo del chaval. ¿Jamón y queso con mostaza? ¿Pavo con tomate y beicon? ¿O quizá uno de esos bocadillos cubanos que hacen a la vuelta de la esquina con jamón, cerdo asado, salami, queso suizo, pepinillos y mostaza con pan cubano?

Su estómago no para de sonar.

—Bueno —empieza Jackson—, eso está bien, pero lo que digo es que no debe de haber más de una treintena de personas ahí abajo. Si usted tuviera la vacuna, seguro que podría tratarlas.

Hardy nota que el comentario del guardia de seguridad lo encrespa, pero sacude la cabeza con tristeza al tiempo que la ira lo abandona.

—No hay ninguna cura mágica, Jackson —contesta con un sonoro suspiro, y echa a andar hacia la puerta—. Ojalá la hubiera.

—¿Adónde va, doctor Hardy?

Hardy se detiene junto a la puerta.

—A los laboratorios, Jackson —responde con el tono de voz más heroico que es capaz de utilizar, como si fuera el protagonista de una película—. Aún me queda mucho trabajo que hacer si he de derrotar este azote.

Suelta una risotada y abandona el centro de mando de seguridad en busca de algo

que guarde semejanza con un desayuno.

# Capítulo 4

## 17. Nueva York siempre me ha parecido un país extranjero

El sargento Mike Kemper saluda con la cabeza a Mooney y a Wyatt, que están ocupados fregando la sangre del suelo del pasillo, y entra en la oficina improvisada del teniente sin dejar de preguntarse si Bowman aún está capacitado para seguir al mando del pelotón.

Kemper conoce a Bowman mejor que nadie de la unidad, incluso mejor de lo que lo conoce el capitán West. Ése es su trabajo. Los suboficiales cuidan de los soldados de su unidad. No obstante, como sargento de pelotón, parte de su trabajo también es cuidar del teniente y aconsejarlo.

Unas horas antes, el teniente comunicó nuevas órdenes e inició un debate abierto sobre ellas con los suboficiales. Poco después, ordenó al pelotón que abriera fuego sobre los civiles.

Kemper le enseñó a llevar el negocio durante casi un año en Iraq. Lo ha visto madurar y convertirse en un oficial que respeta a sus hombres y los lidera desde la vanguardia, nunca desde la retaguardia. Pero ésta es una situación nueva por completo, y en una situación tan horripilante como la presente, un comandante se puede volver inseguro, imprudente o ambas cosas a la vez. Los comandantes inseguros o imprudentes consiguen que sus hombres mueran.

Debido a la enormidad del gentío que los atacó, abrir fuego sobre los civiles había sido la decisión correcta. Si Bowman no lo hubiera ordenado, el pelotón habría sido superado y aniquilado. Pero sólo resultó ser la decisión correcta a posteriori. Podría haber sido únicamente un pequeño grupo de personas el que se abalanzara sobre ellos. En ese caso, ahora se consideraría al teniente un oficial demasiado ansioso de poner en práctica las nuevas reglas de enfrentamiento que permiten disparar a civiles.

La cuestión es que el teniente podría haber estado equivocado. Terriblemente equivocado. Y eso hace que Kemper se pregunte si Bowman corrió un riesgo de forma inteligente y calculada o si, por el contrario, fue presa del pánico. En realidad, le cae bien el teniente, y quiere creer que Bowman tomó una decisión meditada. Pero no está seguro de ello.

El sargento encuentra a Bowman sentado, iluminado por la luz de la lámpara de mesa, con los ojos fijos en la radio que hay sobre la mesa. El teniente levanta la vista y lo invita a pasar con un gesto cansado. No lleva la máscara puesta.

—Si ha venido a arrestarme, ya he intentado que lo hagan —dice Bowman.

—¿A arrestarlo? —pregunta sorprendido el sargento de pelotón.

—Por violar el artículo 118 del Código Uniforme de Justicia Militar, Mike.

—¿Asesinato?

El teniente asiente con la cabeza.



—Por convertir a mis hombres en un puñado de asesinos de niños —añade Bowman.

—No, sólo vine a ver si usted quería hacer un informe de lo ocurrido.

—Sí, en cierto modo...

Kemper se sienta, se quita la máscara, enciende la colilla de uno de esos puros de olor nauseabundo y suspira, exhalando una larga bocanada de humo.

—¿Quiere saber lo que pienso?

—Sí, Mike, me gustaría.

Es algo difícil de explicar, pero en este momento Kemper no está preocupado por la cuestión moral de disparar a los civiles. La moralidad es un lujo en una situación como ésta. En cambio, lo que le preocupa es que se cuestione abiertamente el criterio del teniente.

—Teniente, lo que ha ocurrido aquí esta noche ha sido terrible, pero usted ha actuado según las reglas de enfrentamiento y sólo tuvo unos pocos segundos para tomar la decisión de proteger a su pelotón —expone el sargento con franqueza—. Una cosa es la conciencia de un hombre, pero el ejército afirmará que usted tomó la decisión correcta.

—Eso mismo me contestó el capitán West.

—¿Le ha explicado lo sucedido? ¿Y qué dijo?

—Que él ya tiene bastantes cosas entre manos y que yo debería seguir mis putas órdenes. Fin de la reunión.

Kemper se recuesta en la silla, procesando la información.

—Todo esto... no tiene mucho sentido, ¿verdad, señor?

—No tiene ninguno.

—¿Ha hablado con algún otro jefe de pelotón?

—Ése es el tema, Mike. Cuarentena ha restringido la red y sólo permite comunicaciones de emergencia. Está pasando algo gordo y nosotros estamos aislados. No tengo ningún informe de inteligencia ni una visión completa del asunto.

Kemper empieza a entender lo que le pasa por la cabeza al teniente. La situación ha cambiado, y con ella las reglas de enfrentamiento, y Bowman intenta dilucidar la razón. Si el teniente llega a comprenderla, podrá tomar las decisiones adecuadas, y quizá justificarse a sí mismo por qué ordenó a sus hombres disparar a más de cuarenta civiles a sangre fría.

—Ahora mismo todos nos sentimos como una mierda e indignos de llevar el uniforme. La moral está por los suelos. Pero nosotros somos los profesionales. No podemos mostrarnos indecisos frente a los muchachos. Necesitan que nosotros los lideremos.

Bowman se pone tenso, y luego sonrío con timidez.

—Así que esto no va sólo conmigo, ¿verdad?

—No, señor —responde Kemper con tranquilidad.

—Lo que resulta extraño de todo este asunto es que parece que estamos en un país extranjero y que nosotros somos el enemigo. Tengo la impresión de estar en un episodio de «La dimensión desconocida» en el que hicimos algo terrible en Iraq, y entonces Dios le da la vuelta a la realidad y convierte América en Iraq y nosotros tenemos que descubrir qué hicimos mal o repetir los mismos errores, pero esta vez sobre nuestra gente.

—Con el debido respeto, señor, se come demasiado el tarro.

Bowman esboza una sonrisa forzada.

—Mike, acabo de ver a un oficial de policía disparar en la cabeza a una ciudadana americana herida. Un policía que vio cómo morían sus mejores amigos a manos de una muchedumbre enloquecida sumida en una extraña fase terminal de una nueva enfermedad. Llegados a este punto, no podemos descartar nada.

—Todos estamos cansados. Estamos hechos polvo. —El suboficial exhala otra nube de humo y apaga el puro contra el tacón de la bota—. De cualquier manera, Nueva York siempre me ha parecido un país extranjero.

El teniente se lo queda mirando y luego estalla en carcajadas.

—Acaba de darme una idea —explica Bowman—. La situación requiere que consideremos la ciudad como un ambiente hostil. Así que haremos eso. Si tu unidad se queda aislada en un país enemigo y necesitas trasladarte de una posición segura a una nueva zona de operaciones, ¿qué es lo primero que haces?

—Reconoces el terreno —responde Kemper con una sonrisa.

—Correcto. Tenemos tiempo para llevar a cabo una misión de reconocimiento antes de ponernos en marcha. Eso nos puede dar las respuestas que necesitamos para saber a qué nos enfrentamos.

—A la orden —contesta Kemper. Ése es el Todd Bowman al que el sargento instruyó en Iraq para estar al mando. Es bueno haberlo recuperado—. Ya sé a qué hombres utilizar para esta misión.

## 18. No nos vendría mal una pistola, a decir verdad

Con la mañana, el ambiente se vuelve fresco y húmedo por el rocío. Las ventanas de los edificios más altos brillan con las primeras luces. Varias construcciones cercanas al lugar de la explosión de ayer aún humean y un repentino cambio en el viento hace llover cenizas y trae el acre hedor de los muebles quemados. Los chicos comprueban sus mochilas y recargan los cargadores. Tosen cubriéndose la boca mientras se preparan para ponerse en marcha.

Los muchachos del segundo pelotón están exhaustos. Se han pasado horas despejando el hospital y limpiando la porquería. A lo largo de la noche, pequeños grupos de infectados atacaron la alambrada y tuvieron que ser abatidos; los cuerpos se dejaron entre la chatarra de los coches hasta la llegada del alba.

Con los rumores acerca de que el pelotón se pondrá en movimiento para reincorporarse a la compañía, aparecen las primeras afirmaciones de que los pondrán contra la pared y los ejecutarán por lo que han hecho. Incluso al teniente. Los chicos han luchado en Iraq y saben hacer su trabajo, pero se alistaron para disparar a los malos, no a americanos. Lo que están haciendo ahora no les parece que siga siendo el servicio de verdad. En cambio, se sienten como criminales de guerra sin importar lo que les permitan hacer las nuevas reglas de enfrentamiento. Algunos ya están hartos y quieren renunciar y volver a casa. Otros necesitan un chivo expiatorio. Es un estado de ánimo peligroso. Los suboficiales lo notan y no dejan descansar a los soldados ni un minuto mientras están pendientes de los síntomas de estrés post-traumático que puedan aparecer.

En el vestíbulo, el teniente se despide del jefe del hospital y del policía.

—Siento que no podamos quedarnos y continuar apoyándolos —se disculpa Bowman ante el doctor Linton, quien parece haber envejecido diez años durante la noche—. ¿Qué van a hacer ustedes?

—Nos quedamos aquí, teniente —interviene Winslow, respondiendo a la pregunta en lugar de Linton—. Entre el doctor y yo vamos a intentar que el lugar siga operativo y convertirlo en una clínica de recuperación.

—Tenemos bastante comida, agua y gas para el generador —añade Linton. Luego, tras un educado carraspeo, añade—: No nos vendría mal una pistola, a decir verdad.

—¿Está seguro, señor?

—Lo estoy.

Bowman le devuelve a Winslow su pistola Glock 19.

—Dispondré que le devuelvan las armas y la munición que recuperamos de... sus hombres, señor —añade Bowman.

—Gracias, teniente —responde el policía con una mueca de dolor.

—Buena suerte a los dos, entonces. Son muy valientes.

«Son valientes y están condenados», piensa Bowman.

Un policía psicópata con un par de pistolas no será capaz de proteger a un hospital entero contra personas que, con toda seguridad, harán uso de la fuerza para entrar en él y exigir cuidados médicos para sus familias. Eso o unos yonquis en busca de fármacos acabarán con los dos.

Si su pelotón pudiera mantener esta posición, ellos seguirían a salvo y podrían acabar lo que empezaron. Pero órdenes son órdenes.

—Alguien tiene que sobrevivir, teniente —le dice Winslow.

A modo de respuesta, Bowman frunce el ceño ante la extraña afirmación. Acto seguido, se pone la gorra y los saluda. Abandona el hospital Trinity sin volver la vista atrás.

En el exterior, los chicos están sentados en el suelo con el equipo, limpiando las armas y engullendo las raciones de comida preparada. Miran al teniente con expectación, con el miedo reflejado en los ojos, pero no dicen nada. De hecho, el silencio es lo primero que nota Bowman al salir del hospital. Los chicos están concentrados. Nada de boxear marcando los golpes ni amagos de pellizcarse el culo los unos a los otros como de costumbre; esta mañana no hay nada de eso. Aún intentan asimilar lo que han hecho.

Hoy, Bowman llevará a los hombres hacia el noroeste, a una escuela convertida en un centro para el tratamiento del Lyssa y que es la zona de operaciones del primer pelotón y el cuartel general de la compañía Charlie. La distancia es inferior a dos kilómetros. No tienen transporte, así que tendrán que ir andando.

Bowman saluda con la cabeza al sargento McGraw.

—¿Va todo bien? —pregunta el teniente.

—Vamos tirando, señor —responde el jefe de la primera escuadra.

—Busque a los soldados Mooney y Wyatt y tráigamelos, sargento.

—Ahora mismo, señor.

Kemper se acerca y saluda. Bowman le devuelve el saludo.

—Buenos días, señor.

—¿Y bien, Mike?

—Todos están presentes excepto el soldado Boyd. Sigue desaparecido.

—Vaya. Anoche registramos el hospital de arriba abajo. Tendremos que suponer que saltó la alambrada y está ausente sin permiso. Demos una vuelta y echemos un vistazo.

Salen de la alambrada y se suben al techo de un coche abandonado para tener una buena visión de la Primera Avenida. Bowman utiliza la mirilla telescópica de su fusil, y Kemper unos binoculares Viper de Vortex. Hasta donde les alcanza la vista, toda la

calle en dirección norte está atestada de coches abandonados. Una capa de humo cubre la escena y reduce la visibilidad de manera considerable. Algunos coches arden y expulsan gruesas humaredas aceitosas.

No se ve a nadie.

Estalla un tiroteo en la distancia, intenso y violento.

Un escalofrío recorre la espalda de Bowman.

—Aparte de ese tiroteo, las cosas parecen estar bastante tranquilas esta mañana —informa el sargento de pelotón.

—Tiene razón. Ni sirenas, ni tráfico. Ya puestos, tampoco veo a nadie que intente colarse en el hospital. Es muy raro.

—Me gustaría saber adónde ha ido la gente que conducía esos vehículos. Parece como si anoche se hubiera librado una especie de batalla aquí, justo al otro lado de las barricadas. Puede ser que tenga razón sobre una cosa, señor.

—¿Cuál, Mike?

—Quizá sí que estamos en un episodio de «La dimensión desconocida».

A sus espaldas, Mooney y Wyatt se acercan presurosos, equipados por completo y con McGraw en los talones.

—Señor, se presenta el soldado Mooney —saluda Mooney mientras adopta la posición de firmes.

Wyatt repite el mismo ritual.

Bowman se da la vuelta y los mira.

—Así que vosotros sois los chicos a los que les gusta salir de reconocimiento...

Mooney y Wyatt intercambian una mirada inquieta.

## 19. ¿A que molaría poder matar a todas las personas que odias?

Las interminables hileras de vehículos abandonados se extienden en la penumbra, rodeadas de montañas de maletas, ropa, basura y cadáveres. Con las carabinas preparadas, los soldados avanzan con lentitud entre los escombros en dirección norte. Mooney reprime las ganas de vomitar al fijarse en que el conductor de un taxi está prácticamente decapitado a excepción de la mandíbula, recubierta de una barba roja. Wyatt señala nervioso un coche que está empotrado en un McDonald's. Lo han dejado como un colador y el parabrisas está salpicado de sangre. No hay ni rastro del conductor.

«Sorpresa y pavor», piensa Mooney.

—Macho, aquí ha habido algún tipo de combate —exclama Wyatt—. ¡Hey, mira eso!

Wyatt avanza deprisa, deja el arma apoyada contra un coche y empieza a llenarse los bolsillos con algo que ha encontrado en el suelo.

—¡Soy rico! Lástima que las tiendas estén cerradas.

Mooney tose a causa de la bruma tóxica. El interminable horror de esta patrulla lo está dejando extenuado. Cada paso que da es como si caminara a cámara lenta, como si nadara en el aire, como si escapara de sus peores miedos en una pesadilla.

—Esta mujer está desnuda —grazna Wyatt—. ¡Qué asco! Se le ven los sesos. ¡Eh, Mooney! ¿Quieres tajada de este dinero? Hay por todas partes.

—Joel, déjalo. Ya tenemos suficientes problemas sin que te pongas a saquear. Y te vas a poner enfermo si sigues recogiendo cosas del suelo.

El estrés le provoca un dolor de cabeza terrible y siente que las venas de las sienes empiezan a palparle con fuerza. Entonces se pone en cuclillas y se inclina hacia adelante para vomitar sobre un montón de ropa empapada con aceite de motor: zapatos de bebé, un sujetador, un par de pantalones de gimnasio.

Wyatt aparece frente a él.

—No tienes buen aspecto, colega. Quizá eres tú quien ha cogido el virus.

—No lo he cogido.

—Oh, entonces es vértigo. Tú imagina que sigues en Iraq y todo irá sobre ruedas. —Wyatt abre los ojos y, en una reacción tardía, añade—: ¡Tío! Ese coche de policía está del revés.

—Cállate, Joel —responde Mooney escupiendo al suelo—. Por favor, cállate de una maldita vez.

—No me digas que me calle. ¡Sólo intento ayudar!

—Pues no levantes la voz. Vas a conseguir que esas cosas se nos echen encima de

nuevo.

—Oh, Dios mío. ¿A que molaría que los despertáramos y cayeran sobre nosotros como una ola humana, digamos... un millón de ellos? —Wyatt se ríe con su característica risa aguda—. Tú tranquilo, jefe. Esta vez tengo un arma. Hay muchas parecidas, ¡pero esta arma es mía! Si esos dementes aparecen, me los voy a cepillar con todas mis ganas. Es como si Navidad hubiera llegado antes este año. ¡Matar a gente es legal!

Mooney se pone en pie, listo para reanudar el reconocimiento, pero al momento ve a una muchacha muerta que parece mirarlo con ojos ausentes desde la luna trasera de un Volkswagen Jetta. Mooney cierra los párpados.

«Sorpresa y pavor».

—Quiero decir que, ¿a que molaría poder matar a todas las personas que odias?

—No, Joel. Yo no quiero matar a nadie.

—Más para mí —se pavonea Wyatt mientras se aleja hinchado como un gallo. El cansancio lo ha hecho volverse más maníaco—. A trabajar entonces, colega. El teniente dijo que moviéramos el culo.

—De hecho, te juro por Dios que no voy a matar a nadie si puedo evitarlo.

Wyatt mira su reloj.

—Casi es la hora de pasar el informe con esas radios Icom tan chulas que nos han dado. ¿Vienes o qué?

Mooney aprieta los dientes y se da prisa para alcanzarlo, pisando con las botas trozos de vidrio roto. Concentra su sentido de la vista hasta conseguir los «ojos de mosca», sin fijarse en nada en concreto pero capaz de percibir los movimientos más sutiles que ocurran dentro de su campo de visión. Utilizaba esa técnica durante las patrullas en Bagdad.

Al pasar junto a un camión en la siguiente manzana, oye unos crujidos.

Y por debajo de los crujidos, un gruñido bestial y gutural.

Mooney indica con un silbido a Wyatt que se detenga.

Wyatt se pone en cuclillas al momento, mira alrededor, se vuelve hacia Mooney y hace un gesto con la mano.

¿Qué?

Mooney niega con la cabeza. No está seguro de qué es lo que ha sonado ni de dónde procede. Podría haber sido una bolsa de plástico arrastrada por el viento. Sólo que no hay viento.

Wyatt le indica a Mooney que se acerque a su posición.

Mooney se pone en pie y, con el rabillo del ojo, ve una cara que lo mira con avidez desde dentro del camión.

La criatura arremete, cierra la mandíbula llena de espuma y golpea la ventana con las manos, dejando manchas de sangre en el cristal.

Mooney grita, se tambalea hacia atrás y le dispara a bocajarro en toda la cara, que desaparece en una explosión de humo, vidrio y sangre.

—¡Joder, asesino! —exclama Wyatt, acercándose a su lado—. Te has cargado a esa chati. A la próxima, dale la oportunidad de rendirse, ¿quieres?

Mooney se aleja de los restos y se cubre la cara con una mano mientras gime.

—Romeo Cinco Tango, aquí Perro de guerra Dos, adelante.

—Oh, oh... Perro de guerra Dos-Seis quiere saber quién te asustó tanto como para que lo mataras —dice Wyatt, y aprieta el botón del aparato—: A la espera de recibir mensaje. Adelante.

—Hemos oído disparos en sus inmediaciones. Informe de la situación. Cambio.

—El soldado Mooney se vio sorprendido por un gato y disparó accidentalmente el arma. Pausa. —Wyatt sonrío a Mooney de manera burlona, cierra la mano en un puño y hace el gesto universal de masturbarse—. Nos encontramos a una manzana de distancia del punto de desvío designado. Nos disponemos a ir en dirección oeste. Cambio.

—Su misión es observar. No atraigan atención no deseada. ¿Me copia? Cambio.

—Recibido alto y claro, señor. Mensaje entendido. Cambio y corto.

—Corto.

—El teniente está raro —comenta Wyatt guiñándole un ojo a Mooney—. Larguémonos de aquí, asesino. En marcha.

Han recorrido unos ochocientos metros. Los soldados caminan por encima de unas maletas, abiertas y su contenido desparramado en mitad de la Primera Avenida, luego giran por la calle Cuarenta y dos.

A mitad de camino de la manzana al oeste de su posición, ven a un soldado que parece montar guardia frente a un edificio de oficinas. Más allá, al fondo de la calle, observan unos coches de policía aparcados como en un bloqueo de carretera para lograr que ciertos tramos de la calle queden libres para el tráfico oficial. Hay figuras que se mueven entre los coches, a duras penas visibles entre la neblina provocada por el humo.

—¡Hey! —grita Wyatt, agitando la mano a modo de saludo.

El soldado se vuelve pero no reacciona al verlos.

—¿Nos ha visto?

Desde el este, en el otro lado del río, oyen las ráfagas intermitentes de una ametralladora pesada. El sonido es distante, ensordecedor y furioso, como un tambor de guerra primitivo.

—Espera —dice Mooney, y se lleva los binoculares a los ojos.

El hombre es el soldado de primera Richard Boyd.

—Es Rick Boyd —informa mientras fuerza al máximo la vista.

Wyatt coge los binoculares, echa una ojeada y reprime un grito.



—¡Jesús! —exclama.

—Más vale que informe al teniente —dice Mooney.

—¡Jesús! —repite Wyatt—. Le han arrancado la nariz de un mordisco.

—Perro de guerra Dos-Seis, aquí Romeo Cinco Tango, adelante —dice Mooney a través del auricular, en apariencia más tranquilo de lo que está en realidad.

—Alrededor de la herida hay moscas, joder —masculla entre dientes Wyatt.

—Aquí Perro de guerra Dos-Seis. A la espera de recibir mensaje. Cambio.

—Hemos encontrado a Richard Boyd. Cambio.

—Buen trabajo. ¿Cuál es su estado? Cambio.

—Está... herido, cambio.

—¿Pueden proporcionarle atención médica y que vaya con ustedes? ¿O necesitan un doctor? Cambio.

—Negativo. Aún hay más.

—Y que lo digas —susurra Wyatt.

Mooney le hace un gesto para que cierre el pico.

—Hable claro. Cambio.

—Es uno de ellos, señor. Lo han mordido y... Ahora es uno de ellos. Cambio.

—Explique «uno de ellos». Cambio.

—Muestra signos de... —comienza a decir Mooney, pero no recuerda cuál es el término políticamente correcto que les han dicho a los soldados que utilicen. Al final, suspira y termina la frase—: Un perro rabioso, señor. Es un perro rabioso. Cambio.

Una larga pausa.

—¿Copia negativa, señor? —pregunta Mooney—. Adelante. Cambio

—¿Está completamente seguro de eso? Cambio.

—Afirmativo. Al ciento por ciento, señor.

—Recibido. Espere. Corto.

Los soldados se agachan y no pierden de vista a Boyd, quien deambula sin rumbo, entonces se detiene y se queda quieto moviendo la mandíbula.

—Hay moscas poniendo larvas en el agujero donde solía tener la nariz —dice Wyatt, al tiempo que baja los binoculares y mira a Mooney.

—Ya no podemos hacer nada por él —contesta Mooney—. Vigila nuestra espalda, ¿quieres? Sólo falta que alguien se nos acerque a hurtadillas por detrás.

—De acuerdo —responde Wyatt con docilidad, por extraño que parezca.

Así permanecen durante varios minutos. Mooney suspira audiblemente.

—Vamos. Terminemos con esto de una vez —ruega Mooney.

Y como si hubiera sido una orden, la radio vuelve a la vida.

—Romeo Cinco Tango, aquí Perro de guerra Dos. Mensaje a continuación. Cambio.

Mooney pulsa el auricular.

—Preparado para el mensaje. Cambio.

—Marquen la posición del soldado Boyd pero no realicen ninguna otra acción relacionada con él. —Silencio—. Aborten la misión y regresen a la base de inmediato. Eviten contacto con los civiles. —Silencio—. Sigán a rajatabla las nuevas reglas de enfrentamiento si se ven amenazados. ¿Me copia? Cambio.

Mooney y Wyatt intercambian una mirada.

—Mm... Entendido, señor. Quiere que evitemos ser detectados y abortemos la misión. A la orden. Corto.

—Corto.

Mooney se levanta.

—Ya has oído al viejo. Hora de volver a casa, Joel. ¿Joel?

—No lo podemos dejar así, Mooney.

El soldado delgaducho levanta la M4 y apunta el arma con precisión mediante la mira telescópica.

—¡Es uno de los nuestros! —exclama Mooney.

A Wyatt le caen lágrimas por la cara. Tiene una mirada salvaje en los ojos.

—Sólo voy a evitarle el sufrimiento. Yo también lo conocía.

—Baja el arma y pon el seguro, Joel.

—Sólo quiero ayudarlo.

—Baja la jodida arma.

—Pero ya está muerto —declara Wyatt.

Aprieta el gatillo.

No pasa nada.

La carabina M4 se ha encasquillado a causa de una doble alimentación. Tiene dos balas obstruidas en la cámara de disparo.

—No es justo —se queja Wyatt, al tiempo que desencasquilla el arma.

La alarma de un coche calle abajo se dispara. Boyd gira la cabeza en dirección al sonido y sale corriendo hacia allí.

—Supongo que es el día de suerte de Rick —añade Wyatt con amargura.

—Volvamos a la base antes de que me provoques un ataque al corazón —le dice Mooney, absolutamente agotado.

Mooney se pone a pensar en lo que les ha dicho el teniente. Le resulta extraño. El teniente les ha ordenado de manera explícita que dejen atrás a un miembro de su unidad enfermo y herido. Eso lo cabrea, pero sabe que es mejor no rehusar cumplir una orden o, incluso, cuestionar su sensatez. Además, como buen *grunt*, está acostumbrado a recibir órdenes a las que no encuentra el menor sentido. Quizá es porque el conocimiento que tiene de la situación es limitado, o tal vez sea por la incompetencia de sus superiores; a elegir. Pero eso no es lo que lo mosquea. Lo que le preocupa es que el tono de voz del teniente lo ha irritado. El teniente parecía

turbado.

No, mejor dicho, en realidad el teniente parecía aterrado.

## 20. Aquí pasa algo muy gordo y nos vamos a meter de cabeza en ello, y eso es una mierda

A las cero-seis-cuatro-cinco horas, con el despuntar del día, la guerra invisible se reanuda lentamente. El aire se llena con el estruendo de explosiones dispersas y el seco sonido de disparos procedentes de todas direcciones. En otros tiempos, se podría haber confundido con el sonido de unos fuegos artificiales. Los chicos del Perro de guerra Dos-Tres se apiñan alrededor del sargento Ruiz.

Armado con una escopeta M4 Super 90 y un par de tiras de cartuchos rojos de munición cruzadas sobre el pecho, encima del chaleco antibalas, el sargento comunica a la tercera escuadra que irán al frente del pelotón para reunirse con la compañía Charlie y que están autorizados a disparar sobre objetivos civiles, incluso sobre los que vayan desarmados.

El soldado de primera McLeod considera que Ruiz es un hijo de puta fanático en lo tocante a Dios, las armas y el ejército. Y no es sólo por los extraños ojos negros del hombre, ni por su mirada intensa. Ese tío es una especie de leyenda en el ejército por su reputación de asesino nato. Debajo de la camiseta, el tatuaje de una cruz negra ornamentada adorna su torso musculado, desde los pectorales hasta el abdomen. Una vez, en Iraq, Ruiz sorprendió a un grupo armado de insurgentes que cargaban con un lanzagranadas, y cuando al sargento se le encasquilló el arma, éste acabó con los hombres en una pelea cuerpo a cuerpo que duró quince minutos. Solo y armado con un cuchillo.

McLeod suele explicar a la gente que es gracias a psicópatas como Ruiz que las mariconas como él pueden dormir por la noche sin que importe lo mal que vayan las cosas en el campo de batalla.

Pero ahora el mundo está del revés. En mitad de la ciudad más grande de América, la voz del sargento Ruiz tiembla con algo parecido al miedo mientras les explica que tienen autorización para disparar a cualquier civil que realice un gesto amenazador contra la unidad.

—Y si un tío me hace la señal del pajarito, ¿puedo coserlo a tiros, sargento? —pregunta McLeod en plan chistoso—. ¡Joder! Nueva York acaba de convertirse en una galería de tiro al plato.

—Cállate —responde Ruiz, ausente.

También les indica que dejen cualquier objeto personal, que se guardarán en el hospital, y que, del mismo modo, no carguen con nada que no sea del todo imprescindible.

—Y los cascos de Kevlar se quedan aquí también —añade—. Iremos con las gorras. Eso sí, coged tanta munición como podáis cargar. Vamos, señoritas. Salimos

en diez minutos.

Después de que Ruiz se haya marchado, Williams le da un codazo a McLeod y le señala con la cabeza hacia donde los suboficiales están reunidos con el teniente.

—Mira cómo hablan de sus cosas. ¿Sin Kevlar, tronco? Definitivamente, aquí pasa algo.

Como granadero de su equipo, Williams lleva acoplado bajo el cañón de la carabina M4 el lanzagranadas M203A1 de 40 mm.

—Maguila ni se inmutó con mi chiste —contesta McLeod, completamente atónito.

—¿Sabes toda esa gente que nos cargamos anoche? Creo que hay mucho más de lo que nos cuentan.

—Era de esperar que me crujiera a flexiones, que me diera una ración extra de castigo o me pateara el culo, como bien decías ayer. Pero lo único que ha hecho es mandarme callar. Eso no es normal. Dios mío, tío, creo que el sargento tiene miedo.

—No me estás escuchando, campeón —replica Williams—. Deja que te haga un mapa. Aquí pasa algo muy gordo y nos vamos a meter de cabeza en ello, y eso es una mierda. ¿Me pillas?

—Ahora lo único que puedo pillar es una cagalera de cojones —le responde McLeod, asintiendo rápidamente con la cabeza—. Y pensábamos que la jodienda estaba en Iraq, donde de lo único que debías preocuparte era de que no te volaran los huevos bajo un calor de más de cincuenta grados centígrados. Caballeros, bienvenidos a la jodienda de verdad.

El resto de miembros del equipo de McLeod y Williams —el cabo Hicks y Ojo de Halcón— se reúnen con ellos. Ojo de Halcón empieza a recoger los cascos y Hicks llama al cabo Wheeler, quien dirige el segundo equipo de la escuadra, y le pregunta si hay alguna novedad con referencia a Boyd. Wheeler niega con la cabeza tristemente.

El cabo ya perdió a un hombre por el virus Lyssa en Iraq, y ahora Boyd se ha esfumado mientras montaba guardia. Meneando aún la cabeza con pesar, Wheeler se va para continuar la inspección previa al combate del soldado Johnston, el único superviviente de su equipo, al que todo el mundo llama «Bicho», pues sólo hace dos meses que acabó la instrucción.

—¿Y con qué voy a tocar los tambores si no llevo el casco? —pregunta McLeod sin causar la más mínima reacción en nadie, lo que lo pone aún más nervioso.

Ruiz se acerca y les dice que se agrupen, que ha recibido las órdenes de la operación.

—Muy bien, esto va en serio. Marcharemos hacia el norte por la acera oeste de la Primera Avenida en fila cerrada de combate y con exploradores a nuestras tres en punto. —Se da la vuelta para mirar a Hicks—. Ray, tú nos conducirás allí. Quiero que ocupes la segunda posición. ¿A quién quieres en punta?

Los soldados pestañean y se miran los unos a los otros. Incluso con las agresivas reglas de enfrentamiento, esperaban avanzar en una formación de desplazamiento habitual con guardias para controlar y bloquear el tráfico. En cambio, Ruiz ha descrito una formación de ataque —que básicamente es una formación para la jungla— para recorrer los casi dos kilómetros de marcha a través de la ciudad de Nueva York.

—A Ojo de Halcón —responde Hicks tras recobrase con rapidez—. Está guardando los cascos. Se lo diré cuando regrese, sargento.

—Bien. —Ahora Ruiz se da la vuelta hacia Wheeler—. Adam, el teniente estará justo detrás de ti, con la escuadra de armas de apoyo. No los pierdas de vista.

—Entendido, sargento.

—Detrás de la escuadra de armas de apoyo, McGraw y la primera escuadra formarán la retaguardia. Ése es el orden de marcha de nuestra columna. Los hombres de Lewis se moverán en paralelo a nuestras tres en punto para proporcionar seguridad y reconocimiento adicional. Irán por el centro de la avenida, entre los vehículos abandonados que hay ahí fuera, así que ellos marcarán el ritmo de avance del pelotón. ¿Alguna pregunta?

McLeod y los otros entienden de tácticas. El teniente ha optado por avanzar en fila india puesto que la calle está obstruida con vehículos, y al marchar de este modo se facilita la comunicación y la movilidad. Si se añade una segunda columna, la formación resulta ideal para moverse con rapidez a través de un denso follaje, de ahí que se la conozca como «fila de jungla». Es probable que el teniente crea que les resultará igual de eficaz para moverse entre la caravana de coches pegados los unos a los otros y la basura de la calle. La segunda columna dificulta la comunicación y el movimiento, pero mitiga las mayores desventajas de la fila india, que son la vulnerabilidad a un ataque por los flancos y la incapacidad de concentrar mucho fuego contra objetivos al frente de la columna.

La pregunta que les ronda por la cabeza a todos es sobre la visión general.

—Estamos tratando esta corta marcha por Manhattan como si fuera una patrulla de combate —dice Hicks—. Exactamente, ¿quién es el enemigo y cuál es su nivel de amenaza, sargento?

—Las autoridades civiles se desmoronan —contesta Ruiz—. Como comprobamos anoche, la policía no puede controlar el número creciente de perros rabiosos. No somos policías. No disponemos de armas no letales. Pero tenemos que defendernos. Hemos recibido autorización para disparar a cualquier persona que nos ataque, incluso si van desarmados. Si disponéis de tiempo, advertís al objetivo. En caso contrario, disparáis. No vamos a correr riesgos con los perros rabiosos. ¿Entendido?

—*Hooah*, sargento —responde Hicks.

Los otros chicos sólo asienten con la cabeza, huraños. No se lo tragan ni por

asomo, pero saben que es mejor no preguntar cuando los suboficiales se andan con tapujos.

—Otra cosa más que os quiero decir antes de ponernos en marcha —continúa Ruiz—. El teniente envió una patrulla de reconocimiento que llegó hace poco. Por lo que dicen, quizá veamos cosas horribles en la calle. Comprendo que os puedan entristecer, enfurecer, lo que sea. —La cara se le ensombrece—. Pero si alguno de vosotros rompe la disciplina y pone al resto del pelotón en peligro, le voy a meter la bota por el culo tan adentro que me ataré los cordones en su boca. ¿Estamos?

—Sí, sargento —responden los chicos.

—Más os vale, chicas.

—¡Sí, sargento! —gritan.

—¿Alguna otra pregunta?

McLeod abre la boca, pero no dice nada.

—Muy bien, entonces —contesta Ruiz—. Calad bayonetas.

## 21. Equipo completo de batalla

El pelotón se pone en marcha. Dos columnas de hombres con las bayonetas caladas hechos un manojo de nervios y desplegados a lo largo de más de sesenta metros de terreno. Los soldados visten el equipo completo de batalla; cada uno lleva su arma y munición, chaleco antibalas, mochila y dos cantimploras llenas de agua potable de Nueva York. Es mucho peso, pero los chicos se sienten más ligeros sin los cascos de casi un kilo y medio. El ambiente es bochornoso y la temperatura ha subido en este último suspiro de verano tardío, lo que hace que suden debajo del uniforme de camuflaje universal en colores canela oscuro, gris claro y marrón combinados para su utilización tanto en el desierto como en zonas urbanas. Avanzan con las armas cargadas, los seguros quitados y con luz verde para disparar. Cada soldado de la columna principal deja un intervalo de dos metros de separación con el compañero. A pesar del pequeño escándalo que provoca el tintineo y golpeteo del equipo, el pelotón se mueve sin hacer mucho ruido, mudos por las escenas de devastación de las que los avisaron de antemano los jefes de escuadra.

A sus espaldas, los doctores y las enfermeras que salieron a despedirse de ellos comienzan a entrar en el hospital con cara de preocupación.

—Dios —exclama Williams después de recorrer varias manzanas—. Esto es una locura de campeonato, el colmo de lo jodido.

—¿Se está quejando, soldado?

Williams echa una mirada atrás y ve a McLeod, quien le dedica una sonrisa de oreja a oreja y lo saluda con un gesto alegre de la mano.

—Pensaba que todos estabais nerviosos ahí atrás. ¿No te molesta esta mierda?

McLeod se lo queda mirando con una expresión inocente en el rostro.

—¿De qué estás hablando?

Williams mueve la cabeza con asombro.

La verdad es que después de pasar casi un año en los barrios más peligrosos de Bagdad, ver cadáveres y casas destruidas se ha convertido en una rutina para el soldado de primera McLeod. El hecho de que los cuerpos sean ahora de americanos no lo molesta. En cambio, se siente enfadado. Aquellos cadáveres lo molestan. McLeod ha pasado la mayor parte de su joven vida amparándose en el desprecio y el sarcasmo para racionalizar sus fallos, evitar las reacciones de estrés traumático y, por lo general, sentirse superior a todos los demás. El desprecio lo ayudó a salir de Iraq, por ejemplo. Consideraba que los iraquís eran unos suicidas por no cesar de atacar al ejército más poderoso del mundo y, por lo tanto, no se podía culpar a nadie que los ayudara a conseguir su objetivo: morir.

Y estos neoyorquinos... Bueno, lo que tienen ahí es un puñado de gente rica y



exitosa que se ha llevado su merecido con una buena lección de «cómo funciona el mundo». En resumen, que a todos nos ocurren cosas malas sin importar quiénes seamos o lo que hayamos hecho, así que tampoco importa mucho ni quién eres ni lo que haces.

—¿Cuándo fue la última vez que nos ordenaron calar las bayonetas? —pregunta Williams—. ¿En la instrucción?

—Lo que no pilló es que si la cosa está tan mal que no podemos ni andar dos kilómetros sin una bala en la recámara y las bayonetas caladas, ¿por qué no nos quedamos donde estábamos? —se pregunta McLeod en voz alta—. Es como si intentaran que nos matasen.

—Lo único que sé es que este sitio me pone la piel de gallina —se queja Williams—. Debe de haber cientos de personas muertas en la Primera Avenida hasta llegar al túnel de East River. Y nadie las recoge para enterrarlas. Por algún motivo, eso es lo peor de todo.

Desde el final de la fila se oye cantar a dos tíos del primer pelotón.

El armamento estúdiate

La M15, la M16

El tío Sam conoce al enemigo

Dale fuerte, un gran golpe

Informa al mayor de lo que ves

Vamos, vamos, vamos, pues

Los chicos empiezan a hacer el payaso para animarse. Al igual que McLeod, los otros muchachos del segundo pelotón han visto la peor parte y ya se están adaptando a ello; van a paso ligero y se crecen por momentos al tiempo que permiten que su ira aumente poco a poco. En ese preciso instante, las nuevas reglas de enfrentamiento no les parecen tan escandalosas. Si los perros rabiosos han hecho esto, entonces los soldados están ansiosos por devolvérsela.

—No me digas que Rollins intenta cantar *rap* ahí atrás —dice Williams, asqueado.

McLeod se ríe.

—No, tío, es mejor aún. En realidad, Carrillo y él cantan esa vieja canción de Blondie, *Military Rap*. Espectacular.

—¿Y quién es Blondie?

—Vamos, colega. Blondie. ¡Blondie!

—Lo dicho, ¿quién es?

—Oh, tío. Esto es la bomba —afirma McLeod de corazón—. Por fin esta misión ha encontrado su banda sonora de *rock and roll*.

De pronto se da cuenta de que han dejado de cantar hace unos instantes de manera brusca.

—¡Soldado McLeod, cierra el pico! —le grita el sargento Ruiz a escasos centímetros de la oreja, haciéndole dar un bote—. Estamos en una situación de combate potencial. Eso quiere decir que nada de cantar ni hablar con las otras chicas. ¡Williams! ¿Se te ha dormido el brazo? No le apuntes a Ojo de Halcón al culo. ¡Es de los nuestros! Johnston, guarda esa maldita cámara. Estate alerta y vigila tu sector, capullo. Y Ojo de Halcón, ¿qué demonios miras ahí arriba? Se supone que tienes que liderar este pelotón.

—Lo siento, sargento —se disculpa Ojo de Halcón.

—Ahora mismo eres los ojos de este pelotón, pero estás mirando a todo excepto a la calle. ¿Qué problema tienes, hijo?

—Bueno, nunca había estado en Nueva York, sargento —responde Ojo de Halcón con timidez.

—¿Cómo dices, soldado?

—Me dijeron que las Naciones Unidas estaban por aquí.

—¿Estabas haciendo turismo? —pregunta Ruiz con incredulidad.

—Sí, sargento. Lo siento.

—Míralo bien antes de que desaparezca, Ojo de Halcón —dice McLeod.

El jefe de escuadra niega con la cabeza, controlando a duras penas la cólera.

—¡Seguid concentrados y cerrad el pico, señoritas! —Se da la vuelta y ve que el cabo Hicks está detrás de él, muy pálido—. Cabo, no me iría mal tu ayuda para mantener este circo a raya.

—Sí, sargento.

—¿Estás bien, Ray? —le pregunta Ruiz en voz baja.

—Sí, sargento —responde Hicks—. Acabo de ver... Ella se parecía a... Es igual, sargento. No tiene importancia.

—Sea lo que sea, apártalo de tu mente —gruñe Ruiz—. Tenemos trabajo que hacer.

—Entendido, sargento.

Ojo de Halcón se da la vuelta de repente y levanta la palma de la mano extendida para que todos la vean.

La columna se detiene de inmediato.

## 22. Alto de seguridad

Los soldados se ponen a cubierto con lo que tienen más cerca y se agachan, sin dejar de vigilar sus sectores para así proporcionar un perímetro de seguridad de trescientos sesenta grados alrededor del pelotón. Al cabo de unos instantes, la columna de Lewis, que avanza por la derecha, también se desperdiga en busca de cobertura y se detiene.

Ojo de Halcón se pasa la mano repetidas veces por delante de la garganta para indicar que hay peligro delante, y entonces se golpea el pecho dos veces, pidiendo así que se acerque el jefe de escuadra.

El sargento Ruiz avanza con rapidez hacia Ojo de Halcón, manteniéndose agachado.

—¿Qué tienes?

—No estoy del todo seguro. Pero escuche, sargento.

Ruiz cierra los ojos. No puede oír nada. Se pregunta si tal vez el pelotón tendría que hacer un alto de seguridad, en los que todo el mundo se pone cómodo y se queda en completo silencio.

—No oigo nad... —empieza a decir.

Ojo de Halcón lo interrumpe levantando la mano. Ruiz se calla y alza el puño para que el pelotón lo vea; la señal es indicativa de que permanezcan quietos, que no se muevan ni un milímetro.

Empiezan a oírse chillidos que trae la brisa cambiante que sopla en una calle que discurre de este a oeste, más adelante. Apenas se distinguen del zumbido de fondo de la ciudad de Nueva York.

—Me parece que ahí pasa algo —dice Ojo de Halcón—. Suena como una chica que grita pidiendo socorro.

—Como mucha gente gritando —puntualiza Ruiz—. Como si estuvieran en un matadero.

Ruiz aprieta el botón del auricular e informa al teniente sin alzar la voz.

Bowman, que está a unos quince metros detrás de él, contesta por el aparato.

—¿El sonido procede de la calle Treinta y ocho o de la Treinta y nueve? Cambio.

—Creemos que es de la 39. Cambio —responde Ruiz mirando a Ojo de Halcón, que asiente.

—Aquí Perro de guerra Dos a todas las escuadras Perro de guerra Dos. Órdenes de fragmentación a continuación. —Silencio—. Tomaremos una ruta alternativa hasta el objetivo. —Silencio—. Giren a la izquierda en la calle Treinta y ocho y diríjense hacia el oeste. Cambio.

—Girar por la Treinta y ocho. Copia buena. Corto.

Ojo de Halcón se mira el fusil con una expresión avinagrada. Por delante hay

civiles americanos en problemas y el teniente ha ordenado al pelotón que avancen en dirección contraria.

Ruiz le da un codazo de ánimo.

—No somos la policía, Ojo de Halcón —le dice—. El peligro nos rodea por todos lados. La intención del teniente es llevar el pelotón a su objetivo, a tiempo y de una pieza. Es lógico.

—Supongo que sí, sargento —responde Ojo de Halcón—. Quiero decir, no me corresponde a mí opinar.

El sargento enarca las cejas, sorprendido. Nunca había visto a los chicos tan inseguros y en desacuerdo con una misión.

—Ya has oído al teniente. En marcha, pues. Sácanos de aquí, soldado.

—A la orden, señor.

Ruiz se levanta y extiende el brazo y lo mueve hacia adelante. La señal de avanzar.

## 23. ¡Eh, los del ejército! ¿Me oís?

El pelotón se pone de pie entre gruñidos por el peso de las mochilas, del chaleco, de las armas y del agua, y sigue a Ojo de Halcón, que ha girado por la calle Treinta y ocho. Al cabo, cruzan Tunnel Entrance —la calle de entrada al túnel que lleva a Queens— moviéndose entre un amasijo de coches que chocaron durante la noche y quedaron atrapados sin remedio en una escultura enorme de metal destrozado. Cerca, una ambulancia está aparcada con las luces aún girando de manera inquietante y con las puertas abiertas. Fuera del vehículo, encima de una brillante alfombra de brillantes vidrios rotos, hay un hombre tendido en una camilla. Está muerto. Le han destrozado la garganta.

Los soldados están entrando en un barrio residencial. Al llegar a la mitad de la manzana, oyen chillidos.

Parece que los gritos los rodean, como si fuera una muchedumbre de fantasmas aullando que pasara a través de ellos, y eso los hace estremecer.

Entonces, un hombre les grita desde la ventana abierta de un cuarto piso.

—¡Eh, los del ejército! ¿Me oís?

Los soldados de la tercera escuadra alzan la vista.

Es un hombre joven, de piel morena, con el pelo negro largo y brazos muy musculados.

—Tengo a dos tíos aporreando la puerta para entrar y yo tengo que salir para recoger mi insulina —grita—. ¿Me podéis sacar de aquí?

—Negativo —oye Ruiz por el auricular.

—No os paréis —comunica a su escuadra.

—Los gritos vienen de esos edificios —informa Williams—. Qué fuerte, tronco.

—¡Eh, soldados! ¿Me oís ahí abajo?

Williams levanta la vista y ve que la gente comienza a asomarse por las ventanas.

—¿Vais a hacer algo con esos maníacos homicidas? —les grita una anciana, a la que inmediatamente se une un coro de gritos.

—¿No podemos hacer nada por esas personas, sargento? —pregunta Williams.

—No os paréis —ordena Ruiz.

Con un violento golpetazo, una chica que se ha precipitado al vacío cae encima de un Toyota Camry de color azul, a la derecha de McLeod. La cabeza ha atravesado el parabrisas en medio de una rociada de sangre y cabellos. El coche se comba por el impacto durante un instante y la chirriante alarma antirrobo se dispara.

—¡Cielos! —brama McLeod, y casi deja caer su ametralladora.

Tres de los chicos de Lewis abren fuego contra la ventana del cuarto piso. El hombre de piel morena se estremece y se agacha.

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! —grita Lewis—. ¿A qué disparáis, estúpidos?

La voz de Kemper grazna en la radio:

—Perro de guerra Dos-Cinco a todas las escuadras de Perros de guerra Dos. Alto el fuego. Cambio.

—Alto el fuego —repite Ruiz a su escuadra—. No perdáis la calma.

Los miembros de la escuadra se arremolinan alrededor del cuerpo de la chica.

—Reanuden la marcha. Cambio.

—Se le está moviendo la jodida pierna —grita McLeod—. ¡Oh, Dios!

—El teniente ha ordenado reanudar la marcha —insiste Ruiz, elevando la voz por encima de la alarma del coche—. Aquí no podemos hacer nada.

—El teniente no tiene corazón —contesta Williams, que niega con la cabeza—. Menuda mierda.

—Está muerta, soldado. Nosotros no —responde el sargento—. Vamos, en marcha. ¡Ya!

Williams empieza a tener un mal presentimiento sobre esta misión, y normalmente sus corazonadas son correctas. Nota que los muchachos alrededor de él se ponen tensos y se sienten enfadados e impotentes, ansían abrir fuego contra cualquier cosa. Le da que una vez que empiecen a disparar, cruzarán un umbral y quizá no les guste lo que encuentren al otro lado.

—Perro de guerra Dos-Tres a Perro de guerra Dos-Seis. Llegando a la Segunda Avenida. Cambio.

—Siga en dirección norte por la Segunda Avenida. Cambio.

—Afirmativo. Giramos por la Segunda Avenida. Corto.

Unos instantes después, Ruiz vuelve a utilizar el auricular.

—Perro de guerra Dos-Seis, aquí Perro de guerra Dos-Tres. Sería mejor que viniera aquí. Cambio.

—Los veo. Voy de camino. Corto.

En el cruce de la calle Cuarenta y dos con la Segunda Avenida hay un barullo de gente peleándose alrededor de una barrera de coches de policía dispuestos para bloquear el acceso a la calle. Más allá, varios camiones de reparto de comida están aparcados y medio descargados.

Parece que hay una batalla campal en curso.

## 24. No estamos aquí para recrear la matanza de My Lai ni la última batalla de Custer

El teniente reúne a los suboficiales en un aparte y les explica que la situación sobre el terreno ha cambiado y, en consecuencia, tiene nuevas órdenes para la unidad. Habla rápido, pues la presencia de las tropas ha empezado a atraer la atención de los desesperados civiles de la zona y el pelotón tiene que reanudar su marcha sin perder un momento. La gente se sitúa tan cerca como es posible del pelotón y de la protección de su potencia de fuego, junta las manos e implora ayuda mientras la tercera escuadra la mantiene alejada.

—No puedo contactar con el capitán West —informa Bowman—. Parece que nos las tendremos que apañar solos.

Los suboficiales se miran los unos a los otros.

—¿Cree que deberíamos tomar otra ruta y dar un rodeo? —pregunta McGraw.

—Negativo. Ya lo hemos intentado. Ahora nos encontramos en la Tercera Avenida y se nos acaba el tiempo. Hemos forzado la suerte demasiado. Creo que esto es como Iraq, donde los malos duermen de cuatro a ocho y luego comienzan a volar las balas. La ciudad se está despertando y es como un océano que crece bajo nuestros pies. Sólo nos queda abrirnos camino, o de lo contrario podríamos vernos superados antes de llegar a nuestro objetivo.

—Entendido, señor —responden los suboficiales.

Los suboficiales saben lo mismo que el teniente, ya que Bowman les informó de lo que le había ocurrido a Richard Boyd, el soldado al que mordió un perro rabioso y que, a las pocas horas, se había convertido en uno de ellos. El soldado que les hizo darse cuenta de que las reglas del juego habían cambiado.

La infección se extiende a un ritmo exponencial.

El ejército le dio una buena pista de qué sucedía con las inusuales y agresivas reglas de enfrentamiento. Nueva York le dio una buena pista con los tiroteos que indicaban las zonas álgidas de los ataques de los perros rabiosos al ejército y a las unidades de policía. Y los propios perros rabiosos le dieron una buena pista cuando empezaron a aparecer en masa por todas partes.

Bowman sabe que están propagando la infección a través de los mordiscos. Y la propagan rápido, porque, cuando desapareció, el soldado de primera Richard Boyd se encontraba en un estado de salud casi perfecto, y al cabo de varias horas lo avistaron mordido y convertido en un perro rabioso.

Cada hora el número de infectados es mayor y el del resto de personas menor. Probablemente, en algún momento, quizá en horas, o mañana, o pasado, andar por las calles de Nueva York será demasiado peligroso, incluso para un pelotón de infantería

de Estados Unidos armado hasta los dientes.

No hay ejército en el planeta que tenga la fuerza necesaria para enfrentarse a esta amenaza. La infección seguirá su propagación hasta que no quede nadie más a quien morder.

Es una simple cuestión de números.

—No se acerquen —ordena Ojo de Halcón a los civiles.

—Como ven...

Bowman hace una pausa. Un civil se acerca corriendo mientras vacía el cargador de su treinta y ocho contra un perro rabioso que lo persigue. Falla todos los disparos excepto el último, que abate al asaltante. El hombre continúa corriendo a trompicones y gritando, sin ser consciente de que ahora tiene una docena de fusiles apuntándolo.

—Ante nosotros se abre una zona de extremo peligro —prosigue el teniente—. El gobierno está distribuyendo comida y parece que hay alguna clase de disturbios en curso que no vamos a intentar reprimir o acabaríamos con las manos manchadas con otra matanza. ¿Entendido? La velocidad va a ser nuestro aliado. Avanzaremos por el cruce en una formación de pelotón de cuña invertida. Una vez entremos en la zona de peligro, cada escuadra actuará de manera independiente. ¿Alguna pregunta?

—A la orden, señor —exclama Ruiz.

—Señora, no se acerque —advierte Ojo de Halcón.

—Si el lugar está despejado, nos reagruparemos al otro lado. En caso contrario, nos encontraremos en el cuartel general de la compañía —explica Bowman—. Las escuadras que crucen primero montarán una línea defensiva hasta que se reúna el pelotón. Lewis, usted irá por el flanco izquierdo. Ruiz, usted por el centro, con el mando y la escuadra de armas de apoyo. Quiero que proteja al equipo de artilleros. No nos servirán en este combate, pero me da la impresión de que necesitaremos sus servicios más adelante. ¿De acuerdo? McGraw, le toca el derecho.

—Sí, señor —contesta McGraw.

—¡Les he dicho que no se acerquen! —ladra Ojo de Halcón al gentío.

—Y una última cosa, caballeros —añade Bowman—. No estamos aquí para recrear ni la matanza de My Lai ni la última batalla de Custer. Pase lo que pase, nuestra misión es reagruparnos con la compañía con el menor número de disparos y de muertos posible. Ésa es nuestra misión. ¿Entendido?

—¡*Hooah*, señor! —gritan al unísono.

—Aléjense tan pronto...

—Pero ¿qué demonios haces? —exclama Ruiz.

Los civiles se dispersan cuando dos hombres y una mujer calva, todos babeando y gorjeando, avanzan y agarran por las extremidades a Ojo de Halcón, tirando de ellas con todas sus fuerzas. El soldado chilla y se resiste.

Ruiz hace un disparo con la escopeta que deja sordos a todos y derriba a los dos



hombres. La mujer pierde el equilibrio y cae de espaldas, luego avanza de nuevo entre gruñidos. Ruiz la deja inconsciente con un único culatazo del arma.

Lewis ayuda a levantarse a Ojo de Halcón. Los otros soldados observan a los civiles moribundos y ensangrentados, y luego miran a Ruiz, intimidados.

—¿Lo han mordido, soldado? —pregunta el teniente.

—Ya vio lo que hicieron, señor —responde Ojo de Halcón, que a duras penas es capaz de esconder su irritación mientras se frota el brazo izquierdo—. Intentaron arrancarme los brazos. Y duele de mala manera.

—No estoy bromeando, soldado. ¿Alguno de ellos lo ha mordido?

—No, señor. No me han mordido.

Bowman asiente con la cabeza a Ruiz, y dice:

—Muy bien, vuelvan con sus escuadras. Pongámonos en marcha mientras aún tenemos libertad de movimientos.

—¡*Hooah!* —gritan a la vez.

Los soldados se despliegan tan rápido como les permite el amasijo de coches abandonados que taponan la Segunda Avenida, y Bowman les da la orden de ponerse en marcha.

La velocidad significa seguridad. Si son capaces de moverse con rapidez, pueden abrirse camino con un número mínimo de pérdidas en vidas y gasto de munición.

La gente corre a su alrededor, grita, abraza con fuerza o tira al suelo las raciones de comida. Algunos se agarran a los soldados, quienes se los quitan de encima mientras sus sargentos les gritan «¡vamos, vamos, vamos!» entre improperios.

—No se separen de mí, muchachos —les dice Bowman a Martin y a Trueno.

No muy lejos, un hombre se ha metido en el interior de uno de los vehículos abandonados e intenta cerrar la puerta mientras que un perro rabioso consigue abrirla poco a poco. Uno de los soldados abate al perro rabioso de un solo disparo. Bowman se cuelga la carabina al hombro y desenfunda su pistola de 9 mm. Una mujer con unos patines en línea pasa zumbando y grita:

—¡Cuidado, que voy!

El pelotón se adentra en el caos.

## 25. Justo lo que intentabas evitar

La tercera escuadra se mueve con velocidad entre los coches y se acerca a la caótica situación que se ha formado en el cruce. Hay personas por doquier, muchas de ellas infectadas. Los perros rabiosos luchan contra los no infectados, quienes a su vez luchan contra otros no infectados, alrededor de los camiones de comida. Cerca, por extraño que parezca, dos policías de Nueva York han reducido a un perro rabioso e intentan esposarlo mientras que a escasos pasos de distancia un hombre enajenado golpea a una mujer con un secador de pelo roto hasta matarla. Uno de los oficiales de policía sangra a causa de los mordiscos en el brazo. Las luces de los coches patrulla giran rojas y azules y centellean en los ojos de los soldados.

Por encima del caos, los semáforos del cruce cambian de rojo a verde de manera rutinaria, tal y como fueron programados.

El sonido de disparos de armas ligeras resuena en el aire y varias personas caen al suelo. La segunda escuadra surca la intersección disparando contra cualquier persona que les parezca hostil. Con la formación rota, la primera escuadra se ha quedado atascada debido a la gente que se aferra a los soldados en busca de protección mientras McGraw reparte golpes con la culata de la escopeta intentando liberar a su unidad. El interminable griterío es exasperante y les destroza los nervios.

—¡Suéltame! —grita McLeod, abriéndose paso a empujones entre los civiles.

Los infectados parece que se centran en quienquiera que haya disparado la última vez, cosa que resulta desconcertante.

Hicks grita al tiempo que clava la bayoneta en un perro rabioso.

—¡No os detengáis! —aúlla el cabo.

—¡No me obliguéis a dispararos! —suplica McLeod, golpeando a una mujer en la espalda con la culata de su ametralladora. La mujer grita y suelta una televisión, que cae al suelo con estrépito.

La gente corre por todas partes, pero los soldados se adentran en la marea y forman una barrera. A partir de ahí, todo es cuerpo a cuerpo.

Bowman dispara en la cara a una persona que gruñía y ésta cae desplomada.

«Justo lo que intentabas evitar», se dice a sí mismo.

—¡Mantened la formación! —ordena el teniente, pero hay demasiados civiles de por medio, atraídos por los uniformes militares como el metal corre hacia los imanes. Los civiles se agarran a las mochilas de los soldados, de por sí ya pesadas, y los ralentizan hasta hacerlos marchar a paso de tortuga.

Williams hace una serie de disparos al aire a modo de aviso, pero no surte ningún efecto.

Un taxi y un camión de reparto se tambalean bajo el empuje de la corriente

humana, los conductores hacen sonar el claxon en vano. Una mujer se sube al techo del taxi y se tumba, abrazando con fuerza a su hijo. En el otro extremo de la calle, un hombre defiende a su familia con un bate de béisbol, y detrás de él el escaparate de una tienda se hace añicos y la gente comienza a saquearla. El tendero sale tambaleándose, con la cabeza abierta y sangrando. La luz de los coches patrulla confiere a la escena un brillo surrealista.

El hedor, la densa peste a leche agria de los infectados, es insoportable.

Luego, una bocanada de calor y espeso humo aceitoso cae sobre ellos procedente de un autobús urbano que hay calle abajo; los asfixia hasta que vuelve a elevarse hacia el cielo tan rápido como llegó.

—¡Vamos, vamos!

La tercera escuadra pasa junto a un grupo de gente borracha que se tambalea entre el gentío. Ríen y gritan «¡a la mierda!» mientras descorchan una botella de champán.

A uno de los juerguistas lo atacan y lo tiran al suelo.

El teniente es presa del pánico, respira con dificultad y su visión se ha reducido a una franja. Ya no es capaz de controlar la posición de las figuras borrosas que hay a su alrededor. El humo cae de nuevo sobre ellos como una ola, los asfixia y los ciega.

—¡No me importa! —grita el último de los juerguistas, después de lanzar la botella de champán al aire.

—¿Por qué no nos movemos? —pregunta Hicks.

El especialista Martin forcejea con un hombre no infectado y un adolescente para evitar que le quiten la ametralladora. Junto a él, el operador de radio intercambia puñetazos con un hombre que dobla su tamaño. La gente grita. Un civil, con la camisa desgarrada y la sangre manándole de los ojos y las orejas, empieza a disparar a discreción con una pistola.

Ruiz suelta un grito cuando una bala perdida le vuela los sesos al hombre que corría junto a él y lo rocía de sangre y trozos de cerebro.

Dos balas alcanzan el equipo de radio de Sherman, haciéndolo girar como una peonza.

Bicho gruñe y cae de rodillas al suelo.

—Señor, podemos salir de ésta —grita Kemper.

El campo de visión de Bowman se abre. De repente, la tensión toma una dirección totalmente diferente. El tiempo se dilata y Bowman —calmado, casi sereno — observa la dantesca escena como si se desarrollara a cámara lenta, capaz de captar todos los detalles.

Su escuadra aún sigue intacta y pueden salir de ésta, siempre que hagan lo que deba hacerse. Pero si escoge vivir, quizá después no merezca la pena seguir haciéndolo.

Por alguna razón, en ese momento recuerda las palabras de Winslow.

«Alguien tiene que sobrevivir, teniente».

Como ya hizo en el hospital, Bowman toma de nuevo una decisión.

Introduce un nuevo cargador en el arma, identifica con rapidez a las personas que dificultan la marcha de la escuadra, y les dispara una a una.

—¡Cuidado, Mike! —avisa Bowman, y descerraja un tiro en la garganta a una adolescente.

Poco a poco la situación se desenmaraña y la escuadra es capaz de reemprender la marcha.

Las personas a las que acaba de abatir no estaban infectadas.

—¡Adelante, señor! —grita Kemper.

El sargento dispara la escopeta y hace volar en pedazos a la gente que se amontona frente a la escuadra.

Al momento, se abre una brecha entre la muchedumbre, que se queja y cae al suelo en un embrollado revoltijo de extremidades.

—¡Venga, en marcha! —brama Bowman.

Se detienen a una manzana de distancia, jadeantes, recargan las armas y forman una línea defensiva. Una mujer les chilla que regresen y ayuden a esa gente. ¡Que los ayuden!

—Sargento, mantenga alejados a los civiles. De lo contrario, considérellos hostiles —ordena el teniente.

Pero Ruiz no lo escucha.

—¿Dónde está Johnston? —pregunta el sargento.

Dos de los soldados se acercan cabreados con Bicho tumbado en una camilla improvisada.

—Ha muerto —responde aturdido el cabo Wheeler—. Lo alcanzó una bala perdida. Fuego amigo en mi opinión, sargento. Uno de los nuestros le disparó.

Ruiz escupe en el suelo, con la cara encendida de rabia.

—Lo más seguro es que fuera la segunda escuadra —dice el sargento—. Disparaban a todo lo que se movía. Maldita sea. Era un buen chico.

—Sargento, los civiles —dice Bowman con tranquilidad.

—Me ocupó de ellos, señor —contesta Ruiz, resolutivo—. Wheeler, cógele las chapas.

—Se acerca McGraw y la primera escuadra, teniente —informa Kemper.

Renqueante, la primera escuadra se aleja del cruce, dispara para cubrir su marcha y abate a cualquiera que se acerque. Dos polis ensangrentados se han unido a ellos. Llevan escopetas.

—¿Dónde está el sargento Lewis?

—Ni rastro de él —informa Kemper.

—Trate de contactar con él por radio.

—¡Tropas amigas acercándose! —brama Lewis a sus espaldas, corriendo junto a la segunda escuadra.

—¡Amigos a las seis! —grita el cabo Hicks—. ¡Recargando!

—Salimos del cruce y montamos una línea defensiva a otra manzana de distancia —se disculpa Lewis con el teniente—. No sabía que quería reunirse en esta posición. Lo siento, señor.

—No hay problema, sargento.

—Tú y yo vamos a tener una pequeña charla más tarde, hijo de puta —le espeta Ruiz con el cejo fruncido.

—¡Vete al infierno, sargento!

La segunda escuadra empieza a cubrir los movimientos de la primera. Las carabinas emiten estampidos secos y las balas zumban en el aire.

Bowman casi ni reconoce a la segunda escuadra. En Iraq parecían unos chicos mayores de lo que eran en realidad debido a lo que habían visto y hecho. Sin embargo, ahora han envejecido más. Son ancianos. «Se les ve en la mirada», observa. Con la vista fija en el horizonte, los ojos les brillan como piedras frías, tan viejas como la propia guerra.

Aquellos muchachos se han convertido en unas máquinas de matar, como sacadas de un mito.

El teniente mira a Kemper, quien también tiene esa mirada, y supone que, incluso él, la tendrá.

En este momento hay dos tipos de soldados en el pelotón: aquellos que han disparado a no combatientes y aquellos que no lo han hecho, aquellos que han disparado sobre personas no infectadas para salvarse a sí mismos y a sus compañeros y aquellos que se habrían quedado en el cruce.

Aquellos que dispararán en el futuro y aquellos que no.

Kemper saluda con la cabeza a Bowman. Ahora entiende la decisión que tomó el teniente en el hospital. La decisión de condenarse, siempre que con ello salvara a sus hombres. Una opción nada conveniente, pero necesaria.

—Era una operación de emergencia de distribución de comida —explica uno de los policías, con los ojos desorbitados—. El camión atrajo a un gentío enorme, millares de personas. Entonces, un par de grupos de gente infectada con el Lyssa se acercaron a nosotros por el otro lado, y empezaron a atacar y a morder a la gente —relata, como un alegato en su defensa, a los soldados que lo rodean—. ¡No pudimos hacer nada!

—Tranquilo, no pasa nada, colega —le dice uno de los soldados.

—Señor, si han sido contagiados, la hemos fastidiado —susurra Kemper al oído del teniente.

El otro policía mira a los chicos de Lewis.

—No nos quedaremos con estos asesinos, Brian. Ya encontraremos otro modo de llegar a la comisaría.

Bowman mira el reloj. Han cruzado la intersección —y luchado la batalla correspondiente— en cuatro minutos. Cuatro minutos que los han dejado cansados, ensangrentados y abatidos.

—Jake, esto... estás ardiendo —dice Bowman, al fijarse en el humo que se eleva desde la espalda del muchacho.

—Es la radio, señor —contesta Sherman con un ojo morado—. Está frita, pero ¿quién sabe? Quizá pueda arreglarla.

Si la radio está inservible, el pelotón se ha quedado aislado del resto del ejército. Oficialmente ya no existen... Al menos hasta que se reúnan con la compañía.

—¿Sargento Ruiz? —llama Hicks. El cabo está delante de Ojo de Halcón quien, sentado, se coge las piernas y se balancea adelante y atrás—. No tiene buen aspecto, sargento.

Ruiz se limpia la sangre de la cara y se arrodilla para hablar con el soldado. Ojo de Halcón tiembla, pálido y sudoroso, con las manos en la cara. Temblar es algo común después de un combate debido al exceso de adrenalina.

El sargento pone la mano en el hombro del chico.

—¿Estás bien, hijo?

Ojo de Halcón se quita las manos de la cara. Ha perdido la máscara N95. Ruiz ve un agujero irregular allí donde lo mordió un perro rabioso y le arrancó un trozo de carne de la mejilla. La piel alrededor de la herida está hinchada e inflamada.

—Sargento —dice el chico con tono ausente—. No me encuentro muy bien, ¿sabe?

—Es sólo un rasguño —contesta Ruiz, retirando la mano a su pesar.

Hicks grita para que venga un médico.

Tienen poco tiempo para vendarse las heridas y evaluar la situación. Bowman da nuevas órdenes. Aún siguen disparando y gastando munición. Hay demasiados civiles en la zona y el pelotón todavía no está a salvo. Es hora de ponerse en marcha. Su objetivo está muy cerca, unas cuantas manzanas más y se habrán reunido con la compañía Charlie en una posición defensiva detrás de varias ametralladoras del calibre treinta. Entonces podrán descansar.

Bowman estará encantando de pasarle este embrollo al oficial al mando de la compañía y que sea él quien decida qué hacer.

Parece que la cadena de mando ha comprendido la amenaza que representan los perros rabiosos e intenta consolidar sus tropas en Nueva York.

«Es lo más inteligente —piensa el teniente—. Defiende lo que puedas defender y olvídate del resto. Pero los políticos no querrán olvidarse de nada y le encargarán una misión imposible al ejército. Y los oficiales no siempre toman las decisiones

correctas cuando se los pilla por sorpresa. Va a ser un caos».

En cualquier caso, quizá sea demasiado tarde para reagrupar las tropas en una ciudad que ya empieza a ser un enjambre de infectados.

De hecho, ahora Bowman se pregunta durante cuánto tiempo la 8ª Brigada se mantendrá como una unidad de combate eficiente, suponiendo que la infección siga propagándose a un ritmo exponencial. Sabe que las ramificaciones van más allá del ejército y del pequeño lugar que ocupa en él, y aún no está preparado para afrontarlas.

Ahora mismo, el fin del mundo es, simplemente, demasiado grande siquiera para contemplarlo.

# Capítulo 5



## 26. ¡No puedo trabajar así!

Con la doctora Valeriya Petrova pisándole los talones, el doctor Joe Hardy entra a toda prisa en su despacho entre el susurro de las batas de laboratorio.

—¡Eureka! —exclama Hardy, que coge el palo de golf de detrás de la mesa—. Esto ya es otra cosa.

El doctor da media vuelta y se dirige hacia la puerta para salir del despacho, pero su colega le bloquea el paso y le clava una mirada fría.

—De verdad, doctor, no es buen momento para practicar golf —le advierte Petrova con su marcado acento ruso.

—¿Ah, no? —contesta, y la empuja para abrirse paso.

—¿Está borracho, doctor?

Hardy se ríe con sorna.

—No, hambriento —responde, mientras se golpea el enorme estómago—. Y ambas cosas me irritan. Queda avisada.

—Tenemos que hablar de mis descubrimientos —insiste ella, persiguiéndolo.

—¡Descubrimientos! —Se detiene un momento para mirarla—. ¿Descubrimientos?

—Sí. Las repercusiones son importantes.

—Sinceramente, Valeriya, ¿acaso cree que en estos momentos a alguien le importan un carajo sus descubrimientos?

—Pero son importantes, doctor. ¿No estuvo usted de acuerdo?

—¿De acuerdo con qué? ¿No se da cuenta de que tenemos un montón de problemas serios de los que ocuparnos?

—¿No recibió mi correo?

Hardy se ríe de nuevo y reanuda la marcha, balanceando el palo de golf adelante y atrás. Sonrojada y frustrada, Petrova da un fuerte golpe con el pie derecho en el suelo y se apresura para llegar a su altura.

«Qué mujer más rara —piensa Hardy—. Por un lado, su aspecto exótico y atractivo y el acento extranjero despiertan la lujuria, pero por otro, su actitud adusta y masculina despierta la aversión. La mitad de las veces no sé si quiero comprarle flores o matarla».

El doctor Lucas sale de su despacho subiéndose las gafas con precipitación.

—Ah, doctor Hardy, me alegro de verlo. ¿Va a hacer alguna cosa respecto al aire acondicionado o no? Se habrá dado cuenta de que aquí hace mucho frío.

—Tiene razón —secunda Petrova—. Hace frío en el edificio.

Hardy suspira.

—Veamos, yo soy el director, no el responsable de la instalación. Quien, por

cierto, ha desaparecido. Yo no puedo hacer nada.

—Bueno, pues ¡yo no puedo trabajar así, señor! —lo desafía Lucas—. Si quiere que continúe con mi investigación encerrado aquí durante los próximos días, al menos podría tratar de proporcionar unas condiciones decentes de trabajo.

—Pegue con cinta adhesiva unas bolsas de basura sobre los conductos de ventilación —responde Hardy, rozándolo al pasar.

Con la cabeza y la incipiente calvicie brillando bajo los fluorescentes, el doctor Saunders sale de su laboratorio.

—¡Eh, Joe! —grita Saunders en el pasillo—. ¿Se sabe ya algo del CDC o del USAMRIID sobre nuestro rescate antes de que nos muramos de frío e inanición?

—¡No! —responde Hardy por encima del hombro sin dejar de caminar.

—Cinco minutos, doctor —solicita Petrova—. Sólo le pido eso. Es bastante urgente.

Entran en la sala de descanso del personal. Hardy se acerca a una de las máquinas expendedoras y la estudia durante un instante.

—Aléjese, doctora Petrova —le dice.

—¿Perdón?

—Retírese un par de pasos. Quizá tres.

—¿Por qué? ¿Usted...? ¿Aquí le parece bien?

—Sí, estupendo. Muchas gracias.

Hardy inspira profundamente antes de golpear la máquina con todas sus fuerzas. El palo de golf impacta contra el vidrio protector; lo hace añicos y los trozos caen al suelo. El ruido es perturbador.

—¡Vaya! —exclama Hardy entre risas—. ¿Ha visto eso?

—Me podría haber avisado de qué iba a hacer —lo reprende Petrova.

—Lo crea o no, me he asustado tanto como usted.

Hardy se mira de arriba abajo, como si esperara encontrar fragmentos de vidrio en su enorme y redondo cuerpo, acompañados por la voz de su madre gritándole como cuando era pequeño: «¿Ves?, eso te pasa por jugar con cosas que no entiendes, Joey».

Tras comprobar que está ileso, Hardy se baja la máscara y se acerca a la máquina para coger una bolsa de M&M's, que abre con un gruñido ansioso.

—¿Era necesario? —pregunta su colega—. Por favor, explíquese.

—¿No ha oído que acabo de decirle al gilipollas de Bill Saunders que el CDC y el USAMRIID no me devuelven las llamadas? Lo que implica que estamos aislados del mundo exterior.

—Comprendo —dice Petrova, asintiendo con la cabeza.

—¿De verdad? —cuestiona Hardy, que mastica con rapidez—. Tenemos a una muchedumbre en el vestíbulo que nos amenaza con matar a un par de guardias si no les entregamos la medicina mágica que no tenemos. Estamos sitiados.

—Sí, todo eso lo sé.

—Y para rematarlo, anoche me llama mi hija y me dice que hay unos psicópatas atacando a los vecinos del edificio y que todas las líneas de la policía están colapsadas. —Se le hunden los hombros—. Por Dios, entre el asedio, las bajadas de tensión y el pandemónium que se ha armado ahí fuera, ni siquiera sé si es posible terminar lo que empezamos.

—Comprendo que las cosas están mal —contesta Petrova.

—Bien, entonces seguro que también comprenderá por qué ahora mismo no me importan sus descubrimientos.

Petrova lo mira con frialdad.

—Doctor, usted sabe muy bien que mi marido y mi hijo están atrapados en Londres debido a la cancelación de todos los vuelos desde el inicio de la pandemia. Mi hijo tiene tres años y no lo he visto, ni a él ni a mi marido, desde hace semanas. Los móviles no funcionan y no he hablado con ellos desde hace setenta y dos horas. Yo... —La voz se le quiebra un instante y un gesto de dolor le aparece en la cara—. Creo que entiendo lo sería que es esta situación.

—Lo había olvidado, doctora Petrova —ruge Hardy, poniéndose rojo—. Lo siento.

—De hecho —empieza a decir ella, tras reponerse con un visible esfuerzo—, creo tener una perspectiva única sobre lo sería que es la situación en realidad, basándome en los resultados de mis pruebas.

—Muy bien, muy bien —contesta Hardy—. Me rindo. Dispone de cinco minutos.

## 27. Intentamos curar la enfermedad equivocada

Petrova respira hondo y le explica sus hallazgos a Hardy.

El virus Lyssa se transmite como la gripe. Se introduce en el cuerpo a través de las vías respiratorias y ataca a los pulmones. La causa más común de muerte es una tormenta de citocinas, una situación en la que el sistema inmunológico del cuerpo se vuelve contra sí mismo. Cuando el cuerpo encuentra a un invasor, las citocinas reúnen a un ejército de inmunocitos para luchar contra la invasión. Lo normal es que dejen de llamar a los inmunocitos, pero a veces, cuando se encuentran con un nuevo virus, no lo hacen. La consecuente tormenta de inmunocitos destruye todo lo que encuentra por delante, incluidos los tejidos corporales y los órganos; obstruye las vías respiratorias y ahoga al individuo con su propia mucosa. La disfunción del sistema inmunológico mata el cuerpo que debería proteger.

En casos avanzados, el Lyssa entra en el sistema nervioso y ataca al cerebro, lo que resulta en una encefalitis vírica progresiva, que empeora la inflamación cerebral a un ritmo constante y mata a la víctima en menos de una semana. En especial, afecta al sistema límbico, sistema que gobierna las emociones, motivaciones y comportamiento de una persona. El resultado es una rabia artificial, popularmente conocida como el síndrome del Perro Rabioso.

Bajo la dirección del Centro para el Control de Enfermedades de Atlanta, laboratorios repartidos por todo el país intentan llegar al fondo de la enfermedad y elaborar una vacuna; unos compiten mientras que otros colaboran. Por regla general, las instalaciones de Hardy y Petrova, un laboratorio de nivel dos de bioseguridad situado en el corazón de Manhattan, no trabajarían jamás con un virus tan peligroso como el Lyssa. Pero el virus ya ha afectado a la comunidad, con lo que no existe ninguna amenaza real en caso de que escape del laboratorio. Además, el CDC y el USAMRIID —el Instituto de Investigación Médica de Enfermedades Infecciosas del Ejército de Estados Unidos de América— están desesperados.

El equipo de Hardy, en realidad, está cerca de su objetivo. Siempre que la hambruna, el gentío, los problemas de suministro eléctrico y el frío no acaben con ellos primero.

—Todo eso ya lo sé —se queja Hardy—. Dígame algo que no sepa.

—A través de mi investigación, he llegado a la conclusión de que la variante con demencia avanzada de la enfermedad, lo que la gente llama el síndrome del Perro Rabioso, es, en realidad, una enfermedad diferente.

»De hecho —continúa la doctora—, parece que el virus del Perro Rabioso precedió al virus Hong Kong Lyssa. Es su ancestro primitivo. En resumidas cuentas, el HK Lyssa es una mutación benigna del virus del Perro Rabioso, lo que le permitió

sobrevivir al propagarse con mayor facilidad entre los humanos.

»Pero en algunos casos, el Hong Kong Lyssa ataca al cerebro —añade—. Y una vez ahí, el virus demuestra un rasgo sorprendente: revierte a su ancestro primitivo, el virus del Perro Rabioso. Por consiguiente, el HK Lyssa no es más que... ¿Cuál sería el término? Un caballo de Troya del Perro Rabioso. Como observará, perdemos el tiempo al intentar curar el Hong Kong Lyssa.

—¡Maldición! Ya hemos aislado in vitro a ese cabrón y estamos trabajando en una clasificación genética completa —dice Hardy—. No sea demasiado exigente con nosotros. Aún nos quedan cosas por hacer, pero nos vamos acercando.

—Lo que trato de explicarle es que estamos intentando curar la enfermedad equivocada —insiste ella.

—Y una mierda —responde Hardy, tajante.

—¡Oh! —exclama Petrova frustrada, y da un fuerte golpe con el pie derecho en el suelo.

—Lo que usted me comenta es fascinante, pero académico. Usted misma lo ha dicho, el Perro Rabioso viene del Lyssa. Si curamos el Lyssa, curamos el Perro Rabioso.

—Doctor, escúcheme con atención —contesta Petrova—. Sabe que tanto el Perro Rabioso como el Hong Kong Lyssa son de la familia de los Lyssavirus. Al igual que la rabia. Aunque genéticamente son muy diferentes, los síntomas son similares. El virus del Perro Rabioso parece estar diseñado de manera perfecta para transmitirse a través de los mordiscos y la saliva infectada. Ésa es la razón por la que las víctimas del Perro Rabioso son tan agresivas. Se ven obligadas a localizar e infectar a otros. Eso es un vector de transmisión de enfermedades completamente nuevo y, en mi opinión, resulta una gran amenaza.

Hardy gruñe, sintiéndose interesado ahora.

—¿Y cómo opera el virus?

—Cuando un perro rabioso muerde a un individuo no afectado, el virus penetra en su cuerpo a través del mordisco. Entonces ataca los nervios y, sin que lo detecte el sistema inmunológico, se introduce en la espina dorsal. Desde ahí, accede al cerebro. Cuando el sistema inmunológico detecta el virus, ya es demasiado tarde. Es muy parecido a la rabia.

Asombrado, Hardy se rasca la cabeza. Hubo ciertos informes anecdóticos sobre perros rabiosos transmitiendo enfermedades a través de la saliva, pero no se llevó a cabo ninguna investigación real en ese aspecto. La comunidad de investigadores científicos se han centrado por completo en tratar el Hong Kong Lyssa como una enfermedad de transmisión aérea, y había tan pocos perros rabiosos...

—¿Cuál es el período de incubación? —pregunta el doctor.

—Podría ser asombrosamente rápido. Mis resultados sugieren que la infección

ocurre en el plazo de una hora y los síntomas se manifiestan varias horas después.

—Querrá decir semanas.

—No. Horas.

—Pero eso no puede ser —replica Hardy, a medio camino de la risotada—. Es imposible, ¿verdad?

—Ahora mismo sólo tengo una hipótesis sobre el ciclo de incubación —afirma Petrova.

—¡Eso es absurdo! Si la enfermedad está estrechamente emparentada con la rabia y además es una característica latente en el Hong Kong Lyssa, entonces se puede esperar que el período entre la exposición y la aparición de los síntomas sea más parecido al de su primo, el virus de la rabia. Entre veinte y sesenta días. —Hardy parpadea—. Espere, ¿cuál es su hipótesis?

—Creo que la enfermedad podría haber sido diseñada mediante biotecnología. Por eso es tan eficiente.

Hardy empieza a sudar.

—Oh, Dios. ¿Un arma terrorista?

—Como puede imaginar, me es imposible contestar esa pregunta. Pero eso carece de importancia ahora mismo. Lo que sí que es importante debido a su agresivo modo de transmisión y a la falta de inmunidad entre la población, incluso entre aquellos que han contraído el Lyssa y se han recuperado, es que la enfermedad tiene un factor de transmisión que, probablemente, sea igual o mayor que R2.

—Propagación exponencial. En una enfermedad que se transmite a través de mordiscos.

—Es casi imposible de confirmar sin tener datos de campo —declara Petrova.

—Y luego tenemos el período de incubación de varias horas.

—Sí. Como le decía, las repercusiones de mis descubrimientos son de una naturaleza bastante importante.

—Y que lo diga —resopla Hardy.

—Quisiera ponerme en contacto con algunos epidemiólogos para hablar de lo que han descubierto al respecto. Mientras tanto, tendremos que dedicar nuestros recursos a curar la versión de la enfermedad transmitida por mordiscos en lugar de la transmitida por estornudos. Es obvio.

Hardy se pasa la mano por la cara con barba de tres días, la mirada perdida por encima del hombro de la doctora.

—Le agradezco su charla sobre el fin del mundo.

—Doctor, usted conoce mi currículum. He trabajado durante diez años con virus como el ébola, el virus de Marburgo o la fiebre de Lassa. No soy ninguna alarmista. Sólo me interesan los datos, y los datos nos indican que la cepa del Perro Rabioso está ocupando el lugar de su descendiente porque la infección se propaga de manera

exponencial entre la población. Ésa es la enfermedad que debemos curar.

De pronto, la cara de Hardy palidece completamente.

—¡Dios mío! ¡Amy!

Hardy saca el teléfono móvil y marca un número de manera apresurada.

—¡Sí! ¡Suena! —exclama el doctor mientras camina nervioso por la sala—. Vamos, vamos. Coge el teléfono. —De repente siente una cólera irracional contra su hija por hacer que se preocupe—. Me ha saltado el buzón de voz.

Hardy abandona el tono nervioso. Ahora es calmado y suave, la voz de un padre.

—Hola, cariño. Soy papá. Sólo te llamaba para ver si estabas bien. Llámame cuando tengas un momento, ¿de acuerdo? Te quiero.

Fuera del instituto, el país se desmorona a causa de la epidemia. Cerca de un veinte por ciento de la mano de obra de Estados Unidos está enferma, consumiendo recursos sin producir nada a cambio. Y el número de enfermos sigue creciendo al tiempo que las provisiones menguan. Se raciona la comida y el gas, el comercio mundial se ha detenido por completo, la economía se ha desplomado y todos los precios, desde el de los cigarrillos al del papel higiénico, se han disparado. La mayoría de los estados que conforman el país han declarado la ley marcial amparándose en la Ley Sanitaria de Poderes de Excepción.

En la radio, los predicadores afirman que es el Apocalipsis.

Y ahora esto.

«Bueno, si Petrova está en lo cierto, entonces no parecerá el fin del mundo —piensa Hardy—. Puede que sea el fin del mundo. La infección se propagará de manera exponencial hasta que todo el mundo esté infectado, con excepción de aquellos que sean lo bastante listos y tengan provisiones suficientes para permanecer escondidos durante las próximas semanas. Millares de millones morirán. Los supervivientes, muchos de ellos sumidos en la locura a causa de lo que habrán visto, vivirán el resto de sus días rebuscando entre la basura tóxica.

»Si está en lo cierto, las apuestas en la carrera para encontrar la cura, ya altas de por sí, acaban de elevarse al nivel final de la lucha contra la posible extinción».

Después de colgar el teléfono, observa a Petrova.

—Ha conseguido que me preocupe.

—Yo sólo soy una mensajera —responde ella con una mirada nostálgica clavada en el teléfono que sostiene Hardy.

Hardy se da cuenta de que la doctora piensa en su familia y en que ojalá tuviera algo de tiempo para intentar llamar a Londres de nuevo.

Se siente avergonzado por ello.

—Bien —dice Hardy—. Muéstreme sus resultados. Esperemos que se equivoque.

Entonces, Hardy se para en seco y se golpea la frente con la palma de la mano.

—¡El doctor Baird! —exclama.

Y sale corriendo de la sala.



## 28. Marionetas

Seguido por Petrova, Hardy corre por el pasillo con el corazón desbocado. Acaba de recordar que el doctor Gavin Baird llegó al instituto pidiendo ayuda anoche.

De camino a casa, Baird se vio sorprendido por un pequeño enfrentamiento entre policías y unos saqueadores en el exterior de un supermercado. Un niño le propinó un mordisco en la mano que le rasgó la piel e hizo que sangrara. Conmoción, regresó al instituto para desinfectarse y vendarse la herida minutos antes de que la rubia alta y su jauría aparecieran. Al igual que el resto de científicos, desistió de esperar a que se marcharan y se puso a trabajar. Baird desapareció en el laboratorio oeste con Marsha Fuentes, una de las técnicas de laboratorio.

Hardy no ha sabido nada de ellos desde entonces.

Lucas se asoma por la puerta colocándose bien las gafas.

—¿Sabe dónde guardan las bolsas de basura?

—¡Venga conmigo! —brama Hardy.

—¿Voy yo también? —pregunta Saunders, y sin esperar respuesta se une al grupo—. ¿Por qué no lleva máscara, doctor Hardy? ¿Ha levantado la cuarentena que nos autoimpusimos?

Hardy se detiene en la puerta del laboratorio y mira por el ventanuco, pero no ve a nadie dentro.

—¿Alguien ha visto a Marsha desde ayer? ¿Marsha Fuentes?

Los otros se miran entre ellos y niegan con la cabeza.

Hardy mira a los ojos a Petrova con una expresión triste. Entonces abre la puerta sujetando el palo de golf a modo de defensa.

Cruzando la habitación entre gimoteos, Marsha Fuentes camina hacia él.

Bueno, lo que queda de ella.

Le han dado una soberana paliza. El lado izquierdo de su cara está amoratado y tiene el ojo cerrado por la hinchazón. Parece que tiene el brazo roto y un seno le asoma a través de un rasgón en la camisa y el sujetador. Cada paso que da le provoca una mueca de dolor.

—Por Dios, Marsha, ¿se encuentra bien? —pregunta Hardy, dando un paso al frente.

—Es una de ellos, doctor —advierde Petrova.

Hardy se da cuenta de que Petrova tiene razón. La garganta de la mujer está inflamada, como si se hubiera tragado unas manzanas silvestres y ahora las tuviera alojadas en la tráquea. La mujer gruñe, lo que hace que los bubones tiemblen.

—Marsha... —dice Hardy con voz pesadosa.

—¿De qué va todo esto? —pregunta Lucas, con la voz tomada por el pánico.

—Dios mío, ¿qué es ese olor? —inquire Saunders—. ¿En qué estaban trabajando aquí dentro?

Baird se convirtió en un perro rabioso y le dio una paliza a Fuentes. También la mordió. Cuando la mujer recuperó la consciencia, ya se había convertido en una de ellos.

Fuentes sonrío y muestra la dentadura, la saliva gotea de entre sus dientes apretados.

—Tal vez deberíamos irnos —opina Saunders, parpadeando.

—¿Dónde está el doctor Baird? —pregunta Hardy—. Tenemos que confirmar que está aquí y luego podemos salir y sellar el laboratorio.

Hardy mira hacia la derecha y ve al hombre detrás de una mesa a unos pocos metros de distancia.

—¡Por Dios, Baird! Qué susto me ha dado —dice Hardy, olvidando por un momento en lo que se ha convertido su colega.

Baird gruñe. La coleta se le ha soltado y la larga cabellera rubia, llena de sangre coagulada, le cae sobre la cara y los hombros. Es un tipo fuerte, un levantador de pesas. Tiene las manos cerradas en puños colgando a los costados.

Hardy le ve los ojos a través de la cortina de cabello. Arden como ascuas.

—Oh, mierda —exclama Hardy.

Baird salta por encima de la mesa, esparciendo papeles y tirando el ordenador al suelo. Con un manotazo, aparta el palo de golf que Hardy ha levantado sin convicción para defenderse, lo agarra por la nuca y le hinca los dientes en la garganta. Fuentes, con la boca llena de espuma, se coge al brazo izquierdo de Hardy y, entre los dos, lo hacen caer al suelo dando alaridos.

—¡Hagan algo! —gime Lucas—. ¡Que alguien haga algo!

Saunders grita varias veces, demasiado aterrado para articular una sola palabra.

Baird le ha desgarrado la garganta a Hardy con los dientes. Un surtidor de brillante sangre roja se proyecta por el aire. Los gritos de Hardy se convierten en un gorgoteo. Los ojos se le vuelven vidriosos por el miedo y la seguridad de que aquello se ha acabado.

—Mamá... —llama con voz ronca.

Momentos después, la luz de sus ojos se apaga. Su cuerpo se relaja.

El teléfono móvil que llevaba en el bolsillo de la bata cae al suelo y empieza a sonar.

Petrova recoge el palo de golf y golpea a Baird en la espalda haciéndole gañir, acobardado como a un perro al que han propinado una patada en las costillas. Petrova descarga un nuevo golpe, esta vez sobre el brazo roto de Fuentes, quien rueda por el suelo llorando de dolor.

—¡Márchense! —grita Petrova, y golpea otra vez a Baird de manera salvaje—.

¡Lucas, Saunders! ¡Váyanse ahora!

A pesar de los repetidos golpes, de la sangre y los gruñidos, Baird se pone en pie lentamente. De rodillas, Fuentes avanza pesarosa hacia Petrova con la mano del brazo bueno tendida a modo de garra.

—¡Márchense!

Y Petrova se da cuenta de que se ha quedado sola y que Baird ya se ha levantado. La doctora sale por la puerta y la cierra de golpe.

Un segundo más tarde, el cuerpo de Baird choca contra la puerta y empieza a empujarla y a aporrearla, dejando unas manchas sanguinolentas en el ventanuco.

A pocos centímetros, al otro lado de la puerta, Petrova está sentada en el suelo, agarrándose las rodillas y llorando. Siente la vibración y las frenéticas embestidas sobre la espalda.

Saunders y Lucas están sentados contra la pared, uno a cada lado de ella, aturridos y temblando por el exceso de adrenalina.

Baird se detiene de repente. El silencio es alarmante.

El teléfono móvil de Hardy vuelve a sonar.

—Está muerto —dice Lucas, con los dientes castañeteándole—. Está muerto, ¿verdad?

—Todos lo están —responde Petrova, secándose las lágrimas de la cara.

Gavin Baird y Marsha Fuentes murieron en el momento en que el virus se reprodujo lo suficiente como para saturarles el cerebro y someter su voluntad a la del virus. El momento en que empezó a utilizar sus cuerpos como marionetas, con el único propósito de propagarse de manera violenta a nuevos huéspedes.

—La cepa del Perro Rabioso es un parásito y ahora los tiene entre sus garras —añade en voz baja.

Despacio, Petrova se levanta, mira por el ventanuco y suelta un grito ahogado. Baird la mira sonriente. Resuella y suelta baba sobre la corbata ensangrentada y la bata.

«A pesar de que los virus son la forma de vida más antigua del mundo, primitiva y antediluviana, esta cepa mutante es algo nuevo —reflexiona la científica—. Una nueva fuerza de la naturaleza desatada sobre el mundo».

Baird y Fuentes ya no toman decisiones por ellos mismos. Están infectados y sólo actúan según la simple programación de un virus:

Atacar, dominar, infectar.

—Oh —exclama Petrova, dando un paso atrás— Oh, Dio...

—¿Qué pasa?

Petrova se da la vuelta. Los ojos le brillan de miedo.

—¡Corran! —chilla la doctora.

Segundos después, la puerta es arrancada de los goznes por un fuerte golpetazo y

Baird cae en el pasillo, aullando de dolor y de ira.

# Capítulo 6

## 29. Ni rastro de nuestros chicos

Avanzando en una cuña compuesta de tres escuadras de fusileros en formación de diamante, con el mando, la escuadra de armas de apoyo y los heridos que pueden andar en el centro, el segundo pelotón llega a la Escuela Internacional Samuel J. Tilden con diez minutos de retraso sobre el horario previsto. Un creciente grupo de personas sigue al pelotón a una distancia prudencial con la esperanza de que lo protejan.

La escuela es un edificio alargado de tres pisos de altura, con un núcleo central y dos alas, al que se puede acceder por la entrada principal y las numerosas salidas de emergencia. En los primeros días de la epidemia del Lyssa, la alcaldía clausuró todas las escuelas para evitar que la infección se propagara con rapidez entre los niños, quienes luego transmitirían la enfermedad a su familia. Conforme la epidemia continuó extendiéndose y empezó a saturar los hospitales, el gobierno intentó aliviar la presión habilitando clínicas para el Lyssa en sitios como las escuelas, las grandes discotecas e incluso en las estaciones de tren y de metro.

Esta escuela, convertida en una clínica para el Lyssa, era donde Cuarentena ubicó el cuartel general de la compañía Charlie, al primer batallón y al primer pelotón. Ayer, el lugar hervía de pacientes, voluntarios médicos y casi cuarenta soldados, policía militar, ingenieros y especialistas, incluyendo al menos una escuadra apostada permanentemente en el puesto de control, detrás del parapeto de sacos terreros levantado alrededor de la entrada principal.

Hoy, la entrada está desierta. Frente a la escuela no hay ningún automóvil al estar la calle restringida para el uso exclusivo de vehículos oficiales. Nadie sale a dar la bienvenida al segundo pelotón.

En la calle hay cuerpos desplomados por doquier entre basura y papeles que revolotean en el aire. Empiezan a oler mal en esta fresca mañana de finales de septiembre. El aire está cargado de moscas.

Han muerto por heridas de arma de fuego.

La segunda escuadra marcha en punta del pelotón. El sargento Lewis ordena que se detengan. El teniente se acerca a paso ligero, saca los binoculares e inspecciona el pequeño pero bien construido reducto de sacos terreros.

No se ve a ningún soldado.

Bowman se vuelve hacia Lewis y le indica que se ponga en marcha.

El sargento silba con suavidad y los equipos de la segunda escuadra cruzan a todo correr el espacio abierto que los separa de los sacos terreros con las carabinas listas para disparar.

Detrás de ellos, los civiles se ponen nerviosos y preguntan por qué se ha detenido

el pelotón en lugar de entrar a refugiarse en el edificio. Kemper les explica que primero tienen que reconocer la zona para asegurarse de que no es peligrosa, y les advierte que se mantengan alejados por su propia seguridad.

La segunda escuadra desaparece en el interior del edificio. La escena transcurre en silencio a excepción del tableteo intermitente de los disparos de una ametralladora en algún lejano punto hacia el nordeste.

—Cada vez que nos hacemos a un lado, nos masacran —se queja uno de los civiles.

Al rato, Lewis reaparece detrás de los sacos terreros y silba, pasándose la mano por delante de la cara para indicar que todo está despejado.

—Ahora podemos entrar —responde Kemper al civil—. ¿Ven cómo funciona el asunto?

—Pensaba que como funcionaba era que yo pagaba mis impuestos y ustedes me protegían —comenta una mujer entre la gente en un tono lo bastante alto para que Kemper lo oiga.

El sargento suspira y se arrepiente de haber intentado explicárselo.

El pelotón avanza y los civiles lo siguen de cerca.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —se pregunta en voz alta Sherman.

El suelo frente a las puertas de la escuela está cubierto de casquillos ensangrentados, producto de cientos de disparos; puede que incluso miles. El olor de la cordita flota en el ambiente.

—Como si fuera una guerra —responde Trueno.

—Ni rastro de nuestros chicos, señor —informa el sargento Lewis al teniente.

Los soldados del segundo pelotón dejan las mochilas en el suelo del pasillo y echan un largo trago de la cantimplora. Los civiles pasan junto a ellos en fila, consternados.

—Descansad —dice Bowman—. Nos ponemos en movimiento en cinco minutos.

### 30. Cómo un pelotón de fusileros se hace con el control de un edificio

El sargento Ruiz levanta el brazo por encima de la cabeza y lo mueve ligeramente. Williams y Hicks toman posiciones a ambos lados de la puerta y le hacen una señal con el pulgar levantado.

Ruiz abre la puerta del aula y enciende las luces. Al momento, las hileras de fluorescentes vuelven a la vida entre parpadeos.

Cruza el umbral de la puerta con la carabina apoyada en el hombro, lista para disparar. Williams lo sigue y tuerce hacia la izquierda mientras que Hicks tuerce a la derecha. Detrás de ellos, Wheeler y McLeod aseguran el pasillo y les cubren la espalda.

El equipo traza círculos hasta regresar a la puerta.

—Despejado —dice Williams.

—Despejado —secunda Hicks.

—Despejado —confirma Ruiz.

Es la octava vez que han repetido esta operación y ya están agotados.

Así es como un pelotón de fusileros se hace con el control de un edificio, habitación por habitación. Cuando entraron en la escuela, el teniente situó la escuadra de armas de apoyo y su puesto de mando al lado de los civiles y los heridos, cerca de la entrada principal, taponando el acceso. Esa posición se convirtió en la base desde la que lanzar las operaciones al interior del edificio, al mismo tiempo que se impedía el acceso a personas que pudieran reforzar a las fuerzas enemigas desde el exterior.

Con este paso completado, el siguiente era despejar el edificio de manera sistemática. Cada una de las tres escuadras se dirigió a un ala del edificio, con los equipos alternándose entre el papel de fuerza de asalto y el de refuerzo.

—Muy bien, ésta es la escalera que sube al segundo piso —informa el sargento, secándose el sudor de la frente—. Por ahí se va a la zona de administración. Tenemos que despejarla antes de subir. McLeod, quédate aquí con tu ametralladora.

—¿Me deja aquí solo? —pregunta McLeod.

El sargento expulsa el aire por la nariz de forma ruidosa.

—Hemos despejado las aulas que tienes a la espalda. Nosotros estaremos a tu izquierda, por el pasillo. Túmbate aquí y apunta con la ametralladora a la escalera hasta que regresemos. ¿Crees que puedes ocuparte de ello?

—Al explicarlo de esa manera...

—Escúchame bien, gilipollas.

—Sí, sargento.

—Tú nos cubres las espaldas. Ni la jodas, ni te duermas, ni te casques una paja, ni



te pongas a leer un buen libro o lo que sea que hagas cuando no estás de servicio. Si lo haces, no te voy a castigar pelando patatas ni a putearte a flexiones. Por algún motivo, una granada de fragmentación caerá a tu lado. Nadie sabrá que la lancé yo. Pero tú morirás. ¿De acuerdo? ¿Nos entendemos?

—Sí, sargento —asiente McLeod con el rostro sombrío.

—Muy bien, chicas. En marcha. Cuando antes acabemos, antes podremos descansar.

—Entendido, sargento —responde Hicks.

—En punta, soldado Williams.

—A la orden, sargento.

Williams tuerce por la esquina hacia las oficinas de administración y casi choca contra un hombre, alto y delgado, que está de pie en el pasillo, sonriéndole. El gigante mide más de dos metros y viste un elegante traje y corbata.

—Oh, lo siento, señor —se disculpa Williams.

Williams levanta la vista hacia la cara del hombre y siente que se le suelta la tripa. La garganta inflamada y amoratada del hombre sobresale por fuera del cuello de la camisa, que está empapada de saliva y mucosidad.

—¡Dispara, soldado! —grita Ruiz.

El hombre abre la boca, dejando escapar un gorjeo desde lo más profundo de la garganta, y alarga los brazos para rodear a Williams.

El fusil emite un estampido seco y el hombre se tambalea hacia atrás, con gestos de dolor y la camisa teñida de rojo.

Williams parpadea sorprendido y vuelve a disparar, tal y como le enseñaron. El disparo impacta en la cara del hombre, arrancándole la mandíbula y la oreja. El hombre gira como una peonza y cae por fin al suelo. Una pequeña humareda sale de su pelo.

El soldado se ríe de forma histérica.

—¿Quién le ha disparado? ¿He sido yo?

—Dame el arma, soldado.

Ruiz le quita la M4 de las manos, apoya la culata contra el hombro y hace tres disparos seguidos con rapidez. Al final del pasillo, tres figuras caen abatidas.

—Aún podré convertirte en un buen soldado, Williams —lo felicita Ruiz, devolviéndole la carabina y recogiendo su escopeta.

—A la orden, sargento —dice Williams, que suelta una larga bocanada de aire—. A la orden.

Se oye una voz familiar desde la esquina.

—¿Estáis todos bien, tíos?

—¡Cállate y conserva la posición, McLeod! —le grita Ruiz.

—Sargento, mire, un fusil —dice Hicks, que avanza unos pasos y recoge el arma

del suelo—. Es una M4.

Hicks se pelea con el cerrojo del arma y resopla.

—Está encasquillada —añade.

El sargento asiente. Temía que en algún momento iban a encontrar los restos del primer pelotón.

—Hay un rastro de sangre. ¿Lo ve?

El rastro de sangre se mete por debajo de la puerta de uno de los despachos de administración. Los equipos se colocan en posición con rapidez, preparados para entrar. Ruiz echa una ojeada por el ventanuco que hay en la parte superior de la puerta, que también está salpicado de sangre. El interior del despacho está limpio y bien iluminado, pero por lo demás parece estar vacío.

Ruiz empieza la cuenta atrás con los dedos.

Tres, dos, uno...

El pomo cede y gira, pero la puerta apenas se abre. Algo la bloquea.

Ruiz empuja con fuerza hasta que vence la obstrucción.

Los soldados entran en la habitación, la aseguran y entonces convergen junto a su único ocupante.

Enredado en sus propias extremidades yace un cuerpo. Lo reconocen. Es el operador de radio de la compañía Charlie. Lleva un torniquete rudimentario apretado con fuerza alrededor de la pierna, brutalmente destrozada de rodilla para abajo. La parte superior del cráneo y los sesos rocían la puerta astillada y quemada que bloqueaba con su cuerpo.

Bloqueándola, según parece, para evitar que entraran los perros rabiosos.

—Esto es una puta mierda —maldice Williams.

—No quería convertirse en uno de ellos —afirma Ruiz.

—¿Cómo dice, sargento? —pregunta Hicks, desconcertado.

—Nada —responde Ruiz—. Sólo pensaba en voz alta.

El hombre aún sostiene la pistola que usó para volarse la cabeza. A los operadores de radio no se les entregan armas de fuego cortas, por lo que se deduce que la pistola no es suya; no obstante, los soldados ven que el arma es una pistola de 9 mm de las que utiliza el ejército.

El sargento se agacha y coge una de las chapas ovales de identificación del cadáver y luego contacta con el teniente por el auricular.

—Perro de guerra Dos-Seis, aquí Perro de guerra Dos-Tres. Adelante.

—Perro de guerra Dos-Tres, aquí Perro de guerra Dos. Espero mensaje. Cambio.

—Hemos despejado de amenazas la mayor parte de la primera planta. Hemos localizado a un miembro del personal del cuartel general de la compañía Charlie en la zona de administración del ala izquierda. Cambio.

—¿Cuál es su estado? Cambio.

—Está muerto. Cambio.

—¿Alguna señal de Perro de guerra Seis u otro miembro de su mando? Cambio.

—Negativo. Sin embargo, tenemos una buena noticia que dar. El cuerpo localizado es el del operador de radio de la compañía y tiene una radio de combate que funciona. Cambio.

Los chicos se miran los unos a los otros y sonrén. La muerte del hombre es horrible, más aún porque esta muerte en particular, entre otras tantas, es de lo más parecida a la que tendrán ellos como soldados. Pero encontrar un SINCGAR intacto es un golpe de suerte. Las comunicaciones tienen tanto valor como el agua o las municiones en el campo de batalla. Con una radio de campaña que funcione, el pelotón puede comunicarse con el batallón con facilidad y conseguir las cosas que necesita para vivir y seguir siendo eficientes como unidad militar de combate. En concreto, mediante la comunicación directa con la cadena de mando, el pelotón puede solicitar información, órdenes, refuerzos, evacuación, rescate, apoyo aéreo, comida, agua, munición y equipo.

—Extraordinario, sargento. ¿Puede enviar a un hombre con ella? Cambio.

—A la orden, señor. Ahora envío al soldado Williams con la radio. Cambio.

—Recibido. Corto.

—Recoged las armas y la munición que encontréis —ordena Ruiz al equipo—. Respecto a Doug Price, lo recogeremos a la vuelta para enterrarlo como es debido.

### 31. Una obligación mayor

El teniente Bowman ha establecido su cuartel general en el amplio vestíbulo de entrada de la escuela, alrededor de un grupo de más de cien civiles aterrados que se encuentran junto a los lavabos y a una fuente de agua.

Ha situado a la escuadra de armas de apoyo enfrente de las puertas de entrada a la escuela y a un artillero —destacado por la segunda escuadra— al otro lado del pasillo, delante de la escalera principal que sube al segundo piso.

Esta sencilla disposición proporciona seguridad a los civiles al tiempo que les permite el acceso al agua y a los lavabos —cosa que espera que los mantenga calmados—, pero no a las mochilas de los soldados, que están colocadas cerca de la puerta principal bajo la atenta mirada de los artilleros.

Sherman, con una carabina M4 en las manos, recorre con la vista a la gente en busca de señales de problemas al tiempo que hace oídos sordos a las peticiones de comida, medicinas, pañales, cerveza y cigarrillos, vasos de plástico, mantas, alcohol desinfectante, barritas de chocolate y más papel higiénico, toallas de papel, jabón y hasta un desatascador de sanitarios. A menudo, también echa ojeadas a Ojo de Halcón, quien está tumbado, gimiendo y sudando, tapado con una manta y al cuidado de Doc Waters, el médico de campaña del pelotón.

Ojo de Halcón empieza a oler mal.

—Ha cogido el Lyssa —le explica estupefacto el doctor a Sherman—. Lo mordió un perro rabioso y ahora se está convirtiendo en uno de ellos. En sólo unas horas. Sin duda aquí hay algo que va mal.

—¿En serio? —rezonga alguien entre dientes.

Bowman llegó a un trato con los civiles y les permitió que entraran dentro del perímetro defensivo del pelotón —convirtiéndose así en su problema— con dos condiciones: la primera, que no interfirieran en las operaciones de los hombres a su mando y, la segunda, que informaran sobre cualquier civil que mostrara síntomas del Lyssa —en especial, los síntomas del perro rabioso— para que se los pudiera alejar de la zona de seguridad y expulsar del edificio.

De momento, los civiles no han cumplido la primera promesa, pero sí la segunda.

Aparte de esto, no está seguro de qué hacer con ellos. Tiene órdenes de reagruparse con el primer pelotón y el cuartel general de la compañía e intentará cumplir su misión mientras le sea posible. Estos civiles sólo hacen que vaya más lento. Y aun así, son ciudadanos americanos y él tiene una obligación mayor, la de protegerlos de cualquier mal.

No obstante, su principal prioridad en estos momentos es asegurar el edificio y dar a los chicos un merecido descanso. No hay modo de que mantengan este ritmo.

Ya están exhaustos y consumen los suministros a una velocidad alarmante.

«Y lo peor de todo aún está por venir —piensa Bowman—. Días, incluso semanas, en esta situación. Puede que los chicos necesiten hacer un esfuerzo sobrehumano para sobrevivir durante las próximas veinticuatro horas».

Doc Waters se acerca al teniente.

—Los hombres han de cambiarse las máscaras. El sudor y el hollín las obstruyen y ellos olvidan hacerlo.

Bowman parpadea sorprendido. El pelotón tiene asuntos más importantes de los que ocuparse que la prevención del Lyssa. Pero, por supuesto, el médico de campaña está en lo cierto. Bowman asiente.

—Me ocuparé de ello —contesta el teniente.

—Otra cosa, señor —continúa el doctor—. Varios de los soldados ya ni las llevan. Eso es una estupidez supina, señor. Hemos tenido una mañana extraña, pero la probabilidad de infección es tan alta hoy como lo era ayer. —Y tras una mirada a los civiles, añade—: De hecho, es mayor.

—Entendido, doctor —responde Bowman—. Veré qué puedo hacer.

—¡Señor! ¡Objetivos a la vista! —grita Bailey, el soldado de la segunda escuadra que porta la ametralladora, tendido en el suelo apuntando por la mira del cañón del arma, que ahora descansa en un bípode—. Veo siete... no, ocho amenazas subiendo por la escalera exterior.

El teniente se arrodilla junto a Bailey y observa a los perros rabiosos a través de la mira telescópica. Siete de ellos presentan un aspecto lamentable, vestidos con camiones de papel, y el otro lleva ropa del personal sanitario de un hospital. Tres de ellos sonrían como payasos, con la boca y el camión manchados de rojo.

«Ojalá pudiera comprender qué los motiva. ¿Acaso no reconocen a sus propios amigos o familia? ¿Por qué quieren matarlos? ¿Por qué no se atacan entre ellos?»

Los perros rabiosos se detienen y se quedan de pie, inmóviles, abriendo y cerrando los puños caídos a los costados. Aún se encuentran a una distancia de treinta metros.

—¿A qué espera? —grita uno de los civiles—. Dispare, ¡por el amor de Dios!

Otros civiles lo secundan a gritos y piden que abra fuego. Un bebé empieza a llorar.

—¿Los coso a tiros, señor? —pregunta Bailey, que coloca el dedo con suavidad sobre el gatillo.

—Ya conoce las reglas de enfrentamiento, soldado Bailey —le contesta Bowman—. Disparar en caso de amenaza. Por ahora, no son hostiles.

El soldado se lo queda mirando.

—¿Las reglas de enfrentamiento, señor?

—Sí, seguimos actuando conforme a las reglas de enfrentamiento que Cuarentena

dictó anoche.

—Si quiere saber mi opinión, señor, a mí me parecen bastante amenazadores — dice Bailey.

Bowman sonrío a su pesar.

Con un gruñido, dos de los perros rabiosos salen a la carrera. Los otros no tardan en seguirlos, avanzando con el característico trote saltarín.

«Se comportan como animales —dice Bowman para sí—. Cazan en manadas. Sólo hay que verlos correr. Como animales. ¿Por qué?»

—Tiene luz verde para disparar —informa Bowman.

La ametralladora de mano es una ametralladora ligera alimentada por cintas de cartuchos que permite disparar hasta setecientos cincuenta balas por minuto a una distancia eficaz de mil metros. Esta ametralladora se suele utilizar para establecer una base de fuego. Consume munición con rapidez y tiene una potencia de fuego fulminante y sanguinaria.

Bailey apunta al primer perro rabioso y lo abate con un único disparo. Pasa al siguiente objetivo. Cada vez que dispara, la gente emite un coro de chillidos que cripa los nervios.

Bowman empieza a pensar que, en realidad, los civiles intentan con toda sus fuerzas hacer que su trabajo sea irritante y complicado.

Entonces trata de ponerse en su situación. Como si varias semanas de plaga y escasez no fueran bastante malas de por sí, su mundo se acaba y ahora son unos refugiados en su propio país, indefensos en una guerra fratricida y perseguidos por un enemigo despiadado que unas horas antes era su hijo, su madre, su doctor, su párroco o su mejor amigo.

Y ahora ven a un soldado acribillar a unas personas.

«Dios mío —se dice—, la única razón por la que sigues en tu sano juicio es porque tienes un trabajo que hacer. Intenta comprenderlos un poco, ¿de acuerdo?»

—Bien hecho —felicitaba a Bailey.

—¿Señor? Los perros rabiosos son mucho más agresivos de lo que nos dijeron. Y su número también es mayor del que nos dijeron.

—Muy buena observación, soldado Bailey.

—Quiero decir... ¿Se supone que esto es el fin del mundo?

—El ejército no me ha comunicado tal información —contesta Bowman.

La conversación le ha recordado otra tarea importante de la que aún ha de discurrir cómo hacerle frente: explicarle a su gente cómo se propaga la cepa del Perro Rabioso y lo que significa. Muchos de ellos, como Bailey, ya empiezan a atar cabos.

Crepita su auricular y oye la inexpresiva voz del sargento Lewis.

—Perro de guerra Dos-Seis, Perro de guerra Dos-Seis, aquí Perro de guerra Dos-Dos. ¿Me copia? Cambio.

—Perro de guerra Dos-Dos, aquí Perro de guerra Dos. Adelante. Cambio.

—Perro de guerra Dos-Seis, mensaje a continuación. —Silencio—. Hemos encontrado un gimnasio en el núcleo central del edificio. —Silencio—. Hay cientos de enfermos en camas plegables, es posible que miles. —Silencio—. El estado de algunos es grave. —Silencio—. Veo un montón de bolsas de suero vacías. No se retiran las cuñas ni se reparten medicinas. Por lo que parece, varias personas han sido asesinadas en sus camas. Los supervivientes necesitan ayuda. Cambio.

—Recibido. Enviaré a Doc Waters tan pronto como se despeje el edificio. ¿Alguna señal del oficial al mando o del primer pelotón? Cambio.

—Negativo. Hay mucha sangre y casquillos. Muchos han muerto debido a heridas de arma de fuego. Ni rastro de nuestros chicos. Cambio.

—¿Y del personal médico? Cambio.

—Vemos varias... partes de cuerpos que podrían ser del personal médico. Cambio.

Bowman comienza a juntar las piezas del rompecabezas. El primer pelotón únicamente destacó a una escuadra para que guardara la entrada principal. Los perros rabiosos atacaron a la unidad de frente y por la retaguardia. Desde la calle y desde el gimnasio. El resto del puesto de mando del capitán West y del primer pelotón se vio reducido a grupos pequeños, y lo más seguro es que fueran destruidos. El personal médico resultó masacrado o infectado e integrado en el contingente de perros rabiosos.

—Unidad amiga acercándose —grita alguien desde una esquina.

—Adelante, seas quien seas —responde Bailey—. Los perros rabiosos no hablan, ¿sabes?

Bowman ve que el soldado Williams se acerca corriendo con el equipo SINCGAR. Sherman se apresura a recibirlo y se pone a toquetear la radio de inmediato.

—¿Contacto negativo, Perro de guerra Dos-Seis? ¿Me copia?

—Recibido. Cambio.

—Corrijo. Acabamos de encontrar a dos fusileros del primer pelotón. Están muertos. Cambio.

Bowman se da la vuelta para mirar a los civiles. Algunos le devuelven la mirada con nerviosismo. Siente su desconfianza. Casi se puede palpar.

Alguien tiene que sobrevivir.

—¿Han descubierto provisiones? ¿Comida, mantas, medicamentos...? Cambio.

—Espere... Nos ponemos a ello. Cambio.

—Siga con su misión, Perro de guerra Dos-Dos. Corto.

El teniente llama a Williams.

—Soldado, ¿con cuántos enemigos se han encontrado?

—Cuatro, señor —responde Williams—. Nos hemos... ocupado de todos ellos, señor.

—Regrese con su unidad, soldado.

—Sí, señor.

«No es posible que unos cuantos perros rabiosos superaran a un pelotón de infantería y lo dispersaran por todo el edificio —piensa Bowman para sus adentros—. Tiene que haber más. Cientos, incluso. ¿Dónde está su fuerza principal?»

—¡Unidad amiga acercándose! —grita alguien desde la puerta principal.

—¡Acércate para que te vea la cara! —responde Martin, que se pone en tensión detrás de la ametralladora.

Un soldado, con el uniforme y el casco salpicados de sangre, cruza la puerta abierta y se da a conocer.

—Tercer pelotón.

—Nosotros somos del segundo pelotón —contesta Trueno—. Hey, parece que hemos llegado antes que vosotros.

—¡Hooah! —grita Martin con el puño alzado.

Los soldados se tambalean a través de la puerta abierta. Los chicos del segundo pelotón sueltan un grito a modo de saludo. Incluso los civiles sonríen; esperan que la llegada de estos soldados conlleve el regreso de la ley y el orden a Nueva York. Pero tanto los gritos como las sonrisas no tardan en desaparecer.

Varios soldados caen de rodillas agotados, otros miran al vacío y caminan como zombies. Algunos rompen a llorar, sin molestarse en cubrirse el rostro. Otros se sientan apoyados contra la pared, encienden un cigarrillo y se abrazan las rodillas.

—¡Dios! Sólo quedan quince, quizá veinte —susurra Trueno a Martin—. ¿Qué demonios le habrá pasado al resto de sus chicos?

Un oficial se abre paso hasta ponerse al frente de lo que queda del tercer pelotón. Luce galones de teniente y Bowman lo reconoce al instante: el teniente Steve Knight.

Knight parpadea para acostumbrarse a la luz de los fluorescentes del vestíbulo.

—¿Dónde está el capitán West? —pregunta Knight.

Bowman se abre camino entre la gente hasta acercarse lo suficiente para intercambiar el saludo.

—Me alegro de verte, Steve. De verdad.

—Gracias a Dios que estás aquí, Todd. —Knight abre los ojos alarmado—. ¿Dónde está toda tu gente?

—Asegurando el edificio. ¿Y el resto de los tuyos?

—Tengo que presentar mi informe —responde Knight con un gesto negativo de cabeza—. ¿Puedes llevarme a ver al oficial al mando?

—No está aquí, Steve.

Knight parpadea de manera repetida, sobrecogido por las noticias.



—Pero éste es su puesto de mando —dice Knight casi en un susurro—. Nos ordenó que viniéramos aquí.

—Aún estamos reuniendo información sobre la situación, pero todo parece indicar que el puesto de mando del capitán ha sido destruido.

## 32. Otra muesca en el cinturón para el asesino

En el ala este de la escuela, Eckhardt, Mooney, Wyatt y Finnegan toman posiciones para entrar en el laboratorio de química mientras el sargento McGraw protege el pasillo con otros tres chicos de la primera escuadra.

Eckhardt se ocupa del centro, Mooney de la derecha y Wyatt de la izquierda. Finnegan se queda de apoyo en la puerta.

Nada más entrar, Mooney conjetura que algunos miembros del primer pelotón utilizaban el aula como dormitorio. Hay camas plegables, mochilas, efectos personales, cascos, ropa y cajas de munición.

Las camas están sin hacer. Hay raciones de comida preparada sin acabar en algunas de las mesas de laboratorio.

Los perros rabiosos han estado aquí. La nariz le escuece a causa del hedor agrio que flota en el ambiente.

En esta aula hubo algún tipo de combate.

Caminan sobre trozos de vidrio roto y hojas de papel de carta desperdigadas. Una fina neblina flota en la habitación. Una de las camas plegables está empapada de sangre medio seca, las sábanas apenas ocultan un montón de restos humanos, casi insuficientes para saber que, a quienquiera que pertenecieran, era una persona.

En el suelo, junto a la cama, hay la mano de un crío cortada con limpieza.

—¡Oh, Dios! —exclama Mooney, y traga saliva.

Pisa una M4 rota y casquillos de bala vacíos.

Al otro lado de la cama, tres civiles muertos yacen desplomados sobre un soldado que murió haciendo muecas de dolor. Le han arrancado la cabellera del cráneo y ésta sobresale del interior de la boca de uno de los perros rabiosos; el pelo y todo lo demás.

—No —gime Mooney, y vomita en el lavamanos de una de las mesas de laboratorio.

Los otros chicos se detienen y esperan a que termine. Nadie le gasta ninguna broma, ni siquiera Wyatt. Casi todos han vomitado al menos una vez durante las últimas diez horas.

Mooney se enjuaga la boca y se para a pensar. Una escuadra, quizá dos, estaban acuarteladas aquí. Algunos se vieron sorprendidos mientras comían y los destrozaron. Otros mientras dormían y los masacraron en las camas. La mayoría, sin embargo, ha desaparecido.

—Estoy bien —informa avergonzado Mooney a sus compañeros—. Estoy bien.

—Quietos —ordena Eckhardt.

Los chicos le obedecen.

—He oído algo —añade el cabo—. Escuchad.

Se oye un resuello entre las camas y las mesas del laboratorio.

—Creo que hay alguien en la habitación.

—Uno de esos dementes —dice Finnegan, que bulle de ira—. Me lo voy a cargar lentamente.

—¿Y por qué dices eso? —pregunta Mooney, escupiendo en el lavamanos—. Ya no son personas. Son como animales. Ni siquiera saben lo que hacen.

—Cállate, Mooney.

—Es un amante de los perros rabiosos —se burla Wyatt, pero nadie se ríe.

—Podría ser uno de los nuestros que estuviera tendido en el suelo, herido —dice Eckhardt—. O un no combatiente. Piensa antes de actuar, Finnegan. Ahora, ve a buscar al sargento.

Finnegan hace una señal al sargento McGraw para indicar que es posible que haya una amenaza. El sargento entra en el laboratorio con la escopeta.

—Muy bien, despejemos la habitación —dice el sargento—. Estad alerta. Moveos poco a poco.

Los chicos avanzan entre las camas plegables y las mesas.

El resuello se detiene y empieza de nuevo.

A Mooney ya no le quedan ánimos para esto. Si McGraw les dijera que se metieran una bala en la cabeza para escaquearse de este horror irreal, se lo plantearía seriamente. No ha dormido desde hace más de veintiséis horas. Durante las últimas diez, casi ha muerto a manos de una horda de maníacos homicidas que lo perseguían, luego ha dado caza y abatido perros rabiosos mientras despejaba el hospital, ha explorado el horroroso y humeante espectáculo de la Primera Avenida, ha marchado casi dos kilómetros con todo el equipo a cuestas, se ha abierto paso a través de un disturbio y ha despejado casi un piso entero de una escuela abandonada. Está cansado hasta los tuétanos y, sinceramente, tiene la moral hecha una mierda.

En gran medida, está harto de matar.

Los soldados se vuelven descuidados cuando están así de cansados.

Mooney nota una mano cerrársele sobre el tobillo. Recula a trompicones y por poco se desmaya.

Un hombre viejo vestido con ropa de personal sanitario avanza hacia él; arrastra tras de sí las piernas nudosas y lo mira desde el suelo, riéndose por lo bajo y babeando. Alarga la mano y vuelve a cogerle el tobillo. Abre la ensangrentada boca con satisfacción. «¡Ah!», parece exclamar.

Mooney da un grito y le clava la bayoneta en la frente. Después, como impulsado por un resorte, suelta el arma, se cae de culo y se mea encima.

Los otros chicos se le acercan.

—Qué fuerte, Mooney. Bien hecho, tío —lo felicita Finnegan.

—Otra muesca en el cinturón para el asesino —dice Wyatt.

McGraw ayuda a levantarse a Mooney.

—¿Estás bien, soldado?

—Eso creo, sargento.

—Muy bien. Recoge el arma.

Wyatt se ríe histéricamente y Mooney se lo queda mirando. Se oye de nuevo un resuello.

Al momento, los chicos forman un círculo, mirando hacia el exterior, para establecer un perímetro defensivo. Mooney extrae la bayoneta del cráneo del perro rabioso al que acaba de matar y reprime la necesidad de vomitar otra vez mientras trata de pasar por alto la perturbadora sensación de humedad que le baja por la pierna.

McGraw les hace señas para que lo sigan a través de la habitación. Se detiene frente a una puerta secundaria que lleva a otro pasillo, coloca la oreja sobre ella y escucha.

Resuellos.

El sonido los electriza.

Mooney nota una mano alrededor del tobillo.

Con el corazón latiéndole desbocado, mira hacia abajo pero no ve nada. Sacude un poco la pierna para liberarse de la sensación que aún perdura.

El sargento cierra la mano en un puño y golpea el aire varias veces en dirección a la puerta. «Preparaos para actuar». Mooney y los otros chicos levantan las armas, prestos a disparar.

McGraw abre la puerta.

El pasillo está repleto de perros rabiosos. Muchos visten camiones de papel; otros van sucios y desnudos, los excrementos les resbalan por las piernas. Se empujan y babean mientras respiran con agitación. Una vaharada de hedor se abalanza sobre los soldados y hace que se estremezcan y que los ojos se les llenen de lágrimas. El soldado de primera Chen baja la carabina y se da la vuelta. Le sobrevienen arcadas.

Los perros rabiosos empiezan a gruñir.

Antes de que ninguno de los dos bandos realice algún movimiento, Mooney avanza y da una patada a la puerta para cerrarla. Segundos después, docenas de manos comienzan a arañar y golpear la puerta, cuyos goznes empiezan a temblar.

—No he llegado a disparar la carabina —se queja Wyatt.

—Eso sí que fue pensar rápido —aprueba McGraw—. El soldado Mooney acaba de salvarnos el culo.

—¿Qué quiere decir, sargento?

—Creo que nos hemos topado con un ejército de perros rabiosos —se explica McGraw—. La veta madre.

### 33. Hora de la revancha

Los chicos de la primera escuadra salen al pasillo por la puerta principal del laboratorio. McGraw se señala los ojos con los dedos índice y corazón de la mano izquierda para indicar al equipo de seguridad que siga adelante. Sostiene el fusil por encima de la cabeza y apunta en dirección a la esquina. Luego, extiende la palma de la mano hacia ellos.

Los soldados le responden con el pulgar levantado. Entienden que se ha avistado al enemigo, que se encuentra al doblar la esquina y que ellos deben quedarse donde están.

El sargento se acerca con sigilo a la esquina, echa una rápida ojeada y esconde la cabeza. Levanta un dedo para indicar que cree que hay cientos de objetivos hostiles en el pasillo. Hace algunos signos numéricos con las manos y luego hace chocar los puños: el enemigo se encuentra a unos quince metros pasillo abajo.

Es hora de informar de este encuentro al teniente.

Con una señal, indica a la escuadra que se mantenga en posición defensiva, y después entra en el laboratorio. Los perros rabiosos están concentrados en la puerta, que arañan con insistencia. Hace una señal hacia la puerta y luego acciona el auricular.

—Perro de guerra Dos-Seis, Perro de guerra Dos-Seis, aquí Perro de guerra Dos-Uno. Adelante.

—Perro de guerra Dos-Uno, aquí Perro de guerra Dos-Seis. A la espera de recibir mensaje. Cambio.

—Perro de guerra Dos, mensaje a continuación. —Silencio—. Hemos localizado a un gran grupo de perros rabiosos. Quizá doscientos. Cambio.

—Recibido, Perro de guerra Dos. Perfecto. ¿Tiene los recursos necesarios para enfrentarse y destruir a las fuerzas enemigas? Cambio.

Con una mueca, Mc Graw contesta:

—Solicito curso de acción alternativo. Cambio.

—Negativo. Cambio.

—Repito. Solicito curso de acción alternativo. Cambio.

—Noviembre Golf. Tenemos que asegurar el edificio. Esta acción se debe llevar a cabo. De lo contrario, nos veremos obligados a abandonar el edificio y a buscar otro. Y también tendremos que despejarlo. Éste es un hecho que debemos afrontar. Literalmente, o lo hacemos o morimos. ¿Me ha entendido?

—Afirmativo, señor.

—Complete la misión, entonces. Corto.

McGraw regresa al pasillo. Los chicos lo miran expectantes.

«Preparados para la acción», les señala con un movimiento seco del puño.

Les indica a los dos ametralladores de la primera escuadra que avanzarán y ocuparán la intersección en forma de «T», donde instalarán una base de fuego. Los dos granaderos —el cabo Eckhardt y el soldado de primera Rollins— dispararán granadas con los M203A1 sobre los enemigos desde los flancos, creando confusión y dando tiempo a los artilleros para que se coloquen en posición. El resto del equipo proporcionará apoyo, además de seguridad por los flancos.

Los chicos le muestran el pulgar levantado al sargento. Les brillan los ojos con entusiasmo.

Quieren hacerlo. Quieren entrar en acción. Para ellos, es la hora de la revancha.

McGraw levanta el brazo y lo mueve hacia atrás una vez, con lo que señala a la primera escuadra que se sitúe en hilera detrás de él con los soldados que portan las ametralladoras en el medio. Levanta ambos brazos y junta las palmas de las manos hasta que los chicos se colocan a una distancia de separación que lo satisface. Ahora la columna ocupa casi la mitad del pasillo. Mueve el puño arriba y abajo; avanzarán con trote lento.

Finalmente, hace un movimiento hacia adelante para indicar que lo sigan.

Los tiradores entran al trote en el espacio despejado del pasillo atrayendo la atención de los perros rabiosos, que les gruñen. Al instante, una docena echa a correr hacia los soldados.

—¡Que os aproveche! —ruge McGraw, disparando la escopeta sobre los infectados más cercanos y abatiéndolos de un único disparo que rocía el pasillo con más de veinticinco perdigones de alta velocidad. A su izquierda, los chicos se tumban en el suelo mientras Eckhardt y Rollins disparan las granadas explosivas de 40 mm con los M203A1 por encima de la muchedumbre infectada que se apretuja en mitad del pasillo.

Los ametralladores abren fuego. Las balas trazadoras parecen unas chispas borrosas de color rojo que abaten perros rabiosos como si de bolos se tratara. La distancia que los separa de los perros rabiosos hace posible que la zona de impacto de las armas cubra el ancho del pasillo de manera casi perfecta con el mínimo viraje del cañón. En otras palabras, son presa fácil. Las armas escupen cientos de casquillos de bala vacíos que repiquetean contra el suelo y se alejan rodando. La devastación es tan espantosa, tan completa y tan desorientadora que muchos de los perros rabiosos chocan entre ellos y contra las paredes. Pero no se detienen. Parecen no conocer el miedo, sólo una interminable furia asesina que ahora se dirige contra los ocho soldados de la primera escuadra.

McGraw se agacha detrás de un artillero.

—Estás apuntando demasiado alto. Dispara a ras de suelo, Ratli —aconseja el sargento, tras observar la trayectoria de las trazadoras.

Un nuevo grupo de perros rabiosos aparece por un pasillo lateral. McGraw se da cuenta de que se ha equivocado al suponer que eran doscientos.

Por lo menos son el doble.

Una granada explota cerca del techo. El falso techo, los fluorescentes, las tuberías de metal y el agua caen encima de la horda que avanza. Un brazo seccionado sale volando pasillo abajo y por poco le da en la cabeza a Mooney, que se estremece.

—¿Lo habéis visto? —pregunta Wyatt.

—¡Me he quedado sin granadas! ¡Cambio a cartuchos! —informa Rollins tosiendo a causa del humo y el polvo.

—Muy bien. Mooney, Wyatt, Finnegan, Chen. Es hora de entrar en juego —dice McGraw.

—Ya era hora —dice Wyatt y empieza a disparar con la carabina—. ¡Tomad! —aúlla.

—Rollins, ¿te quedan granadas de fósforo blanco?

—Tres, sargento.

—Tenlas a mano por si tenemos que salir pitando de aquí y lanzar algo de humo para desorientar al enemigo.

—Ningún problema, sargento.

—No os precipitéis —dice McGraw a sus fusileros—. Escoged los blancos. No malgastéis la munición. Haced que cada disparo cuente.

Mooney apunta a través de la mira telescópica de su fusil y dispara una corta ráfaga al pecho de una mujer en modo semiautomático.

El retroceso del arma le golpea el hombro, los casquillos utilizados vuelan por los aires y ella cae al suelo. En el entrenamiento de tiro para combate en espacios cerrados, el ejército le enseñó que disparar dos balas al pecho y una a la cabeza neutralizaba al enemigo de forma definitiva. Sin embargo, aquí no tiene que evitar que el enemigo le dispare, sólo que avance. Nada de disparos de fantasía, tan sólo meterles suficiente plomo como para abatirlos utilizando la menor cantidad de energía.

De hecho, resulta extremadamente fácil para la escuadra masacrar a toda esta gente. Sólo son carne y huesos.

—¡Recargando! —grita Eckhardt.

Mooney apunta y vuelve a disparar. Un hombre que viste un uniforme de campaña como el suyo cae sobre la creciente pila de cadáveres y cuerpos mutilados.

Y otra vez. Y otra.

Las balas de 5.56 mm que utilizan las carabinas son de alta velocidad, y cuando penetran en el cuerpo cambian de trayectoria y trituran órganos y tejidos en su recorrido.

—¡Recargando!

Tras un rato, Mooney deja que el entrenamiento tome el control sobre su cuerpo para así poder dar a su embotado cerebro la oportunidad de aislarse de este horror.

—¿Os gusto ahora? ¿Os gusto ahora? —grita Wyatt.

Un grupo de niños corre hacia los soldados, gruñendo y con los brazos estirados.

—Dios mío —se lamenta Carrillo. Las lágrimas le nublan los ojos mientras los abate con varias ráfagas de su ametralladora.

—¡Recargando! —grita Mooney.

Los perros rabiosos no han llegado a acercarse en ningún momento.

El sargento McGraw agita la mano frente a su cara.

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! —berrea.

Mooney se deja caer sobre la hilera de taquillas metálicas que tiene a su espalda y traga aire con bocanadas cortas. El ambiente está cargado de cordita y una fetidez que combina el hedor a leche rancia de los infectados con el nauseabundo olor metálico de la sangre fresca.

El humo flota en el aire como una mortaja.

—Empezaba a ponerse un poco peliagudo —dice Ratli, que comprueba la munición de su ametralladora—. Sólo me quedaban diez balas en esta cinta.

Carrillo se queda mirando la carnicería mientras un hilo de humo sale de su ametralladora, que estaba empezando a recalentarse.

—Uno de esos críos se parecía al hijo de mi hermana Jenny —dice con voz enronquecida, como si se hubiera quedado afónico—. Pero se supone que están en Florida. ¿No creeréis que...?

—¡Qué va! —contesta Ratli, que busca al sargento con la mirada y ve que está de espaldas, con la máscara quitada y encendiendo un cigarrillo—. No puede ser él.

—Pero se parecía tanto —insiste Carrillo—. Se llama Robbie.

—No me puedo creer esta puñetera carnicería —comenta Wyatt—. Es diez veces mayor que la del hospital. Es una locura, como en un videojuego, hermano.

No muy lejos, Chen sufre arcadas apoyado en la pared; gime y murmura para sí.

—No es ningún juego, maldito psicópata —lo abronca Eckhardt, con la cara roja de vergüenza—. No tiene por qué gustarte.

—Hemos hecho que paguen por sus crímenes, eso es todo —interviene Finnegan con tono grave mientras patea la alfombra de casquillos que hay en el suelo—. Dios sabe la diferencia entre una muerte justa y una muerte por la que te condenas al infierno.

En Iraq habían abierto fuego sobre los coches —algunos con familias en su interior— que desobedecían las órdenes en los puestos de control. Hombres, mujeres y niños. Un inevitable accidente de guerra que llenaba de remordimiento a muchos de los chicos y que los perseguiría durante el resto de sus vidas. Pero esto había sido intencionado, contra americanos y a una escala colosal que nunca imaginaron posible.



Y aquí estaba el sargento diciéndoles que habían hecho un buen trabajo. Que habían asegurado la zona y que pronto podrían descansar. Era como si te dieran una medalla por My Lai. Era una revancha con sabor a cenizas. Lo querían, estaban deseando cargarse a un millón de esas cosas después de ver lo que les sucedió a algunos miembros del primer pelotón. Y ahora están avergonzados.

—No paraban de avanzar —recuerda Ratli, meneando la cabeza con un gesto parecido a la admiración—. No paraban.

—Ya no son humanos —dice Mooney. Le zumban los oídos y el dolor de cabeza ha vuelto a aparecer con más fuerza.

—Empiezo a estar de acuerdo contigo respecto a eso —comenta Eckhardt—. El modo en que nos miraban, el modo en que se movían. Sin duda, no son humanos. —El cabo se estremece—. Era como si estuvieran poseídos por un demonio.

—En realidad, están controlados por un virus —explica Mooney—. Pero no te equivocas por mucho, cabo.

—¿Visteis aquellos que llevaban uniforme de combate? —pregunta Ratli—. Eran del ejército. ¿Vamos a pillar el virus y acabar así nosotros también?

McGraw examina los despojos, caminando con cuidado sobre la aterradora alfombra de sangre y restos humanos. Una mujer vieja que sangra por una docena de heridas se arrastra hacia él apoyándose sobre las manos y las rodillas mientras sisea.

—Lo siento de verdad, señora —se disculpa el sargento, y la remata de un disparo en la cabeza con la Beretta.

—¡Sargento! —grita Finnegan.

—Si pueden moverse, si pueden morder, son hostiles —replica McGraw—. Y tenemos que cruzar este pasillo para poder despejar el resto del ala.

Mooney cierra los ojos. Le gustaría estar en cualquier otro lugar. Al momento, su consciencia se sumerge en la oscuridad.

Una cara sangrienta se le abalanza sobre la garganta...

Se despierta con un sobresalto. La adrenalina le recorre el cuerpo. Respira hondo.

—Lo lamento, señor —dice otra vez McGraw. Suena otro disparo.

Una puerta se abre al otro extremo del pasillo.

—¡Somos del ejército americano! —grita una voz—. ¡No disparéis!

—Nosotros también —responde McGraw—. ¿Cómo estáis?

—¿Sois el segundo pelotón? —pregunta el soldado, que sale de un aula al final del pasillo y tose medio asfixiado por el humo y el hedor—. ¡*Hooah*, chicos! Nosotros somos del primero.

—Os hemos estado buscando por todas partes —dice McGraw con una sonrisa.

—Oímos este infierno y nos escondimos. ¡Dios! ¿Qué demonios es esto?

El soldado recorre con la vista las paredes salpicadas de sangre y las pilas de extremidades y cuerpos, algunos aún moviéndose, como una alfombra de enormes

gusanos ensangrentados.

Los ojos se le ponen en blanco y se desmaya. Otros soldados salen del aula y observan, incrédulos y consternados, la carnicería mientras que algunos regresan al interior para vomitar en privado.

El soldado Chen se detiene detrás del sargento McGraw y traga saliva. No puede dejar de mirar las caras. Los brazos y las piernas, las entrañas y las vísceras, los charcos y los restregones de sangre, todo eso no le provoca el menor reparo. Pero no soporta ver las caras. Todos esos ojos que lo miran.

—No somos más que carne, ¿verdad? —filosofa Chen.

—Es posible —responde McGraw.

Chen tampoco soporta las manos. Todas esas manos, frías y abiertas, que no sienten nada.

—Lo siento, sargento.

El sargento se da la vuelta con los ojos entrecerrados.

—¿A qué viene eso, soldado?

Los pies. Los cientos de pies que nunca andarán de nuevo.

—Es porque no puedo ir con usted.

La voz tiene un tono tembloroso que hace que todos se vuelvan y lo miren.

Chen se ríe con nerviosismo al tiempo que se introduce la punta del cañón de la carabina en la boca.

Y aprieta el gatillo.

# Capítulo 7

### 34. ¿Puede ayudarme?

Temblando, hecha un ovillo debajo de la mesa en el centro de mando de seguridad del instituto Bradley, Valeriya Petrova sueña que el doctor Baird atraviesa la puerta del laboratorio entre aullidos.

No ha parado de tener esta pesadilla desde que se durmió.

Siempre es la misma pesadilla.

Ella huye, y al principio es capaz de correr más rápido de lo que jamás ha corrido en un sueño, más rápido de lo que incluso puede correr en la vida real, pero el pasillo iluminado por fluorescentes no tiene fin, y la luminosidad se atenúa con rapidez debido a que un siniestro espíritu invisible la consume. De pronto, le empiezan a fallar las fuerzas y apenas es capaz de moverse a pesar de los impulsos mentales que genera mientras duerme.

Pero esta vez la pesadilla es diferente.

Suena un teléfono con una melodía estridente. Ella se da la vuelta y ve que el doctor Baird se encuentra al final del pasillo, con una sonrisa de victoria, los dientes ensangrentados y sosteniendo en alto una masa informe de carne peluda, como si fuera un trofeo primitivo. Un líquido negro empieza a salirle a raudales por los ojos y la boca.

«Sólo carne», le dice.

La cara de Baird se desmenuza. Cada vez más rápido, la cabeza y los brazos se le disuelven al tiempo que su cuerpo se convierte en el negro fluido orgánico.

El líquido cae al suelo con un chapoteo y se desliza hacia adelante, como un millón de serpientes aceitosas que exploran a ciegas guiadas por una programación arcaica.

El líquido es el virus en estado puro en busca de un nuevo huésped.

Ella quiere gritar, pero no puede respirar.

Las serpientes se enroscan y susurran con un millón de voces:

«Somos vida».

El teléfono vuelve a sonar.

Se da la vuelta e intenta correr...

Bramando de rabia y dolor, Baird atraviesa la pared que hay delante de ella. Los ladrillos rotos salen volando en medio de una nube de polvo.

Suena un teléfono.

—Tengo tanto frío. Por favor, no me hagas levantarme...

Baird ruge y hace temblar el edificio; las luces titilan y se desprenden del techo. Pero Baird ya se está desvaneciendo.

Con el cuerpo encogido y el corazón en la garganta, Petrova abre los ojos de

golpe y jadea en busca de aire. Abandonando con precaución su refugio debajo de la mesa, Valeriya escudriña la mesa del operador y ve una luz roja que parpadea en el teléfono.

El teléfono está sonando...

Petrova lo descuelga con recelo, aún angustiada por la pesadilla y sin estar segura de nada.

—Soy la doctora Valeriya Petrova —responde con voz poco clara mientras se masajea una zona dolorida del cuello—. ¿Quién es?

—¿Doctora Petrova? —pregunta débilmente una voz.

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—¿Puede ayudarme?

## 35. Salga de mi condenado laboratorio

Lucas cayó primero.

Corrió varios metros antes de quedarse sin resuello y tirarse al suelo sin más, donde se hizo un ovillo. Apenas opuso resistencia cuando Baird se abalanzó sobre él y le hincó los dientes en el brazo.

Después de que Petrova y Saunders doblaran una esquina, el hombre redujo la velocidad hasta detenerse.

—Tenemos que huir, doctor —lo apremió ella.

El científico arrugó la frente como si estuviera resolviendo un complejo problema de matemáticas.

—No —dijo él, cachazudo—. Hemos de ayudar al doctor Lucas.

—Ya lo habrán mordido, lo cual significa que está muerto —contestó Petrova.

—Verá, ni siquiera sé el nombre de pila de Lucas —se rió Saunders.

—Usted es feo y lo odio —siseó ella con crudeza en un repentino arranque provocado por la tensión, sorprendiéndose a sí misma por decir tal cosa; sobre todo porque era verdad—. Venga conmigo. Vamos. Por favor, William.

—¿Ve a lo que me refiero? —inquirió el doctor con voz débil—. Me llamo Bill. Nadie me ha llamado William desde que cumplí diez años.

El doctor se dio la vuelta y corrió para ayudar a Lucas, quien emitía un extraño sonido parecido al agudo maullido de un gato al que se aplasta lentamente.

—Por favor, William —susurró ella.

Oyó gritar a Saunders. Los gritos no tardaron en convertirse en unos chillidos desgarradores.

—¡Dios! —exclamó Petrova, y echó a correr.

Mientras huía, trató de recordar cuánta gente había quedado atrapada en el instituto con ella. Hardy, Lucas, Saunders, Sims, Fuentes... Diez. Había diez personas en esa planta y cinco de ellas ya estaban muertas o infectadas.

Necesitaba avisar al resto con rapidez, antes de que Baird decidiera salir de caza.

Y después de eso, ¿qué?

«Encontrar un lugar seguro en el que esconderse y luego ya pensaremos en el siguiente paso».

Entró en el laboratorio del lado este con paso inseguro. El doctor Sims y Sandy Cohen, una técnico de laboratorio, estaban trabajando vestidos con bata, máscara, gafas y guantes. Sims estaba ocupado inyectando un líquido reactivo en una tira de tubos PCR para llevar a cabo una prueba de reacción en cadena de la polimerasa, mientras que Cohen tomaba fotos del virus con la cámara digital integrada en el microscopio de fluorescencia del laboratorio.

Los ojos de Petrova se posaron inmediatamente en varias placas de Petri de cristal que había sobre la mesa junto a Sims. En cada placa había muestras puras de un cultivo de células infectadas con el Lyssa tomadas del riñón de un perro.

Con la mente paralizada por la violencia y la adrenalina, al principio Petrova fue incapaz de articular palabra, estupefacta al ver que sus colegas estaban llevando a cabo tareas triviales como si no ocurriera nada.

—Escúchenme... —les dijo con voz temblorosa. Tuvo que hacer una pausa al haberse quedado sin aliento de repente.

El doctor Fred Sims, que con sesenta y ocho años era el científico de mayor edad del equipo, se dio la vuelta y la miró enfurecido por haberlos interrumpido. La repasó con la mirada y entonces advirtió la cara sudorosa, el cabello despeinado, la sangre que le manchaba la bata y el reluciente palo de golf que asía en las manos.

—Doctora Petrova, no tiene buen aspecto —le dijo, mirándola por encima de las gafas—. ¿No le parece que aún es un poco pronto para... lo que quiera que esté haciendo?

—Corremos un serio peligro.

—Ahora, si le parece, salga de mi condenado laboratorio.

Petrova cerró los ojos y golpeó el suelo con fuerza con el pie derecho.

—Le he dicho que se marche.

—¡Pero doctor Sims...!

—Usted está contaminando mi trabajo —dijo él, haciendo una pausa entre palabra y palabra.

—Frederick, escúcheme... —insistió ella.

Sims enarcó las cejas, sorprendido.

—Conque Frederick, ¿no? De acuerdo, vale. ¿Qué sucede pues, hija mía? —Desvió la mirada por encima del hombro de Petrova—. Por el amor de Dios, ¿y qué le ha ocurrido a usted, mi buen señor?

Petrova se dio la vuelta y vio a Baird entrar renqueante en el laboratorio, con un espasmo violento en el cuello y relamiéndose mientras la sangre y la saliva le caían por la barbilla y le ensuciaban la camiseta.

Cohen se tambaleó dando varios pasos hacia atrás. A Petrova, la mujer le dio la impresión de torpeza y pesadez.

—No lo entiendo —dijo Sims, abriendo los ojos alarmado—. Esto es muy extraño. ¿De qué va todo esto?

Los ojos inyectados en sangre de Baird se centraron en el palo de golf que Petrova llevaba en las manos. De repente, Baird se quedó quieto y ceñudo, y emitió un gruñido desde lo más profundo de la garganta al tiempo que un chorro de saliva salía de su boca contraída.

Cohen tropezó con una silla que tenía detrás y la derribó.

Como si hubiera estado esperando una indicación, Baird se abalanzó con un gruñido animal.

Cohen huyó a todo correr por otra puerta que había en el laboratorio seguida por Petrova.

A su espalda, Sims emitió un único grito ahogado.

No había nadie en el pasillo cuando Petrova llegó a él. Cohen había desaparecido. Petrova echó a correr tan rápido como le fue posible, dobló en una esquina y chocó contra Stringer Jackson. La nariz le dolió y los ojos se le llenaron de lágrimas. Se había olvidado por completo de que él estaba sentado en el centro de mando de seguridad, observándolos por las cámaras de vigilancia.

Petrova se dio la vuelta y señaló con la mano, farfullando y lloriqueando, incapaz de expresarse.

—Lo sé —la tranquilizó Jackson—. Yo me ocupo. ¿Sabe cómo llegar al centro de mando?

Petrova asintió.

—Entonces, vaya —le dijo—. La puerta está abierta. Entre y eche el pestillo. No tardaré en regresar.

Durante un breve instante se preguntó cómo Stringer Jackson —el entrecano policía retirado, de mediana edad y con sobrepeso— iba a ocuparse de Baird en un combate mano a mano y, además, ganar. Pero no le importaba. Ella había cumplido con su parte. A partir de aquí, los profesionales tenían que tomar el relevo.

No vio lo que ocurrió a continuación.

No tardó en llegar al centro de mando de seguridad y se cobijó debajo de la mesa del operador, temblando de miedo. El runrún y el calor de los aparatos electrónicos la arrullaron hasta sumirla en un profundo sueño casi de manera inmediata.



### 36. Gracias a Dios no es un perro rabioso

Más que humana, la voz suena como el chillido de un ratón.

—¿Quién es? —pregunta otra vez Petrova, que sujeta con fuerza el teléfono con la mano sudorosa.

—Estoy sola y necesito que alguien venga a rescatarme.

Por algún motivo, Petrova se imagina a su hijo Alexander hablando por teléfono en una habitación oscura y con pocos muebles en Londres. Completamente solo.

—Por favor, dígame quién es —vuelve a preguntar Petrova, dejándose llevar por el pánico.

—Soy Sandy. Sandy Cohen.

—Sé quién eres, Sandy.

Petrova no la conoce mucho. La mujer es una técnico de laboratorio, al igual que Marsha Fuentes, y trabaja en el instituto desde hace unos seis meses. Siempre lleva gafas de gruesa pasta negra, un rasgo por el cual Petrova la reconoce.

—Acabamos de vernos en el laboratorio.

—Así es. ¿Dónde estás?

—Tengo que hablar en voz baja o me encontrará. ¿Qué es lo que está pasando aquí?

—Hay perros rabiosos en el edificio, que están convirtiendo al resto del personal en perros rabiosos al morderlos —le explica Petrova.

—No la entiendo —responde Cohen con un hilo de voz.

—¿Dónde estás, Sandy?

—Estoy en el despacho del doctor Saunders. Éste es su teléfono.

—Bien. Espera un momento.

—¿He llamado a la sala de seguridad? Yo llamaba a Stringer.

—Por favor, no hables, Sandy.

Petrova observa las imágenes proyectadas sobre las enormes pantallas de la pared. Una de ellas muestra un pasillo vacío con una larga y oscura mancha en el suelo mientras que en la otra aparece el ahora desierto laboratorio del lado este. Mira la pantalla del ordenador que hay sobre la mesa y ve una serie de iconos que se utilizan para controlar las funciones de seguridad del centro. La interfaz es bastante intuitiva, por lo que, en breves instantes, es capaz de acceder a todas las cámaras de seguridad del edificio. Nunca se había dado cuenta de que el edificio estuviera tan vigilado y contara con cámaras en todos los lugares públicos.

Las cosas han cambiado mucho desde que se escondió debajo de la mesa del operador y se durmió.

Baird está tumbado boca abajo en uno de los pasillos, al final de una mancha de

color rojo oscuro. Sufre violentas convulsiones. Es probable que esté a punto de morir a causa de las heridas. Quién sabe el daño que le causó al golpearlo con el palo de golf. O el que se infligió él mismo al atravesar la puerta. A saber qué le haría Jackson después.

En otra pantalla que muestra el pasillo en el exterior del laboratorio del lado oeste, Lucas y Fuentes cazan juntos y olisquean las puertas.

Petrova los observa con atención.

«No se atacan entre ellos. Sólo nos atacan a nosotros —piensa la doctora—. ¿Será ésa la razón de su hedor? ¿Una pista olfativa para saber que la otra persona ya está infectada y que, por lo tanto, no representa una amenaza? ¿De qué otra manera podrían reconocerse?»

Pasan junto a Saunders, que yace en el suelo. A pesar de sufrir convulsiones, se pone en pie con dificultad. Le han arrancado una oreja de un mordisco, pero no parece importarle.

Petrova pulsa un botón del teclado y otra imagen se proyecta en la pared.

La imagen muestra el majestuoso vestíbulo de entrada y la muchedumbre. Muchos agitan la mano hacia la cámara. Una guapa rubia en medio del grupo —a la que Petrova reconoce como la actriz de una serie de televisión que solía ver— sostiene un cartel. ¡Ahora! O nos cargamos al otro, se lee en él.

A pesar de fascinarla, lo que ocurre ahí abajo no representa su preocupación más inmediata. Se obliga a seguir explorando las instalaciones mediante las cámaras.

Pasillos vacíos.

Un vestíbulo de ascensores vacío.

Un auditorio vacío.

Una sala de archivos vacía.

Un pasillo en que el cuerpo roto de un hombre mantiene abierta la puerta del aseo de caballeros del ala este. Petrova reconoce el cadáver al momento. Es el del doctor Sims.

Su primer pensamiento es que Sims ha muerto.

No es capaz de evitar el segundo, lo que la avergüenza.

«Gracias a Dios no es un perro rabioso».

En la imagen proyectada sobre la otra pantalla, Joe Hardy está tumbado de espaldas sobre un gran charco de su propia sangre en el laboratorio del ala oeste. Tiene los ojos abiertos y una máscara de terror en el rostro. De manera sorprendente, sobrevivió el tiempo suficiente para coger el teléfono, que ahora sostiene en la mano. Petrova se pregunta si llegó a contestar.

No soporta seguir mirándolo y cambia a una imagen de otro pasillo. Un par de piernas enfundadas en pantalones de caballero sobresalen de uno de los despachos. Otra persona atacada.

—¿Hola? Soy Sandy. ¿Sigue ahí, doctora Petrova?

—Dame un minuto más, Sandy.

—Pensaba en el doctor Sims. Está muerto, ¿verdad?

—Espera, por favor.

—Lo hemos dejado ahí y ha muerto, ¿verdad?

—Sandy, por favor. Trato de encontrar la manera de sacarte de ahí sana y salva.

Petrova hace una pasada rápida por el resto de imágenes. Todas ellas muestran espacios vacíos, y realiza un rápido cálculo mental: como máximo quedan cinco personas no infectadas, incluidas Sandy Cohen y ella misma, escondiéndose en diferentes sitios; probablemente, en los despachos.

«Repásalas otra vez», le dice una voz en su cabeza.

Petrova revisa las imágenes de las cámaras de seguridad en orden inverso, sin buscar nada en particular. Lo que fuera que intentaba decirse, se le ha ido de la cabeza.

—¿Qué estoy buscando? —pregunta en voz alta, irritada.

—¿Doctora Petrova? ¿Hay alguien más con usted?

—No, Sandy. Estoy sola.

—¿Stringer no está ahí?

—Estoy hablando conm...

«¡Stringer!», grita la voz en su cabeza de repente.

Sin prestar atención a las preguntas de Cohen, pulsa en la imagen en que se ve a Sims tumbado en el umbral de la puerta del aseo de caballeros.

—¡Oh! —exclama Petrova en voz baja.

En segundo plano y gracias al espejo de la pared del aseo en el que se mira Jackson, lo localiza. Está algo lejos de la cámara como para que la resolución sea muy buena, aunque lo bastante cerca como para que Petrova vea lo que hace.

Se toca el ojo derecho con mucha cautela. Mejor dicho, el ojo izquierdo que parece el ojo derecho en el espejo. Sí, se toca el ojo.

O mejor dicho, lo que le queda del ojo.

Jackson, el policía retirado, con sobrepeso y sin forma física, acabó con Baird. Pero éste lo mordió en la cara y le destrozó el ojo izquierdo.

Sin duda alguna, Jackson se encuentra en estado de *shock*. Y casi con toda seguridad, infectado.

Aún no se ha convertido en uno de ellos, pero sólo es cuestión de tiempo.

### 37. Confía en mí

Ahora hay cuatro personas infectadas en su sección del edificio y dos, o quizá tres, supervivientes no infectados atrapados en el interior con ellos.

—Sandy, escúchame —dice Petrova por el teléfono—. Estoy comprobando las imágenes de las cámaras de seguridad y estoy viendo el pasillo fuera del despacho del doctor Saunders.

—¿Puede ver si el doctor Baird continúa por ahí?

—Ha dejado de ser el doctor Baird, Sandy —contesta Petrova—. De cualquier manera, está muerto.

—Oh, Dios mío.

Petrova sostiene el teléfono con fuerza. Tiene la mano y la oreja empapadas de sudor.

—Los doctores Lucas y Saunders han resultado infectados y se han convertido en perros rabiosos —explica Petrova—. Al igual que Marsha Fuentes.

—¿Ahora hay tres de esas cosas?

—Eso me temo. En verdad, son cuatro. También han mordido a Stringer Jackson. Aún no se ha convertido en un perro rabioso, pero creo que no tardará mucho. Por ello, es primordial que trates de llegar hasta mí ahora. Aquí estaremos seguras.

—Pero eso no puede ser. Uno no se convierte en perro rabioso a causa de un mordisco. Sólo te conviertes si el virus llega al cerebro. Y ningún virus tiene un período de incubación tan corto...

Petrova suspira enérgicamente.

—No voy a entrar en detalles ahora, pero lo que te digo es verdad.

—Bueno, yo no me puedo quedar aquí para siempre con esas cosas alrededor, doctora Petrova —responde Cohen, con un timbre histérico en la voz—. Tiene que ayudarme. Tiene que hacer que se vayan.

—No puedo, Sandy.

—Haga que se vayan. Por favor. Por favor.

—Escúchame. No está a mi alcance forzarlos a que se vayan, pero veo dónde están a través de las cámaras de seguridad. Con lo que puedo decirte cuándo tienes el camino despejado para venir aquí.

—¿Quiere que abandone el despacho para salir ahí? ¿Se ha vuelto loca?

—Ahora mismo, el doctor Lucas y Marsha Fuentes están en el auditorio y se dirigen hacia el vestíbulo del ascensor —dice Petrova, revisando las imágenes de las cámaras de seguridad. Se sorprende al comprobar lo rápido que se mueven los perros rabiosos—. Y el doctor Saunders se encuentra en el despacho del doctor Hardy.

—¡Saunders está demasiado cerca! —se desespera Cohen.

—Si sales ahora, puedes lograrlo.

—¿Y qué pasa si hay otro de esos perros rabiosos en uno de los despachos?

Petrova admite para sus adentros que tal posibilidad puede ser cierta, pero no hay ninguna manera de conducir a Cohen hasta la seguridad que ofrece el centro de mando sin que abandone en algún momento la relativa protección que le ofrece el lugar donde se esconde ahora. No hay nada seguro. Tiene que arriesgarse o quedarse donde está, aislada y sin comida, agua o ayuda.

—Sé de buena tinta que no hay más perros rabiosos —miente Petrova—. Confía en mí. ¿Sabes llegar al centro de mando?

—Pero si cuelgo no sabré dónde están.

—Ahora es un buen momento para que salgas del despacho del doctor Sims y vengas aquí.

Petrova oye que Cohen respira hondo varias veces, armándose de valor.

—¡No! —dice al fin Cohen—. ¡No puedo!

—¿Tienes un teléfono móvil? —pregunta Petrova, después de pensar durante unos instantes—. Si es así, estaremos conectadas y te puedo conducir hasta aquí con seguridad.

—Sí, tengo uno. Pero todas las líneas están ocupadas, ¿no?

—A veces coges línea. Inténtalo, por favor. —Petrova le lee a Cohen el número de teléfono directo del centro de mando de seguridad—. Llámame. Prueba varias veces. Si no funciona, llámame por el interfono. De momento sabemos que funciona.

Antes de que Cohen pueda contestar, Petrova cuelga.

El silencio es inquietante.

Presa del pánico, revisa de nuevo las imágenes hasta dar con Baird; está tumbado en el suelo y ya no sufre convulsiones. Está muerto. Del todo. Gracias a Dios.

La doctora se ríe por lo bajo, pero se muerde los labios para evitar que la risa se convierta en pequeños chillidos sin control a causa de la histeria. Rodeándose el pecho con los brazos, Petrova se mece adelante y atrás.

Suena el teléfono, lo que provoca que una oleada de adrenalina le recorra el cuerpo. Alarga la mano y levanta el teléfono bañado por el brillo de las pantallas.

—¿Sí?

—¡Me ha dado línea! No me lo puedo creer.

—No alces la voz —le dice Petrova.

—Le hablo desde mi móvil.

—Eso es bueno. Voy a guiarte, Sandy.

Petrova observa las imágenes hasta que confirma la posición de todos los perros rabiosos y de Jackson, quien sigue mirándose estupefacto en el espejo del aseo tocándose el ojo destrozado.

—Ahora es un buen momento —dice Petrova—. Puedes salir. Pero date prisa.

—Muy bien. Allá voy.

Sandy Cohen aparece en la pantalla de la izquierda, cambiando el peso de un pie al otro para reactivar la circulación de la sangre. Aún lleva la bata blanca que tenía puesta en el laboratorio, que le aletea alrededor de las piernas.

—¿Puede verme? —pregunta.

—Sal ahora. Vamos. No dejes de moverte. Vamos. Para. ¡Para! Entra en el despacho a tu derecha. ¡Ahora!

Cohen desaparece de la pantalla y, segundos después, aparece Saunders. Lleva las manos cerradas en puños y apretadas contra el pecho, mueve la cabeza como lo haría un ave. Se detiene delante del despacho donde se ha metido Cohen, como si olisqueara el aire.

—No te muevas lo más mínimo, Sandy —susurra Petrova por el teléfono.

Saunders se da la vuelta, echa a correr por el pasillo y entra en el laboratorio del ala este.

—Ahora. Vamos, ahora.

La técnico de laboratorio sale apresurada al pasillo, caminando de puntillas, y mira a un lado y a otro con el móvil pegado a la oreja.

—Tuerce a la derecha al final del pasillo —le dice Petrova.

Cohen dobla la esquina y se detiene de repente, cubriéndose la boca con la mano.

Petrova se maldice para sus adentros. Los horrores que ella ya ha empezado a digerir son nuevos para Cohen. Tendría que haber advertido a la mujer de lo que estaba a punto de ver.

—Ése es el doctor Baird —dice Petrova—. Está muerto. No es ninguna amenaza.

—Oh, Dios mío —exclama Cohen.

—No hables —contesta Petrova—. El doctor Lucas y Fuentes van en tu dirección. Puedes lograrlo, pero deber seguir ahora.

A través de la cámara, ve que Cohen asiente con decisión, rodea el cadáver de Baird y avanza con rapidez hacia el centro de mando, sin dejar de echar ojeadas por encima del hombro para cerciorarse de que nadie se acerca por detrás.

—Lo estás haciendo bien —la anima Petrova—. Ya estás muy cerca.

—Ya casi estoy —jadea Cohen, casi sin resuello.

—Puedes hacerlo —la anima Petrova.

Las imágenes del proyector digital desaparecen, las luces se apagan y Petrova se ve sumida en una oscuridad y un silencio tan intensos que se pregunta si está muerta.

Se sienta en la oscuridad, el corazón le late contra las costillas y la sangre se le agolpa en los oídos.

Se ha ido la corriente eléctrica.

El teléfono que sostiene en la mano ha dejado de funcionar.

—¿Hola? ¿Hola? —grita Cohen en el pasillo.

El sonido le llega apagado y distante.

—Cállate —susurra Petrova en la negrura—. Cállate o te encontrarán.

La mujer no está muy lejos. De hecho, estará a unos diez metros de distancia.

—¡Ha habido un apagón, doctora Petrova! —aúlla Cohen—. ¡Ayúdeme!

Petrova oye unos ruidos sordos contra la pared.

—Oh, no —exclama.

—¡Ayúdeme, por favor!

Pero no están atacando a Cohen. Es ella la que aporrea la pared con los puños. Y Petrova puede oír cómo golpea desde el centro de mando.

Se encuentra muy cerca. Incluso más cerca de lo que Petrova pensó al principio.

—¡Venga a buscarme! ¡Por favor!

Si sigue gritando, va a conseguir que la maten o la infecten.

Petrova idea un plan en el acto. Ella sabe dónde está la puerta y cree que podría encontrarla con facilidad a pesar de la oscuridad. Abrirá la puerta y guiará a Cohen utilizando la voz antes de que los chillidos de la mujer atraigan a todos los perros rabiosos que andan sueltos.

Sólo que no se mueve. Literalmente, se encuentra paralizada por el miedo.

Cohen aún sigue pidiendo ayuda a gritos.

Petrova empieza a arrastrarse por debajo de la mesa del operador, abriéndose camino entre los cables, el polvo, las telarañas y el calor residual de los aparatos electrónicos.

Lo último que oye Petrova antes de caer dormida es el horrible sonido de una lucha, sonido que se lleva consigo a sus sueños.

# Capítulo 8



### **38. Somos el ejército más poderoso del mundo y nos están derrotando en lo que mejor sabemos hacer**

Los tenientes Bowman y Knight, acompañados por los sargentos de pelotón Kemper y Jim Vaughan, escuchan los tiroteos que suenan por la ciudad desde el tejado de la Escuela Internacional Samuel J. Tinden, edificio que sus unidades han despejado y asegurado.

A pesar de que la escuela sólo tiene un par de pisos de altura, la vista del Midtown de Manhattan que se les ofrece desde ahí arriba es casi aséptica. Los edificios no les permiten ver la carnicería sistemática que se lleva a cabo en las calles de la ciudad. Pero la oyen.

Para Bowman, asomarse por el antepecho para contemplar las nubes de humo que provocan docenas de fuegos incontrolados es como si la ciudad de Nueva York fuera un cuerpo enorme y sus habitantes las células sanas que se convierten en un virus una por una; y le están dando una paliza al sistema inmunológico del cuerpo.

Y prosiguiendo con esta analogía... Bueno, el sistema inmunológico sería las dos brigadas de infantería del Ejército de Estados Unidos: en total, alrededor de seis mil hombres y mujeres. Y cada uno de ellos es una máquina de combatir, sumamente entrenada y equipada.

«Somos el ejército más poderoso del mundo y las personas a las que juramos proteger nos están derrotando en lo que mejor sabemos hacer... —piensa Bowman—. Sólo que esa gente va armada con uñas y dientes».

En el otro extremo del tejado, el sargento Lewis dispara su fusil de francotirador M21 y hace su propia guerra, abatiendo a los perros rabiosos que pasan por la calle de atrás de la escuela.

—Aún no me lo puedo creer —dice Knight—. ¿De verdad que esto está ocurriendo?

—Todo es cuestión de números, Steve —contesta Bowman—. Tienes a cinco tíos que han desarrollado los síntomas del perro rabioso. Cada uno de ellos muerde a una persona, que también se convierte en perro rabioso y que, a su vez, muerde a otra persona. Eso sucede en el plazo de un par de horas.

Knight emite un silbido sobrecogido.

—¡Dios! Echa cálculos.

—Supón que únicamente el diez por ciento de la población de esta ciudad se convierta en perro rabioso. Sólo uno de cada diez. Y ahora supón que tuviéramos los hombres, las armas y una posición segura desde donde dispararles...

—No tendríamos suficientes balas —termina la frase Knight. Bowman asiente y prosigue:

—Cuestión de números. Es imposible poner fin a esto. La situación sólo puede complicarse más. En unas pocas horas, quizá en un día, ese diez por ciento se convierte en un veinte por ciento. Un alud.

Al otro lado de la calle, un civil que se ha percatado de su presencia presiona un papel contra la ventana de una oficina. En el papel se lee: Atrapado, socorro.

Los oficiales se desplazan a otra parte del tejado; el rostro les hierve de vergüenza.

Sólo se pueden permitir ayudar a la gente en caso de que no exista ningún riesgo para la seguridad de la unidad. Durante un instante, a Bowman le viene a la mente la Oración de la Serenidad de Reinhold Niebuhr, que su tío Gabe —un alcoholíco en recuperación en Alcohólicos Anónimos— le enseñó cuando tenía diez años:

Dios, concédeme serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, valor para cambiar aquellas que puedo y sabiduría para reconocer la diferencia.

—De cualquier manera, ¿quién podría apretar el gatillo tantas veces? —se pregunta Knight.

—El soldado Chen no podría —murmura Bowman—. Y tampoco será el último que preferiría meterse una bala en la cabeza antes que combatir en esta guerra.

—Una de las razones por la que nos hicieron papilla de camino aquí es porque algunos de mis chicos no fueron capaces de abrir fuego sobre civiles americanos —explica Knight, que mira a su sargento de pelotón fugazmente—. ¿Has...? ¿Has compartido lo que sabes con tu pelotón?

—No son estúpidos —contesta Bowman—. Saben qué sucede. Sólo que ninguno lo ha dicho en voz alta aún. No han tenido ni un minuto para pensar en ello.

—Ya —responde Knight.

—Supongo que tendremos que explicárselo.

Se estremecen cuando el sordo estruendo de una explosión les llega a los oídos. Una enorme nube de humo y polvo se eleva por detrás de un edificio situado entre su posición y Times Square. Ayer lo habrían calificado como un hecho excepcional. Hoy, ni le dan importancia.

Knight rompe a reír.

—Les vamos a decir que, probablemente, tanto sus familias como todas las otras personas a las que conocen se están muriendo o convirtiéndose en una de esas cosas de ahí fuera.

—Sólo les diremos que hagan su trabajo, Steve —contesta Bowman, tajante.

Lewis dispara su fusil con un fuerte y seco estampido.

—Se está convirtiendo en algo personal, Todd. Más vale que pienses en algo mejor que eso si quieres que sigan luchando por un país que se desmorona a su alrededor.

—¿Por qué yo? —pregunta Bowman, que mira sorprendido a Knight.

—Tenemos el mismo rango, sí —responde Knight, con una sonrisa pesarosa en el rostro—, pero tú eres más veterano que yo. También eres más veterano que Greg Bishop, del primer pelotón. Así que tú estás al mando.

»De camino aquí... —continúa Knight, que hace una pausa y mira al sargento Vaughan, quien le devuelve una gélida mirada con el rostro inescrutable bajo la máscara N95— yo fui uno de los que no pudo disparar. Ni siquiera pude dar la orden. Me quedé en blanco. Fue Vaughan quien nos sacó de allí.

—Maldición, Steve —dice Bowman en voz baja, y mira a su vez a Vaughan. No obstante, el suboficial es un profesional y, a pesar de tener la cara sonrojada, hecho que resalta la lividez de la cicatriz que le cruza la cara, sus ojos grises no revelan nada.

—Muchos de mis chicos han muerto porque no les ordené que dispararan —añade Knight.

Unas lágrimas surcan por las mejillas del oficial. Vaughan baja la vista. Bowman aparta la mirada hacia los rascacielos.

—Un veinticinco por ciento de bajas —agrega Knight—. Pero ¿sabes una cosa? —sisea con fiereza—. Si pudiera volver atrás en el tiempo para repetirlo, tampoco podría dar la maldita orden.

Bowman no dice nada. Él ha dado la orden de abrir fuego y, a título personal, no sólo ha disparado sobre perros rabiosos sino también contra civiles no infectados que se interpusieron en su camino.

Según las leyes, es un asesino y un criminal de guerra. Lo sabe. Su propio sargento de pelotón lo sabe. Ambos están hechos de la misma pasta. Vio a Kemper hacer lo mismo que él para sacar al pelotón de ese cruce y conducirlo a un lugar seguro.

Y si no hubieran hecho lo que hicieron, si no se hubieran convertido en criminales de guerra, ahora mismo podrían estar todos muertos.

Sin embargo, no se puede quitar de encima la sensación de estar maldito.

Los oficiales oyen el gemido penetrante del motor de un arma salpicado por el seco estampido de las balas que expulsa, un sonido furioso en medio del traqueteo de las armas ligeras y los chillidos lejanos que les recuerda que, en algún lugar de ahí fuera, aún hay gente que lucha contra la marea creciente de violencia y anarquía.

El sonido les recuerda que en las calles no se lucha cada uno por su lado. Aún no.

Asimismo, la electricidad viene y se va, pero aún hay alguien que se ocupa de los controles en la central eléctrica, y aún hay alguien que suministra el carbón necesario para producirla. En todos los trabajos importantes, desde el policía al soldado, pasando por el sanitario y el operario de la central eléctrica, la gente sigue cumpliendo con su cometido. Bowman encuentra fortaleza en esta idea.

Knight se seca las lágrimas de la cara y se aclara la garganta.

—No daría la orden —repite Knight—. Supongo que eso me convierte en un buen tipo o algo por el estilo. Pero no tengo derecho a liderar la Charlie. —Suspira—. Deberíamos habernos quedado donde estábamos. Allí hacíamos algo bueno.

—No —responde Bowman, mientras sigue con la mirada a un par de helicópteros que sobrevuelan el East River hasta que desaparecen detrás de un edificio alto. Es buena señal que aún haya pájaros volando—. La idea del capitán West de intentar reagrupar la compañía fue buena. Señor de la guerra se encuentra desplegado por todo Manhattan y eso hace que sea vulnerable a que lo destruyan de manera sistemática. Pero es demasiado tarde. Nos han machacado. Tendríamos que haberlo hecho antes.

—Tal vez tengas razón —contesta Knight—. No tendríamos que habernos desplegado de semejante manera, entonces. Es un misterio. Me cuesta creer que tanto el gobierno como el ejército desconocieran la velocidad de infección entre los perros rabiosos.

—Quizá trataban de evitar que el pánico en que se estaba sumiendo el país se transformara en una histeria generalizada —sugiere Bowman—. O quizá no lo sabían, en realidad. ¿Quién sabe? Ahora mismo, mi conocimiento de la situación abarca hasta donde alcanzo a ver.

—Pues si alguno de los de arriba lo sabía y no nos lo dijo, se pueden haber cargado nuestra brigada.

Bowman lo mira fijamente.

—Demonios, Steve, olvídate de Cuarentena. Si alguno de los de arriba lo sabía y no nos lo dijo, se pueden haber cargado el Ejército de Estados Unidos.

### 39. Brechas en la cadena de mando

De nuevo, Sherman intenta establecer contacto con Adalid —el indicativo de llamada del batallón— y con Cuarentena —el de la brigada— sin éxito.

—Adalid, Adalid, aquí Perro de guerra. ¿Me recibe? Cambio.

No hay respuesta del batallón.

La red del batallón está sobrecargada con mensajes caóticos que se solapan y crean un largo y único rumor. Según lo que ha podido desentrañar el operador de radio, Martillo de guerra solicita refuerzos y munición a gritos, Buscaguerras informa que han ocupado con éxito la armería del 7º Regimiento y Cerdo de guerra dice que tiene a tres hombres caídos y que dónde cojones está la evacuación.

—Adalid, Adalid —repite Sherman, antes de desistir. Es inútil.

Sherman cambia a la red de la brigada e intenta contactar con Cuarentena.

Nadie responde. Como se dice entre la tropa, el único oficial con el que puede contactar es con el «general Confusión». En comparación con lo que se oye en la red del batallón, el pánico en las voces que suenan en la de la brigada es menor, aunque son igual de confusas. Hay unidades desaparecidas y otras que intentan reagruparse, unidades que piden órdenes y unidades que solicitan suministros, unidades que se mueven y unidades que sufren bajas. Unidades que desaparecen o que se mueven sin que lo sepan sus comandantes. Hay brechas en la cadena de mando.

Cuando por fin el oficial ejecutivo de Cuarentena hace su aparición en las ondas, todo parece indicar que es sin su conocimiento ni consentimiento, puesto que le está gritando a otra persona sobre una noticia que el *New York Times* está preparando acerca de la repentina decisión del ejército de arrasar Nueva York y casi todas las otras grandes ciudades del país.

Otra persona, cuya voz Sherman no reconoce, le responde que no saldrá ningún ejemplar del *New York Times* mañana por la mañana. Luego, se corta la transmisión.

Las redes civiles son incluso más agoreras.

Las unidades de la Guardia Nacional que defendían la alcaldía han abandonado su posición y se han desplazado hacia el norte. Unos manifestantes han tomado el edificio y se han puesto a fortificarlo. Se ha encontrado muerto en su puesto al comandante de dicha unidad de la Guardia Nacional. El alcalde ha desaparecido. Ahora mismo, nadie está al frente del ayuntamiento de Nueva York.

Mientras tanto, los operadores siguen llamando a los servicios de emergencias, pero éstos no responden. Las emisoras se van silenciando una a una; únicamente las utilizan operadores aterrados que preguntan una y otra vez si hay alguien a la escucha.

Se oye la transmisión de un policía que dice que está viendo a un grupo de

vigilantes linchar a cinco personas infectadas por el Lyssa y solicita refuerzos, pero nadie puede prestarle ayuda. Frustrado, el policía quebranta el protocolo preguntando al operador si hay algún puto plan.

Sherman tiene la sensación de que tanto el gobierno como el ejército ocultan algo a la gente de la ciudad, aunque la gente ya sabe qué es y ha empezado a tomar las riendas del asunto.

Interesante, pero a fin de cuentas no es problema suyo.

Cambia a la red de la compañía Charlie y prosigue con la búsqueda del cuarto pelotón, que iba pegado a los talones del tercero mientras marchaban hacia la escuela, pero desapareció de pronto y ahora se lo da por perdido.

Todo esto hace que el trabajo de un operador de radio se vuelva desalentador, pero un buen operador debe tener la paciencia de un santo, y Sherman es bueno en su trabajo. No se queja. A pesar de que aún no ha logrado comunicarse con nadie, las transmisiones son de lo más entretenido que jamás ha escuchado.

«Las cosas van mal, pero como las otras crisis, ésta también pasará».

O al menos, eso cree.

«El gobierno y el ejército lo solucionarán... —se dice a sí mismo—. Sólo hace falta que los que están al mando saquen la cabeza de su culo colectivo de una vez por todas y hagan lo que tengan que hacer».

Estados Unidos ha sobrevivido a la primera y a la segunda guerra mundial, a la guerra fría, a la gripe española de 1918, a todos los presidentes desde Nixon hasta Obama, a la Gran Depresión y a los ataques del 11-S. Así que pueden sobrevivir a esta mierda de pandemia del Lyssa. Un día, les contará a sus hijos el miedo que generó y lo apasionante que fue, y sus nietos hablarán de él y de sus compañeros como «la generación más grande».

Le gusta trabajar a solas, así puede quitarse la máscara y fumar sin que nadie lo fastidie. Cuando enciende el cigarrillo se da cuenta de que sólo le quedan cuatro paquetes; después, con todos los problemas de suministro que ha oído que hay, puede que no haya más cigarrillos durante un tiempo. La idea lo aterra. Muchos chicos fuman por diversión, pero él es un adicto. Intenta alejar esa serie de pensamientos perturbadores de la mente volviendo al trabajo.

Al cambiar a las transmisiones de la brigada, una voz fuerte y áspera se hace notar entre el guirigay.

—Aquí Cuarentena. Despejen la emisora. —Silencio.

Es una voz calmada, a punto de la ronquera, pero el efecto es electrizante. Unos instantes después, el parloteo se ha reducido a la mitad.

Repito. Aquí Cuarentena. Despejen la emisora. —De nuevo silencio.

Nervioso, Sherman saca el bloc de notas. En contadas ocasiones ha visto al coronel Winters, el comandante de la brigada, transmitir por radio en persona.

A todos los integrantes de Cuarentena, aquí Cuarentena. Mensaje a continuación.

## 40. Una cosa así no se ve todos los días

McLeod camina arriba y abajo tras las puertas de entrada a la escuela. A unos diez metros pasillo adelante, apoyados en los sacos terreros del parapeto para la ametralladora, Martin y Trueno se pasan un cigarrillo. McLeod se acerca a ellos con su arma automática abrazada.

—*Salaam 'Alaykum*, chicos —los saluda.

Los artilleros asienten. McLeod los observa divertido cuando se dan la vuelta, se bajan la máscara y le dan una calada al cigarrillo.

—Tíos, ¿os dais cuenta de que si uno de vosotros tiene el Lyssa, el otro acaba de pillarlo?

—Vete al infierno, McLeod —responde Trueno.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Martin.

—Compartís un cigarrillo —explica McLeod. Tras ver la expresión perpleja de sus rostros, añade—: No importa.

—No es un buen momento para ir asustando a la gente —le advierte Trueno.

—Vaya mierda de puesto —dice McLeod con tristeza—. Una jodida escuela. Fijaos en ese dibujo que ha hecho algún crío con un puñado de rotuladores de mierda. «Bienvenidos a casa» en un centenar de idiomas. Por Dios, antes preferiría estar en pleno combate en Bagdad, maldita sea.

—Apuesto a que eras uno de los tíos más populares del instituto —le espeta Martin con cara inexpresiva, lo que hace que el ayudante de artillero suelte una risa burlona—. Menudo bromista estás hecho.

—La privación de sueño me hace ser divertidísimo. ¡Necesito dormir! —grita hacia el techo McLeod.

—¿Y por qué no estás descansando junto a tu escuadra, McLeod? —pregunta Martin, guiñándole el ojo a Trueno, que le responde con una sonrisa de oreja a oreja.

—Maguila me tiene manía. Todos pueden dormir unas cuantas horas mientras que yo tengo que montar guardia aquí con vosotros; sin ánimo de ofender.

Trueno estalla en carcajadas.

—Tienes suerte. Eso es lo que tienes —le contesta Martin.

—¿Estás de broma? —se sorprende McLeod—. ¿Es que alguna vez le he hecho algo malo a alguien?

—¿Alguna vez te has preguntado qué pasaría si cerraras la boca, McLeod? —pregunta Trueno.

McLeod sonrío, pero no dice nada.

—Me parece que eres tan popular en el ejército como lo eras en el instituto, McLeod —añade Trueno—. Considérate afortunado por no estar echando trozos de



cuerpos a paladas al horno del sótano con los *hajjis*... Quiero decir, los civiles.

—En cambio, te toca montar guardia —concluye Martin, que señala con la mano en dirección a la puerta principal de la escuela—. Por cierto, ¿no se supone que tendrías que estar montando guardia?

—Nadie va a venir aquí —responde McLeod.

—Es una clínica para el Lyssa en medio de una epidemia de Lyssa —replica Martin, y se quita la gorra para rascarse el pelo rapado en un gesto irónico—. Esto...

—Sí, me pregunto si va a venir alguien —dice el ayudante de artillero, riéndose a carcajadas.

—Chitón, estoy pensando —replica Martin, metido aún en el papel.

—Callaos un segundo —dice McLeod—. Escuchad.

En la lejanía, oyen el rugido de un motor diesel.

Un vehículo pesado se acerca a la escuela.

—Sí, gracias a Dios —se congratula McLeod—. Empiezan a recoger la basura otra vez.

El artillero pone los ojos en blanco.

—Trueno, quédate aquí —le indica Martin a su ayudante—. Voy a ir con McFly a ver qué pasa.

—Entendido —contesta Trueno.

—Tú delante, McCulo.

—Eres un tipo muy gracioso —responde McLeod—. Supongo que te vendrá de familia. La otra noche, tu madre... ¡Oye! Eso suena como un vehículo militar, ¿verdad?

El sonido crece a medida que se acercan a las puertas; las abren con cautela y otean la calle plagada de cadáveres.

—Mira, es un blindado ligero. Un LAV, tío —dice Martin, y levanta el puño—. ¡Vamos, marines! ¡Dad caña!

El vehículo blindado de transporte de personal, con la forma de una gran barca verde, entra en la calle a varias manzanas de distancia con el motor rugiendo.

—Yo quiero uno de esos —dice McLeod.

—Es un LAV-R, un vehículo de recuperación —concreta Martin—. ¿Ves que lleva un brazo de grúa detrás? Tiene un cabrestante para poder remolcar otros LAV averiados. El modelo de recuperación no es que tenga mucha cosa para defenderse, sólo una ametralladora M240 y algunas granadas de humo —añade lleno de admiración—. Tendrías que ver la versión de combate. Tiene un cañón de cadena M242 Bushmaster y dos M240. Una vez vi uno. En combate, ¿eh? Fue la hostia. Los iraquís llaman a esos pequeñines «los grandes destructores».

—Un pajarito me ha dicho que esa preciosidad está soltera, tigre —dice McLeod.

—Pueden llegar a los cien kilómetros y son anfibios, tío.

—Vaya, pues tiene compañía. Fíjate.

El LAV-R ha terminado de girar y pisa a fondo para coger velocidad. Un grupo de unos veinte perros rabiosos que corren junto al vehículo lo rodean. De alguna manera, unos cuantos han conseguido encaramarse encima del LAV y golpean la carrocería con los puños.

El vehículo acelera por la calle despejada y los perros rabiosos comienzan a quedarse rezagados.

—Ni siquiera sabía que los marines estaban en Manhattan —dice Martin—. No hemos tenido comunicación con ellos. ¿Deberíamos salir a decirles que estamos aquí?

—Adelante, por favor —lo invita McLeod soltando un resoplido.

Sobre sus ocho ruedas, el LAV pasa rugiendo por delante de la escuela, con un enjambre de perros rabiosos pisándole los talones y otros trepando por su cuerpo de metal.

En menos de un minuto, el último de los perros rabiosos —que lleva una camisa rasgada de color rojo ondeando en la boca— pasa corriendo. Entonces, la calle vuelve a quedarse en calma, a excepción del repiqueteo de las armas ligeras en la distancia.

—Bueno —dice McLeod—, una cosa así no se ve todos los días.

## 41. Cada muerte es un eslabón roto en la cadena de infección

Una mujer obesa desnuda persigue a un adolescente calle abajo, con los brazos estirados y los pechos bamboleándose. Pasan por delante de dos cuerpos calcinados que humean en la acera, enfrente de una tienda arrasada por el fuego. Las zapatillas deportivas del chico trituran los trozos de vidrio rotos.

Suena un seco estampido y la mujer cae al suelo, retorciéndose de dolor y gimoteando.

El chico se detiene, se pone las manos en las rodillas y se tambalea, jadeando; a duras penas consigue mantenerse en pie del cansancio. Vestido con una sudadera con capucha y tejanos, el chico está congestionado y empapado de sudor. Tras asegurarse de que la mujer ya no representa una amenaza, levanta la cara para otear los edificios cercanos en busca de su salvador.

Pero al hacerlo, revela la marca inflamada e hinchada de un mordisco en la mejilla rodeada de sangre y babas.

Ve una pequeña silueta en el tejado de un edificio al otro lado de la calle. La boca se le ensancha en una enorme sonrisa de oreja a oreja. Levanta la mano para saludar.

Y le estalla la tapa de los sesos.

Del tejado del edificio se eleva un hilo de humo.

A través de la mira de francotirador, el sargento Grant Lewis examina la calle en busca de otros objetivos. Está sentado en una silla que encontró en el aula de dibujo y apoya el fusil sobre un bípode en el antepecho, junto a una ración de comida preparada sin terminar.

Abajo, la calle se abre ante él con todo detalle.

Bowman reunió a los suboficiales en el hospital y les explicó lo que habían averiguado los exploradores: al soldado Boyd lo mordieron durante la noche y por la mañana ya se había convertido en un perro rabioso, como algo salido de una película de zombies. Eso lo explicaba todo. Para Lewis, todo cuadraba: el enorme número de perros rabiosos atacando a la gente, el cambio en la misión, las nuevas reglas de enfrentamiento. Que Ojo de Halcón cogiera el virus del perro rabioso debido a un mordisco en la mejilla acabó de confirmarlo. El ritmo de transmisión de esta enfermedad era increíble.

«Y si no hacemos algo al respecto —se dice Lewis a sí mismo—, nos van a aniquilar».

Por esa razón, Lewis ha ideado sus propias reglas de enfrentamiento: si eres un perro rabioso o te han mordido y te vas a convertir en uno, entonces hay vía libre para acabar contigo.

El M21 es una adaptación semiautomática del fusil de francotirador M14 de

recarga manual. La ventaja del M21 es que el tirador puede disparar una segunda vez rápidamente, algo ideal en entornos plagados de objetivos. Una leva dentro de la mira telescópica ajusta el visor para compensar la trayectoria de la bala. El cargador que utiliza Lewis contiene veinte balas de 7.62 mm.

No hay objetivos a la vista. No hay ni un alma en la calle. El aire huele a humo. Pero ellos están ahí fuera, cerca, alrededor. Oye los gruñidos y los gritos infaustos y lastimeros traídos por la brisa fresca.

Cuanto más tiempo pase aquí arriba, más retrasará tener que oír al sargento Ruiz dándole la brasa respecto a un supuesto fratricidio. Nadie quería matar a Bicho. Nadie quería que Bicho muriera. El fuego amigo es algo normal en el combate. Las cosas fueron muy confusas cuando trataban de atravesar el cruce. En la guerra, los accidentes ocurren constantemente.

Aquí arriba también puede evitar al sargento McGraw —sumido en su propia tormenta personal—, que se pregunta una y otra vez cómo no se dio cuenta de que el soldado de primera William Chen estaba sucumbiendo a la tensión delante de sus narices y si podría haber evitado que el pobre chico se volara la tapa de los sesos. Por supuesto que no podía. El punto sin retorno de cada soldado es distinto. Si ellos mismos no saben cuál es, ¿cómo se supone que tú lo sabrás?

Perplejo, Lewis niega con la cabeza. Hasta ahora, el modo en como han reaccionado sus compañeros suboficiales está haciendo que pierda un poco de respeto por el rango de sargento.

Se recuesta en la silla y se estira. Echa un trago de la cantimplora. Aborrece el sabor del agua corriente de Nueva York, pero como todos los soldados con experiencia de combate, está acostumbrado a arreglárselas con lo que hay. Tiene comida y agua, y eso es lo que importa. Un *grunt* puede quemar cuatro, cinco o seis mil calorías al día en misiones de alto estrés como la actual. Sólo hay dos opciones: o pierdes peso o comes cada vez que puedes para así reponer calorías.

Al otro lado de la calle hay dos tipos con traje y corbata fumando en el tejado. Uno de ellos se asoma por el antepecho para echar un vistazo a los cuerpos. El otro ve que Lewis lo observa y, con timidez, levanta los dedos índice y corazón en forma de «V». Quizá quiere decir «victoria», o quizá «paz», Lewis no está seguro.

«Para un verdadero soldado son la misma cosa», piensa.

La pausa le concede tiempo para reflexionar sobre los apuros de la compañía Charlie.

Lewis supone que Bowman va a tratar de reunir la Charlie con el batallón, que a su vez, tratará de reagruparse con la brigada. Es un enorme y condenado error. Justo el tipo de estrategia de gilipollas con el que soñaría un burócrata desalmado. Hasta se imagina al burócrata ahora, mostrando a los altos mandos un gran mapa de Estados Unidos de América con códigos de colores y diciéndoles qué partes pueden defender

y qué partes tendrán que ceder por el momento. Como quien no quiere la cosa, anunciará las bajas estimadas y se referirá a las bajas civiles de su plan como «aceptables».

Y los altos mandos gruñirán y asentirán con la cabeza. Muchos de esos tíos sirvieron durante la guerra fría y creyeron que Estados Unidos era capaz de luchar y sobrevivir a un intercambio nuclear con la Unión Soviética. Tantos millones de personas morirán, tantos millones sobrevivirán. Han oído ese tipo de lenguaje con anterioridad y lo hablan con fluidez.

«Siempre que al final ganemos nosotros, ¿verdad? Por supuesto, sus familias no son las que van a morir. Oh, no. Las de esos hijos de puta de la retaguardia, ni hablar».

Y luego los chiflados de los ecologistas se presentarán y dirán que todo esto le va a venir de perlas al planeta, una limpieza en toda regla. La población mundial retrocederá a los años antes de Cristo, el planeta se recuperará y la humanidad vivirá en armonía con la naturaleza para siempre. Nosotros somos los virus reales, nos multiplicamos y consumimos hasta matar al huésped que nos sustenta. Tenemos que acabar con este mundo para salvarlo, ¿no es así? Claro, la teoría es condenadamente buena hasta que es tu familia la que muere.

«No. Lo más inteligente sería que todo el mundo se quedara donde está y que las fuerzas aéreas se ganasen el sueldo, para variar, reabasteciendo a las tropas. Después, se tendría que enviar patrullas a los barrios para que abatieran a todos los perros rabiosos que encontraran. Cada muerte es un eslabón roto en la cadena de infección, un pequeño incremento en las posibilidades de supervivencia de los humanos.

»Mientras tanto, proporciona armas. Que todo hijo de vecino reciba un viejo fusil con sesenta balas y una somera explicación de cómo utilizarlo así como una licencia para matar durante un mes».

Pero Lewis sabe cómo actúa el ejército, y el ejército no va a hacer eso.

«Seguramente, reaccionará al primer puñetazo que los perros rabiosos le den en la nariz escondiéndose bajo su caparazón. En lugar de acabar con ellos mientras aún están desperdigados, el ejército les permitirá agruparse y así poder barrer a la raza humana de la faz de la Tierra para devolvérsela a los pájaros y a las abejas».

Hay movimiento en la calle. Lewis acerca el ojo a la mira telescópica y ve a una mujer y a una niña corriendo cogidas de la mano. Son tan bonitas que, por un momento, piensa en su mujer Sara y en su hijo Tucker, tan alejados de él que bien podrían estar en la luna. La mujer es una joven madre de unos veintitantos años. Viste camiseta y vaqueros y tiene una larga y lacia melena rubia y un cuerpo atlético y delgado. La hija es prácticamente una versión en miniatura de la madre. Tendrá unos siete años.

«Yo os protejo —piensa Lewis—. En esta calle estáis a salvo. Id en paz».

Lewis parpadea y vuelve a mirar.

La madre ha recibido un mordisco en el brazo. La herida ha sido vendada a todo correr y un trozo de venda medio suelta, casi toda teñida de color negro por la sangre seca, cuelga tras ella.

Ya está muerta. Lo único que Lewis tiene que hacer es detenerla ahora y evitar que se lleve a quién sabe cuántos pardillos a la tumba con ella.

Apunta y se prepara para disparar, pero no aprieta el gatillo. Si mata a la madre, la niña no tendrá a nadie que la proteja. No durará ni cinco minutos en esas calles.

Pero han mordido a la madre. Si no la mata, se convertirá en un perro rabioso y matará o infectará a su hija.

Es incapaz de decidir qué hacer. Le viene a la mente la historia de la Biblia sobre el rey Salomón. Dos mujeres argumentaban ser la madre de un niño, y la respuesta de Salomón fue cortar al niño por la mitad con una espada. Cuando una de las dos mujeres pidió que no lo hiciera y que le entregara el niño a la otra mujer, Salomón supo al instante que ésa era la verdadera madre y le devolvió a su hijo.

La acción más inteligente, la apuesta más segura, es matar a ambas.

Un pensamiento le cruza por la cabeza: tenemos que acabar con este mundo para salvarlo.

Madre e hija se pierden de vista al doblar la esquina del edificio.

Sin dejar de mascullar maldiciones por haber perdido la concentración, Lewis coge el fusil y corre hacia el otro extremo del tejado, reposicionando el arma sobre el bípode con rapidez. El sargento da con ellas después de otear la calle, apunta a la nuca de la mujer y expelle el aire de los pulmones.

«La teoría es condenadamente buena hasta que es tu familia la que muere».

El sargento quita el dedo del gatillo. No puede hacerlo.

Lewis escupe por encima del antepecho, indignado.

Al otro extremo de la calle, hay un hombre en una oficina que le hace señas y sostiene un letrero que pone: Atrapado, socorro.

Lewis escupe de nuevo.

—Bienvenido al club, colega.

## **42. Cuanto más la veo, más pienso que no es justo que me tenga miedo, y eso me cabrea, y entonces pienso en ello un poco más, y entonces decido...**

El sargento Ruiz echa una ojeada al interior del aula por el ventanuco de la puerta y ve que los chicos de la tercera escuadra duermen despatarrados encima de los sacos de dormir, rodeados de las sobras de raciones de comida preparada devoradas con rapidez. Uno de ellos grita en sueños y provoca que los demás dejen de roncar el tiempo suficiente como para fruncir el entrecejo y rebullir durante unos instantes.

De nuevo, Ruiz piensa en su joven esposa y en su hijo de pocos meses que están en Jacksonville, Florida. ¿Debería intentar llamarla ahora?

¿Y qué pasa si no coge el teléfono?

¿Sería capaz de darse el piro para tratar de ir a casa, con su familia, como hizo Richard Boyd?

«Puede. Pero mira cómo acabó Boyd. El teniente dijo que le habían arrancado la mitad de la cara de un mordisco y que se había convertido en un perro rabioso».

Ruiz oye el sonido de unas pisadas, se da la vuelta y ve al teniente Greg Bishop acercándose por el fondo del pasillo a la vez que gesticula, visiblemente enfadado, hacia los suboficiales que lo acompañan. Lo más seguro es que se esté quejando de nuevo acerca de la orden que Bowman le dio a McGraw de abatir a civiles. Decía que era inhumano, incluso con las actuales reglas de enfrentamiento. Decía que Bowman no merecía tomar el mando de lo que quedaba de la compañía Charlie. Decía que hasta algunos nazis habían rehusado acatar las órdenes y participar en las matanzas indiscriminadas de la segunda guerra mundial.

Indignado, Ruiz niega con la cabeza y sigue con su discurrir hacia el gimnasio, donde hay miles de personas tumbadas, tosiendo y muriendo en los catres dispuestos en ordenadas hileras. Los civiles sanos se mueven entre ellos para cambiar sábanas, cuñas y bolsas de suero bajo la supervisión de tres desventurados ayudantes médicos del ejército con el rostro arrebatado y un puñado de enfermeras del turno de mañana que consiguieron llegar al trabajo. Otros se ocupan de deshacerse de los cadáveres y de desinfectar la zona con fregonas y trapos.

«Tenemos comida, agua y mantas. Podemos protegerlos, alimentarlos y cobijarlos. Pero si se quedan, trabajarán. Y trabajarán duro», les había dicho el teniente.

Es un trabajo desagradable y hay mucha holgazanería, pero la mayoría de los civiles están contentos de tener algo que hacer para evitar pensar en los problemas. La gente que trabaja es la más dura, aquella con la que puedes contar. El resto, simplemente, no es capaz de digerir lo que está ocurriendo con su mundo. Ésos se

alejaron deambulando rápidamente y nadie ha vuelto a verlos desde entonces. Muchos lo han perdido todo, arrebatado con violencia delante de ellos. Están en un estado de *shock* del que muchos no lograrán salir nunca.

De cualquier modo, poner a los civiles a trabajar ha sido buena idea. Ruiz opina que el teniente es un oficial inteligente. Si Bowman liderase como Bishop dice que debería hacerlo, el primer pelotón aún estaría atrapado en esa clase, asediado y a punto de morir de hambre, y el segundo pelotón estaría desperdigado por la calle Cuarenta y dos.

A Ruiz le gustan las cosas simples. Así es como él lo ve.

Bowman hace todo lo posible para mantener con vida a sus chicos, y Bishop es un imbécil que se queja en lugar de trabajar.

Y sobre Knight... Bueno, según Radio Macuto, algunos de sus propios hombres quieren hacerle un presente: una granada de fragmentación. Se rumorea que cuando aparecieron los perros rabiosos y empezaron a descuartizar a los muchachos, Bishop se negó a abrir fuego y les ordenó que salieran corriendo.

Ruiz niega con la cabeza.

«La realidad sobre el terreno ha cambiado, y si nosotros no cambiamos con ella, vamos a morir. Los que no puedan aceptar esta realidad, no deberían estar al mando».

Por ejemplo, Bishop cree que Bowman debería haber solicitado unidades con equipo antidisturbios para capturar a los perros rabiosos de una manera no violenta.

«O ese hombre está loco o no quiere ver la realidad».

Eso convierte a Bowman en el hombre ideal para el puesto. Con él al frente, las probabilidades de que los maten a todos en el plazo de las próximas veinticuatro a cuarenta y ocho horas son menores.

Ruiz ve que hay algunos civiles con carabinas M4 patrullando en el gimnasio. Saluda con la cabeza a uno de ellos, un marine de mediana edad con experiencia en Panamá y en la primera guerra del Golfo. Otra de las innovaciones de Bowman: armar a civiles voluntarios que tuvieran experiencia militar previa con las carabinas que le sobran a la compañía Charlie. Ahora son la fuerza policial de Bowman y se ocupan de que ninguno de los enfermos del Lyssa se convierta en un perro rabioso y cause problemas, y al mismo tiempo proporcionan otro argumento del que quejarse a los civiles, además de los soldados.

Bowman dice que no está interesado en una misión humanitaria. Intenta conseguir que la compañía Charlie no deje de ser eficaz para el combate. Considera este lugar como si fuera territorio hostil y a los perros rabiosos como si fueran los combatientes enemigos, tal y como le ordenaron los altos mandos. Por regla general, la gente que se queda en retaguardia no suele tomar decisiones correctas, pero esta vez han acertado de lleno, maldita sea.

Ruiz camina junto a una hilera de catres con enfermos del Lyssa y los mira a la



cara. La mayoría se encuentran graves. A la hora de propagar la infección, los perros rabiosos mostraron preferencia por aquellos que estaban prostrados en cama pero a punto de recuperarse. No obstante, varios enfermos le devuelven una sonrisa.

En este lugar hay esperanza. Eso lo conforta. Están haciendo algo bueno aquí. El teniente dijo que había suministros de sobra, incluyendo munición, y un montón de gente enferma a la que proteger y ayudar a recuperarse.

También dijo que no se pusieran muy cómodos.

«Si la compañía Charlie se pone en marcha —piensa Ruiz—, ¿debería irme? ¿Cómo llegaría a casa? ¿Acaso importa?»

Si lo que dijo Bowman es cierto, entonces los perros rabiosos van a tratar de erradicar la vida humana del planeta. En este momento, quizá una de cada veinte personas es un perro rabioso y ya han hecho que el país hincó la rodilla.

El ritmo de infección es increíble.

«Es un pensamiento horrible, pero nuestra única oportunidad para detener este apocalipsis es que los perros rabiosos maten a más personas de las que infecten».

Si el ritmo de infección fuera aritmético en lugar de exponencial, aún tendrían una oportunidad de detenerlos mediante un exterminio brutal. Lo mismo que hacían los iraquíes antes de que la compañía Charlie volara de regreso a casa.

«Es extraño pensar que los países con mayor posibilidad de salir de ésta sean aquellos Estados fallidos con sociedades brutales y muchas armas y munición.

»En cualquier caso, si América está condenada, ¿por qué tendría que quedarme? ¿Por qué no tratar de llegar junto a Janisa y Emmanuel?»

Si Ruiz tuviera que elegir entre su familia y el pelotón, no habría duda alguna. Si el amor a su mujer es pasional, el amor a su hijo es primordial. De hecho, se cortaría el brazo antes de que ningún mal le sobreviniera a su hijo. Mataría a sus compañeros, uno a uno. Su deber en una crisis como la presente, el final del mundo, es para con su familia.

El único problema es que él está aquí y ellos allí. Y probablemente moriría antes de que pudiera reunirse con su familia.

Una mujer joven, asustada y con los ojos marrones abiertos como platos, pasa corriendo junto a él. Doc Waters, agotado y furioso, le grita que le traiga tanta amantadina —un medicamento genérico antivírico— como sea capaz de cargar.

Incluso bajo la máscara, Ruiz ve que es una mujer guapa, como su Janisa. La idea de que su esposa e hijo se encuentren en peligro le corroe las entrañas.

Intentará llamarlos. Pero primero tiene que echar un vistazo a uno de sus chicos.

Ojo de Halcón está atado con correas a un catre, sudoroso y hediondo; la venda de la mejilla ha adquirido un color marrón óxido, la garganta se le empieza a hinchar y le salen bubones del tamaño de pelotas de golf. Ojo de Halcón intenta sonreírle cuando lo ve, pero la sonrisa se transforma en una mueca de dolor. La piel se le está

poniendo del color gris característico de la infección.

—¿Cómo estás, Ojo de Halcón?

—Me he encontrado mejor, sargento —contesta el soldado con voz áspera y vibrante que a veces termina con un gruñido cuando exhala—. ¿Ha venido a ayudarme?

—Te he traído otra almohada, como me pediste.

—No puedo tragar. Maldita sea, estoy sediento pero no puedo ni mirar el agua. Ver la bolsa de suero me cabrea. Me paso todo el tiempo cabreado.

—No es justo, Ojo de Halcón.

—No, son los gérmenes. Hacen que me cabree. Me ponen pensamientos en la cabeza. ¿Ha visto a la chica guapa que acaba de irse? ¿La que tiene esos ojazos negros en los que te podrías perder?

—Sí, nos acabamos de cruzar. Me he fijado en ella, por supuesto.

—Claro, es preciosa —dice Ojo de Halcón entre risitas, y entonces vuelve a hacer muecas—. Me tiene algo de miedo. Cada vez que pasa, me mira asustada. Y yo pienso: «no tenga miedo de mí, señorita. Me llamo Cameron Ross. Soy un buen chico. Nunca le haría daño».

»Y cuanto más la veo, más pienso que no es justo que me tenga miedo, y eso me cabrea, y entonces pienso en ello un poco más, y decido que le quiero morder toda la cara para que no me pueda ver más.

Ruiz da un paso atrás sin darse cuenta, mirando horrorizado al soldado.

—Todo me cabrea, joder, sargento. Cada minuto que pasa me noto más cabreado. No quiero morir odiando a todo el mundo, a todo lo que me rodea. —Ojo de Halcón baja la vista para mirarse la mano. Ruiz ve que sujeta una fotografía de su novia—. Quiero morir mientras aún los quiero. Voy a morir de todas formas, sargento. Eso es un hecho. No tengo miedo, pero no quiero morir odiando a mi chica, ni a mi madre. ¿Lo comprende ahora...? ¿O tengo que machacarle la puta cabeza para que lo entienda?

Ruiz asiente.

—Lo comprendo, Ojo de Halcón —susurra el sargento.

Ojo de Halcón emite un gruñido desde el fondo de la garganta. Cierra los ojos y suspira.

—Gracias, sargento.

Ruiz recoge la almohada que había traído consigo, la coloca sobre el rostro sonriente del chico, y aprieta.

—Adiós, Ojo de Halcón —se despide Ruiz, con las lágrimas cayéndole por las mejillas.

El chico se resiste durante un minuto, y luego queda inerte.

Cuando Ruiz ha acabado, se da cuenta de que en el gimnasio reina un extraño

silencio a excepción de los gemidos generalizados de los enfermos del Lyssa tumbados en sus camas. Levanta la vista y ve que casi todos lo están mirando. Varios civiles asienten lentamente con la cabeza, comprensivos; otros se cubren la cara para esconder las lágrimas.

No es la primera persona que tiene que hacer esto por un amigo.

Sintiéndose completamente exhausto, Ruiz se encamina hacia el ala oeste, en la que espera encontrar un aula vacía desde donde llamar a su mujer. La gente que lo rodea vuelve a sus quehaceres de inmediato, como si nada hubiera pasado.

El cabo Álvarez se acerca y lo saluda, y le dice que el teniente quiere que se reúna toda la compañía. El teniente ha logrado hablar con Cuarentena, añade.

Cuarentena le ha dado nuevas órdenes a la compañía Charlie.

### 43. O nosotros o ellos, caballeros

—Caballeros, el virus Lyssa es un problema mayor del que nos hicieron creer. La pandemia ya se ha llevado muchas vidas y ha causado una grave escasez de recursos y mucho pánico. Pero ahora el juego ha cambiado y nuestra misión se ha visto ampliada. Al ejército ya no sólo le preocupa la protección de infraestructuras. Luchamos por la supervivencia de Estados Unidos. Sé que suena dramático, pero no hay otro modo de decirlo.

»Ahora mismo, más allá de estas paredes, no hay un gobierno municipal, ni distribución de comida ni medicinas; casi no quedan bomberos para apagar los incendios y sólo un puñado de policías sigue cumpliendo con su deber. Muchos de los hospitales han quedado abandonados, como éste. La ley de la jungla impera ahí fuera cada vez más.

»Hay una razón para lo expuesto: Adalid también ha sufrido muchas bajas. No hay ni rastro del capitán West ni de su puesto de mando. Se cree que han muerto. El coronel Armstrong está muerto, al igual que el oficial ejecutivo del batallón, el mayor Reynolds. El capitán Lyons de la Alfa asume el mando del batallón.

»Caballeros, guarden silencio. Aún hay más.

»Como saben, me han puesto al mando de la Charlie. He recibido nuevas órdenes directas de la Brigada. Se ha ordenado a todas las unidades en nuestra zona de operaciones que se agrupen con el siguiente nivel superior en un lugar de fácil defensa. Esto quiere decir que Alfa, Bravo, Charlie y Delta se reordenarán para reconstituir Adalid. Cuarentena quiere que el batallón esté listo para cuando nos necesite.

»Estas órdenes son lógicas. También son simples, en lo que a nosotros respecta. El punto de encuentro es la posición que ocupamos en este momento. Todos tienen que venir hasta aquí. Lo único que tenemos que hacer es esperar. A partir de las diecisiete-cero-cero horas se instauro el toque de queda en toda la ciudad, y a las dieciocho-cero-cero el batallón tendría que estar reconstituido bajo el mando del capitán Lyons.

»Ahora es el momento de explicarles cuál es el verdadero problema detrás de todo esto. Lo que voy a decirles puede que los escandalice, pero llegados a este punto, quizá no los sorprenda.

»Primero nos dijeron que el síndrome del perro rabioso sólo era común para aquellos casos más graves del Lyssa, cuando el virus atacaba al cerebro. Resulta que esta información es incorrecta. Parece que la saliva de los perros rabiosos lleva una cepa totalmente diferente del virus. Cuando muerden a las personas, esa gente se convierte, a su vez, en perros rabiosos.

»De hecho, una vez que te han mordido, te conviertes en perro rabioso en unas horas.

»Caballeros, guarden silencio.

—Caballeros...

—Gracias, sargento —continúa Bowman—. El número de perros rabiosos crece a un ritmo inaudito. Hemos comprobado con nuestros propios ojos que han aumentado de manera drástica y que atacan y tratan de infectar, sin miedo ni piedad, a cualquier persona que vean que no esté infectada. El nivel de amenaza crece por minutos y seguirá creciendo hasta que todos los perros rabiosos hayan muerto o no queden más personas a las que puedan infectar.

»Ahora ya saben por qué no tenemos otra opción que reagruparnos en el batallón. De lo contrario, no seríamos capaces de ayudar a América a salir de esta crisis. Caballeros, no les miento si digo que luchamos por la supervivencia de nuestro país. Probablemente, también por la de la raza humana.

»Es una situación sin precedentes. Ahora presten atención. Las cosas han cambiado y necesitamos adaptarnos.

»En primer lugar, no se mencionará más lo de “asesinos de niños”. Si creen que los perros rabiosos son aún personas, su sentimentalismo conseguirá que los maten, a ustedes y al hombre que tengan a su lado. Los perros rabiosos han dejado de ser personas. Son marionetas controladas por el virus del perro rabioso. El virus les dice que ataquen e infecten. Y ellos lo hacen. Es probable que esa gente no tenga conocimiento de quiénes son, qué son o qué están haciendo.

»Y si lo tienen, pero no pueden evitar hacerlo, entonces que Dios se apiade de ellos. De cualquier manera, si matan a un perro rabioso, considérenlo un acto de compasión. Así de simple.

»Los perros rabiosos no llevan armas y tienen el mismo aspecto que ustedes o yo, pero no dejen que los engañen las apariencias. Estas cosas son el enemigo más mortal al que América se ha enfrentado jamás, y el enemigo más peligroso que ustedes se encontrarán en combate.

»Habrá más muertes. Estamos en un país hostil, rodeados por un ejército hostil, a punto de quedarnos sin vías de suministro de provisiones ni cuidados médicos. El enemigo nos da caza en una guerra de exterminación y lucha contra nosotros con unas tácticas para las que nunca nos adiestraron.

»Es un enemigo que no toma prisioneros. Que no negocia. Que no necesita que lo reabastezcan ni conoce el miedo, y ataca sin descanso. El virus no lucha por tierras, ni por dinero, ni por política, ni por religión. Lucha para sobrevivir, infectándonos, matándonos a todos nosotros.

»Les informo de todo esto para que lo tengan claro. Si quieren continuar con vida, tendrán que hacer de tripas corazón y enfrentarse a la situación real.

»Una guerra de espectro ilimitado. Una guerra total.

»O nosotros o ellos, caballeros. Así son las cosas.

»Ahora mismo, lo más seguro es que estén preocupados por sus seres queridos.

Yo tengo familia en Texas y también en Luisiana. Cada día pienso en ellos. Pero no puedo llegar a su lado. Nunca lo lograría. Si salgo por esa puerta, me matarían en veinticuatro horas. O me convertiría en un perro rabioso.

»Si quieren ayudar a sus familias, entonces cumplan con su deber.

»Alguien tiene que sobrevivir.

»Las autoridades civiles han sido aniquiladas. Sólo quedamos nosotros. Somos todo lo que hay entre una marea creciente de perros rabiosos y la aniquilación. Así que la única esperanza de sus familias, de su país, es que el ejército se mantenga unido el tiempo suficiente para marcar la diferencia. A partir de ahora, cuando destruyen a una unidad, no es posible reemplazarla. Se acabó.

»Uno de ustedes me preguntó si esto era el fin del mundo. Mi respuesta no fue muy acertada. He pensado una nueva respuesta y me gusta más.

»Literalmente, que esto sea el fin del mundo o no, depende de nosotros.

»Por lo que a mí respecta, caballeros, yo digo que no lo es.

# Capítulo 9

## 44. No se merece arrebatárnoslo todo

*El sol brilla y las calles están abarrotadas de gente que disfruta del final del verano. Cientos de personas están tumbadas encima de mantas mientras duermen o leen en Sheep Meadow, una de las inmensas praderas de Central Park. Varios chicos sin camiseta se pasan un frisbee de color naranja mientras que un perro ladra y corretea entre ellos. Christopher está sentado en un banco, haciéndole el caballito a Alexander sobre una rodilla. Los dos sonrían llenos de ilusión al verla acercarse, descalza y riendo a su vez. Alexander pide un helado. En cambio, Valeriya Petrova le sugiere subir al tiovivo. El niño grita de alegría antes de darse cuenta de que le han tomado el pelo; de pronto, Alexander afirma que quiere un helado y, además, subir al tiovivo.*

—¿De qué sabor lo quieres, Alex? —pregunta Christopher.

—¡De vainilla! —contesta Alexander jubiloso, levantando la vista hacia su padre.

*Valeriya mira a su Christopher, encantada de ser consciente de que él no sabe que lo está mirando; sabe que con cada día que pasa se van haciendo mayores y algún día morirán, que entonces no habrá nada y que nunca volverán a estar juntos así. En lugar de entristecerla, el pensamiento la llena de una extraña euforia, puesto que está viva y no muerta, que aún le queda tiempo a ella, que aún les queda tiempo a todos antes de que termine este día perfecto. Y a su hijo aún le queda más tiempo y el mundo entero se abre ante él.*

*Esta noche le hará el amor a su marido y le dará las gracias al oído entre susurros como hace a veces cuando se siente de este modo, cuando no puede contener la belleza de su vida y la alegría que le aporta su familia.*

Una violenta luz blanca hace añicos la oscuridad.

El edificio vuelve a la vida cuando el sistema se reinicia.

Petrova se queda tumbada debajo de la mesa, temblando y con los ojos cerrados.

«Debes levantarte —se dice a sí misma—. No te rindas. Tienes que sobrevivir por ellos. No. Quédate y sueña un poco más. Quizá el sueño resulte ser verdad. Quizá, ahí fuera, el mundo ha vuelto a la normalidad».

*La gente en el parque ríe y juega, se tumba encima de la hierba cálida a leer libros...*

«No».



Sabe que ahí fuera el mundo se está muriendo.

Todas las personas a las que ha conocido a lo largo de su vida, todas las personas a las que ha amado, todas las personas a las que ha querido y han formado parte de su existencia, están muriendo... Todo se está destruyendo.

Sabe que probablemente morirá aquí sin ver la luz del día de nuevo. Sin volver a ver a su hijo nunca más.

Está tan lejos.

La humanidad no volverá a cruzar el Atlántico, quizá, hasta pasados cientos de años. Será como si Londres estuviera en otro planeta. Dentro de una generación, es posible que la población de América del Norte ni siquiera recuerde la palabra «Londres». El conocimiento de la existencia de otros continentes puede que se olvide poco a poco conforme las generaciones futuras luchan para sobrevivir.

Y todo esto se debe al simple hecho de que una minúscula y diminuta máquina biológica quiere vivir.

Si el virus pudiera pensar y hablar, se justificaría diciendo que también tiene derecho a tratar de multiplicarse, a luchar por la dominación, a sobrevivir. De hecho, la supervivencia es el único objetivo del virus. Está diseñado para sobrevivir. Por eso es tan fuerte. Prácticamente, los virus fueron las primeras formas de vida del planeta... Y serán las últimas.

«Pero no es mejor que nosotros —piensa Petrova—. Más fuerte, es posible. Pero no mejor.

»¿Puede el virus hacer que sus marionetas humanas pinten un atardecer, por poner un ejemplo, que refleje el alma de la realidad? Será dueño de las mentes, pero no del pensamiento. ¿Entiende los conceptos de la ciencia, del progreso o de la mejora de las especies? ¿Alguna vez ha levantado esos ojos prestados hacia las estrellas y se ha preguntado si existen otros planetas que puedan albergar vida? ¿Quizá otro tipo de vida con la que se pueda hablar? ¿Comprende qué es la caridad, el amor, la empatía o la piedad? ¿Alguna vez ha sentido un perro rabioso, que ronda las calles en su febril búsqueda de un nuevo huésped, algo más que un nivel tóxico de dolor y rabia durante su extremadamente corta vida?

»No se merece arrebatarlo todo. Sólo es una máquina. Un código con vida. Matará y destruirá todo lo que se le ponga por delante sólo para que los huéspedes mueran a su vez, uno tras otro. El virus desaparecerá tan rápido como apareció, dejando desesperación y ruinas a su paso. Y este equipo de seguridad y todas las demás máquinas creadas por los humanos permanecerán aquí, pudriéndose durante años bajo capas de polvo. Quizá nuestros descendientes las descubrirán en las generaciones venideras y no sabrán qué son.

»No es justo...»

Un repentino estallido de ira le proporciona la fuerza necesaria para mover la

mano.

Con un gran esfuerzo, alarga los dedos hacia la alfombra. El cuerpo los sigue, tan lento como un caracol pero con la misma decisión. El miedo la abrumba con su propia y peculiar gravedad, y Valeriya se pregunta si lo conseguirá. Pero al poco tiempo se encuentra de pie, mirando las pantallas de seguridad, donde ve a Sandy Cohen destrozada y tendida en el suelo al otro lado de la puerta.

Muerta.

«Sólo somos carne para ellos —piensa Petrova—. Nos consumen y luego tiran el envoltorio».

Incluso el aire parece pesarle en los pulmones.

«Si no quieres morir aquí, ponte a hacer cualquier cosa», se dice a sí misma.

Petrova clava la mirada en un paquete de cigarrillos que hay sobre la mesa. Jackson era fumador. Ella lo dejó hace cuatro años, antes de quedarse embarazada de Alexander. Desde entonces no ha tocado un cigarrillo.

«Sólo uno. Para ayudarme a pensar», se convence Petrova.

Enciende el cigarrillo y aspira profundamente. Por extraño que parezca, en parte se siente culpable por fumar en un espacio público. En más de un sentido, las viejas costumbres nunca mueren. Tose, da otra calada y ya no tose. Es como montar en bicicleta. Instantes después, la cabeza se le va un poco por la nicotina.

«Tanto esfuerzo para nada», piensa.

Dejarlo había sido un tormento, y ahora lo tira todo por la borda por tres cuartas partes de un paquete de Marlboro Lights. Y ni siquiera son mentolados, sus preferidos. Por otro lado, entre la epidemia y los perros rabiosos, duda que vaya a haber abundancia de cigarrillos en ninguna parte en los días venideros. Quizá nunca más.

De pronto se da cuenta de que no le queda mucho tiempo. La corriente se puede ir de nuevo, y, si no vuelve, no habrá forma de sobrevivir.

Empieza por inspeccionar lo que la rodea. La mayoría de los cajones de la mesa están llenos de informes, registros, material de oficina y manuales viejos. En el cajón de abajo hay una botella de *whisky* medio llena, un cartón de cigarrillos casi entero, un condón, un ejemplar muy manoseado de una revista erótica llamada *Juggs*, una bolsa de cacahuets salados y un portapapeles con una especie de horario de adiestramiento. Coge la bolsa de cacahuets y la devora con avidez.

«Perfecto —se dice a sí misma—. De lo único que tengo de sobra son cigarrillos y pornografía».

En una de las taquillas de almacenamiento encuentra linternas. Las coge, las prueba y las deja a un lado.

Pero no hay pistolas ni ninguna otra arma. Petrova sabe que el personal de seguridad va equipado, como mínimo, con una porra y un taser. Pero, o Jackson los

lleva consigo, o los ha perdido durante la pelea o los ha abandonado después de la misma. Eso la deja sólo con el palo de golf, junto al cual coloca un pequeño extintor de acero y un cúter.

Petrova encuentra el baño en una habitación contigua y lo utiliza, además de fumarse un segundo cigarrillo sentada en el inodoro, con la puerta abierta y la luz apagada. Durante un instante, el humo del tabaco le mitiga el hambre.

Chasquea los dedos, se levanta y tira de la cadena. Se detiene frente al lavabo e, intentando no verse reflejada en el espejo, se lava la cara y las manos deprisa y se las seca con toallas de papel. Luego, vuelve al puesto del operador.

El sistema de seguridad debe tener una manera de impedir la migración de las toxinas y los microbios transmitidos por el aire en caso de emergencia.

Con un primitivo grito de victoria, Petrova logra apagar el sistema de ventilación tras varios minutos, e inmediatamente el helado aire acondicionado deja de erizarle la piel. Dentro de poco, el ambiente se enrarecerá, pero al menos ya no pasará frío.

Este pequeño acto de control le infunde una sensación de optimismo y la llena de valentía.

—Lo siento mucho, Sandy —se disculpa frente a la cámara, y cambia la imagen. Para salir de aquí, debe escaparse o conseguir que la rescaten.

## 45. No mires atrás

Marsha Fuentes está tendida en el suelo de uno de los pasillos del auditorio, sufriendo convulsiones y estremeciéndose de dolor. Lucas está en el vestíbulo de ascensores, pestañeando y olisqueando el aire. Saunders se encuentra en el laboratorio del ala oeste, andando arriba y abajo. Stringer Jackson sigue delante del espejo, meciéndose adelante y atrás; el ojo destrozado supura mucosidad y la baba cae por los labios.

Se ha convertido en uno de ellos.

Abajo, en el vestíbulo principal, la rubia guapa parece discutir con algunos hombres de su grupo. Sostiene una pistola en la mano, con la que se va dando golpecitos en la pierna mientras habla. Esa gente ya se ha dado cuenta de que cuando el instituto pasó a modo de aislamiento, no sólo quedó sellado el laboratorio, sino también todo el edificio. Están cabreados.

Detrás de la mujer, Petrova ve un grupo de gente tendida en el suelo. Víctimas del Lyssa. Varias personas del gentío están enfermas y empeoran por momentos. Pero ninguna de ellas parece haberse convertido en perro rabioso. Al menos, aún no.

«Las probabilidades de que suceda con el virus Lyssa normal, el transmitido por vía aérea, son muy bajas», recuerda la científica.

La rubia agita la pistola por encima de la cabeza y apunta a los enfermos. Los hombres con los que discutía se alejan.

A regañadientes, Petrova aparta la vista de la pantalla. Si la tienen que venir a rescatar, debe actuar con rapidez. Recoge el extintor, el cual tiene la intención de utilizar como proyectil, y el palo de golf. El cúter se lo guarda en el bolsillo como último recurso. Respira hondo delante de la puerta, dubitativa.

Una de dos: o hace esto o se refugia bajo la mesa.

Se quita los zapatos para hacer menos ruido al andar, abre la puerta y sale con cautela.

No hay nadie en el pasillo a excepción de los cadáveres y el silencio sepulcral. Pasa rápido junto al cuerpo de Sandy Cohen, tirada como una marioneta a la que le han cortado las cuerdas; tiene las extremidades dobladas en unos ángulos extraños y la cara girada en una postura antinatural. Pasillo abajo, pasa aún más rápido junto al cuerpo de Baird, tumbado de costado como un toro sacrificado. El eco de las pisadas recorre los distantes pasillos.

Doblando una esquina, se acerca sigilosamente al aseo donde Sims continúa en el suelo, manteniendo bloqueada la puerta con su cuerpo ya rígido. Stringer Jackson está dentro.

«Ahora viene la parte complicada».

Petrova cruza por delante de la puerta, intentando que Jackson no se dé cuenta de

su presencia.

Pero inmediatamente, el guardia de seguridad empieza a gruñir.

—Oh, mierda —exclama Petrova, echando a correr.

A su espalda, la puerta se abre con violencia y golpea contra la pared con un estrepito ensordecedor. Jackson sale del aseo entre resoplidos y gruñidos y tropieza con el cuerpo de Sims.

«No mires atrás».

A su pesar, Petrova echa una ojeada por encima del hombro, reduciendo la velocidad, y ve como Jackson recupera el equilibrio y empieza a trotar detrás de ella, emitiendo un sonido entrecortado a través de los dientes babeantes. Una especie de lodo de color verde amarillento le supura del ojo.

Por su profesión, Petrova conoce todo tipo de datos sobre el cuerpo humano. Por ejemplo, sabe que las mandíbulas humanas ejercen una presión de unos setenta y siete kilos por centímetro cuadrado al morder.

Momentos después, la doctora derrapa frente a la puerta de su despacho y se mete dentro. Cierra la puerta de golpe, pasa el cerrojo, se apoya contra ella y reza para que resista el impacto.

Pero Jackson no intenta entrar a la fuerza, sino que comienza a gruñir y a pasearse por delante de la puerta. Ella oye al hombre olisquear el aire al notar a su presa cerca. Otra vez se encuentra atrapada, y esta vez no tiene acceso a las cámaras de seguridad.

Petrova deja el palo de golf y el extintor y se sienta a su mesa. Es un acto tan familiar que, por un instante, tiene la impresión de que todo ha vuelto a la normalidad. El salvapantallas de su ordenador muestra una fotografía a pantalla completa de Christopher, Alexander y ella sonriendo a la cámara. Christopher hizo la fotografía extendiendo el brazo todo lo posible por encima de sus cabezas. Alexander, en los brazos de Petrova, intenta alcanzar la lente. Tomaron la fotografía con una cámara digital, casi al final de un día perfecto en Central Park. La imagen la deja petrificada.

Jackson golpea la puerta con el hombro, alarmándola.

Es hora de ponerse a trabajar. Coge el teléfono, que emite un pitido con la señal de línea fuera de servicio. Lo mismo pasa con el fax. Petrova empieza a sudar por la frente y las axilas. Ha llegado al primer callejón sin salida.

Abre el servidor de correo del ordenador y comprueba si funciona. Parece que sí, que tiene una conexión con el mundo exterior.

Con una sonrisa, Petrova abre el sitio FTP seguro que el Centro para el Control de Enfermedades configuró para que los científicos pudieran compartir su trabajo. También sigue operativo. Tras hacer un barrido de los datos, selecciona todo lo relacionado con sus descubrimientos y vuelca los archivos en el servidor.

Mientras está subiendo la información, escribe un correo a sus contactos del CDC

y del USAMRIID —enviando copia a tanta gente como es capaz de acordarse de la comunidad de virología— donde les hace un resumen de sus descubrimientos y les informa de que tiene una muestra pura de la cepa del Perro Rabioso. También les dice que tanto ella como sus colegas se encuentran cerca de elaborar una fórmula para la vacuna, pero que una muchedumbre ha irrumpido en el vestíbulo del edificio, con lo que los científicos se han quedado encerrados en el interior y piden que los rescaten. Después, pulsa «Enviar».

El plan es simple, pero cree que funcionará. A estas horas, el mundo exterior ya debe de saber que la cepa del Perro Rabioso es la amenaza real. El CDC querrá una muestra pura. Ella tiene la muestra, siempre que no se vaya la corriente eléctrica definitivamente y la muestra se eche a perder. Por encima de todo querrán una vacuna. Por eso ha mentido diciendo que estaban cerca de producir una.

Lo único que tiene que hacer ahora es esperar a que el gobierno venga a rescatarla. Un plan simple.

A no ser que los contactos de su lista de correos estén muertos.

A no ser que ya no existan ni el CDC ni el USAMRIID.

A no ser que alguien ya haya presentado la información que ella dice poseer.

El estómago le ruge. Petrova abre el cajón de su mesa y saca el bolso. Rebuscando en el interior encuentra una caja de caramelos Tic Tac con sabor a naranja, vacía el contenido en la palma de la mano y los devora con rapidez. Hace lo mismo con un paquete de chicles, sacándoles todo el sabor antes de tragárselos.

No hay ningún correo de Christopher en el buzón.

Trata de abrir la página web de *Te Guardian*, pero no hay noticias. La página funciona pero no se ha actualizado desde ayer.

«¿Qué significará?»

Otras páginas web de periódicos hablan de los disturbios, algunas muestran vídeos de perros rabiosos persiguiendo a personas que chillan, los infectados las derriban y las destrozan. El número de noticias es escaso y están mal redactadas. Otros sitios, como YouTube, han caído o los han cerrado. Las redes sociales bullen con peticiones de ayuda.

Petrova no puede perder la esperanza de que su familia continúe con vida, pero después de unos minutos deja de buscar, puesto que no la conduce a nada y sólo la hace malgastar tiempo. Quiere regresar al centro de mando de seguridad lo antes posible a recoger las linternas que dejó olvidadas. Puede vivir sin comida e incluso sin agua durante días, pero la idea de estar atrapada aquí sin luz la horripila.

Si las cosas están tan mal ahí fuera como ella cree, no tardará mucho en irse la luz.

Tiene que incapacitar a Jackson o escabullirse de alguna manera. Y, si no supone un gran problema, pasarse por la sala de descanso de los empleados y coger algo de

comida de la máquina cuyo cristal de protección rompió Hardy para evitar morir de hambre.

Petrova se para a escuchar. Jackson ha dejado de moverse. El pasillo está en silencio.

Despacio, Petrova se levanta de la silla y se acerca de puntillas a la puerta. Nada. Se arrodilla frente a la puerta e intenta echar una ojeada por debajo. Se yergue despacio y, con cuidado, apoya la oreja contra la madera intentando oír algo.

Un repentino gruñido gutural suena a escasos centímetros.

—¡Oh! —susurra ella, alejándose de la puerta.

Ojalá hubiera planeado el paso siguiente a enviar el correo al CDC y al USAMRIID.

Pero no tiene ni idea.

«Puede ser más fuerte que nosotros, pero no más inteligente».

Vuelve al ordenador, abre un fichero y manda imprimir cien copias. En unos segundos, la impresora empieza a escupir hojas de papel.

Durante un momento se queda mirando la trivial acción con anhelo, y luego se dirige de puntillas a la puerta de nuevo, con el extintor y el palo de golf en las manos. Dejando el palo en el suelo, y casi sin pensarlo, abre la puerta de golpe y se aparta.

Jackson entra bramando en la habitación y corre hacia la mesa. Derriba la impresora, que cae al suelo con un gran estruendo.

Petrova se queda de pie, estúpidamente quieta, sin creerse que su plan haya funcionado. De un salto, sale del despacho y cierra la puerta instantes antes de que Jackson arremeta contra ella, golpeándola, aporreándola, pateándola y aullando con una rabia descontrolada.

Petrova se aleja de la puerta resollando.

El doctor Lucas se encuentra casi a su lado, pestañeando y olisqueando el aire.

Comienza a gruñir.

Petrova se ha dejado el palo de golf en el interior de su despacho. Apunta con el extintor y le lanza un chorro de espuma blanca presurizada con nitrógeno en la cara con la esperanza de dejarlo ciego.

El científico tose y escupe, se golpea los ojos que le arden y aúlla; entonces enloquece. Mueve los brazos alrededor de la cabeza como un loco y se muerde las manos y los antebrazos, escupiendo espuma al aire en todas direcciones. Petrova se lo queda mirando asombrada mientras él se rasga la ropa y se arranca trozos de carne, y se empapa la cara y los brazos con sangre.

Unos setenta y siete kilos de presión por centímetro cuadrado.

Petrova se aleja paso a paso, luego se da la vuelta y echa a correr, dejando a Lucas con su furia ciega, aullando y rasgándose la ropa y la carne. Cuando llega al centro de mando de seguridad, Valeriya tiembla tanto que casi ni puede abrir la

puerta.

En la pantalla, la mujer rubia levanta un cartel que dice: Me habéis obligado a hacerlo.

Junto a ella hay varios hombres con una expresión preocupada en el rostro que obligan a ponerse de rodillas al otro miembro de la Guardia Nacional, aún con las manos atadas a la espalda.

Petrova observa, paralizada por este nuevo drama.

La mujer tira el cartel al suelo, se acerca a una de las enfermas tumbadas en el suelo —una jovencita— y le pasa la mano por la cara hasta que le queda cubierta de mucosidad. La rubia levanta la mano por encima de la cabeza y la muestra a la cámara.

—Dios —susurra Petrova—. No, no, no. Por favor, no lo hagas.

La boca de la rubia se mueve sin sonido mientras se acerca al soldado. Éste tiene los ojos desorbitados y comienza a forcejear frenéticamente con sus captores, que a duras penas logran inmovilizarlo.

La rubia le pasa la mano llena de mocos por la cara y los labios, y luego empieza a escribir otro mensaje, que muestra a Petrova a continuación: Sólo vosotros podéis salvarlo.

—¡No tenemos ninguna vacuna, zorra estúpida! —grita Petrova, y lanza el extintor contra la pared—. ¡Dejad de matar a gente!

La ira que le bullía en el interior ha comenzado a salir. Se acerca corriendo a la interfaz gráfica del sistema de seguridad y empieza a estudiarla.

—Así que queréis entrar —murmura disgustada. La furia se refleja en su voz—. Es lo que queréis, ¿verdad? Pues ahora veremos.

Petrova aprieta un icono en la pantalla, y éste pasa de color rojo a verde.

En la pantalla, la muchedumbre está desconcertada y, de repente, estalla en gritos, carcajadas y abrazos, señalando alguna cosa que tiene lugar fuera de la pantalla. La rubia baja la vista hacia el soldado, quien a su vez mira al suelo. Entre el gentío esperanzado, sólo ellos dos están llorando.

La gente señala hacia el vestíbulo de ascensores. Han vencido a los tercos científicos que acaparaban la vacuna.

Los ascensores están bajando.



# Capítulo 10

## 46. ¿Sabéis?, mi padre...

Descalzo y sentado junto al saco de dormir en el suelo del aula en la que se ha instalado la primera escuadra, Mooney limpia la carabina. Hay que hacer una limpieza a fondo después de haber disparado tanto. Quiere que el arma siga operativa —no que esté lista para un desfile—, así que la desmonta y elimina la suciedad con rapidez. A su alrededor, otros soldados hacen lo mismo; se preparan para la acción. La habitación huele a calcetines sudados y a productos de limpieza.

Wyatt entra en la habitación con aire arrogante y una bolsa de basura en la mano izquierda. Por detrás de Wyatt, Mooney ve a uno de los chicos de la segunda escuadra fregando el suelo del pasillo. Silba mientras trabaja.

«La gente se muere, el mundo se acaba, pero al ejército le gusta mantener las cosas limpias —piensa Mooney—. Será un bonito, pulcro y ordenado Armagedón. Por favor, que el último hombre con vida apague la luz».

—Botín —anuncia Wyatt, que derrama el contenido de la bolsa en el suelo delante de Mooney, donde se forma un pequeño montón de barritas de chocolate medio derretidas, cartones de zumo, latas calientes de refresco, pastelitos rellenos de crema, magdalenas y donuts.

Los chicos silban y miran el botín con envidia.

—¿Qué te parece, Mooney? —pregunta Wyatt con esa sonrisa ladeada tan suya que hace que las grandes gafas de pasta marrón del ejército parezcan estar torcidas. Los chicos las suelen llamar «GCN» o gafas de control de natalidad, porque no hay manera de echar un polvo llevándolas puestas.

Mooney estudia a su compañero durante unos instantes mientras frota el cañón de su arma con un trapo. Comienza a tener la impresión de que ha adoptado al soldado Joel Wyatt, aunque no tiene la certeza de saber el porqué, puesto que, llegados a este punto, casi no soporta al excéntrico soldado. O quizá es Wyatt quien lo ha adoptado a él y Mooney no es lo suficientemente fuerte como para resistirse: Joel Wyatt puede ser como una fuerza de la naturaleza. De cualquier manera, cuando tienes la sensación de que vas a morir pronto, te vuelves una persona más indulgente. Lo irritante deja de ser real y de tener importancia. Y si no, que le pregunten a Billy Chen si las pequeñeces se la traían floja antes de volarse la cabeza.

—¿De dónde has sacado todo esto, Joel? —pregunta Ratli.

—He petado las taquillas de los niños ricos —responde Wyatt, radiante, mientras rebusca en el montón de dulces con las manos. Luego, puntualiza con rapidez—: No tiene pinta de que vayan a regresar.

Ratli empieza a reírse, pero el sonido se debilita rápidamente.

—Si sigues tocando las cosas de los demás, al final te pondrás enfermo, Joel —lo

reprende Mooney, aunque después lo piensa mejor y añade—: Anda y que le den. Pásame la barrita de Mars.

—¿Cuál es la palabra mágica?

—Ahora —contesta Mooney, ceñudo.

Wyatt sonrío de nuevo con la boca llena de chocolate y le entrega la barrita.

Mooney le da un mordisco y lo saborea despacio. Acto seguido, devora el resto de la barrita, masticándola con rapidez hasta que los músculos de las mandíbulas protestan por la repentina sobrecarga. Esto sí que es algo por lo que vivir. No había comido nada en toda su vida que le supiera tan rico. Coge un cartón de zumo de manzana, le clava la pajita y lo engulle en un par de sorbos. El azúcar le repica en el cerebro como una campana.

—¡Eso es mío! —exclama Wyatt cuando Ratli se acerca a coger una bolsa de magdalenas.

—Hay de sobra para todos —dice Mooney.

—Eso es lo que tu madre... —empieza Finnegan, y la voz se le va apagando.

Nadie se ríe. En cambio, las miradas de los chicos se pierden en algún punto del infinito y el ambiente se empieza a enrarecer, como si fuera un veneno de acción rápida. Mooney no lo soporta más.

—¡Que todo el mundo se acerque y coja algo! —dice Mooney—. Invita Joel.

Los chicos se abalanzan sobre la pila y casi se lo llevan todo.

—¡Gracias, Joel! —gritan los muchachos.

—Sí, muchas gracias —le dice Wyatt a Mooney con ironía.

—Te hemos nombrado nuestro nuevo oficial encargado de levantar la moral —responde Mooney.

—¿Y eso? ¿Acaso el discurso del teniente no nos levantó los ánimos a todos? «Esto... Buenos días, caballeros. Soy el teniente. Bla, bla, bla. Esto... El mundo se acaba y aún estáis en el ejército».

Los chicos se ríen mientras mordisquean los dulces.

—Por casualidad no encontrarías una cerveza en las taquillas, ¿verdad, Joel? —le pregunta Finnegan.

—¿O un par de porros, quizá? —inquire Carrillo, riéndose.

—¿Y Valium? —dice Ratli.

—¿Whisky?

—¿Codeína?

—¿Heroína?

Los soldados dan la impresión de estar de broma, pero Mooney se da cuenta de que no lo están ni por asomo. Hace poco que los chicos se han enterado de que el camino del deber conduce ahora a darse de morros contra una pared de ladrillos, afrontando una elección que Billy Chen se negó a aceptar y que ellos mismos aún

intentan evitar. Ya no saben a qué ni a quién se deben. No quieren tener nada que ver con la guerra total del teniente Bowman, pero no ven ningún modo de dejar el ejército ni de marcharse a casa, que, por otra parte, tal vez ni siquiera existe ya.

Unas pocas horas de evasión serían bienvenidas.

—Yo tuve un profesor que guardaba una botella de *whisky* en el cajón del escritorio —explica Finnegan—. Durante la hora de la comida, nos colábamos a hurtadillas en la clase y echábamos un par de traguitos, y luego la rellenábamos con agua.

—No me puedo creer que me graduara en el instituto hace sólo un año y medio —dice Carrillo, con la vista clavada en las mesas de los alumnos apiladas contra la pared en el otro extremo de la habitación—. Anda que no he visto mierda, tíos.

—Con dieciocho, como si tuviéramos cuarenta y cinco —sentencia Ratli. Mooney sonríe al tiempo que asiente con la cabeza.

—Tíos, lo que daría por conseguir una botella de Budweiser bien fría —dice Finnegan.

—¿Una Bud? —contesta Ratli—. Heineken es la mejor.

—Yo sólo bebo cosa fina —presume Carrillo—. Guinness de barril.

—A Carrillo le gusta comer cerveza.

—Las cervezas nacionales son agua amarilla, chicos. Bebéis meados carbonatados.

—A mí me gusta la Bud.

—¿Qué opináis de la Corona?

—Eh, chicos, ¿cuál es la diferencia entre una mezcla, una negra o una tostada? Nunca lo llegué a entender.

Rollins se acaba su barrita de chocolate y suspira mirando el envoltorio con añoranza.

—Se me acaba de ocurrir lo siguiente —empieza Rollins—: Si las cosas están tan mal como dice el teniente, me pregunto si seguirán produciendo estas barritas o, por lo contrario, no habrá más que esto durante un tiempo.

—O películas —añade Finnegan—. Conciertos en directo, partidos de fútbol americano. La revista *Hustler*.

—La PlayStation —sigue Wyatt—. La edición de bañadores de *Sports Illustrated*.

—Tías buenas, drogas, *rock'n'roll* y cerveza —dice Ratli.

—A mi viejo no le va a gustar —dice desde el otro lado de la habitación el cabo Eckhardt, que cepilla el percutor y el montaje de perno de la carabina con un cepillo de dientes y disolvente para eliminar los residuos de carbono—. No puede vivir sin cerveza. Es capaz de beberse una docena de latas en una noche, desmayarse, levantarse por la mañana e ir a trabajar.

—Parece un tío fenomenal —se burla Wyatt.

—Mi viejo es un psicópata. Si hay alguien capaz de sobrevivir a esto, es él.

—Mi padre es contable —dice Finnegan—. Odia la violencia. Casi le da un infarto cuando me alisté en el ejército y se enteró de que me enviaban a Iraq.

—Pues mi padre tiene el sótano lleno de armas —comenta Carrillo—. Quiere más a su AK47 que a mi madre. Es un verdadero capullo. Los capullos como él siempre sobreviven.

—Eso nos da una idea de cómo será el mundo que salga de este montón de mierda —dice Mooney.

—Sí, todas las mariconas morirán —apostilla Eckhardt.

—Y los psicópatas serán los amos del cotarro —concluye Mooney—. Pensadlo.

Los soldados se quedan en silencio, intentando no pensar en ello.

—Mi chica... —dice Ratli en voz baja pero convencida, casi para sí—. Ella es fuerte. Le irá bien. Su padre tiene una pistola. Yo le enseñé a utilizarla. Lo va a conseguir.

Finnegan mira por la ventana con los ojos entrecerrados a causa de la luz. De pronto, comienza a reírse de un modo incontrolado. Todos se lo quedan mirando.

—¿Sabéis?, mi padre... —empieza a explicar, pero se calla de golpe. La risa se desvanece y la cara se le queda vacía de toda expresión.

Momentos después, una sirena antiaérea comienza a sonar en algún lugar del Midtown de Manhattan interrumpiendo la melancolía de los chicos. A modo de respuesta, otra sirena empieza a sonar, y luego otra, metálica y lejana. El sonido enervante crece hasta convertirse en algo casi ensordecedor.

Mooney mira por la ventana. La escasez de luz le indica que ya es entrada la tarde. Para ser exactos, las diecisiete-cero-cero.

El toque de queda se ha impuesto en toda la ciudad.

Lentamente, los chicos se ponen en pie. El plan es improvisar algo para cenar. Después, les toca asistir a un funeral.

Dentro de dos horas el sol se pondrá, y entonces sí que estará oscuro.

## 47. Un hombre en el lugar adecuado, en el momento adecuado, puede marcar la diferencia

Tres oficiales de policía, vestidos de pies a cabeza con el equipo antidisturbios de color negro, chaleco protector y los voluminosos cascos con la visera transparente, caminan despacio calle abajo; hojas sueltas de periódicos les revolotean entre los pies y se les enganchan en las piernas. Uno de los policías se apoya en su compañero, mientras que el tercero —una mujer alta a la que le sobresale una trenza por debajo del casco— cierra la marcha arrastrando el escudo balístico transparente. Todos están cansados, pero ahora le toca luchar a ella. Al principio, caminaron en dirección este, pero se perdieron y ahora van hacia el oeste, hacia el sonido de los disparos.

Los disparos significan gente. Seguridad.

La noche cae. A su alrededor, las farolas se iluminan y vuelven a la vida en el ocaso.

Como si hubieran estado esperando esta señal, dos perros rabiosos salen corriendo desde un bloque de pisos cercano, pasan unos andamios empapelados por completo con unos carteles que anuncian la gira de despedida de una estrella de música *pop* entrada en años y avanzan entre aullidos hacia los policías antidisturbios.

La mujer adopta una postura de combate, levanta la porra y el escudo, mientras que sus compañeros se agachan detrás de ella, jadeando.

La policía respira hondo, espera a que se acerquen los perros rabiosos, y entonces da un rápido paso lateral para evitar al primero, un hombre de mediana edad vestido con el uniforme de personal de un hospital; el hombre pasa corriendo a su lado y resbala hasta detenerse. Segundos después, el otro perro rabioso, un hombre enorme enfundado en un mono de trabajo, salta gruñendo sobre ella. La mujer lo placa con el escudo, dejándolo aturdido, y descarga con fuerza la porra sobre su cabeza, matándolo al instante. Luego pivota y golpea de revés con el escudo al primer hombre, haciéndolo trastabillar hasta que tropieza.

Con los hombros vencidos por el peso del equipo protector y las armas, la mujer se tambalea hacia atrás, casi exhausta por el esfuerzo. El hombre lucha frenéticamente para ponerse en pie y empieza a moverse de un lado a otro delante de ella, como un gato nervioso, aullando.

A los policías les encomendaron tareas de control de disturbios cerca de la estación Grand Central para evitar que miles de personas trataran de subir a los trenes que habían dejado de circular días atrás. Habían convertido la estación en una clínica para el Lyssa. Entonces, aparecieron cientos de perros rabiosos y la emprendieron a golpes con la multitud mordiendo a todos cuantos estaban a la vista.

La unidad antidisturbios avanzó e intentó separar a los perros rabiosos de los no

infectados, y se encontró atrapada entre los dos.

Sólo los salvó el gas lacrimógeno.

Los policías lanzaron granadas CS, que estallaron en unas enormes nubes de brillante gas blanco. Tanto los perros rabiosos como los no infectados corrían cegados entre el humo, con lágrimas y mucosidades cayéndoles por los ojos y la nariz, tratando de arrancarse la ropa y la piel que les quemaban. Docenas de personas se arquearon y empezaron a toser y a vomitar. Los perros rabiosos fueron los que más sufrieron. El gas lacrimógeno reacciona con la humedad de la piel y los ojos, y ellos estaban cubiertos de sudor y saliva. El gas también provoca una quemazón en la nariz y la garganta, y a los infectados ya les cuesta tragar debido a que la cepa del Perro Rabioso paraliza los nervios de la garganta para forzar la producción de saliva.

La unidad se rompió, los policías se desperdigaron e intentaron volver a comisaría. Para este grupo de tres, la huida ha sido una lucha continua durante casi dos kilómetros yendo de aquí para allá. Al principio eran cinco, pero a uno lo acorralaron contra el escaparate de cristal laminado de un local y el otro murió heroicamente frente a una tienda de material de oficina para permitir que sus compañeros escaparan.

El hombre vestido con el uniforme de personal de un hospital gruñe y salta...

Y cae al suelo con un estampido seco.

Un hilo de humo se eleva desde un tejado cercano.

Sentado en una silla en el tejado de la escuela con un puñado de tabaco de mascar alojado en el interior de la mejilla, el sargento Lewis ve a otro perro rabioso que corre hacia los policías desde el edificio de pisos. Considera las dimensiones del hombre, apunta a la zona central de la espalda con la ayuda de la mira telescópica, y lo abate con un disparo entre los omoplatos.

Los policías se agachan, se miran los unos a los otros y luego levantan la vista en busca del tirador.

«Esto me gusta —piensa Lewis, y se toma un momento para escupir—. La ética del blanco y del negro. Un hombre en el lugar adecuado, en el momento adecuado, puede marcar la diferencia.

»Ahora, lo único que tenemos que hacer es colocar en el lugar adecuado a todo hombre que vista un uniforme, darle un arma y un poco de entrenamiento y que espere el momento adecuado. Romper la cadena de infección por todos lados y hacer que esta plaga vuelva a la caja de Pandora o a lugar del que salió, sea cual sea».

Al sur, el fuego de armas ligeras crece por momentos, y Lewis mira hacía allí, preguntándose en qué clase de problema se han metido las compañías Alfa y Bravo. Tendrían que haber llegado hace una hora. Salieron tarde y ahora encuentran resistencia en el camino. Además, se están quedando sin luz.

Lewis vuelve a mirar hacia los policías justo a tiempo para ver a otro perro

rabioso, una mujer obesa vestida con chándal, corriendo hacia la mujer policía, que se prepara y levanta la porra para golpear.

Maldición.

Lewis dispara y falla.

¡Maldición!

No obstante, la M21 es un arma semiautomática, con lo que dispone de otra oportunidad. Dispara de nuevo. La mujer cae a plomo, se estremece entre convulsiones y con la sangre manándole de un agujero humeante en la espalda.

«Ésta es mi calle —se dice Lewis, y escupe saliva teñida de marrón por el tabaco—. Os concedo paso franco. Os encontráis a salvo aquí, bajo mi protección. Y la próxima vez no os enfrentéis al Armagedón armados con una porra».

Lewis levanta la mirada al cielo. Aún hay luz suficiente para cumplir su promesa. Sintiendo magnánimo, agita la mano con la esperanza de que lo vean.

Sin embargo, los policías no miran hacia los edificios.

Tratan de huir.

Utilizando la mira telescópica, ve que uno de los policías se arrastra sobre las manos y las rodillas mientras que su compañero se aleja a trompicones, cansado, siguiendo a la mujer, que ha echado a correr con todas las fuerzas que le quedan.

—Dios —susurra Lewis, sobrecogido.

Detrás de los tres policías, una marea de perros rabiosos avanza por la calle. Visten con sucios harapos, llevan el pelo apelmazado y dejan un rastro con sus deposiciones.

Miles de ellos.

La horda atropella, pisotea y deja aplastado sobre el asfalto al primer policía sin perder un ápice de velocidad. El segundo policía tropieza y cae de rodillas. Casi al instante, la multitud choca contra él con la fuerza de un coche, lanzándolo por los aires como si fuera un muñeco y lo descuartiza limpiamente entre un surtidor de sangre.

La mujer policía se detiene en medio de la calle y se da la vuelta, prepara el escudo y levanta la porra por encima de la cabeza; la trenza le cae por la espalda.

Lewis dispara su fusil. Cae un perro rabioso. Dispara de nuevo y cae otro. Intenta crear una brecha para la mujer, pero sabe que es inútil. Ve la cara de los infectados conforme los va matando. Esas caras no tienen ninguna expresión; sólo mueven la boca cuando la contorsionan para gruñir y aullar, mientras que en sus ojos sólo reside una mirada extraña.

Vuelve a disparar. Una y otra vez, hasta acabar el cargador.

«Reserva una bala para ella», se dice a sí mismo.

No, la mujer puede salir de ésta.

No, la mujer ya está muerta.



El fusil se queda sin balas.

La policía descarga la porra antes de desaparecer debajo de la multitud, que la engulle por completo en un instante, como si nunca hubiera existido.

—¡Maldita sea, hijos de puta! —ruge Lewis en un arranque de furia ciega, levantándose de la silla y agitando el puño—. ¡Os voy a matar a todos y a cada uno de vosotros!

Suena el transmisor que lleva en la oreja:

—¿A quién está gritando, sargento?

Se da la vuelta y ve a los oficiales y a los suboficiales más veteranos en el otro extremo del tejado, mirándolo.

Lewis se seca los ojos y abre la comunicación.

—Sería mejor que viniera a ver esto, teniente —informa Lewis—. Sería mejor que viniera ya.

## 48. Seguridad laboral

McLeod coloca a la chica boca abajo para no tener que verle la cara, en especial los ojos, que están abiertos y vidriosos con la mirada fija en la nada. Se agacha, la coge por los tobillos —utilizando guantes de látex— y empieza a arrastrarla por la calle. Lo sigue una espesa nube de moscas. El vestido de la chica se levanta y le deja a la vista las piernas desnudas; la cara roza el suelo y deja una mancha densa de sangre coagulada procedente del agujero de bala que tiene en la garganta.

—Oh, Dios —dice McLeod, asqueado.

Intenta no mirar y canturrea en voz alta para acallar el sonido de la fricción de la cara contra el asfalto.

—Un momento, soldado —dice una voz detrás de él.

—A la orden —responde McLeod, dejando caer las piernas y alejándose del cadáver.

—Tenga. Coja esto.

Es Doc Waters, quien le entrega un bastoncillo de algodón.

—¿Y qué hago con esto?

—Lleva Vicks Vaporub. Fróteselo bajo la nariz y así no le llegará el hedor.

McLeod sonrío, espantándose las moscas de la cara.

—Gracias, doctor. Es el mejor.

—No se lo ponga en la nariz, soldado. Sino bajo ella. Eso es. Teóricamente, ni siquiera tendría que ponérselo bajo la nariz, pero lo ayudará con el olor de los muertos.

—No me importa lo que me pase siempre que esto sirva —contesta McLeod, que empieza a inhalar con energía—. ¡Anda! Funciona.

—No debería apilar los cuerpos así, ¿sabe? Debería haber utilizado bolsas de plástico. Si necesita moverlos de nuevo, tendrá que utilizar una pala.

—No hay tantas bolsas, supongo. En cambio, personal para usar las palas tenemos de sobra.

—Comprendo.

Doc Waters hace un gesto con la mano para que se acerquen los otros tres soldados que están arrastrando los cadáveres cubiertos de moscas apilados frente al edificio.

—Así que no es el único que está de mierda hasta las cejas. ¿Quiénes son esos? —pregunta.

McLeod sonrío de oreja a oreja.

—Unos inadaptados del primer pelotón que se pusieron a pelearse después de la arenga del teniente en la que nos decía que todas las personas a las que conocíamos

están muriendo.

Doc Waters se lo queda mirando.

—¿Cuándo fue la última vez que pegó las pestañas?

—¿Qué es esa cosa maravillosa a la que llama «pegar las pestañas»?

El médico militar suspira.

—El sargento Ruiz no tiene autoridad para imponerle un castigo basándose en el artículo 15. Hablaré con él y le diré que se está pasando de la raya con usted.

—¿Por qué? Míreme, doctor. Trabajo al aire libre. Hago un poco de ejercicio, me da la luz del sol, el aire fresco...

La verdad es que no había estado tan cansado como lo está ahora desde que hacía la instrucción. Recuerda haberse quedado dormido de pie durante el trayecto a un campo de tiro en mitad de la nada, enlatado como si fuera en un camión de transporte de animales junto al resto de su compañía. Aquello no fue nada comparado con esto. Algo que sí le puede agradecer al ejército es que le ha hecho sentir un profundo aprecio hacia las cosas simples de la vida que no se tienen durante el combate, como una ducha caliente, el aire acondicionado, las hamburguesas grasientas y las patatas fritas, un poco de tiempo para uno mismo, conducir un coche sin ir a ningún sitio en particular, intimidad y una novia. Y dormir como Dios manda.

Ambos se estremecen con el agudo petardeo de las carabinas calle abajo. Los chicos del primer pelotón proporcionan seguridad a la cuadrilla de limpieza. Abaten a cualquier perro rabioso que se acerque.

—¡Y tengo mis propios guardaespaldas! —añade McLeod; entonces se da la vuelta y grita—: ¡No paréis! ¡Dadles fuerte! —Sonríe abiertamente—. Ahí no dejan de matar perros rabiosos, y mis nuevos amigos y yo los dejamos bien ordenaditos aquí para prenderles fuego después y mejorar la salud pública. ¿Sabe cómo lo llamo yo? ¿Lo sabe?

—No. ¿Cómo lo llama, soldado? —pregunta Doc Waters, a quien de repente se le ha acabado la paciencia.

—¡Seguridad laboral!

El doctor no puede evitar reírse a su pesar, y niega con la cabeza.

—Doc, han llegado más personas —le grita un soldado desde la puerta principal de la escuela—. ¿Quiere echarles un vistazo?

—Eres un buen elemento, soldado —le dice a modo de despedida a McLeod, y el doctor regresa hacia la escuela, donde retienen a cuatro civiles a punta de pistola.

—Me esfuerzo, doctor —murmura McLeod, agachándose y cogiendo los tobillos de la chica—. Me esfuerzo.

El sargento Hooper del primer pelotón ordena a la cuadrilla que dejen de trabajar por hoy y que vayan a comer algo.

—A la orden —contesta McLeod, dejando caer las piernas de la chica por

segunda vez.

McLeod se quita los guantes y camina hacia la acera, donde los chicos del primer pelotón ya se están lavando las manos y rasgando el envoltorio de plástico de las raciones de comida preparada.

Una ración proporciona mil doscientas calorías y consiste en un plato principal con guarnición, una cuchara de plástico, pan o galletas —con algo para untar—, una bebida isotónica o un batido o cualquier otra bebida, aderezo, un paquete de chicles, caramelos de chocolate o un pastelito, un calentador sin fuego para la comida, cerillas, servilletas y una toallita mojada.

Esta noche a McLeod le ha tocado pollo con buñuelos.

«Excelente», dice para sus adentros, y se guarda la toallita mojada. Las está reservando para darse una ducha rápida de ramera cuando termine de acarrear cuerpos.

—¿Qué te ha tocado? —le pregunta uno de los soldados a su compañero.

—Falda de ternera —le contesta el otro.

—Te lo cambio por macarrones con chili.

—De acuerdo.

—Mi madre solía hacer un chili increíble. Compraba la ternera en Costco...

—¿Cómo voy a comerme esta mierda si no dejas de hablar de las recetas caseras de tu madre?

—¿Alguien tiene salsa tabasco?

—¿Y C4? Hagamos una hoguera y calentemos esta mierda. Al menos así nos la comeremos al punto.

—Nada de fuegos, chicos —dice el sargento Hooper, que está de pie con los pulgares metidos en el chaleco—. Engullid la cena rápido.

Disparos de armas ligeras suenan hacia el sur.

—¡Dejad de darnos más trabajo! —grita uno de los soldados—. Nos estamos tomando cinco minutos de descanso.

—Ésos no son nuestros chicos —afirma McLeod—. Los disparos vienen de más al sur. Será la Alfa. O la Bravo.

—Escuchad al general Patton —se burla un soldado.

—El toque de queda es efectivo —explica McLeod—. Las nuevas reglas de enfrentamiento dictaminan que cualquier persona que camine por las calles después del toque de queda será considerada hostil y hay luz verde para dispararle.

—Gato con guantes no caza ratones. Menos mal que al final nos los quitamos —rezonga uno de los soldados al tiempo que asiente con la cabeza—. El teniente del segundo pelotón está cargado de puñetas. Si nos quitamos los guantes y nos cargamos a estos mutantes, la ciudad estará limpia en un santiamén. —Una mirada feroz asoma a sus ojos y la cara se le congestiona—. No se está acabando el mundo. Mi madre y

mi hermana están bien.

—Bueno, tranquilo, hermano —le responde uno de sus compañeros—. No quiero discutir contigo sobre eso otra vez.

—La próxima vez yo no os voy a separar —dice el tercero—. En menudo problema me habéis metido, capullos.

—¿Y tú qué opinas, McLeod? —le pregunta el primer soldado con un tono amenazador—. ¿Crees que se acaba el mundo? ¿Qué dices?

—Oh, yo pienso igual que tú —contesta McLeod en tono alegre.

Desconcertado, el soldado responde:

—Está bien, de acuerdo, entonces.

McLeod se pone a comer de nuevo, sin prestar atención a los soldados y escuchando el sonido de los tiroteos que resuenan por toda la ciudad procedentes de las compañías integrantes de Adalid al abrirse paso a trompicones entre los escombros para reagruparse. Es un sonido inquietante. Es el sonido de mucha gente muriendo.

«¿Que si se acaba el mundo? Y tanto que sí», piensa.

McLeod recuerda que sintió una emoción perversa al escuchar la arenga del teniente. El fin del mundo. ¡Sí, señor! Se acabaron los impuestos, las deudas de la tarjeta de crédito, los locales de baile, las *cheerleaders* altaneras, los deportistas gilipollas, las carreras universitarias, las cuentas bancarias, las preocupaciones sobre la jubilación, las clases de educación física, los malos programas en la tele, la cirugía plástica, los políticos estúpidos, las megaiglesias o la sensación constante de estar en un agujero del que no puedes salir. Se acabaron las reglas estúpidas que te reprimen por todos lados.

La vida está a punto de convertirse en algo mucho más simple. Sólo la ley de las armas, y McLeod está con la gente que tiene las mejores. Y como si fuera para hacer hincapié en ese pensamiento, los disparos que vienen del sur se intensifican.

Con cada muerte, la memoria del mundo es menor. Un hombre puede renacer de esta lucha, adoptar un nuevo nombre. Nada de vivir a la sombra del gran político que es papá y del payaso que fue él en la escuela. Cada vez que la cagaba en el instituto, McLeod se encontraba de pie frente a su padre con una sonrisa desafiante, pero el bastardo nunca se inmutó ni lo más mínimo; era demasiado moralista para perder los nervios o para siquiera regañar a su hijo díscolo. Con el tiempo, las cagadas se hicieron mayores, más atrevidas, lo que fuera para conseguir una reacción, cualquier reacción. Al final, su madre de alta alcurnia se vino abajo, pero McLeod nunca venció a su querido y viejo «papá de acero». Cuando lo pillaron robando por segunda vez, su padre dejó de arreglarle los embrollos sin hacer ruido desde la trastienda, y a McLeod le dieron la opción de alistarse en el ejército o ir a prisión.

Cuando la cagas en el ejército, la reacción es mayor. Garantizado.

McLeod sonríe al darse cuenta de que lo más seguro es que su padre sobreviva, después de todo. Es probable que ya estén almacenando a todos los políticos de altos vuelos en búnkers secretos. A pesar de que el partido político de su padre no gobierna ahora, los oligarcas se mantienen juntos. Lo primero que harán cuando salgan es bombardear con armas nucleares a los chinos y entregar lo que quede del mundo a los ricos. No se puede sobrevivir al Armagedón y que la humanidad empiece de nuevo sin arrastrar los problemas del pasado, ¿verdad?

No obstante, a McLeod le habría gustado ir a la universidad. Le encanta leer y solía imaginar que pasaba horas leyendo libros en la biblioteca, haciéndose más listo por momentos con el conocimiento de las eras entre las manos. Quería sentarse en el suelo con un grupo de intelectuales que apreciarían su verdadera genialidad. Quería estudiar Filosofía y tratar de descubrir si existe algún motivo para toda la miseria que ha visto en su corta vida.

«Pero no habrá nada de eso durante mucho tiempo —piensa—. Cuando la raza humana salga de esta pesadilla, de aquí a pocas generaciones, tendremos suerte de poder leer un libro».

—Tendríamos que escoger un nuevo líder. Bishop, por ejemplo —dice uno de los soldados—. Entonces podríamos ir a lo nuestro.

—¿Sabes lo que haría yo? Saldría a ver si pillamos algún chochito. Estoy más caliente que el rabo del diablo, y si todos vamos a morir, ¿por qué no salimos y conseguimos algunas chicas? Además, por lo que parece, la mayoría está palmando.

—¿Y tú sabes qué les pasa a los civiles que vienen hasta aquí y Doc Waters se los lleva consigo? Los manda desnudarse para comprobar si los han mordido.

—¿Incluso a esa tía que vino hace una hora?

—Anda, pues claro.

—Tío, ésa estaba muy buena.

—No se puede elegir a tus propios líderes en el ejército —dice McLeod—. Si dejamos de seguir las órdenes, ya no habrá ejército. Tanto daría que nos separásemos ahora mismo y empezáramos a saquear y violar hasta que nos mataran unas horas más tarde.

—Sí, eso es lo que decíamos, hermano.

McLeod sonríe abiertamente.

—¿Y qué podrías robar que siguiera teniendo algún valor? ¿Viveres, agua, munición, un lugar donde dormir...? Eso es lo único que sigue teniendo valor. Y lo tenemos aquí.

—Oh, ¿había algún chochito en mi comida y no me he dado cuenta?

—¿Qué más te da lo que hagamos, McLeod? —pregunta otro de los soldados—. Tan cierto como que cago mierda que no te metieron en esta cuadrilla por ser alguna especie de supersoldado.

McLeod sonríe.

Entonces, se levanta de repente. Lo que quedaba del pollo con buñuelos se desparrama sobre el asfalto. El corazón le late con fuerza.

Ese sonido...

La patrulla que les proporcionaba seguridad pasa junto a ellos corriendo y se dirigen hacia la escuela.

Como una marea...

Y los ve venir.

—¡Entrad en la escuela y tiraos al suelo! —berrea Hooper.

Los soldados de la cuadrilla se meten dentro a todo correr, cierran la puerta y se tiran al suelo. Hooper se agacha junto a una de las puertas y echa una ojeada a través del cristal de la parte superior, por donde entran los últimos haces de luz del día. Los ojos se le abren como platos y esconde la cabeza; su pecho sube y baja rápidamente. La cara se le ha puesto de un blanco ceniciento.

Los primeros perros rabiosos pasan corriendo frente a la escuela. Hooper levanta el puño para indicar a los chicos que no se muevan, pero a duras penas respiran. McLeod no puede ver el ejército que avanza por el exterior, pero sí ve las sombras que bailan sobre las paredes y el techo. El ruido de sus pies al andar se oye alto y claro. McLeod intenta imaginarse la escena: botas, zapatillas deportivas, tacones de aguja rotos, pies descalzos... El suelo vibra bajo su oreja.

Los segundos discurren con mucha lentitud mientras la riada de infectados sigue fluyendo junto a ellos.

«¿Cuántos serán? ¿Mil? ¿Cinco mil? ¿Diez mil? Parece una estampida de animales —se dice McLeod, y una sensación de comprensión lo embarga—. Son como una estampida porque algo los ha atemorizado. ¿Acaso los perros rabiosos tienen miedo de nosotros como nosotros tenemos de ellos? ¿Por eso son tan hostiles? ¿Sólo se estarán defendiendo?»

Poco a poco, se da cuenta de que los perros rabiosos est n gruñendo. Al principio es como un susurrante río de sonidos individuales que compiten entre sí, pero tras unos instantes empieza a percibir el patrón subyacente. Se revela un ritmo, repetitivo y contundente. No es el sonido del miedo. Es el sonido de un propósito y de la violencia, como un cántico religioso o una canción tribal de guerra. El sonido se desplaza calle abajo como una enorme locomotora y, por debajo de él, McLeod oye un constante zumbido siniestro que vibra en lo más hondo de su pecho y que le produce dolor de cabeza.

Los «rabis» —como han empezado a apodar a los infectados— van a la guerra.

Gimiendo, McLeod se muerde la manga del uniforme y cierra los ojos.

La estampida se desvanece en la distancia de manera gradual hasta que vuelve a reinar el silencio.

—Dios bendito —dice uno de los chicos al final—. Creo que me he cagado encima.

Los otros esbozan sonrisas, silban o exhalan el aire que habían contenido en los pulmones.

El sargento Hooper abre un poco una de las puertas para poder echar una rápida mirada al exterior.

—¿Adónde se dirigen, sargento? —pregunta McLeod con voz temblorosa.

—Esperad —dice Hooper, levantando la mano.

Los chicos se quedan en silencio observando al suboficial.

De pronto, McLeod tiene claro adónde se han dirigido los perros rabiosos.

Hacia el sur, el traqueteo de los disparos de las armas ligeras sube de intensidad.



## 49. Fuego de protección final

Bowman y Knight se asoman por el antepecho del tejado y fuerzan la vista hacia los rascacielos amenazantes, que ahora brillan iluminados, recortados contra el cielo que se oscurece. Detrás de los oficiales, Kemper y Vaughan mordisquean sus puros cerca de una de las salidas de ventilación que hay en el tejado, murmurando en medio de una nube de humo compartido. Sherman está sentado junto al equipo de radio de combate, controlando las frecuencias, mientras que Lewis otea la calle con su fusil de francotirador y un cargador nuevo.

—El tiroteo ha cesado —dice Bowman.

—¿Puedes ver algo? —le pregunta Knight, que mira a través de los binoculares.

Bowman niega con la cabeza.

El traqueteo de los disparos, que fue subiendo de intensidad a un ritmo constante durante los pasados minutos, cesó de repente hace unos instantes. Al momento, el vacío se llenó con el alarido de la alarma de una tienda en algún lugar del vecindario, el zumbido de helicópteros lejanos y el apagado rugido de miles de aires acondicionados, a pesar de que la noche es fresca.

Bowman había avisado por radio a Martillo de guerra Seis de que la fuerza de perros rabiosos avanzaba en su dirección. El capitán Lyons le agradeció la información y se desconectó de manera abrupta. En verdad, las opciones de qué podía hacer con esa información el comandante de la Alfa eran escasas. Podía avanzar o retroceder, y llegados a este punto, retroceder equivalía a rendirse.

Lyons es un buen oficial y pensaría las cosas detenidamente. Bowman intentó imaginarse qué pasaría por su mente. Podía disminuir la velocidad de avance de la compañía Alfa para dar a la Bravo la oportunidad de llegar hasta ellos y así agrupar su potencia de fuego, pero si ya resulta demasiado complicado llevar a una compañía a través de las calles saturadas de coches y basura, dos compañías resultarían una fuerza poco manejable de unos ciento sesenta hombres. ¿Y cuánta potencia de fuego podría realmente aunar combinando las dos compañías en una zona de combate consistente en calles y entradas a edificios?

«No —se dice el teniente a sí mismo—. El capitán no unirá el destino de la Alfa con el de la Bravo, deteniéndose a esperarla en medio de una zona hostil. Sobre todo con el terreno que le queda por cubrir a la Bravo. Hará lo contrario. Avanzará rápido para aprovecharse de la escasa luz antes de que caiga la noche. Adoptará una formación que favorezca la defensa móvil y hará que sus chicos avancen deprisa. Pero ¿hasta qué velocidad podría forzar la marcha de una compañía de ochenta hombres en estas calles, teniendo que pelear por cada manzana?

»Por lo que parece, no mucha. La compañía Alfa comenzó a marchar hace más de

una hora y media y aún se encuentran a un kilómetro y medio al sur del punto de encuentro.

«Al menos tiene el toque de queda a su favor —piensa Bowman—. Ahora mismo, todo aquel con el que se encuentren en la calle es hostil, y tanto la Alfa como la Bravo y la Delta tienen luz verde para disparar sobre cualquier cosa que se mueva».

Knight eleva la vista al cielo.

—Se han quedado sin luz —dice.

Bowman gruñe y mira a su radiooperador.

—Martillo de guerra comunica numerosas bajas... —informa Sherman—. Algunos muertos, la mayoría mordidos. Cuarentena le ha denegado la petición de una evacuación...

Bowman y Knight se miran el uno al otro. Cuando las compañías hermanas de la Charlie aparezcan por fin, tendrán que aislarlos o hacer algo con los soldados que han resultado mordidos. Pero eso será decisión de Lyons, no de Bowman.

Éste intenta imaginarse qué estará sucediendo en la posición de la Alfa. Los chicos de Lyons estarán cansados y seguramente andan escasos de munición después de matar a quién sabe cuántos perros rabiosos. Varios soldados han muerto y tienen que cargar con ellos, mientras que un número mayor ha resultado mordido y saben a ciencia cierta que se convertirán en perros rabiosos al cabo de unas horas.

¿Seguirán luchando estos soldados para Lyons a sabiendas de que los mordiscos significan la pena de muerte? ¿Alguno de ellos se disparará con su propia arma? ¿O simplemente se alejarán del grupo?

«¿Qué harías si tuvieras un fusil en las manos en una ciudad sin ley y te quedasen pocas horas de vida?»

—Martillo de guerra le está diciendo a Buscaguerras que acelere la marcha —sigue informando Sherman.

Bowman asiente.

El fuego de armas ligeras suena en el oeste y rápidamente sube a un nivel de intensidad constante. Es la compañía Delta, que trata de abrirse camino a través de un nuevo foco de resistencia.

El teniente Bishop se les acerca.

—¿Qué tenemos? —pregunta al tiempo que saca los binoculares.

—Míralo con tus propios ojos —contesta Bowman sin volverse. Está molesto con el oficial y le tendrá que leer la cartilla. Ya es bastante malo tener a Steve Knight alrededor. El hombre está roto después de lo que le pasó a su pelotón, sin duda. Pero Bishop habla con los suboficiales como un político, siempre diciendo lo que tendrían que hacer en lugar de aceptar las órdenes y cumplirlas como mejor pueda.

Un intenso tiroteo estalla al sur cerca de su posición. Esta vez se intuye una terrible urgencia en la manera de disparar que hace que el corazón de Bowman lata

desbocado. Una serie de destellos parecidos a un relámpago ilumina el contorno de los edificios cercanos seguida por un estruendo ensordecedor.

Bowman pestañea y recuerda la visita al rancho de su tío un 4 de julio cuando era un chaval. Por la noche, con la barriga llena de perritos calientes y cerveza de abedul, sus primos y él fueron al prado —que bullía lleno de luciérnagas y con el canto de las cigarras de verano— a ver cómo los fuegos artificiales iluminaban el cielo y explotaban con estruendos terroríficos.

«Olvídate de eso», se dice Bowman.

Ha hecho bien protegiéndose la mente contra la destrucción del pasado al igual que con la aterradora idea de la extinción venidera. Su única debilidad es la evasión que le ofrecen los placenteros recuerdos de casa. Esas evocaciones lo ayudaron a sobrevivir a Iraq, pero aquí sólo van a ralentizarlo y debilitarlo cuando necesita estar despierto y concentrado. Hay un momento y un lugar para el dolor...

El Sendero del Guerrero y todo eso. Las bravuconadas de las que hablan los que se reenganchan al ejército de por vida. Es una filosofía que sugiere abrazar el dolor para hacerte más fuerte. Bueno, en realidad, seguro que se puede aplicar a la situación actual. Quiere cauterizar sus sentimientos, aunque en su caso no tiene nada que ver con las bravuconadas. Cree que si no se mantiene fuerte, indiferente e insensible, muchos de sus hombres morirán.

De pronto, el tiroteo se convierte en un rugido ensordecedor salpicado con destellos, ruidos secos y explosiones que retumban en lo más profundo de su pecho.

—Eso ha sido fuego de protección final —murmura Knight.

Una táctica defensiva. Cuando se utiliza, la unidad dispara todo lo que tiene para detener el avance enemigo y evitar que la superen. Es el último recurso. Su significado es claro: la compañía Alfa está en problemas.

A Bowman le sorprende la cantidad de perros rabiosos. En las últimas cinco horas deben de haber doblado su número. La explicación más sencilla es que arrasaron los hospitales e infectaron a miles de personas en sus camas, a lo que se tiene que sumar toda una noche y un día de infectar a cualquiera que se atreviera a salir de su casa. Debe de haber decenas de miles de infectados —incluso podrían ser cientos de miles— que se dirigen hacia el traqueteo de las armas de fuego desde toda la ciudad. Un fusilero lleva más de doscientas balas encima. Si cada bala de cada una de las armas abatiera un objetivo, en teoría, una única compañía podría acabar con veinte mil enemigos.

¿Sería eso suficiente?

Recuerda que la primera escuadra sola, agotando casi todo su arsenal, acabó con cientos de perros rabiosos en menos de quince minutos. La Alfa puede ganar esta batalla.

Con los ojos brillantes, Kemper, Vaughan y Sherman se acercan a los oficiales

para mirar por el antepecho.

Unidades aéreas del 11.º de Caballería zumban por encima de la batalla entre los rascacielos. De pronto, un helicóptero Apache hace un vuelo rasante y dispara un par de misiles Hellfire sobre la calle.

—¡Dios! Eso ha caído cerca —exclama Kemper, sobresaltado.

Un segundo helicóptero lanza un TOW —un misil guiado con seguimiento óptico— contra su objetivo y después vira y se aleja como un abejorro enfadado. Unas bolas de fuego se expanden y crecen por encima de los lejanos edificios. Calor y luz.

—A no ser que... —añade Kemper, pero no dice nada más.

Bowman asiente. A no ser que la marcha de las unidades amigas tenga un doble propósito. O logran llegar al punto de encuentro y se reagrupan para convertirse en un jugador eficiente en esta partida, o sirven como cebo para atraer al enemigo a un campo de exterminio para la caballería. El general Kirkland, el comandante de la 6ª División de Infantería, podría haber dado órdenes a sus unidades aéreas de destruir las concentraciones de perros rabiosos sin tener en cuenta el hecho de que pudiera haber unidades amigas cerca del objetivo.

Esto no cabrea a Bowman. Entiende la lógica. Kirkland está desesperado y haciendo equilibrios, lucha por la victoria de un país moribundo y se lo juega todo a una sola carta esta noche. Bowman se da cuenta de que él haría lo mismo de estar en el lugar del general. Utilitarismo básico: las necesidades de muchos pesan más que las necesidades de pocos. En la guerra, las decisiones militares suelen estar fundamentadas en esa lógica.

Confirmando las sospechas de Kemper, Sherman levanta la vista de la radio y dice:

—No han solicitado el apoyo aéreo. Tienen bajas.

—Señor, yo... —empieza a decir Vaughan, con problemas para encontrar las palabras.

—Tenemos que salir ahí fuera ahora —opina Lewis, terminando la frase de Vaughan.

—Seguiremos las órdenes y mantendremos la posición —contesta Bowman, que mira por los binoculares.

—Señor, déjeme salir con la segunda escuadra —ruega Lewis.

—Negativo, sargento. ¿Está claro? —contesta Bowman, que se queda mirando fijamente al sargento.

—Como el agua —responde Lewis lacónicamente.

Bowman parece estar seguro de sí mismo, pero en realidad no lo está. De hecho, está deseoso de que la compañía Charlie entre en juego.

«¿Podría ser ésta una batalla decisiva? —se pregunta—. ¿Tiene razón Lewis con lo de que tendríamos que separarnos y abatir a todos los perros rabiosos cuanto antes

mejor? ¿Antes de que sea demasiado tarde? ¿Debería salir con mis hombres para apoyar a la Alfa y a la Delta y quizá poner fin a esto de una vez por todas?

»¿O ya es demasiado tarde para la Alfa y la Delta...? ¿Para todos nosotros?«

Todo depende del ritmo de infección, y Bowman lo sabe. En Manhattan viven más de un millón y medio de personas. Si un uno por ciento de esa población estuviera infectado, serían unas dieciséis mil personas. Si fuera un cinco por ciento, serían ochenta mil.

Y si fuera un diez por ciento, serían ciento sesenta mil personas.

—Buscaguerras informa de que un contingente numeroso de perros rabiosos se acerca desde el oeste —dice Sherman.

Incluso cuando se reciben unas órdenes claras, Bowman es de la opinión que un comandante de campo debe actuar siguiendo su propio criterio según los cambios que se produzcan sobre el terreno. Por una parte, un comandante debe reconocer que no posee un conocimiento perfecto de la situación y nunca debería tomar decisiones emocionales.

El hecho es que nadie sabe qué está sucediendo. Todo el mundo supone. Y pasar la orden de apoyar a la Alfa y a la Delta —las dos compañías más cercanas a la posición de la Charlie— supondría un gran riesgo para sus chicos.

Por otro lado, ahí fuera hay soldados americanos en problemas y necesitan ayuda.

El único modo de averiguarlo sería «conseguirlo o morir». Literalmente.

Como si le leyera la mente, Bishop comenta:

—No llegaríamos a tiempo, Todd. No hay nada que podamos hacer.

—Cerdo de guerra solicita fuego de artillería con amigos cerca —informa Sherman.

—¿Tenemos apoyo de artillería? —pregunta Knight, incrédulo.

Bowman niega con la cabeza. Cuarentena no dijo nada sobre apoyo de artillería. La artillería es un engorro, demasiado difícil de manejar en esta situación. Incluso después de todo lo que ha visto, sería casi demasiado irreal contemplar a la artillería americana, situada a kilómetros de distancia, bombardear el centro de Nueva York con proyectiles explosivos de gran calibre.

De cualquier manera, la petición en sí ya es mala señal. Al frente de la compañía Delta se encuentra el capitán Reese, un buen oficial que mantiene la cabeza fría en combate. «Fuego de artillería con amigos cerca» significa que hay unidades amigas en un radio menor de seiscientos metros de la posición de bombardeo. Prácticamente los proyectiles caen encima de tu cabeza. Otra señal de desesperación. Al igual que la compañía Alfa, la Delta está en problemas.

—Pero ¿qué demonios? —exclama Bishop.

De repente, las luces de los rascacielos se van apagando por grupos, como si se hubiesen accionado unos interruptores gigantes que controlasen el brillante contorno

de la ciudad de Nueva York. Las farolas también se apagan. Todas las luces se apagan.

—Un apagón... —afirma Kemper.

El mundo se ve inmerso en la oscuridad.

El sonido de los disparos disminuye hasta resultar esporádico.

Los hombres se quedan con la boca abierta. Ahí fuera, los chicos se han visto sorprendidos por la oscuridad. ¿Habrán tenido tiempo para ponerse las gafas de visión nocturna o de crear iluminación de batalla? Si fueron capaces de ponerse las gafas, entonces tienen ventaja, e incluso podrían cambiar las tornas.

Ven destellos hacia el oeste y hacia el sur, allí donde las compañías resisten a los ataques. El sonido de los disparos en el oeste se ralentiza.

Y luego enmudece.

Los hombres reprimen exclamaciones ahogadas. O Reese ha logrado abrirse paso, o tanto él como sus chicos han muerto.

«Se habrá abierto paso y reanudado la marcha, seguro».

Para estos hombres es difícil concebir la idea de la destrucción de una compañía completa.

Al sur, una única bengala se eleva en el cielo y, tras abrir un paracaídas, desciende perezosa hacia el suelo, produciendo una extraña e intensa luz.

Al momento, el tiroteo se intensifica, pero luego también empieza a decaer hasta cesar, rebrotar y morir.

Los helicópteros se acercan a la posición, disparan misiles y abren surcos en las calles con el fuego de las ametralladoras, una pasada tras otra. Y entonces, uno a uno, abandonan el combate y se alejan volando.

La ciudad queda en silencio a excepción del pitido que permanece en los oídos.

—¿Ya está? —pregunta Lewis. Lágrimas de rabia le caen por la cara—. ¿Nos quedamos sin luz y el batallón se ve superado? Joder, ¿sólo por haber tenido un poco de mala suerte?

Nadie le responde. Todos saben que no ha sido tan simple. Saben que abrirse paso combatiendo habría resultado, a lo sumo, dudoso. Ahora se dan cuenta de que se enfrentan a un enemigo más fuerte que ellos.

Y de que están solos.

—Jake, quiero que contactes con Martillo de guerra —dice Bowman con voz tranquila.

—Todas las compañías han dejado de emitir —contesta el radiooperador—. La red está despejada.

—Inténtalo, Jake.

—Sí, señor.

En lo alto, el cielo se abre en un brillante despliegue de estrellas que no se veía en

esta parte del mundo desde el apagón de 2003. La diminuta luz parpadeante de un satélite cruza el cielo perezosamente.

—No responden, señor —anuncia Sherman.

Asombrados, los hombres permanecen en silencio en la oscuridad.

—Jake, quiero que contactes con Buscaguerras y con Cerdo de guerra y pidas un informe de situación —le dice Bowman, midiendo las palabras.

—¿Señor? —pregunta Sherman, parpadeando en medio de la oscuridad.

—Ahora, Jake.

—Sí, señor.

La oscuridad se cierne sobre ellos y hace que se guarden sus pensamientos.

—No responden, señor —informa el operador de radio tras unos instantes.

Bowman asiente, sintiéndose mareado.

En una noche, el mundo se ha hecho mucho más pequeño. Mucho más pequeño e infinitamente más peligroso.

## 50. Mientras hay vida, hay esperanza

La primera escuadra camina por el pasillo, los haces de luz de las linternas juegan sobre el suelo brillantado, una vitrina llena de trofeos, las insulsas hileras de taquillas y el falso techo. Mooney, Carrillo, Rollins y Finnegan llevan al soldado Chen en una bolsa de plástico negra.

Tras el apagón y que el generador de emergencia restableciera las luces en el gimnasio, oyeron por Radio Macuto —la fábrica de chismes del ejército— que las otras compañías habían sido aniquiladas.

Mooney se lo creyó. Sus compañeros, no.

El uniforme de combate que viste Mooney está tieso, sucio y manchado. Lo más seguro es que se aguantara de pie sin ayuda si se lo quitaba. Probablemente correría detrás de un hueso si le gritara que fuera a buscarlo. Mooney está exhausto por el trabajo agotador, tiene un tic en el ojo izquierdo a causa del estrés y los nervios tan a flor de piel que cada vez que alguien se aclara la garganta da un salto. Pero las noticias de la masacre de Adalid mientras marchaban varios kilómetros a través de Manhattan lo han electrizado.

Todas sus preocupaciones han desaparecido de repente. Ya no le importa Laura ni cuánto desearía escuchar sus discos favoritos durante unas pocas horas. No le importa que Wyatt le haga la puñeta todo el rato. En el fondo, si esto es el fin del mundo, ¿qué más da?

En este preciso instante, lo único que le importa es saber si sobrevivirá. Y de ser así, durante cuánto tiempo.

Esta guerra —una guerra total según las palabras del teniente— se ha vuelto algo muy personal y Mooney no es capaz de pensar en las ramificaciones más allá de ese hecho. No quiere morir. Eso es lo único que le importa.

Después de que circularan las noticias sobre Adalid, los suboficiales habían subido al tejado para reunirse con el teniente mientras que los civiles se quedaban aturridos en silencio o comenzaban a vociferar.

Era el momento ideal para escaparse a un funeral.

Les ordenaron que incinerasen el cuerpo de Chen junto a los cadáveres de los civiles muertos, pero los chicos tuvieron otra idea. Si las cosas estaban tan mal como decía el teniente, la mayoría de las aulas de la escuela permanecerían vacías durante mucho, mucho tiempo.

A partir de esta noche, el soldado de primera Chen descansará en su propio mausoleo.

Se oyen pisadas acercándose por detrás. El corazón de Mooney amenaza con escapársele por la boca, el ojo izquierdo le tiembla.



Ratli se da la vuelta y levanta la carabina.

—«Mets» —dice Ratli.

—Vete al infierno, Ratli —contesta una voz desde la oscuridad.

Unas siluetas fantasmagóricas emergen de la penumbra: son la tercera escuadra. Llevan unas varitas luminosas enganchadas en la parte delantera de los chalecos.

—Se supone que tienes que responder «Yankees» —protesta Ratli, que parece haberse quedado de repente sin resuello.

—¡Vaya, hombre! ¿Es que ahora pueden hablar los perros rabiosos? ¿Puedes apartar esa luz de mi cara?

—La próxima vez di «Yankees» y así evitarás que te disparen, soldado —dice el cabo Eckhardt, bajando el rifle—. ¿Qué traéis?

—Oímos lo que ibais a hacer por el soldado Chen —responde el cabo Hicks.

—Fuera lo que fuese lo que oísteis, lo oísteis mal —contesta Eckhardt, desafiante.

—No va por ahí la cosa. Queríamos hacer lo mismo por dos de los nuestros —indica Hicks, señalando con la mano hacia atrás—. Éste es Bicho. El otro, Ojo de Halcón. No queríamos quemarlos en la pira. Queremos que crucen al otro mundo de una pieza y con todos los honores.

Eckhardt intercambia miradas con los otros chicos de la primera escuadra. Mooney asiente. A donde se dirige Chen hay espacio de sobra.

—¿Dónde está el payaso de la clase? —pregunta Eckhardt, obviamente refiriéndose a McLeod.

—El sargento le dijo que se fuera a dormir —responde Hicks.

—Muy bien —contesta Eckhardt—. Revisamos a fondo la última aula a mano izquierda, al final del pasillo. Ya lo hemos preparado todo. Hemos encontrado una bandera americana. ¿Tenéis algo con lo que cubrir a vuestros chicos?

—Tendremos que arreglárnoslas con vuestra bandera. Ve delante. Nosotros os seguiremos.

Todos juntos llevan los cuerpos al aula. Se han colocado todas las mesas contra las paredes, adornadas con carteles de animales, un esqueleto humano con una etiqueta en cada hueso y un hombre sin piel, con los músculos también etiquetados.

Horas antes, uno de los chicos escribió en la pizarra:

AQUÍ REPOSA EL SOLDADO DE PRIMERA WILLIAM CHEN. FUE UN BUEN SOLDADO Y UN FIEL AMIGO. SE LO ECHARÁ DE MENOS. QUE SU MUERTE NOS SIRVA DE LECCIÓN: MIENTRAS HAY VIDA, HAY ESPERANZA.

RIP

Mooney y los otros chicos se detienen un instante a leer el epitafio y gruñen impresionados. Luego, dejan la bolsa en el suelo y la abren.

Los chicos se tambalean hacia atrás empujados por el hedor.

—Huele como a queso y huevos podridos —dice Finnegan, retorciéndose.

—¿Está vivo? —pregunta Rollins—. ¡Se está moviendo!

—Callad, nos quiere decir algo...

—Dios mío —dice Mooney, tragando saliva para evitar que le suba la bilis a la boca—. Se le posarían moscas encima antes de que cerráramos la bolsa y han puesto huevos. La cara se mueve porque está llena de gusanos...

—Joder —exclama Rollins, pálido.

—Maldita sea, Mooney, cierra la bolsa —ordena Eckhardt.

Mooney obedece.

—Aún apesta aquí dentro —dice el cabo Wheeler.

—Ya no tanto —apunta Eckhardt.

—Huele como uno de mis pedos después de comerme una ración de judías con chili —dice Wyatt.

—Joel, cállate —responde mareado Mooney ante la mención de la comida—. Será mejor que no vuelvas a abrir la boca.

Los chicos juntan varios pupitres y colocan los cuerpos encima.

—Mirad esto —avisa Williams—. Alguien ha grabado en este pupitre «Que le den al señor Schermerhorn». No está mal.

Nadie se ríe. Eckhardt cubre los tres cuerpos con la bandera americana.

Los garabatos en las mesas le provocan escalofríos a Mooney. Los recuerdos del mundo normal atormentan esta escuela de una manera muy real. Es muy fácil cerrar los ojos e imaginarse a treinta adolescentes aburridos tratando de permanecer despiertos para comprender qué intenta explicarles el profesor de biología.

Estar en la habitación se asemeja a estar en un museo.

Eckhardt y Hicks loan a los chicos muertos mientras que el resto se despide posando la mano derecha sobre el corazón, un gesto de respeto que aprendieron de los iraquís. Eckhardt dice que no conocía bien a Billy Chen. Por lo que parece, nadie lo conocía bien, pero Chen era un miembro del ejército y eso lo convertía en parte de la familia. Hicks habla de la extraordinaria puntería de Ojo de Halcón, que de haber escogido hacer carrera en el ejército, habría llegado a francotirador con bastante seguridad. Dice que a Ojo de Halcón siempre le tocaba ir en punta, pero que nunca se quejaba, ni sobre eso ni sobre nada. Wheeler y Williams les arrancan una sonrisa al describir las bromas que solía gastarle McLeod a Bicho mientras éste dormía: atarle el cordón de una bota con la otra, ponerle la mano en remojo en agua caliente. Las típicas bromas de los barracones. Eckhardt termina diciendo que esos hombres murieron por su país.

Los chicos se miran los unos a los otros, incómodos. ¿Qué significa eso ahora? Saben lo que significa morir, lo han visto más que de sobra, y no les resulta difícil

imaginarse a sí mismos pudriéndose en el interior de esas bolsas de plástico y llenos de gusanos como sus amigos. Pero ¿el país? A pesar de que muchos de ellos se encuentran en un estado de total negación, saben que América atraviesa una crisis de la cual saldrá totalmente cambiada. De hecho, lo que aparezca al otro lado del túnel quizá ya no se pueda reconocer como América.

Un silencio incómodo se cierne sobre el funeral. Nadie sabe qué decir.

—¿Y qué pasa si es cierto? —dice Ratli, dubitativo y visiblemente temeroso de que lo dejen en ridículo por decir algo tan honesto.

—¿Cómo va a ser verdad? —responde Wyatt—. Un montón de *hajjis* desarmados no pueden acabar con todo un batallón.

—¿Y por qué iban a inventarse esa mierda, tronco? —pregunta Williams—. ¿Para levantarnos la moral? Todos sabéis que es verdad, pero ninguno queréis afrontarlo.

Nadie le responde.

—Entonces, si es cierto, ¿qué se supone que debemos hacer con una puñetera compañía?

—Mantenernos agazapados, si somos lo bastante listos —responde Williams.

—Ahí la has clavado —murmuran varios chicos al tiempo que asienten con la cabeza.

Los otros chicos se meten en la conversación.

—Esperar a que reviente todo este asunto.

—Un momento. No nos pasará nada, ¿verdad? ¿Verdad?

—¿No nos van a evacuar con los helicópteros?

—Ni lo sueñes. ¿Dónde iban a aterrizar los pájaros? ¿En la calle?

—La gente que nos lidera es buena —dice Hicks—. No nos tendría que pasar nada.

—El capitán Lyons era bueno —responde Rollins—. Y ahora, la compañía Alfa ya no existe.

—Y Reese y Moreno. Ellos también eran buenos.

—Ellos seguían órdenes. Kirkland y Winters les dijeron que se pusieran en marcha y ellos lo hicieron.

—Eso es lo que yo digo. ¿Qué pasa si le dicen al teniente que se ponga en marcha?

—Si yo fuera el teniente, ni respondería a la llamada.

—Yo conozco al teniente —afirma Eckhardt—. Seguiré las órdenes.

—Si el ejército está tan mal, ¿por qué tendría que jugarse el cuello? —se pregunta Williams.

—¿Por qué deberíamos hacerlo cualquiera de nosotros? —contesta Ratli.

Los chicos se sumen en otro silencio incómodo.

—Tíos, seguro que os echáis a reír —empieza Mooney—, pero yo me quedo con

el teniente porque quiero ver cómo los críos regresan a esta escuela.

Nadie se ríe. Los chicos lo miran con curiosidad.

—Es como... —continúa—. Billy Chen murió por su país. Pero a mí me parece que el país desaparece a nuestro alrededor. Si continuamos haciendo nuestro trabajo, quizá seremos lo único que va a quedar del país. Si dejamos de hacerlo, entonces Estados Unidos dejará de existir. Ésa es mi sensación. Yo voy a seguir haciendo mi trabajo para que América perdure y algún día se recupere y todo vuelva a la normalidad. Ésa es mi misión.

Inquietos, los chicos cambian el peso de un pie a otro, murmuran y asienten. Mooney les ha plantado en la mente una semilla más fuerte que el patriotismo. Les está dando una motivación para la victoria en esta guerra huérfana de héroes y de vencedores. Les hace recordar un hogar en paz.

Se imaginan las meriendas campestres y las camionetas, las novias y las primeras citas, jugar al hockey en la calle y los autocines, los abuelos jugando a las damas en el parque, los largos viajes en coche durante las noches de verano, una canción favorita en la radio, las discusiones sobre política, levantarse pronto el domingo para ir a la iglesia, que no te echen del trabajo y cobrar los cheques del salario. Incluso todas esas pequeñas preocupaciones y necesidades que ya no parecen importantes, como pagar las facturas o las tarjetas de crédito, la ropa que se ha puesto de moda y la última jerga de la calle, les llega a los chicos al fondo del alma y les hace sentir nostalgia por el mundo prosaico que termina.

Hay diferencia entre ir a Iraq a luchar por tu país y estar en una situación como la presente, donde literalmente luchan por la supervivencia de su país. Si son capaces de conservar una pizca de la vieja América con vida, se sienten capaces de vencer.

Mooney quiere seguir vivo, y formar parte de un grupo numeroso proporciona seguridad. Pero eso no es suficiente para mantenerse con vida. Un hombre también debe tener algo por lo que vivir.

# Capítulo 11

## 51. Quiero contar mi historia primero para que no me olvidéis

—Lo único que nos mantuvo con vida tanto tiempo fue la estrechez de las zonas de combate. Los rabis tenían que apretujarse y, durante unos instantes, dispararles era pan comido. Llegaban de dos en dos, de tres en tres, salían de las puertas de los edificios, de los coches o por las esquinas; incluso llegaron volando por las ventanas. Éramos alrededor de sesenta hombres cuando salimos. Íbamos armados hasta los dientes y teníamos luz verde para disparar a cualquier cosa que se moviera. No hacía falta identificar el objetivo. Sólo disparar y seguir adelante. También teníamos un buen jefe. El capitán Reese era un oficial cojonudamente bueno; lo habría seguido a cualquier parte, incluso después de que se desmoronara. Tardamos un poco en acostumbrarnos al hecho de que el enemigo no iba a replicar a nuestros disparos; pero una vez lo hicimos, nos aplicamos bien.

»Después de diez manzanas sin parar de disparar a un ritmo constante, empezamos a estar cansados. Era como estar bajo un fuego hostigador, aunque en lugar de balas nos llovían cuerpos. Los vehículos abandonados por toda la calle nos obligaban a ir despacio y nos jodían las líneas de fuego, con lo que desperdiciábamos munición. Había coches, camiones y trozos de vidrio por todas partes entre un atasco y el siguiente, y las sombras que proyectaban las farolas eran peligrosas. Una y otra vez vimos los lugares donde un conductor de camión o de todoterreno fue presa del pánico e intentó abrirse paso empujando, con lo que sólo conseguía formar pilas de vehículos. Varios coches ardían y desprendían un denso humo aceitoso. Los civiles gritaban desde las ventanas y nos tiraban cualquier cosa para llamar nuestra atención.

»Cuando habíamos avanzado veinte manzanas, ya sólo quedábamos cuarenta o cincuenta hombres. Unos pocos murieron, pero la mayoría de nuestras pérdidas se debieron a que los chicos desaparecían por las puertas de entrada a los edificios. Te dabas la vuelta y, de repente, ya no estaban ahí. Unos se alejaron porque los habían mordido y sabían que eso era una sentencia de muerte. Otros quizá pensarían que seguir avanzando era un suicidio y que ya habían tenido bastante. No los considero unos cobardes. De verdad que no. Esta guerra nos supera a todos, es de unas dimensiones demasiado grandes para comprenderla siquiera. La gente se desmorona con facilidad cuando intenta entender algo de este calibre. Una guerra donde la victoria parece una derrota y la derrota... Bueno, la derrota significa que estás muerto.

»De cualquier manera, los perros rabiosos aparecieron en gran número desde dos direcciones. Había miles de ellos acechando en la oscuridad. Se precipitaban sobre nosotros con rapidez, su respiración era un gruñido constante, de forma que parecían un tren. Si alguna vez habéis visto esa película de Michael Caine, *Zulú*, esto era igual:

miles y miles de personas corriendo en oleadas contra el fuego de los fusiles. No, aún mejor, recuerdo que una vez vi a unos dos mil chavales salir en desbandada de un concierto de *heavy metal*. Ahora imaginad a toda esa gente que corre hacia vosotros y que quiere haceros pedazos con las manos desnudas y los dientes. Los vi acercarse y me meé encima. No me avergüenza admitirlo. Les pasa a muchos hombres, ¿verdad? Nunca me había pasado en Iraq, ni siquiera cuando las balas silbaban como avispa junto a las orejas. Es curioso, si te paras a pensarlo. Tuve que regresar a casa para conocer el miedo de verdad.

»¿Es por ahí? Dios, este lugar parece un manicomio. También huele a mil demonios, maldición. Dejarme que os cuente el resto de mi historia antes de meterme ahí dentro, por favor. No luché toda la noche hasta llegar aquí para que me hicieran entrar en una de esas habitaciones y se me olvidara. Vine porque quería sentir otra vez algo, cualquier cosa, que se pareciera a estar en casa. Una vez más. Y quiero contar mi historia primero para que no me olvidéis.

»Gracias. De todo corazón.

»Ahí estábamos nosotros, ya con poca munición y con una horda de maníacos que se abalanzaban sobre nosotros desde las sombras. Les abrimos otro agujero en el culo. Vaciamos sobre ellos todo lo que teníamos. Se acabó el disparar y largarse. Éramos una defensa móvil y era hora de defenderse. Colocamos las ametralladoras y las armas de apoyo sobre los capós de los coches e hicimos llover plomo. Los hicimos trizas. Partimos cuerpos por la mitad. Las cabezas se separaban del tronco y salían volando por los aires. Fue increíble, como si estuviéramos en un retorcido juego de realidad virtual. Pensaréis que no soy más que un psicópata enfermo, pero me sentí bien. Se trataba simplemente de supervivencia. Ya no los veía como a gente, sino como a un grupo, como a un todo, como a un gran monstruo. Cuantos más morían, más vivía yo, ¿me entendéis? Quería que siguieran acercándose. Quería que todos murieran.

»Sinceramente, aún pensaba que lo lograríamos. En ese momento, a pesar del cansancio, de andar escasos de munición y de las bajas, que nos superasen era lo último que se me pasaba por la cabeza. Pero los fusiles empezaron a encasquillarse. Una de las ametralladoras se recalentó. Yo vaciaba cargador tras cargador a un ritmo rápido hasta que no me quedó nada, y ellos no dejaban de venir. Oleadas y oleadas. En lo alto, los helicópteros volaban en círculos, observándonos, y cuando las cosas se pusieron chungas, hicieron unas pasadas por encima de los perros rabiosos y dispararon los cañones de cadena y, oh Dios, secciones completas de la horda de infectados explotaron, se desintegraron.

»Las cosas se fueron al infierno en un periquete después de eso.

»Un Apache descendió, nos cegó con su luz, y comenzó a lanzar cohetes. Los vehículos salían despedidos por los aires y daban vueltas de campana. Era como un

estallido tras otro, uno tras otro. Por todas partes volaba metal candente; la metralla repicaba contra las carrocerías de los vehículos y rebotaba contra las paredes. Hizo trizas a los chicos de mi escuadra. Y acto seguido, el Apache rugió en el cielo y se fue. Yo forzaba la vista para librarme de la ceguera y seguía disparando. Entonces me di cuenta de que toda mi escuadra había desaparecido, literalmente. Sólo quedábamos el sargento y yo. El sargento sangraba por las orejas, estaba completamente sordo y con la mirada perdida en el infinito, aturdido. No fueron los rabis los que acabaron con mi escuadra, sino fuego amigo. Ahí fue cuando el capitán Reese se desconcertó y empezó a solicitar a gritos un ataque de artillería casi encima de nuestras cabezas, para evitar que los *hajjis* tomaran nuestra posición. Se le fue la puta pinza.

»Entonces supe que era hombre muerto. Un río de sangre fluía alrededor de mis tobillos. Y no es ninguna metáfora. Era como si lo hubieran sacado de la Biblia. Instantes después, se fue la luz y todo quedó a oscuras. Y ahí es donde empezó el terror de verdad.

»No nos dio tiempo a ponernos las gafas de visión nocturna ni a disparar una bengala. Disparábamos a la buena de Dios, en medio de la oscuridad y en modo automático mientras caminábamos hacia atrás para formar un cuadrado alrededor del capitán Reese con las bayonetas caladas. Los destellos de los cañones de las carabinas mostraban atisbos de los perros rabiosos destrozando al segundo pelotón; estaban tan cerca que sufrías arcadas a causa del hedor. Chillaban en la oscuridad. Era un cuerpo a cuerpo y los chicos morían con rapidez. ¿Y qué hacía yo? Joder, el corazón me latía como un tambor y me meaba patas abajo. Temblaba tanto que casi ni me podía mover.

»El sargento primero Callahan trató de llevar al capitán a la seguridad que ofrecía un edificio cercano, pero el hombre siguió en sus trece, disparando la pistola mientras alguien lanzaba un bote de humo en un último intento de ocultarlo. Los rabis se arremolinaron a su alrededor y lo descuartizaron. Yo sobreviví por un pelo porque la multitud me cogió y me lanzó por los aires —que fue como si me golpearan a la vez todo el cuerpo con bates de béisbol— y me arrastré debajo de un camión. A mi alrededor, la horda seguía llegando, pasaba corriendo, zarandeaba los vehículos y hacía temblar el suelo como una manada de elefantes.

»Los rabis murieron a miles, pero acabaron con nosotros sin tan siquiera aflojar el ritmo. Y después de todo eso, viví lo suficiente para casi llegar sano hasta aquí, pero un maldito mocosito salió de una furgoneta y me mordió en la mano. Pero os digo esto, tanto me da, porque estoy muy cansado. De hecho, no recuerdo haber estado jamás tan cansado.

»¿Es ésta mi nueva casa?



## 52. Esto... ¿Algún otro último deseo?

El soldado de primera Mooney abre la puerta del aula y espera. Wyatt y él no han parado de oír la misma historia contada por los horrorizados supervivientes que van llegando con cuentagotas desde anoche. Mooney no sabe qué decirle al soldado. ¿Qué le puede decir? ¿Qué se le dice a un hombre cuyos amigos fueron descuartizados delante de sus ojos y que ahora está condenado a morir por un veneno que se reproduce en su cerebro sin remedio?

—¿No me pondréis un compañero de cuarto o algo? —inquire el soldado.

—Las demás personas que han sido mordidas ya han empezado a convertirse en uno de ellos —explica Mooney—. Tú podrías ser el último en convertirte y podrían atacarte. No lo sabemos.

—Habría estado bien poder hablar con alguien de la compañía Delta e irnos juntos.

—Lo siento, tío.

—No pasa nada. Supongo que no importa. Algún día se tiene que morir, te fumes el último cigarrillo o no. Me alegro de que la guerra se haya terminado para mí.

—Te hemos dejado unos cuantos libros que cogimos de la biblioteca. Clásicos. Te ayudarán a pasar el tiempo. No sé, a lo mejor hasta te gustan. También haremos correr la voz en caso de que cualquiera de los supervivientes quiera venir y hablar contigo a través de la puerta. Aún te queda tiempo.

El soldado asiente.

—Vale, de acuerdo. Gracias.

Mooney se fija en que el soldado tiene un tic nervioso en el ojo izquierdo.

—Esto... ¿Algún otro último deseo? —pregunta Wyatt.

—No, estoy bien —responde el soldado y entra en el aula. Se acerca a la ventana para mirar la puesta de sol. Respira hondo, y añade—: Lo que os digo, seguro que...

Mooney ya ha empezado a atrancar la puerta. Wyatt le pasa un puñado de clavos, que utiliza para asegurar el marco de la puerta.

Los supervivientes llegaron durante la noche y la mañana siguiente con sus relatos de terror. A la mitad de ellos los habían mordido, pero no tenían ningún otro lugar al que ir. El teniente no quiso matarlos ni rechazarlos, así que se le ocurrió la idea de convertir parte del ala oeste de la escuela en una especie de asilo.

Wyatt levanta la tabla arrancada de una mesa y Mooney empieza a clavarla hasta cubrir la mitad inferior de la puerta y el marco. Una vez que han cubierto la puerta por completo, Mooney clava una de las chapas de identificación del soldado en la madera —nombre, rango, número de identificación, grupo sanguíneo y preferencia religiosa— mientras que Wyatt graba el nombre del soldado con una navaja.

Mooney espera paciente hasta que Wyatt termina. Oye a los perros rabiosos gruñir y andar arriba y abajo en las otras clases. Hubo un tiempo en que estos chicos fueron soldados. Aquí se convirtieron y aquí es donde morirán y yacerán.

Wyatt recoge la carabina y dice:

—Vayámonos de este puñetero zoo.

—Si vuelves a decir eso, te liquido, Joel.

Wyatt sonríe, pero no dice nada más.

Sobreponiéndose a su cansancio, Mooney se detiene para tocar el nombre del chico que Wyatt ha grabado en la madera para memorizarlo junto a los otros detalles sin importancia.

El grupo sanguíneo del soldado de primera James F. Lynch es A positivo y es cristiano, sin denominación declarada.

### **53. El verdadero problema no es que la gente abandone el ejército... El verdadero problema es que el ejército nos abandona a nosotros**

El sargento Pete McGraw acaricia con el pulgar la pata de conejo que lleva en el bolsillo, su amuleto personal. Se lo dio su mujer antes de que él fuera por primera vez a Iraq y de que ella se matara en un accidente de coche en un puente helado de Maryland meses después. El suave pelaje de la pata de conejo lo conforta. Después de todo por lo que ha pasado y lo que ha visto tras servir tres veces en Iraq —y ahora en este marrón—, McGraw está absolutamente convencido de que la suerte y el espíritu de Margaret que lo protege son las únicas cosas que hay entre él y el olvido eterno. En el otro bolsillo toquetea la chapa doblada —atravesada con un cordel— de la primera cerveza que se tomó con su novia Tricia, una belleza rubia y delgada con el pelo trenzado hasta la cintura que comparte su pasión por la bebida y las motocicletas, entre otras cosas. Alrededor del cuello, lleva una medalla con la imagen grabada de san Miguel —el santo patrón de los soldados y los policías— junto a las chapas de identificación y una bala de 7.62 mm, el tipo de munición utilizada por los fusiles de asalto AK47. Esa bala podía haberlo matado en Iraq, pero mientras la lleve colgada del cuello no podrá cumplir con su propósito de acabar con él.

A partir de este momento va a necesitar toda la suerte que pueda acaparar después de comprobar que el mundo se acaba.

McGraw se une a los otros suboficiales que abarrotan la oficina donde se encuentra el despacho del director de la escuela, una zona común de trabajo con varias dependencias privadas adjuntas donde Bowman ha establecido su centro de mando. Los hombres se saludan con la cabeza al entrar; huelen a sudor, a aceite de engrasar armas y a humo de cigarrillos. Un sargento al que McGraw conoce del primer pelotón lo mira a los ojos y asiente con deferencia. McGraw se hace cruces al ver cuán rápido han cambiado las cosas. Apenas dos días antes, los otros suboficiales lo miraban a él y a su escuadra como si tuvieran las manos manchadas de sangre y esvásticas tatuadas en la frente. Ahora miran a sus chicos con algo semejante al respeto. Los chicos perdieron pronto la virginidad en esta guerra. Pero si a él lo miran con respeto, a los suboficiales cuyas compañías han sobrevivido a las masacres se los mira con sobrecogimiento. Han ido al infierno y han vuelto. Con vida.

Los suboficiales se reúnen alrededor del teniente Bowman, que permanece de pie con las manos en las caderas junto a un gran mapa turístico de Manhattan —lleno de señales de establecimientos como Barnes & Noble o Burger King— clavado con chinchetas en la pared.

El operador de radio se abre paso a empujones entre los cuerpos, entra en uno de

los despachos y cierra de un portazo. Knight y Bishop salen de otro despacho y se acercan a Bowman. Kemper está coloreando Staten Island y Battery Park con un rotulador rojo. Bowman da la bienvenida a los asistentes en voz baja, pero McGraw no lo oye.

Ojerosos y con las carabinas colgadas al hombro, los sargentos parpadean a causa de la luz de los fluorescentes y sorben las tazas de café tibio mientras hablan en voz baja entre ellos. El sargento Lewis comparte un poco de su tabaco de mascar. Cuando Bowman ha terminado de darles la bienvenida, los presentes se quedan en silencio para escuchar lo que tiene que decirles. McGraw echa cuentas: ahora hay tantos suboficiales en la unidad que todos reunidos llegan hasta el pasillo. Reconoce a unos cuantos que pertenecen a los otros pelotones de la compañía Charlie, otros son supervivientes de las masacres de la Alfa, la Bravo y la Delta.

«Éstos son los mejores hombres que tiene el ejército —piensa McGraw—. Los soldados de carrera, los cimientos del ejército, los centuriones modernos. Se tarda años en crear a uno de estos hombres, y una vez que se han ido, no se pueden sustituir».

Ahora todos ellos responden ante un joven teniente que, por casualidad, es el oficial de mayor rango más veterano de todo el batallón. McGraw lo observa y piensa:

«Tenemos suerte de que sea un hombre competente. Podría ser mucho peor».

Podrían tener a Knight al mando, quien sigue al frente del tercer pelotón aunque sea sólo de nombre, o a Bishop, que es el tipo de oficial que arriesga vidas para avanzar en su carrera. McGraw ha oído rumores de que Bishop ha estado diciéndoles a varios de los suboficiales que quería ponerse al frente de un grupo para tratar de ayudar a las otras compañías durante la masacre.

«Cuanto antes le lea la cartilla el teniente, mejor».

—Jake ha estado peinando las redes para reunir una lista de recursos y amenazas —informa Bowman—. El sargento Kemper las ha marcado en este mapa. Si hemos de sobrevivir, caballeros, necesitamos información.

Los suboficiales se ponen de puntillas para tener mejor vista, entrecerrando los ojos para examinar el mapa. McGraw ve una serie de círculos y cuadrados coloreados, amplias manchas y triángulos repartidos todo a lo largo de Manhattan y las riberas de los ríos de los distritos y estados colindantes.

Patético. En un par de días el ejército ha perdido el control de casi toda la ciudad de Nueva York y de su población de más de ocho millones de personas. Las formas geométricas coloreadas flotan en el mapa como islas en un océano.

«Realmente estamos acorralados», se da cuenta McGraw.

Bowman desliza un dedo sobre el mapa y golpea encima de Battery Park.

—Aquí es donde se encuentra lo que queda de la brigada de infantería

mecanizada de los marines que se envió para reforzar el batallón antes de que los altos mandos cancelaran esa misión —explica Bowman—. Tienen a dos pelotones en Fort Clinton y el resto está apostado en Staten Island, que solía ser responsabilidad de la 27ª Brigada. Después de que se colapsara el gobierno local, el coronel Dixon declaró la ley marcial y dejó Staten Island limpia de perros rabiosos.

Varios sargentos sonríen y se dan golpes con el codo.

—A ellos les... hace ejem... les gusta llevar la iniciativa, por lo que he oído, señor —dice Kemper, cosa que hace que los hombres se rían.

—Sí, bien, pero en Manhattan reside mucha más gente que en Staten Island —contesta Hooper, recordándoles que los marines trabajan para una rama rival de las fuerzas armadas y que no valoran ni poco ni mucho lo que hagan los «cabezabote». O sea, ellos.

—Si tuviera varios LAV como tienen ellos, yo también podría hacer un par de cosas aquí —fanfarronea otro sargento.

—¡*Hooah!* —aúlla alguien.

—Deme algunos Bradley y unas treinta excavadoras y enderezaré la situación de esta isla el doble de rápido —grita alguien desde atrás. Los suboficiales lo vitorean.

—Los marines tienen sus propios problemas —dice Bowman en voz alta, haciéndose de nuevo con el control de la reunión—. Para empezar, la única razón por la que están en Staten Island es porque su posición iba a ser utilizada como base para reforzar a nuestras fuerzas aquí, en Manhattan. Desembarcaron dos pelotones en Battery Park; luego los altos mandos suspendieron la operación y esas unidades han acabado aisladas. Ahora se encuentran incomunicadas de su fuerza principal y no reciben ningún tipo de abastecimiento.

Los suboficiales dejan de sonreír. Si se deja de reabastecer a las unidades militares de la zona, con el tiempo, éstas empezarán a saquear para sobrevivir, y una vez que un ejército ha cruzado esa línea, deja de ser un ejército y se convierte en chusma, en una parte del problema en lugar de ser la solución.

—Entretanto, a Dixon le queda poca comida, munición y combustible —prosigue Bowman—. Ha perdido uno de cada cuatro hombres y ahora es el gobernador y el jefe de policía de facto de una isla con casi quinientas mil personas de población. Eso quiere decir medio millón de personas que cada vez están más hambrientas, más enfermas y más cabreadas.

Los sargentos esconden el rostro en las tazas de café en un gesto de abatimiento. Bowman vuelve al mapa y señala las comisarías donde al menos unos cuantos policías intentan resistir, el distrito financiero y los edificios municipales —ocupados por la morralla de las unidades de la Guardia Nacional y las unidades de asuntos civiles de la brigada— y el número veintiséis de Federal Plaza donde, al parecer, se han refugiado un puñado de agentes del FBI, funcionarios de inmigración y jueces

federales junto a sus familias. Manhattan está plagado de islas y bolsas de unidades amigas, pero ninguna tiene la fuerza suficiente para reunirse con otras unidades. Los marines de Battery Park bien podrían estar en la luna. El único terreno que en realidad controla cualquiera de esas unidades es el que tiene bajo sus pies.

McGraw cree que podría haber cincuenta, incluso cien mil perros rabiosos, sólo en Manhattan. Su número creció con rapidez porque el problema se originó principalmente en los hospitales donde había miles y miles de personas indefensas y fácilmente infectables, como yesca a la espera de una chispa. La buena noticia es que la población de perros rabiosos ya no parece crecer tan rápido como lo hacía antes. Los hospitales se encuentran desiertos y la mayoría de las personas se quedan en sus casas, privando así al virus de una abundante fuente de víctimas. De cualquier manera, al haberse concentrado en unos grupos tan enormes, parece ser que los perros rabiosos acaban matando a todos los que encuentran en su camino en lugar de infectarlos. Pronto, el número de perros rabiosos en la calle comenzará a menguar conforme empiecen a morir. La guerra acabaría dentro de poco si todo el mundo se quedara a cubierto y esperase.

Alguien pregunta qué son los tres recuadros amarillos en Brooklyn y en Queens.

—Ahora iba a explicarlo —responde Bowman—. Por lo que sé, son desertores. Por el momento ninguno de los grupos supera el tamaño de un pelotón, pero es otra de las cosas de ahí fuera de la que tiene que preocuparse la 25ª Brigada.

Los sargentos se miran los unos a los otros. El país debe de estar al borde del colapso si el ejército empieza a desmoronarse.

—Pero el verdadero problema no es que la gente abandone el ejército —explica el teniente, y añade rápidamente—: El verdadero problema es que el ejército nos abandona a nosotros, por lo que parece.

Desliza un dedo por la costa oeste de Brooklyn, una extensa mancha verde.

—Aquí se encuentra el 2º Batallón, 25ª Brigada, con el coronel Guzmán al frente. Es una buena posición.

Y luego pasa el dedo por encima de otra mancha verde a lo largo de la costa norte de Queens.

—Aquí hay dos compañías del 1.er Batallón, 25ª Brigada comandadas por el coronel Powers. Le dieron una buena paliza anoche y resiste a duras penas.

Bowman señala una «X» de color rojo en el sur del Bronx.

—Ésta es la última posición conocida de las otras dos compañías del 1.er Batallón, 25ª Brigada, con el capitán Marsh al mando. Hemos perdido todo contacto con ellos. Se cree que pueden haber sido aniquilados.

Los suboficiales murmuran y rebullen, de pronto inquietos y enfadados.

Bowman da unos golpecitos con el dedo sobre un recuadro azul del centro de la ciudad.

—Aquí estamos nosotros. 1.er Batallón, 8ª Brigada.

Señala un rectángulo azul en Nueva Jersey, hacia el oeste.

—Y aquí el 2º Batallón, con el coronel Rose al mando —informa Bowman—. Somos lo que queda de los Ochos Locos.

—Un momento, ¿y dónde está Cuarentena? —pregunta uno de los suboficiales.

Bowman niega con la cabeza.

—Hemos perdido el contacto con Cuarentena. El coronel Winters y su puesto de mando están desaparecidos en combate. Tratamos de...

Bowman deja de hablar cuando los suboficiales empiezan a hacerlo entre ellos en voz alta.

El cuartel general de Cuarentena, junto con su logística y las señales de radio —incluida la red de la brigada— han desaparecido sin dejar rastro, al otro lado del río Hudson, en Jersey.

—¡Atención! —grita Kemper, y hace que se callen al momento.

—Están embarcando a la 25ª para llevarla a las costas de Virginia —explica Bowman—. Inmunidad se retira de la región. Por lo que sé, la nueva estrategia es reagruparse en las zonas rurales del país donde la población de perros rabiosos es menor y se encuentra más dispersa. En particular, en las Grandes Llanuras del centro del país...

—¿Y qué pasa con nosotros, teniente? —pregunta McGraw—. ¿Qué hacemos aquí?

Bowman hace un gesto de interrogación con la cabeza.

—Ése es el quid de la cuestión. Si les soy sincero, no lo sé. De momento, a la 8ª Brigada no le han dado ninguna orden de evacuación, y nuestra división no nos explica por qué.

—¿Qué pasa con Los Ángeles? ¿También la están abandonando? Yo tengo familia allí, señor.

—¡Es una desgracia, maldita sea!

Varios sargentos empiezan a gritar, todos a la vez.

—Ya les he contado todo lo que sé —grita aún más fuerte Bowman para hacerse oír por encima del vocerío.

Sherman se abre camino a empellones entre la multitud. Llega junto a Kemper y le entrega un trozo de papel.

—Nos atrincheraremos aquí durante un tiempo y reorganizaremos nuestra unidad —continúa Bowman—. También empezaremos a entrenarnos para una nueva misión.

Kemper lee la nota y fulmina con la mirada al operador de radio. La cara del suboficial se enciende.

—Intentaremos recuperar los suministros del cuartel general de la compañía que quedaron abandonados después de que ellos se vieran superados —continúa Bowman

—. Almacenaban armas, víveres, agua y medicinas. Un depósito de munición. Si no lo hacemos nosotros, lo harán los civiles. Necesitamos esos suministros para continuar siendo eficaces en combate.

—¿Y cómo vamos a ir hasta el cuartel general? —pregunta Ruiz—. Se encontraban a unos dos kilómetros de aquí cuando los aniquilaron.

—Improvisaremos —responde Bowman con una sonrisa.

Kemper se acerca al teniente y le susurra algo al oído. Cuando acaba, es patente que Bowman está enfadado y los sargentos se preguntan la razón.

—Póngalo en el mapa —ordena el teniente.

El sargento de pelotón dibuja una línea de color amarillo alrededor del 2º Batallón en Jersey. Bowman se da la vuelta y mira a los suboficiales.

—Jake acaba de recibir órdenes de la división de que tenemos que evitar cualquier tipo de contacto con el 2º Batallón —informa Bowman—. El coronel Rose y su oficial ejecutivo, el mayor Boyle, han muerto. Está confirmado. El capitán Warner está al mando y rehúsa acatar las órdenes.



## 54. ¡Contemplad mis obras, oh poderosos, y desesperad!

McLeod termina de fregar el pasillo que lleva al Asilo —así llaman los chicos al ala donde se ha confinado a los soldados infectados— y vuelve atrás, leyendo los nombres grabados en las tablas que clavaron en las puertas. Ya hace tiempo que no reciben visitas. Los «internos» se han convertido en perros rabiosos.

Pasa junto a una puerta: James Lynch.

Detrás de la puerta recubierta con tablones, se oyen las pisadas de botas y los gruñidos de un rabis.

—Si vivierais un poco más, me uniría a vosotros —dice McLeod—. En vista de que, según parece, vuestro bando está llevando las de ganar.

James Lynch gruñe y carga contra la puerta con el hombro. McLeod da un paso atrás y casi derrama el contenido del cubo. Pasillo abajo, el soldado Becker, del tercer pelotón, que está apostado como centinela, lo mira y menea la cabeza en un gesto de reproche.

McLeod le sonrío abiertamente y lo saluda. Entonces mira el reloj: hora del rancho. Decide ir a comerse la ración al tejado y observar al sargento Lewis abatir rabis con el fusil.

Cuando llega al tejado se lo encuentra desierto a excepción de un sonriente soldado Williams, que va cogido de la mano con una de las civiles. La pareja desaparece detrás de una de las unidades de ventilación.

McLeod se acerca al antepecho, deja la ametralladora y mira a la ciudad.

«Nueva York. Menuda vista. Incluso muriéndose de este terrible cáncer, es preciosa».

—¡Contemplad mis obras, oh poderosos, y desesperad! —declama McLeod al aire fresco, recitando un poema que leyó una vez en clase de lengua, en lo que ahora le parece una vida pasada—. *Allah akhbar*.

La ciudad nunca ha estado tan tranquila. No hay coches en marcha, ni sirenas estridentes, ni murmullo de voces. El humo de los fuegos no controlados se eleva entre los edificios. La basura y los excrementos se tiran por las ventanas a las calles infestadas de cuerpos.

«Gracias a Dios que el viento sopla hacia el sur y se lleva todo el hedor hacia el océano».

Un solitario helicóptero zumba en la distancia. McLeod ve que se trata de un helicóptero de reconocimiento. El apoyo aéreo de la división ya no gasta más combustible ni proyectiles en la ciudad de Nueva York. Ahora el cielo pertenece a las aves que se dan un banquete con los muertos.

Rasga el envoltorio de plástico de su ración de comida preparada y mira hacia la

calle.

Está desierta. Aunque el sargento Lewis estuviera aquí arriba, no tendría nada a lo que disparar, a excepción de la basura acumulada y una manada de perros asilvestrados. Dentro de poco, ni siquiera habrá perros.

Al igual que cuando se contemplan los picos nevados de una cordillera, al pasar el efecto de la majestuosidad de la escena, el *skyline* de Nueva York no podría resultar más deprimente para la supervivencia humana. No hay dinero, sólo una economía de trueque con pocas cosas que trocar. Son contadas las personas con las habilidades necesarias para sobrevivir a los próximos meses. No hay electricidad, ni agua corriente, ni alcantarillado, ni sistema sanitario; poca esperanza para el futuro.

«Y, por supuesto, si sales de casa en las próximas semanas, probablemente te matarán. Por cierto: a largo plazo, tus perspectivas aún son peores».

Al otro lado de la calle, alguien ha pegado un cartel en la ventana de una de las oficinas que reza: Atrapado, socorro. No parece haber nadie en la oficina.

—¿Te importa si te hago compañía?

McLeod se da la vuelta y ve a un hombre de mediana edad que juguetea con un transistor. Viste un elegante pantalón de traje, un jersey de punto y corbata

—¡Qué va! Acércate. —McLeod hace un ademán con la cabeza en dirección a la radio—. ¿Qué coges?

—Nada local, por supuesto —responde el hombre alegremente—. Pero recibo las emisoras de noticias de Pittsburgh por la AM. El gobierno tiene una cura para la enfermedad del Perro Rabioso, dicen. Sólo es cuestión de tiempo que se arreglen las cosas y volvamos a la normalidad.

McLeod comprueba la comida. Costillas de cerdo y sopa de almejas para acompañar. Abre la bolsita de salsa barbacoa y unta las costillas con ella.

—¿Tú lo crees? —pregunta McLeod.

—Sí —responde el hombre.

—¿A qué te dedicabas antes?

—Soy catedrático de la Universidad de Columbia.

—Yo iba a ir a la universidad.

—Y aún puedes hacerlo, muchacho. Tienes toda la vida por delante. —El hombre deja la radio sobre el antepecho y saca una pipa—. ¿Te molesta si fumo?

—Adelante, catedrático —responde McLeod con la boca llena de comida.

—Puedes llamarme doctor Potter.

—De acuerdo, doctor Potter.

—Estoy de broma, hombre. Llámame Dave.

McLeod se encoge de hombros.

—De acuerdo, Dave.

Los dos escuchan la radio juntos. Un periodista resume un comunicado realizado

por la Secretaría de Salud y Servicios Humanos horas antes.

«Bla, bla, bla, bla», piensa McLeod.

—¿No hay noticias locales, Dave? —pregunta a continuación.

La pregunta parece desconcertar a Potter, quien termina de encender la pipa antes de contestar. Las volutas de humo huelen a cereza.

—No —responde Potter—. Siempre informan desde el búnker de la Agencia Federal de Gestión de Emergencias en Mount Weather, Virginia. Cosa natural teniendo en cuenta que allí es donde está el gobierno en la actualidad. La CNN, la MSNBC y la CBS también emiten desde allí. Siguen en el aire. Es una buena señal.

McLeod mastica más despacio, deprimido de repente, hasta que casi es incapaz de tragar.

La verdad es que las emisoras ya no funcionan en realidad. Sólo repiten lo que sea que el gobierno les cuenta. Los medios de comunicación, al igual que todas las otras instituciones reconocidas por los americanos, se han visto reducidas a simples fachadas. Es tan obvio que hasta un tipo como él se ha dado cuenta.

—Tengo el presentimiento de que nunca iré a la universidad —dice McLeod.

«Lo que significa que, después de todo, tendré que aprender a ser un soldado», se dice a sí mismo. Duda de que vaya a tener otras opciones de trabajo en un futuro próximo. Ser soldado quizá no sea la mejor profesión, pero supera con creces a «carroñero» o «siervo».

McLeod se estremece cuando dos aviones de combate rugen en el cielo justo encima de él, proyectando sombras trémulas sobre el tejado durante un instante. Son dos F-16 Flying Falcons de las fuerzas aéreas norteamericanas, la USAF. Más de trece toneladas de empuje capaz de acelerar a unos dos mil cuatrocientos kilómetros por hora.

—Fíjate en esos mamones —comenta McLeod.

Los aviones atraviesan el cielo al unísono hasta que desaparecen detrás de los edificios hacia el suroeste. Al parecer han reducido la velocidad conforme se acercaban a la ribera del East River.

—Tendría que haberme alistado en las fuerzas aéreas —añade McLeod—. Por lo que sé, los rabis no saben volar.

Momentos después, los aviones regresan dirigiéndose a toda velocidad hacia el noroeste. Cuatro puntos negros salen de sus barrigas y caen rápidamente, surcando el cielo y precipitándose al suelo en una trayectoria balística.

—¡Joder! —exclama McLeod.

Cada punto es una bomba no guiada de novecientos kilos.

—¿Ocurre algo? —pregunta Potter dando una calada a su pipa.

Los puntos se pierden de vista y, un instante después, aparece un destello de luz seguido por un trueno ensordecedor. Una columna de humo negro se eleva sobre el

paisaje urbano del sur de Manhattan.

—En el nombre de Dios, ¿qué ha sido eso? —grita Potter para hacerse oír por encima del estruendo.

—Creo que las fuerzas aéreas acaban de abrir un buen boquete en el puente de Williamsburg, Dave —responde McLeod, que menea la cabeza con asombro al ver cruzar el cielo a otro par de F-16 en dirección sur—. Tiene toda la pinta de que están cerrando Manhattan a cal y canto.

## 55. El último hombre que queda en pie

Hace cuatro días, el 1.er Batallón contaba con más de seiscientos cincuenta efectivos. Ahora, tan sólo tiene una fuerza lista para combatir inferior a los doscientos hombres. Todos los oficiales han muerto o se encuentran desaparecidos en combate, excepto el teniente Todd Bowman y los otros dos tenientes supervivientes de los cuatro pelotones de la compañía Charlie.

Bowman transmite dicho informe después de que Inmunidad —el indicativo de llamada del centro de mando de división del general Kirkland— contacte con Perro de guerra Dos en un barrido de unidades para ver cuáles siguen operativas en la zona.

Sujetando el auricular del equipo SINCGAR contra la oreja, Bowman se encuentra en posición de firmes, con la espalda erguida y la vista al frente, a pesar de que en el despacho del director de la escuela no hay nadie más que Jake Sherman, quien está sentado cerca del teniente mordisqueándose la uña del dedo pulgar. Los oficiales más noveles suelen reaccionar de este modo en las contadas ocasiones que los llama un general.

Kirkland felicita a Bowman por mantener a su tropa intacta, lo nombra comandante de brigada y, en reconocimiento a sus logros en el campo de batalla, lo asciende al rango de capitán en ese mismo momento.

Por lo que parece, resulta complicado deshacerse de las viejas costumbres. Después de todo lo que ha visto, la inusual promoción sorprende a Bowman mucho más de lo que le ha sorprendido cualquier otra cosa de las que han pasado últimamente.

Kirkland le dice que tiene una misión para él.

Después de terminar la llamada, el ahora capitán Bowman mira a Sherman.

—Jamás dejan de sorprendernos —dice Bowman.

—Felicidades por su ascenso, señor —responde el operador de radio con una sonrisa radiante en la cara.

—Gracias, Jake. Aunque me lo hayan concedido por ser el último hombre que queda en pie.

## 56. Un simple malentendido

Bowman sale del despacho y ve a los suboficiales, que esperaban a que regresara tomando café y charlando en voz baja unos con otros en la zona común de trabajo.

—Muy bien —reclama su atención Bowman, que vuelve junto al mapa—. La llamada era de Inmunidad. He recibido nuevas órdenes, directas del general Kirkland. Nos han asignado una misión.

Los suboficiales dejan de hablar entre sí y lo miran con un repentino gesto entre receloso y desconfiado. De pronto, Bowman lo ve claro: probablemente primero le ofrecieran la misión al 2º Batallón. El coronel Rose la aceptó. Entonces sus hombres, al calificar la misión de suicida, se rebelaron y le dispararon.

¡Qué ironía! Puesto que el objetivo de la misión se encuentra en Manhattan, lo más seguro es que Rose hubiera ordenado al 1.er Batallón que llevara a cabo la misión, dejando así a su batallón fuera del asunto. Pero antes de que Rose pudiera delegar la misión a la gente de Bowman, sus hombres lo asesinaron.

Un simple malentendido.

Tras ello, el general Kirkland optó por un tal teniente Bowman y lo nombró comandante de brigada.

No es difícil extraer la moraleja del asunto: Tendrá que andar con pies de plomo.

—Nuestra misión tiene que ver con un laboratorio de investigación situado en el lado oeste de la isla. —Golpea un punto del mapa con el dedo índice—. Justo aquí. ¿Lo pueden ver todos? Iremos a esas instalaciones para proteger a un grupo de científicos y ayudarlos a abandonar la ciudad.

—Esto, teniente... Con el debido respeto, señor, ¿no cree que es algo suicida? —pregunta uno de los sargentos del tercer pelotón.

—Iremos a esas instalaciones sin sufrir ninguna baja si puedo evitarlo —responde Bowman, mirando al hombre a los ojos—. Iremos de noche, cosa que ayudará. Por cierto, ahora soy capitán, no teniente. Me han ascendido y me han puesto al frente del batallón.

En verdad, lo han puesto al frente de la brigada, pero todo el asunto —que asciendan a un teniente novel a jefe de brigada— resulta bastante ridículo. Incluso para él.

—Felicidades por su ascenso, señor —dice otro sargento del tercer pelotón—. Pero ir después de anochecer es un suicidio puro y duro. Pudimos comprobarlo la otra noche. La masacre ocurrió después del apagón.

—En realidad, es probable que el apagón salvara a lo que quedó de las compañías de su completa aniquilación —contesta Bowman—. Y los supervivientes llegaron hasta aquí, la mayoría sin un rasguño, gracias a las gafas de visión nocturna. Haremos

lo mismo en esta misión.

Algunos de los suboficiales asienten.

—Pero no podemos silenciar nuestras armas —replica otro sargento—. Si disparamos unas cuantas balas en esta ciudad, todos los perros rabiosos vendrán hacia nosotros a pleno galope.

—No vamos a disparar nuestras armas —responde Bowman.

—¿Señor?

—Nos abriremos paso con la bayoneta.

Los suboficiales se ríen a carcajadas y silban en señal de admiración. Es un plan con cojones. Puede ser que consigan salirse con la suya.

El teniente Bishop levanta la mano.

—Señor, una pregunta. ¿Por qué tenemos que jugarnos el cuello? El ejército nos ha abandonado aquí. Así que, teóricamente, nos las tenemos que apañar solos.

Bowman frunce el entrecejo.

—No nos han abandonado. Van a...

—Lo único que digo es que aquí estamos a salvo y deberíamos pensar si vale la pena arriesgar nuestras vidas —interrumpe de nuevo el teniente.

Bowman niega con la cabeza. No quiere discutir con Bishop delante de los suboficiales, pero ellos tienen derecho a saber qué está en juego.

—Les diré por qué es importante esta misión —dice el capitán Bowman—. Ese equipo de científicos ha encontrado la cura para la enfermedad del Perro Rabioso. Y nos espera un viaje en helicóptero al completar la misión. Nos iremos con los científicos.

—Con el debido respeto, señor, eso es mentira —contesta Bishop—. No me lo trago.

Los suboficiales contienen la respiración ante la falta de disciplina y decoro entre oficiales frente a la tropa. Entonces empiezan a murmurar, unos en contra de Bishop y otros a favor.

—¡Tiene razón! —grita uno de los sargentos de la Bravo.

—Yo no salgo otra vez ahí fuera —murmura uno de los de la Delta.

—Incluso si logramos salir de la isla, nos utilizarán como carne de cañón en otra ciudad. Lo sabéis, ¿no?

—¡Hay que joderse!

—Callen y escuchen al oficial al mando.

—¡Yo digo que hagamos una votación!

—Tienen razón, Todd —continúa Bishop—. Ya nos han mentido demasiadas veces y eso ha costado la vida de muchos hombres buenos.

Kemper brama una orden y los hace callar a todos.

—¡Se dirigirá al oficial al mando como «capitán» o «señor», teniente! Y no

discutirá ni cuestionará las órdenes del capitán delante de la tropa. ¡Así que cállese de una vez!

Bowman fulmina con la mirada a los dos, a punto de estallar de rabia.

—Ustedes dos, salgan de aquí. Quítense de mi vista. Ahora. Me ocuparé de ustedes más tarde.

—Sí, señor —responde Kemper—. Siento mi arrebato, señor.

Y cuando pasa por delante de Bowman, el sargento le guiña un ojo.

Bowman está casi demasiado confundido para entenderlo, pero al final lo coge. Kemper sabía que el capitán no necesitaba ningún paladín que lo defendiera. En cambio, lo que necesitaba era que su gente respetara su autoridad y acatara sus órdenes. Kemper ha demostrado a los suboficiales que él obedece a Bowman y, al mismo tiempo que ha hecho callar a Bishop, ha acabado con el debate público de una tacada.

—Esto no es ningún club juvenil —dice el capitán a los sargentos—. No votamos. Si estás en el ejército, sigues las órdenes de la cadena de mando hasta llegar al mismísimo presidente de Estados Unidos, y si no, eres escoria y un desertor. ¿Ha quedado claro?

—Sí, señor —responden los suboficiales.

—Ahora, presten atención. Es importante. En el caso de que no saliéramos ahí fuera para cumplir esta misión, sí tendríamos que hacerlo para recuperar los suministros que quedan en el cuartel general. La alternativa sería quedarnos aquí sentados y esperar a morir de hambre. Las gafas de visión nocturna nos van a conducir al laboratorio o a traernos de vuelta aquí después de recoger los suministros. Tras completar esta misión, el ejército nos trasladará a algún otro lugar, pero será mucho más seguro que estar en medio de la ciudad con mayor densidad de población del condenado país. Eso, por no mencionar que las fuerzas aéreas han empezado a volar los puentes en un disparatado intento de evitar que los perros rabiosos abandonen la isla. En un mes o dos, lo que ven a través de la ventana puede que sea considerado los viejos buenos tiempos de paz y abundancia. Creo que, con los datos que manejamos, esta misión es nuestra mejor y única opción real de sobrevivir a largo plazo. ¿*Hooah*?

—*Hooah* —responden los suboficiales, unos más alto que otros. Algunos ni siquiera abren la boca.

—Nos pondremos en marcha a las cero-cuatro-cero-cero —comunica Bowman—. Estén preparados. Eso es todo.



## 57. Uno de vosotros es un traidor

Nada más despertarse en la oscuridad, los chicos de la primera escuadra del segundo pelotón empiezan a refunfuñar. Cuando logran salir de los sacos de dormir —temblando a causa del aire nocturno, pues al ser la primera semana de octubre cada día se vuelve más fresco— han pasado de refunfuñar a quejarse abiertamente.

A muchos soldados les encantan las cosas guays que ocurren mientras están de servicio, pero no paran de quejarse o protestar por todo lo que hay entre una cosa guay y otra. Pero hoy, la disensión es total. Se estaban acomodando al lugar y comenzaban a tener la impresión de que podrían esperar a que se calmaran las cosas y poder salir con vida de ésta. Tienen víveres, agua, electricidad, calefacción y seguridad. Incluso unos cuantos ligones del pelotón han sacado tiempo del duro e interminable trabajo para iniciar relaciones con algunas de las civiles.

Mooney fue el único que no se sorprendió cuando el sargento McGraw les informó la noche anterior de que iban a ponerse en marcha. Ya había notado los cambios en el viento. Había visto las señales y los portentos en el cielo y había comprendido que nadie iba a salir de ésta sin sufrir intensamente. Las cadenas de televisión habían dejado de emitir una a una, el único valor del papel moneda era el de servir de yesca, los sistemas de distribución de comida, medicinas y ropa se habían interrumpido, y había rumores de que unidades enteras del ejército cogían sus armas y, simplemente, se largaban.

Todo ha sucedido tan deprisa.

«Dentro de nada, la gente quemará los libros de las bibliotecas para mantenerse caliente entre las salidas para cazarse los unos a los otros y utilizará el río Hudson como retrete y lavadora».

—No te creerías que el ejército nos iba a dejar en paz, ¿verdad? —pregunta Carrillo—. Somos una de las únicas unidades de la zona que aún obedecen las órdenes.

—Somos una de las únicas unidades que siguen con vida —responde Ratli.

—Como mínimo, tienen que intentar conseguir que nos maten —bromea Rollins, pero nadie se ríe.

—Dejad de quejaros y equipaos, chicos —interrumpe McGraw, entrando en la habitación. Lleva las mangas enrolladas, cosa poco habitual en él, con lo que deja a la vista los peludos antebrazos de Popeye: en uno lleva una calavera tatuada, y en el otro, dos fusiles cruzados—. Os quiero listos para partir y en fila india en la otra pared del pasillo en quince minutos. Deja el saco, Ratli. Y también el poncho. Iremos ligeros. Llevad mucha munición y sólo lo que necesitéis realmente. Lo demás se queda aquí para los *hajjis*.

Los chicos se echan a reír. Han comenzado a llamar «rabis» a los perros rabiosos y «hajjis» a los civiles durante los últimos días, y oír a uno de los suboficiales llamarlos de la misma manera —y en especial a su seco y corpulento sargento McGraw— les resulta hilarante.

Muchos de estos chicos dejarán el abrigo de sus sacos de dormir y se jugarán el cuello sólo por devoción a sus suboficiales. Respetan a los suboficiales. Allí adonde van, los chicos los siguen.

—¿A alguien le quedan varitas luminosas? —pregunta Rollins—. No puedo ver ni una mierda.

—Utiliza las gafas de visión nocturna —responde Mooney—. Así practicas.

McGraw se da la vuelta al oír el sonido de la voz de Mooney, lo señala y dice:

—Tú. —Y acto seguido señala a Wyatt—. Y tú.

—Yo no he sido —bromea Wyatt.

—Poneos el equipo, tarugos —les ordena McGraw—. Venís conmigo.

—Sí, sargento —responde Mooney, sombrío. Los otros chicos ya están abriendo sus raciones de comida preparada. El estómago le gruñe.

Se pondrán en movimiento al cabo de pocos minutos. Los chicos de las otras escuadras ya abandonan las aulas que hay en el ala y llenan el pasillo. La mayoría se pone en cuclillas y se apoya en las taquillas de los estudiantes en medio de un silencio desalentador, con las carabinas encima de las rodillas. Algunos abandonan las filas para ir al lavabo antes de que la compañía se ponga en marcha. Alguien del primer pelotón ha puesto *Welcome to the Jungle* de Guns'n'Roses a todo volumen para desentumecerse y despertar a los hajjis.

Al final del pasillo, McGraw les indica que esperen, con la mirada clavada en el sargento de pelotón Kemper, quien discute con varios civiles.

Alguien pide a gritos una batería nueva para sus gafas de visión nocturna. Los chicos apuran sus cigarrillos, tiran las colillas y las chafan con las botas. Entonces, dos soldados de la escuadra de armas de apoyo del primer pelotón aparecen cargados con una caja de munición y empiezan a distribuirla.

—Cargaos hasta los topes —dicen los dos soldados—. Un cargador en cada bolsillo vacío. Llevad tanta munición como podáis.

Mooney se acerca un poco más al sargento de pelotón y escucha la conversación.

—No les pasará nada si se quedan escondidos y no llaman la atención —les está diciendo Kemper—. Hay comida de sobra. Nuestra gente ha llenado todas las botellas y cubos que había en la escuela con agua del grifo. También sacamos la gasolina de los camiones, con lo que tienen combustible de sobra para el generador.

—Su deber es ayudar a esta gente, sargento —dice uno de los civiles.

—Mi deber es seguir mis órdenes.

—Usted trabaja para nosotros, maldita sea.

—Yo trabajo para el Ejército de Estados Unidos de América, señora.

Kemper se aleja, le hace un gesto con la cabeza a McGraw y sigue caminando por el vestíbulo, donde el caos y el ruido crecen por momentos conforme los suboficiales empiezan a impartir órdenes y a preparar a sus escuadras para la marcha. A la confusión se le suma el hecho de que el oficial al mando ha realizado unos cambios de última hora: ha ascendido a varios sargentos al rango de teniente, ha combinado escuadras y ha construido una nueva compañía plenamente operativa de las cenizas de un batallón en un momento. Varios chicos gritan los nombres de sus unidades, presas del pánico. Parece que han desaparecido escuadras completas.

Mooney se da la vuelta y ve que Martin y Trueno se acercan a ellos, con su M240 del calibre treinta. Martin le enseña el pulgar levantado. Mooney frunce el entrecejo. Nunca le ha quedado claro si Martin es un buen tío o un gilipollas. En Iraq, levantar el pulgar es lo mismo que mandar a tomar por el saco a alguien.

—¿Sabéis qué ocurre? —susurra Mooney.

Con una sonrisa en el rostro, Martin niega con la cabeza.

—Silencio —ordena McGraw.

Doblan una esquina y entran en un pasillo vacío. Al instante, los sonidos de lo que queda del 1.er Batallón se desvanecen en la oscuridad.

Kemper enciende la linterna SureFire acoplada en su carabina.

—Apague esa cosa —dice una voz desde la penumbra—. Estoy aquí.

—Sí, señor —responde Kemper.

El capitán Bowman sale de un aula vacía llena de polvo con una varita luminosa colgando del chaleco. No es casualidad que la varita de luz monocromática, al igual que la pantalla de fósforo de las gafas de visión nocturna, sea de color verde. El ojo humano es capaz de distinguir más tonalidades de verde que de cualquier otro color fosforescente. El capitán es la única persona que lleva luz.

—Quiero que coloquéis la calibre treinta aquí, apuntando en aquella dirección —dice Kemper al artillero y a su ayudante—. Nosotros seguiremos hasta el final del pasillo. Si oís disparos, permaneced tranquilos y no disparéis. Si os digo que disparéis, entonces cosed a tiros a cualquier persona con una linterna o una varita luminosa. Pero sólo si os ordeno disparar. ¿Ha quedado claro, especialista?

—Sí, sargento —asiente Martin.

—Buen chico.

El capitán repasa con la vista a Mooney y a Wyatt. Mooney se pone en posición de firmes.

—Se presenta el soldado Mooney, señor.

Wyatt copia el ritual. Bowman les sonrío.

—Siempre los dos. Descansen, soldados.

—¿Qué hacemos aquí, sargento? —pregunta Trueno.

—Es una cuestión personal —responde Kemper.

Martin y Trueno acaban de instalar la M240. El grupo avanza por el pasillo.

Al frente, en la oscuridad, Mooney oye voces que murmuran entremezcladas con algún chillido estridente puntual. El estómago comienza a darle saltos. De repente lo asalta la convicción de que ocurre algo malo. Y de que algo peor va a ocurrir.

El capitán habla por el comunicador.

—He traído un par de hombres conmigo, pero doblaré la esquina yo solo para hablar contigo —dice Bowman—. ¿De acuerdo?

Mooney devolvió la radio después de la misión de reconocimiento, con lo que no puede oír la respuesta. Pero el capitán sigue avanzando, así que todo debe de ir bien.

—Voy a salir —dice Bowman, que levanta las manos para mostrar que no va armado—. No disparéis. Repito, no disparéis. Sólo vamos a mantener una conversación.

El capitán dobla la esquina y desaparece.

Kemper lo sigue con sigilo hasta llegar a la esquina, se pone en cuclillas y escucha. McGraw les indica a Mooney y a Wyatt que se preparen para entrar en acción a su orden.

Sudando bajo el uniforme de combate, Mooney apoya una rodilla en el suelo y siente la cómoda protección de la rodillera. El corazón le late con fuerza contra las costillas y la sangre se le agolpa en los oídos. Desde el momento en que el capitán Bowman dobló la esquina, la tensión ha ido *in crescendo* hasta resultar casi imposible respirar.

—Todd, siento que nos tengamos que ver así —dice una voz.

—El teniente Bishop —le susurra Wyatt a Mooney.

—Yo también —responde Bowman.

—Bien, como puedes ver, nosotros no vamos. Nos quedaremos aquí y nos reharemos.

—Comprendo.

—No queremos tener nada que ver con tu guerra. Ya no pertenecemos al ejército. Y no vamos a morir por mantener con vida el recuerdo de un país desaparecido.

—Lo comprendo. Pero aun así, tengo que hablar con los hombres.

—Adelante, aunque nada de lo que digas los hará cambiar de parecer. Ya han sobrevivido a una masacre. No se van a meter en otra.

—¡Soldados! —La voz del capitán resuena por el pasillo hasta que desaparece en un susurro fantasmagórico—. ¡Soldados! Podéis quedaros aquí. No os voy a obligar a venir con nosotros. Lo hecho, hecho está. No pasa nada.

—Qué amable por tu parte —responde Bishop con recelo—. ¿Y qué pides a cambio?

—Uno de vosotros es un traidor a Estados Unidos y debe ser castigado.

—¿Y quién...? ¿Qué haces?

El seco disparo de una pistola les resuena en los oídos, casi como si fuera un golpe físico, que hace que se estremezcan.

Otro disparo. El olor a cordita se difunde por el aire y se les mete en la nariz.

Mooney nota que McGraw se pone tenso, es capaz de oler el sudor nervioso del hombre a escasos pasos de él mientras se prepara para abalanzarse y abrir fuego de cobertura para el capitán. Pero no sucede nada. Los segundos pasan. Los desertores no devuelven los disparos.

El pitido en los oídos de Mooney desaparece gradualmente.

—Lo hecho, hecho está —dice Bowman, y eleva la voz en la oscuridad—. Si nos vemos obligados a regresar aquí, os aceptaremos de nuevo en el batallón sin haceros ninguna pregunta. Si no regresamos, cuidado de los civiles. Mi intención es decirle al general que os presentasteis voluntarios para quedaros atrás. No habrá deshonor, siempre que os mantengáis fieles a vosotros mismos y a la gente que os encomiendo. Mientras ellos sigan vivos, vosotros aún perteneceréis al Ejército de Estados Unidos.

Tras unos instantes de silencio, Bowman añade:

—Que Dios esté con vosotros.

—Gracias, señor —susurran los chicos en la oscuridad.

Momentos después, el capitán Bowman regresa, la varita de luz resulta casi deslumbrante para los ojos de Mooney. La luz titila. Mooney tarda unos segundos en darse cuenta de que el que tiembla es el capitán. Acaba de ejecutar a un oficial compatriota delante de una o dos docenas de desertores —o quizá más— que lo apuntaban con una variedad de armas automáticas.

—En su estado no nos sirven de nada —explica Bowman—. En verdad, esta noche nos hemos convertido en un ejército de voluntarios. —Da la impresión de estar aturdido y exhausto—. No obstante, Bishop era un traidor. Lo que hice, lo hice para cumplir con mi deber para con el ejército. Las cosas se pueden estar desmoronando, pero aún somos el Ejército de Estados Unidos.

Kemper y McGraw asienten sombríos. No se necesita ninguna explicación.

Bowman mira a Mooney y a Wyatt, respira hondo y sonrío.

—Gracias por el apoyo, soldados.

—No hay de qué, señor —responde Mooney, ronco y con la boca seca.

—Ahora, veamos si podemos largarnos de esta maldita isla esta noche.

## **58. Estocada y quietos, ahora. Recuperar y quietos, ahora. En posición de ataque, ahora**

Los chicos abandonan la escuela en fila de a dos por las puertas delanteras, una larga hilera de color marrón claro que serpentea en la oscuridad con las bayonetas caladas. La primera escuadra de la columna se despliega en cuña, con lo que la formación tiene el aspecto de una flecha. Los suboficiales caminan junto a la columna y mantienen a sus escuadras bajo control. Mientras avancen como una compañía, cada escuadra actuará de forma independiente, puesto que no se puede hablar, y que no se pueda hablar significa que no hay comunicación entre la cadena de mando.

Todos saben adónde se dirigen, cómo llegar y cuáles son las reglas de enfrentamiento: nada de disparar a no ser que sea cuestión de vida o muerte. Los seguros puestos. Se abrirán paso con la bayoneta. La velocidad, la sorpresa y la visión nocturna serán sus aliados en esta misión.

Casi al frente de la columna, Mooney avanza con las gafas puestas, un par de lentes que muestran una imagen electrónica amplificadas del mundo exterior en color verde fosforescente. Este dispositivo permite que el soldado vea aunque sólo haya luz de las estrellas —que es lo único que brilla esta noche— al amplificar la luz ambiente treinta mil veces y después crear una imagen pasada a verde. Los soldados pueden ver a los rabis, pero los rabis no los pueden ver a ellos.

Sin embargo, los rabis pueden oír el terrible jaleo que arman al avanzar. La columna traquetea, las botas pisan trozos de vidrio y patean latas y botellas; los soldados también tosen a causa de las vaharadas hediondas que surcan la ciudad, que, por lo demás, se encuentra sumida en el silencio. Pero, a pesar del ruido, los perros rabiosos no atacan. Parecen estar aletargados.

Mooney oye el sonido de una refriega a su izquierda, seguido de un silbido metálico y un grito agudo. Se vuelve justo a tiempo para ver cómo su sargento arranca la pala de la cabeza de una mujer y echa el cuerpo al asfalto. McGraw les hace una señal: No os paréis, seguid avanzando.

—Lo siento, señora —susurra McGraw en la oscuridad.

Mooney no puede dejar de preguntarse quién era esa mujer antes de convertirse en uno de ellos. ¿Una importante productora cinematográfica? ¿La editora de una revista? ¿Una taquillera del metro? ¿Una profesora sustituta? ¿Tenía marido o estaba soltera? ¿Tenía hijos? ¿Planeaba irse de vacaciones a México durante el invierno?

¿Era una terrorista que iba a volar Nueva York?

¿Era una científica a punto de descubrir una cura para el cáncer?

Nunca lo sabremos.

Muchos de los infectados andan con los pies descalzos por encima de los vidrios rotos y dejan rastros de sangre detrás de ellos. Otros tienen enormes heridas abiertas que supuran pus a causa de docenas de infecciones, y no sólo por los gérmenes transmitidos en los mordiscos: en los últimos días, Nueva York se ha convertido en una alcantarilla a nivel de la calle. El hedor es horrendo y poco a poco va ganando la guerra contra el Vicks Vaporub que los soldados se han untado debajo de la nariz. Esa gente apenas sigue siendo humana.

Pero Mooney no los odia. No es capaz de verlos como unos monstruos. Unos cuantos días antes eran gente normal. Resulta complicado odiar a los esclavos. No tienen elección.

Ve a más infectados al frente, agrupados en apáticos racimos en la oscuridad. Al parecer, duermen de pie; los hombros les suben y bajan debido a su rápida y superficial respiración. Otros sollozan y gritan como si estuvieran afligidos por una gran tristeza.

El hedor se intensifica y hace que se le revuelva el estómago y esté a punto de vomitar.

«No tosas. No hagas ruido».

Pasa junto a un perro rabioso que ha notado su presencia y que intenta dar con ellos a ciegas, manoteando en la oscuridad. Con un movimiento brusco, el hombre queda en el ángulo muerto de la visión periférica de Mooney. Las gafas de visión nocturna permiten la visión en una oscuridad casi completa, pero tienen tres grandes inconvenientes que resultan desconcertantes e incluso peligrosos.

Los soldados, acostumbrados a un campo de visión de 20/20 durante el día, deben adaptarse con rapidez a una reducción de la agudeza visual de entre un 20/25 y un 20/40, en el mejor de los casos. Dicho de otra manera, las gafas de visión nocturna crean una imagen borrosa, y a pesar de que es probable que la luna nueva les esté salvando la vida esta noche, también es la causa de que las gafas no tengan la suficiente iluminación con la que trabajar.

Aunque el visor de las gafas es binocular, las lentes en sí son monoculares, con lo que dificultan la percepción de profundidad del soldado. Los chicos tropiezan y se adaptan al terreno para no perder el equilibrio. En ocasiones, algunos se estremecen cuando ven a un rabis cerca al no estar seguros de la distancia que los separa.

Del mismo modo, los soldados están acostumbrados a tener un campo de visión de ciento ochenta grados, y ahora deben adaptarse a un túnel de visión de sólo cuarenta grados. Los soldados deben mover la cabeza de un lado a otro constantemente para asegurarse de que no se acerca ningún perro rabioso por los lados, por donde están ciegos a todos los efectos.

Mooney oye al perro rabioso olisquear el aire y gruñir a su izquierda. Gira la cabeza a tiempo para ver cómo su jefe de escuadra golpea al hombre en la cabeza con

la pala.

McGraw no se disculpa.

La mente de Mooney se pone a trabajar: ¿Un banquero de inversiones? ¿Un actor famoso? ¿Un padre con tres hijos?

Trata de no pensar en el momento en que le toque acuchillar a estas personas en la oscuridad. En los últimos días ha disparado a mucha gente, e incluso le ha clavado la bayoneta a esa cosa que gimoteaba tirada en el suelo, en el aula de ciencias de la escuela. Pero eso lo hizo sin pensar. Disparar a alguien es una cosa, y acuchillar a una persona conscientemente es otra. La mayoría de los soldados odian esa arma.

La segunda escuadra se aparta de la columna y los chicos se ponen en cuclillas, exhaustos de tanto luchar, esperando a que pase el resto de la columna para colocarse al final de la formación. Ahora le toca a la primera escuadra ir en punta.

Mooney respira hondo y no deja de moverse para analizar los objetos que nadan a su alrededor convertidos en una docena de tonalidades de color verde.

Al frente, flotando en la oscuridad, los blanquecinos grupos de perros rabiosos duermen en sus extraños racimos o deambulan entre las ruinas de la caravana de coches abandonados, tropezando con maletas reventadas y cadáveres.

Un llanto rasga el silencio. Uno de los infectados aúlla de tristeza y dolor.

No se ha previsto que la columna se desvíe de una línea recta hasta llegar al primer giro, a cuatro manzanas de distancia. Si los rabis bloquean la columna, les clavas la bayoneta, los echas a un lado y sigues avanzando. Ésas son las órdenes. Si las desobedeces, podrías ser la causa de que los mataran a todos.

El perro rabioso que se encuentra justo delante de él parece vibrar en la pantalla verde fosforescente, el enorme cuerpo está desdibujado y borroso y la larga y apelmazada barba se muestra retorcida como un nido repleto de gusanos. Un líquido negro le supura del ojo izquierdo a causa de la infección, y tiene la boca abierta. Parece que se está riendo.

Mooney adopta una posición de boxeo, con el pie izquierdo adelantado, el cuerpo erguido, las rodillas un poco flexionadas y apoyándose en los talones.

Lo entrenaron para luchar con la bayoneta. Aprendió cuatro movimientos de ataque durante la instrucción: estocada, culatazo, corte y golpear. Hay compañeros a izquierda y derecha, así que sólo puede lanzar estocadas. La idea es simple: hundir la hoja en cualquier parte vulnerable del cuerpo de tu oponente.

El mayor problema es decidir cuál es esa parte. En este momento es cuando el pensamiento de repulsión aflora. Muchos soldados atacan el centro del pecho del objetivo. Una de dos: o no tienen tiempo para pensar o no quieren hacerlo.

Mooney acerca la culata de su M4 a la cadera derecha, extiende el brazo izquierdo y se abalanza hacia adelante sobre el pie izquierdo con toda su fuerza, lanceando al perro rabioso entre las costillas y haciéndolo retroceder. El hombre



chilla y se tambalea hacia atrás, casi llevándose consigo la carabina. Mooney la sujeta con fuerza y libera la hoja, que abandona el cuerpo del hombre a regañadientes con un horrible sonido de succión.

El rabis se bambolea hacia la izquierda, tropieza con una motocicleta caída y no se levanta.

Otro perro rabioso aparece en la oscuridad; es una mujer anciana vestida con los harapos de una bata de hospital y con la cara y el pecho manchados de sangre. La boca desdentada se abre amenazante y un espumoso chorro de saliva, rica en virus, chorrea de ella.

Estocada y quietos, ahora. Recuperad y quietos, ahora. Volved a la posición de ataque, ahora. Dad un paso al frente.

Junto a él, Finnegan maldice entre dientes cuando le quitan la carabina de las manos y tiene que salir detrás del arma; logra recuperarla y regresa tambaleándose y jadeando.

Después de diez minutos de abrirse paso a la fuerza a lo largo de dos manzanas, el cabo Eckhardt le toca el hombro a Mooney y ocupa su lugar al frente de la columna.

Mooney se incorpora a su nueva posición en la columna y siente un impulso incontenible de quitarse las gafas de visión nocturna y dejar que el mundo se vuelva de color negro. Parece que los tendones de sus doloridos brazos se han endurecido hasta convertirse en acero y un dolor punzante le lacera la muñeca izquierda. Luchar con bayoneta es un trabajo agotador. Se muere por echar un trago de agua.

El sargento McGraw avanza un poco y levanta la mano. Los chicos clavan una rodilla en el suelo con estrépito y jadean. Al frente, los perros rabiosos tienen una brillante aureola verde a su alrededor. Muchos de ellos parecen siluetas oscuras errantes. Aparentemente, más adelante hay un incendio que genera mucha luz y amenaza con desenmascararlos.

Mooney mueve la cabeza para comprobar los flancos y también para intentar despejar la mente de la claustrofóbica sensación de encontrarse en una horrible pesadilla.

Hay infectados por todas partes.

## 59. Esta acción la llevaremos a cabo con la bayoneta

Después de que la columna se haya detenido para hacer un alto de seguridad, Bowman se quita las gafas de visión nocturna y, al instante, se ve sumido en la oscuridad. Levanta la carabina y otea a través de la mira telescópica con un punto rojo en el centro, que además de proporcionarle visión nocturna también aumenta la proximidad.

Rápidamente llega a la conclusión de que la mitad delantera de la columna se ha metido de lleno en un grupo ingente de perros rabiosos. No en una de esas aglomeraciones importantes con miles de ellos, pero sí en una concentración de varios cientos —como mínimo— que gimen y resuelan en la oscuridad. Se agrupan en racimos, jadean mientras duermen o deambulan sin rumbo, se acercan a la columna y olisquean el aire y gruñen, lanzan golpes al aire cuando se clavan las bayonetas después de andar a ciegas hacia ellas. Detrás de la multitud, algún tipo de fuego —lo más seguro es que sea un coche— arde en medio de la calle.

Su unidad está en problemas. Los rabis bloquean la calle con numerosos efectivos, y en estos momentos prácticamente rodean a una cuarta parte de la compañía como una manada de depredadores ciegos. Si la columna intenta atravesarlos a punta de bayoneta, cada vez serán más visibles debido al resplandor del fuego. Y entonces podrían verse metidos en una batalla de verdad en condiciones desiguales.

El capitán vuelve a colocarse las gafas. De pronto, se da cuenta de que en los pisos altos de los edificios hay algunas ventanas que brillan por la luz de las velas. La gente aún intenta sobrevivir a su alrededor en esta ciudad aparentemente muerta.

«Y tú vas a dejar que mueran todos ellos», se dice.

Con un gruñido, aleja el deprimente pensamiento de la mente y murmura por radio:

—A todas las unidades. Aquí Adalid. Mantengan posición hasta nueva orden. Corto.

Después de bajar hasta el final de la columna a paso ligero, encuentra al sargento Lewis y le ordena que se coloque en el flanco izquierdo, y a la siguiente escuadra le indica que vaya hacia el derecho, repitiendo la operación hasta crear una línea de tropas que ocupa toda la calle.

Tras desplegar a las tropas, ve un coche abandonado y se mete dentro, cerrando la puerta con cuidado.

—A todas las unidades. Aquí Adalid —susurra el capitán—. A los que he sacado de la columna, a partir de ahora los llamaré «equipo uno», y a los que siguen en la columna, «equipo dos». A mi orden, el equipo uno cargará y hará retroceder a los

rabis. Una vez hayamos entablado combate, el equipo dos se unirá a la lucha. Esta acción la llevaremos a cabo con la bayoneta. Sin disparos.

»La instalación de investigación se encuentra a ocho manzanas de distancia. Un poco menos de un kilómetro. Después de que lancemos nuestro asalto, seguiremos avanzando tan rápido como nos sea posible. Éste es el punto de inicio de la misión, y una vez la comencemos, ustedes serán responsables de conducir a sus unidades al objetivo por sus propios medios.

»Pónganse en marcha cuando lo indique. Buena suerte y que Dios los proteja. Esperen. Corto.

Bowman sale del coche y se coloca en posición junto a Lewis, se vuelve y se da por advertido de su presencia con un saludo.

—En marcha en... Cinco, cuatro, tres, dos, uno. Ahora —ordena el capitán.

El equipo uno avanza a paso ligero en una línea compacta, que no tarda en volverse irregular cuando algunos de los chicos tropiezan con la basura y los cadáveres, otros se quedan atrás por el cansancio y algunos se dan de bruces dolorosamente con las tomas de agua de los bomberos, señales de tráfico e incluso con coches después de calcular mal la distancia que los separaba. Bowman oye su respiración entrecortada.

Aparece el primer perro rabioso. El capitán lo ensarta, y la fuerza del impulso de la estocada casi le hace perder la carabina. Recupera el arma con un esfuerzo colosal y carga con el hombro contra el rabis para apartarlo del camino, con lo que los dos se quedan sin aliento.

El hombre cae al suelo. Otro ocupa su lugar entre gruñidos.

Delante de ellos, la multitud se vuelve más densa por momentos hasta convertirse en una muralla de cuerpos con un brillo verdoso. Algunos de los chicos, incapaces de contenerse, gritan para reunir el valor necesario para lanzarse a la batalla.

La línea choca contra la muralla de rabis, que se tambalean por el impacto. Docenas de ellos caen al suelo retorciéndose de dolor a causa de las heridas de bayoneta. Los supervivientes atacan a los soldados, y entonces el equipo dos se pone en pie e inicia su propio asalto en una línea que impacta en el centro de la muchedumbre.

Si fueran un enemigo normal y tuvieran un miedo razonable a perder la vida, ya estarían huyendo tan rápido como les fuera posible en la oscuridad. Pero éste no es un enemigo normal. Este enemigo no es capaz de sentir miedo ni de razonar. Para el Lyssa, el cuerpo humano es un envase desechable, sólo una marioneta de carne con una fecha de caducidad de cinco días. Incluso las entidades víricas individuales en cada cuerpo no tienen el menor interés en la autoconservación, sólo en la supervivencia general de su código genético. Cada entidad es tan esclava de su arcaico programa como lo son los infectados.

Una ráfaga de armas ligeras agujerea las filas de los rabis.

Nadie dio la orden de disparar. Ocurrió al mismo tiempo en cinco lugares distintos. Hay demasiados perros rabiosos que matar en combate cuerpo a cuerpo. La línea de soldados se ha roto por varios lugares, puesto que algunas unidades consiguieron avanzar y, otras, en cambio, se vieron detenidas. Con la línea rota, la superioridad numérica de los perros rabiosos empieza a decantar la balanza, al rodear y superar a los soldados.

A un soldado exhausto le entró el pánico cuando un perro rabioso herida le clavó los dientes en la bota y éste le descerrajó un tiro en la cabeza, volándose a su vez varios dedos del pie.

Instantes después, todo el mundo está disparando.

Los civiles comienzan a asomarse a las ventanas y les gritan hasta quedarse roncocos.

«Lo hecho, hecho está», se dice a sí mismo.

Bowman quita el seguro de la carabina y empieza a disparar a los perros rabiosos cercanos con una cadencia de disparo casi cíclica, una bala cada pocos segundos. Consume los cargadores y recarga sin aflojar el paso. El repiqueteo de las armas ligeras se convierte en un rugido cuando toda la compañía cose a tiros a los rabis. Los destellos en los cañones iluminan la línea; casi resulta hermoso de contemplar con las gafas de visión nocturna. Las trazadoras surcan el aire. Una granada explota y una enorme bola de fuego verde estalla en chispas y gotas ardientes. El aire empieza a llenarse de luminosas nubes de humo verde pálido.

Los civiles los vitorean.

—A todas las unidades. Aquí Adalid —comunica Bowman por radio—. Sigam avanzando. No se detengan.

El uso de munición ha resultado ser decisivo. La compañía se abre paso a tiros entre la multitud sufriendo muy pocas bajas en el proceso.

Ocho manzanas de distancia hasta el laboratorio. Casi un kilómetro.

A su alrededor, la ciudad ha comenzado a agitarse con el ruido de las pisadas de miles de pies al despertar los perros rabiosos de los sueños que los atormentan, sueños de una época anterior a la plaga.

Si los soldados se mueven deprisa y no encuentran ninguna otra multitud entre esta posición y el centro de investigación, pueden lograrlo.

—¡Vamos, vamos, vamos! —grita Bowman.

Lo logran.

# Capítulo 12

## 60. Somos del Ejército de Estados Unidos

Subiendo por la escalera, el sargento Lewis lidera al primer equipo de intervención mientras que el resto de la compañía asegura el vestíbulo del instituto Bradley a la espera de que llegue su momento de actuar. La escalera está oscura como boca de lobo, lo que los priva de la visión nocturna, pues las gafas resultan inútiles sin un poco de luz ambiental que amplificar; así que utilizan la linterna SureFire de lente roja acoplada a las carabinas. Los haces de luz resultantes se traducen en un verde de color brillante en las gafas de visión nocturna, pero a simple vista son casi imperceptibles, por lo que a los rabis no les es fácil percibirlos.

La escuadra se detiene en la escalera.

—Está cerrada a cal y canto, sargento —informa el cabo Jaworski, mientras intenta abrir la puerta que Lewis cree que conduce al laboratorio.

—¿Quién lleva el C4?

—Yo, sargento.

—Dámelo, Reed.

Lewis toma el C4, engancha el explosivo en la puerta y comienza a preparar la carga mientras la escuadra se retira a un lugar seguro escalera abajo.

—¡A cubierto! —grita Lewis.

Los chicos se ponen en cuclillas y agachan la cabeza tapándose los oídos.

La detonación ruge en la escalera con un seco estallido que les recorre el cuerpo, desde el cráneo hasta la punta de los dedos de los pies. La explosión ha volado la cerradura y ha combado la puerta, que ahora se mece de manera precaria sobre un gozne, rodeada de un humo de aroma penetrante.

—¡En marcha!

Poniéndose de pie con rapidez, la escuadra levanta las carabinas y entra en el pasillo en una estrecha y atestada formación de diamante en busca de objetivos.

Lewis sabe que los rabis han estado aquí. Entre el Vicks Vaporub y el humo no es capaz de olerlos, pero ha visto los cadáveres dispuestos en un rincón del vestíbulo cubiertos de moscas —aunque todo parece indicar que murieron a causa de la enfermedad— y el cuerpo de un miembro de la Guardia Nacional con un agujero de bala en la cabeza. Hay signos de lucha por todas partes.

Frente a las puertas de entrada al centro de investigación también ha visto los cuerpos sin vida de una unidad de las fuerzas especiales, tirados en el suelo como si hubieran sido víctimas de un atropello. Era fácil imaginarse lo ocurrido: Inmunidad debió de transportarlos por aire en un primer intento de evacuar a los científicos; un único helicóptero posándose en el tejado de un edificio cercano. Es obvio que el intento no tuvo éxito.

«Ahora nos toca a nosotros», se dice.

Sus fusileros se mueven como una sola persona por el pasillo; las linternas exploran la oscuridad hasta llegar al vestíbulo de ascensores.

Los cadáveres se amontonan unos sobre otros, enzarzados en una presa mortal. Dos de ellos llevan bata, lo que indica que eran científicos; los otros ocho, ropa de calle. Algunos muestran signos de la infección. El hedor a muerte es intenso. Varios rastros de sangre se alejan de la zona hacia unas puertas cerradas.

Parsons suelta un silbido.

—¿Qué demonios ha ocurrido aquí? —pregunta.

—Muchos *hajjis* muertos, un par de rabis muertos —contesta Jaworski, que se lleva la mano a la boca para evitar las arcadas—. Heridas de bala, estrangulación. A ese pobre tío le han desgarrado la garganta.

—Esta mierda es un *fregao*, hermanos —dice Turner.

—Turner, cuando hablas así, aún sueñas más blanquito —responde Pérez.

—Eh, esa pava de ahí es clavada a la tía que sale por la tele, ¿sabéis quién digo? —dice Bailey.

Los chicos se ponen alrededor del cuerpo.

—Sí, ésa de la serie de robots. ¿Cómo se llama la serie?

Nadie es capaz de recordar el nombre de la serie ni el de la actriz.

—Sí que se parece a ella, sí —afirma Jaworski—. Sé a quién os referís.

—¡Enemigos!

Los chicos se despliegan en el pasillo en busca de los objetivos. Los haces de color verde de las linternas se mueven sin orden ni concierto hasta converger en el centro del pecho de una perro rabioso que avanza hacia a ellos al trote desde el fondo del pasillo. La mujer carga con los brazos estirados y la bata le ondea entre las piernas, tratando de dar con ellos utilizando sólo el sentido del oído.

—Neutralízala, Reed —ordena Lewis, dándole unos golpecitos en la parte superior de la cabeza del soldado.

—A la orden, sargento —responde Reed.

El soldado quita el seguro del arma, apunta utilizando la mira de la carabina, espira sonoramente y aprieta el gatillo con suavidad. La M4 se dispara con un sonido chirriante y mecánico, y la bala le vuela el hombro a la mujer, que se tambalea como si estuviera borracha antes de caer al suelo sobre un creciente charco de sangre.

—Bien —lo felicita el jefe de escuadra—. Ahora, confirma el asunto.

Bowman les ha ordenado que se aseguren de que cualquier persona a la que abatan esté realmente muerta, pero sin malgastar la valiosa munición. Eso significa que se tiene que rematar el trabajo con la culata del fusil o con la bayoneta. Los suboficiales habían empezado a referirse a ello como «confirmar el asunto» para que a los chicos les resultara más aceptable y acabaran haciéndolo. Lewis está muy

orgullosa de su tropa por la entereza que está mostrando.

Reed se pone en pie, avanza a buen paso hacia la mujer y le clava la bayoneta en el cuello.

—Está muerta —informa el soldado, y al momento levanta el puño.

Los miembros de la escuadra se quedan quietos ahí donde están, y escuchan.

Reed les indica agitando la mano que avancen hasta su posición.

—¿Qué tienes? —pregunta Lewis.

—Oí un ruido en una habitación pasillo abajo, a mano izquierda, sargento.

—Comprobémoslo, entonces.

Sin embargo, Lewis no es optimista. La misión parece ser un fiasco. Una de dos: los científicos están muertos o infectados junto a esos otros civiles que entraron en el laboratorio Dios sabrá por qué. Tiene la esperanza de que, a pesar de ello, el ejército aún los evacue, pero lo asalta el presentimiento de que no lo harán. Si no hay científicos, no hay evacuación. Si no encuentran a ningún superviviente, se quedan en Manhattan.

—Oí algo ahí adentro, sargento —dice Reed, señalando a una puerta con un letrero: Seguridad.

Está cerrada.

—Si hay alguien dentro de esta habitación, abra la puerta —ordena Lewis.

Oye un gemido apagado, pero nada más. La puerta no se abre.

Mientras prepara el C4, los chicos apoyan una rodilla en el suelo formando un perímetro de seguridad alrededor del sargento; se oye el traqueteo de armas ligeras en otra parte del edificio. Es el segundo equipo de intervención neutralizando a otro perro rabioso errante.

—Si hay alguien dentro y puede oírme, vamos a volar la cerradura. ¡Apártese de la puerta tanto como le sea posible y échese al suelo! —grita Lewis.

—Y si eres un rabis, quédate junto a la puerta —bromea Bailey, y los chicos se echan a reír.

La escuadra se retira a una distancia de seguridad.

—¡A cubierto!

La puerta estalla y la escuadra entra en tropel por el agujero humeante, con las carabinas preparadas, peinando la habitación.

—¡Despejado! —informan los chicos, uno a uno.

—¡Sargento, aquí hay alguien! —grita Perez—. ¡En el lavabo, aquí!

—¡Joder! —exclama Parsons con su marcado deje sureño.

La mujer yace hecha un ovillo en el suelo, temblando bajo un montón de batas de laboratorio —algunas de ellas rasgadas y con manchas de color oscuro— y sujetando una linterna que ha dejado de funcionar, la pila seca y consumida. A su alrededor hay bolsas vacías de tentempiés y envoltorios de caramelos y una extraña colección de



vasos de precipitados, tubos de ensayos y macetas; varios están llenos de agua. Por lo que parece, la mujer ha estado reservando el sanitario como la última fuente de agua; en su lugar, ha utilizado una papelería como inodoro y jirones de una bata de laboratorio a modo de papel higiénico.

A Lewis lo embarga un sentimiento de admiración. Esa mujer ha conseguido sobrevivir de alguna manera durante varios días casi en una absoluta oscuridad y sin apenas comida ni agua mientras que los perros rabiosos la perseguían a ciegas gracias al sentido del oído y del olfato.

«Está hecha de buena pasta», piensa Lewis.

Los ojos de la mujer comienzan a buscar en la oscuridad y se pone a gritar.

—¿Qué está diciendo? —pregunta Pérez.

—Creo que habla en ruso —responde Jaworski.

—Muy bien, pero ¿qué está diciendo?

—¿Cómo cojones voy a saber lo que dice? Mi familia es polaca, no rusa, y yo sólo hablo inglés.

Lewis se pone en cuclillas junto a ella.

—Señora, tranquilícese —repite varias veces el sargento antes de que la mujer se calme—. Soy el sargento Grant Lewis, del Ejército de Estados Unidos. Vamos a sacarla de aquí.

La mujer se humedece los labios.

—¿El ejército? —dice ella con voz ronca.

Lewis rompe una varita luminosa que despide un brillo en la oscuridad, y se la acerca a la mujer. Ella la coge con las dos manos y se queda con la vista prendida en la luz. Las lágrimas le caen por las mejillas.

—Así es, señora —reafirma McGraw, levantándose las gafas de visión nocturna y sonriendo bajo el brillo verdoso—. Somos del Ejército de Estados Unidos.

## 61. Sobreviví

Sintiéndose segura, vestida con unas zapatillas deportivas y un uniforme de combate que le viene grande, Valeriya Petrova devora la ración de comida preparada que le han entregado los soldados, haciéndola bajar con largos tragos de una cantimplora. Entrecierra los ojos para protegérselos del brillo del centro de mando; un par de sencillas reparaciones en el generador de emergencia de la sala de mantenimiento de la planta baja han restaurado la luz.

Petrova se maravilla con los apagados colores institucionales del centro de mando bañados en la luz de los fluorescentes. Después de días de oscuridad, incluso los colores mortecinos son una preciosidad en estado puro.

Ha sobrevivido. Más tarde ya se preguntará por qué es la única superviviente de toda la gente atrapada en el edificio, tanto del equipo de investigación como de la muchedumbre, y seguro que sufrirá el síndrome del superviviente. Pero no ahora. Ahora mismo se siente exultante sólo por existir.

El médico de campaña que se hace llamar Doc Waters está cerca, estudiándola detenidamente con los brazos cruzados, cosa que la pone nerviosa. ¿Acaso espera el hombre que caiga redonda, muerta? Ha perdido peso y se encuentra desnutrida, pero no se está muriendo. Fue capaz de mantenerse hidratada incluso después de que se cortase la corriente. Aún no puede correr, pero puede andar sin complicaciones.

La verdad es que nunca se había sentido tan viva como ahora.

En cualquier caso, lo de correr se acabó. Ahora está con los militares. Está a salvo. Los chicos que la rodean —que por muy musculados que estén le parecen increíblemente jóvenes— no dejan de hablar de unos helicópteros que vendrán a buscarlos. Muy pronto la evacuarán por aire a un lugar seguro donde poder aislar una nueva muestra de la cepa del Perro Rabioso y finalizar su trabajo en la vacuna.

La puerta se abre y aparece un hombre joven. Al entrar en la habitación, los soldados adoptan una postura erguida y lo miran en respetuoso silencio durante unos instantes, cosa que lo señala como un oficial, un líder.

El hombre se sienta frente a ella y sonrío.

—Soy el capitán Bowman —se presenta el hombre.

—Y yo la doctora Valeriya Petrova.

—Espero que encuentre aceptable su nueva ropa, doctora Petrova.

—Después de llevar la misma ropa durante varios días este uniforme me resulta muy cómodo, capitán Bowman.

Ninguno de ellos hace intención de querer tratarse con familiaridad ni de llamarse por sus nombres de pila. En realidad, ella necesita que él sea el capitán Bowman, su salvador, y, según parece, él necesita que ella sea la doctora Petrova, la científica

capaz de detener la plaga.

—Doc me dice que se encuentra bien —continúa Bowman—. Que está en condiciones de moverse.

—Así es.

—Bien —asiente el capitán—. ¿Me puede explicar qué ocurrió aquí, doctora Petrova?

¿Cómo explicar esta pesadilla? La locura, las muertes, la infección, la sangre. La muchedumbre, débil y moribunda, que infectó a propósito al soldado de la Guardia Nacional y que luego subió por los ascensores para ser atacada e infectada por unos doctor Lucas y doctor Saunders completamente enajenados. La oscuridad interminable con la poca esperanza de supervivencia, permanecer cuerda imaginándose que estaba en Central Park, encima de una manta en Sheep Meadow, leyendo un libro mientras su esposo y su hijo ríen y juegan cerca de ella.

Los chillidos en los pasillos mientras ellos morían uno a uno.

La menguante esperanza de ser rescatada.

La oscuridad que empezó a filtrarse y a velar incluso sus recuerdos.

—Sobreviví —dice ella, temblando.

El hombre asiente. Lo comprende.

—Nosotros también sobrevivimos —responde el capitán—. Justo ayer, yo era teniente.

Ahora le toca a ella asentir. No es que esté muy familiarizada con los militares, pero se puede hacer a la idea. La cadena de mandos del ejército ha sufrido numerosas bajas.

—Entonces, el mundo exterior... ¿Está mal?

—Doctora Petrova, está tan mal que puede que dentro de nada ya no quede un mundo.

—Me imagino que no tendrán noticias de... Europa

—Lo siento. Mi conocimiento de la situación se limitaba a Nueva York, pero ahora sólo se limita a poco más de este edificio. Sólo estoy seguro del terreno que defienden por la fuerza mis hombres.

Petrova traga saliva para reprimir un sollozo. El ejército ha perdido la ciudad. Son refugiados, como ella, en busca de una manera de escapar. Y si eso es verdad, entonces debe de ocurrir lo mismo en todas las grandes ciudades. Washington. Nueva York. Los Ángeles. Chicago. Londres.

—Doctora Petrova —añade el capitán Bowman—, mis superiores me han ordenado protegerla a usted y cualquier proyecto en el que estuviera trabajando. —La esperanza se refleja en los ojos del hombre—. Una cura, ¿verdad?

Los ojos de Petrova se posan por turnos en los otros soldados de la habitación.

—Déjenos a solas —ordena Bowman, sin dejar de mirarla un instante.

Los chicos desfilan a regañadientes y la dejan a solas con el capitán Bowman, Doc Waters y el hombre que parece ser el segundo al mando de Bowman, el sargento Kemper. Por alguna razón, ese hombre la asusta. Mientras que la mayoría de los soldados sólo son unos críos, prestos a sonreír a pesar de sus desesperadas circunstancias, los sargentos le dan la impresión de ser hombres duros.

—La enfermedad del Perro Rabioso es una enfermedad diferente —empieza a explicar Petrova, y luego hace una pausa.

—La escucho —responde el capitán.

—Como usted sabrá, el Lyssa ya es malo de por sí, pero es un caballo de Troya para la cepa del Perro Rabioso, que se reveló al presentar un nuevo vector para la transmisión: la saliva. Los mordiscos.

El capitán intercambia una mirada con Kemper.

—De momento, lo que nos ha dicho es lo que ya conocemos de la situación. Continúe, por favor —contesta Bowman.

—Aislé la cepa del Perro Rabioso y produje una muestra pura, pero se echó a perder cuando falló la electricidad y, en consecuencia, los laboratorios se quedaron sin refrigeración. Ya le pasé mi trabajo por vía electrónica al CDC y al USAMRIID antes de que la luz se fuera por última vez. Pero necesito trabajar en un laboratorio en condiciones, con un equipo de personas preparado para producir otra muestra pura y acabar mi trabajo en la vacuna.

No parece que a Bowman le satisfaga la respuesta. Se la queda mirando fijamente.

—Por lo que dice, no hay ninguna cura. Sólo una vacuna. Y pasará tiempo antes de poder producir dicha vacuna en cantidades, por pequeñas que sean.

—Así es, capitán.

Petrova baja la vista. Sabe que la han rescatado y que han corrido un gran riesgo al hacerlo. La respuesta no les satisface. En parte, han venido aquí porque dijo una mentira para forzar al CDC y al USAMRIID a que vinieran a rescatarla. Pero el procedimiento científico no es como el procedimiento militar, ni tampoco tiene resultados rápidos y definitivos. No se puede disparar y matar a un virus con un fusil. La ciencia es lenta, farragosa, un esfuerzo colectivo. Primero se tiene que conseguir una muestra pura de un cultivo de células. Entonces se tienen que hacer pruebas para comprobar la vulnerabilidad contra los medicamentos víricos. Luego se puede destilar la muestra para producir una vacuna mediante un arduo método de acierto y error. Si se hace demasiado débil, el huésped no se hará inmune. Si se hace demasiado fuerte, matas al huésped.

Su descubrimiento es un gran avance, la mejor oportunidad para vencer el virus. No de inmediato, pero con el tiempo.

Pero es obvio que el capitán esperaba resultados inmediatos. El mundo se está

acabando. Puede que pronto no haya una América a la que defender, si lo que le ha dicho acerca del mundo exterior es verdad.

—Siento que esperase unos resultados más definitivos —se excusa ella—. Aunque ahora mismo tuviera la vacuna en mis manos, aún tardaríamos meses en producirla en gran cantidad, suponiendo que las fábricas biomédicas sigan funcionando.

—Mis hombres arriesgaron sus vidas al venir aquí —contesta Bowman—. No podemos decirles que usted tiene la cura y que los vamos a vacunar antes de que nos recojan. Eso es obvio. Pero si quisiera explicar una pequeña historia de que tardaremos menos de un par de meses en conseguirla, yo no la corregiría.

—Comprendo...

—Espero que sea así, doctora. Nos pondremos en marcha en media hora, tan pronto como los helicópteros se pongan en camino. Es probable que tengamos que pelear cada paso que demos hasta llegar a ellos. Si los hombres piensan que luchan por una causa importante, sería beneficioso para todos.

Petrova asiente.

—Nos entendemos, capitán. Lo ayudaré en todo cuanto me sea posible.

## 62. Querían hacer del mundo un lugar mejor

El capitán Bowman se queda mirando a la hermosa científica sentada frente a él y se da cuenta de que tanto él como sus hombres podrían acabar muriendo por ella hoy. Se están jugando el cuello porque ella tiene la mejor teoría de cómo curar la enfermedad. Combatirán durante las próximas horas y podrían morir sin ver el sol otra vez para que esta mujer se meta en un laboratorio y produzca una vacuna. Una vacuna que no estará lista hasta que los perros rabiosos hayan arrasado prácticamente América y destruido todo lo que él ama de su país.

Todo este esfuerzo para una cura que llegará demasiado tarde.

Es la clásica mentira del ejército, pero debería habérselo imaginado. Debería haberse imaginado que ella no iba a proporcionar una salvación instantánea. Arreglar rápidamente un desastre mundial como éste es de todo punto improbable, por no decir imposible. La vida es mucho más compleja de lo que le gustaría al capitán que fuera. Muchos soldados se quejan por eso, pero Bowman es comprensivo y acepta la complejidad de la vida como una ley natural.

En realidad, ya lo sabía. Pero quería creer.

Si él fuera el general Kirkland, también habría actuado del mismo modo. Esta mujer es la única científica que ha desenmascarado la amenaza real. Puede que sea la mejor oportunidad que tiene Estados Unidos para producir una vacuna. Ella es el recurso principal en una guerra que se tiene que ganar, simple y llanamente. Incluso si no hay tiempo material para marcar la diferencia, América debe intentar encontrar la cura. Donde las balas y las bayonetas han fallado, la medicina quizá pueda, algún día, prevalecer. Si ella muere y nadie ocupa su lugar para curar el Lyssa, el virus habrá ganado la guerra contra la humanidad mientras ésta se consume lentamente, quizá para siempre, quizá para volverse a levantar.

«Además, la doctora Petrova es nuestro billete de salida —se dice a sí mismo—. En este momento, ella es más valiosa que todos nosotros. Sin ella nos dejarían atrás. La situación es inestable, caótica».

Por lo que parece, el ejército está desorganizado mientras se retira de las ciudades, y deja atrás unidades y equipamiento en la confusión y el constante desgaste. De hecho, Bowman ha tenido que negociar con Inmunidad para que cumpla la promesa de evacuarlos a todos. Inmunidad quería sacar de la ciudad a la científica desde un tejado cercano, y luego ya vería qué podían hacer para reunir unos cuantos CH-47 con los que evacuar a sus tropas. Quizá al cabo de unos cuantos días, siempre que todos los perros rabiosos estuvieran muertos por entonces. Para Bowman, había demasiados síes, suposiciones y promesas vacuas. Sabe que Inmunidad se va a dirigir hacia el sur, y en pocos días se encontrará muy lejos, o quizá ni siquiera exista.

«Sin los helicópteros Chinook, no hay científica», les dijo.

Bowman sabe que lo colgarán por los pulgares. Es probable que pierda el mando. Hasta podrían ponerlo contra la pared y fusilarlo. Pero sus hombres habrán sobrevivido, aunque sea para volver a luchar —y quizá morir— otro día.

—Le tengo que preguntar una cosa, doctora Petrova.

—Sí, dígame —lo escucha ella.

—En realidad son dos cosas. —Bowman medita un poco—. Sí, dos cosas.

Petrova lo mira con curiosidad.

—Adelante —lo invita ella.

—Mi primera pregunta es: ¿cómo ha ocurrido?

—He desarrollado una hipótesis. Pero una hipótesis científica, ya sabe, sólo es...

—Sí, doctora, lo entiendo. ¿Cuál es su teoría?

—Lo siento. Mi teoría se basa en varias observaciones. El virus es demasiado perfecto. Por algún motivo, el Lyssa se transforma en su ancestro, el Perro Rabioso, una vez que entra en el cerebro. El período de incubación desafía cualquier lógica. Tiene que ser producto de la bioingeniería.

Detrás de Bowman, a Doc Waters se le escapa una exclamación ahogada.

—¿Un arma terrorista? —pregunta Kemper.

—¿Y por qué crear un arma terrorista que mata a tanta gente en ambos lados? —inquire Doc Waters a su vez.

—Quizá los terroristas piensan que ellos van a sobrevivir y quedarán al mando —sugiere Kemper—. Tal vez creen que igualan las fuerzas en el terreno de juego.

—Sin embargo, está demasiado bien hecha. Debe de haberla promovido algún gobierno —apunta Doc Waters.

—A decir verdad, los dos se equivocan. —Petrova vacila, al parecer temerosa de haberlos ofendido y añade—: En mi opinión.

—Siga, doctora —insiste Bowman—. Usted es la experta.

—Los virus son muy competentes a la hora de penetrar en las células humanas e insertar su ADN —explica la viróloga—. Eso es lo que hacen. Por ello, los virus que se solían considerar que eran mortales se han empezado a utilizar como caballos de Troya, como sistemas de liberación para material genético o medicamentos que pueden curar otras enfermedades. Antes de que sucediera esto, la terapia genética era un campo de la biomedicina emocionante y con un enorme potencial.

»Por ejemplo —añade la científica—, se ha utilizado una forma del VIH modificada y benigna, el mismo virus responsable del sida, como un mecanismo de liberación para enfermedades como la hemofilia y el Alzheimer. El herpes es muy eficaz cuando se trata de encontrar y destruir células cancerígenas. Incluso el ébola, una de las enfermedades más mortales del mundo, se ha utilizado como vehículo de liberación para un retrovirus benévolo que puede reparar células y ayudar a combatir

enfermedades como la fibrosis quística.

»Creo que un grupo de investigadores asiáticos trabajaba en un virus de la rabia modificado como una nueva herramienta para la terapia genética. Algo fue mal, es obvio —concluye Petrova.

—Y que lo diga —responde Kemper.

—El virus experimental entró en la sociedad pero mutó con rapidez en lo que conocemos como el Hong Kong Lyssa: una enfermedad respiratoria parecida a la gripe aviar. Quizá se mezcló por accidente con la fórmula de una vacuna experimental. No sería la primera vez que ocurre un accidente de estas características en una instalación biomédica.

—¿Y cómo pueden jugar con la naturaleza de este modo? —inquire Doc Waters con la cara encendida—. En pocas palabras: han destruido la civilización.

—Por favor —pide Petrova, arrugando la nariz con desagrado—. Usted tiene formación médica, señor Waters. Seguro que se da cuenta de que la liberación y propagación de una enfermedad es un caso aislado, una probabilidad de uno entre un millón, un riesgo muy pequeño a cambio de un beneficio increíble para la humanidad. El mundo corrió un riesgo mucho mayor cuando se empezó a trabajar con la energía atómica. Lo que ha ocurrido no ha sido parte de un plan siniestro. La intención era despojar al virus de esos atributos que lo hacían letal e insertar material genético benigno en la cápside vírica hueca. Es de suponer que el virus no tendría que reproducirse ni atacar a las células. Es un proceso en el que se trabaja con muchas precauciones. No se me ocurre qué fue lo que salió mal, pero algo salió mal, seguro.

—Y que lo diga —apunta Kemper de nuevo.

—Sin embargo, caballeros, puedo decirles una cosa a favor de las personas responsables de esto. Lo único que sé a ciencia cierta sobre ellos y lo que hicieron es que intentaban curar una enfermedad que acabó con millones de vidas. Querían hacer del mundo un lugar mejor.

—Al igual que Hitler —murmura Doc Waters.

—¡No! —exclama Petrova, visiblemente ofendida.

—Menudo fregado —dice Bowman, y se prepara para levantarse—. Con referencia a las teorías, no soy capaz de pensar ninguna mejor.

Bowman no le echa la culpa de lo sucedido a la doctora. En cambio, admira su tenacidad e inteligencia. El hecho de que haya sobrevivido a los últimos días indica que es una mujer fuerte y llena de recursos.

—Gracias, doctora. —Bowman se levanta para marcharse.

—Dijo que quería hacerme dos preguntas, capitán.

—Sí, de hecho, así es —responde Bowman sonriendo—. Lo más seguro es que encuentre un poco extraña la pregunta, quizá hasta inadecuada. Pero ¡qué demonios! Supongo que es mejor no andarse con rodeos. Si sobrevivimos, ¿puedo invitarla a



cenar, doctora Petrova?

Petrova sonríe y le muestra la alianza de oro que lleva en el dedo anular de la mano izquierda.

—Capitán Bowman, me halaga su proposición, pero... como ve, soy una mujer felizmente casada.

Bowman sonríe y asiente.

—No podía ser de otra manera —responde con decepción.

## 63. ¿Hora de patearme el culo?

McLeod encuentra al sargento Ruiz en el vestíbulo de ascensores. El suboficial está solo, apoyado en la pared con las manos metidas en los bolsillos del uniforme de combate y sumido en sus pensamientos. El oficial al mando ha autorizado a la compañía a quitarse las máscaras N95 hasta que se pongan en marcha; es raro volverle a ver la cara a Ruiz. La mayoría de los soldados aprovecharon que tenían que llevar las máscaras las veinticuatro horas del día para dejarse crecer un poco la barba. Pero Ruiz, no; el sargento va bien afeitado. Como dice la tropa, es un hijo de puta fanático.

—¿Quería verme en privado, sargento Ruiz? —pregunta McLeod.

El suboficial, de ojos intensos y penetrantes, se aparta de la pared; los músculos de su pecho de bulldog amenazan con rasgarle el uniforme. A medida que se acerca, McLeod nota un escalofrío, pero no se mueve.

«Hasta aquí has llegado —se dice a sí mismo—. Te ha llegado la hora. Al final, Maguila va a patearte el culo».

Ruiz sigue andando hasta situarse justo delante de McLeod, y lo mira de arriba abajo mientras el soldado mantiene la posición de firmes.

—Soldado McLeod, eres un lastimoso saco de mierda.

—Sí, sargento —responde McLeod. Y en verdad, está de acuerdo con la afirmación del suboficial.

—Una enorme y grasienta mancha de mierda en mi immaculado historial de adiestramiento de la mejor infantería de combate del mundo.

—Sí, sargento.

—Tengo que hacerte una pregunta.

«¿Quieres que te golpee en la cara o en el estómago?»

—La pregunta es... ¿Estás listo para ser un hombre, hijo?

—¿Sargento?

—McLeod, esta unidad ha vivido en peligro constante desde hace cuatro días. Nuestro batallón ha perdido dos terceras partes de sus efectivos en ese período. Un buen número de las bajas las hemos sufrido en choques contra hordas de personas que destrozaron a nuestros muchachos con las manos desnudas. Mientras sucedía todo esto, ¿has disparado el arma aunque haya sido una sola vez?

—Yo... —responde McLeod.

—Habla, hijo.

—No, sargento —contesta McLeod sin tapujos.

—Esto no es ningún examen —dice Ruiz—. Descansa.

«Sólo dime cuándo vas a golpearme. No me pegues a traición. Es lo único que

vido».

—Te he dicho que descanses, soldado. Relájate y escucha con atención. Intento enseñarte una cosa.

—Sí, sargento —responde McLeod tragando saliva.

—¿Sabes qué hora es, hijo?

«¿Hora de patearme el culo?»

—Son casi... las cero-cinco-cuatro-cinco horas, sargento.

—Afirmativo. Espectacular, soldado. ¿Sabes a qué hora sale el sol? Te lo diré yo. Hoy, el sol sale sobre las cero-seis-dos-cero horas. ¿Sabes qué significa?

McLeod se muerde el labio entre sudores.

—No pienses demasiado, soldado —dice el sargento—. No es una pregunta con truco. Yo te diré qué significa. Quiere decir que aunque Inmunidad pusiera a volar los pájaros ahora mismo y nosotros abandonáramos estas instalaciones en este preciso instante para reunirnos con ellos en Central Park, seguiríamos sin tener el tiempo suficiente de oscuridad como para ocultar nuestros movimientos. Y eso quiere decir que haremos un trozo del camino, por no decir gran parte, o puede que todo, de día, expuestos a los rabis. ¿Qué harías si estuvieras al mando?

—¿Yo? Supongo que le diría al general que esperásemos a mañana por la noche.

—¡Sobresaliente, soldado! Pero el general te acaba de decir que es ahora o nunca, o lo tomas o lo dejas. La división leva anclas y se larga al sur. En veinticuatro horas, todos los pájaros ya se habrán ido y serán asignados a otras misiones. El cielo estará vacío hasta donde alcance la vista. Así que parece que no tenemos otra opción. Nos toca salir y andar bajo la sombra de los rabis. —La cara de Ruiz adopta una expresión apenada—. ¿Cómo te hace sentir eso, soldado?

—¿Sentirme, sargento? —McLeod se aclara la garganta—. Bueno, si le soy sincero, hace que...

—No respondas a esa pregunta, soldado.

—Sí, sargento.

—Aclárate las ideas, hijo.

—Sí, sargento.

—¿Qué te impide patearles el culo a los rabis? ¿Tienes miedo?

«Yo sólo quiero...»

—Sí, sargento, tengo miedo.

Ruiz niega con la cabeza y da vueltas alrededor de McLeod, como un tiburón que estudia a su presa.

—Tienes que ser un hombre, hijo. El miedo es lo que te bloquea. ¿Lo entiendes?

«... ir a la universidad...»

—Sí, sargento.

—Cuando los rabis te golpean, tú se la tienes que devolver multiplicada por diez.

¿*Hooah*?

«... y leer libros...»

—*Hooah*, sargento.

—Si sobrevives a las próximas dos horas puedes sobrevivir a cualquier cosa. Entonces serás realmente, verdaderamente, el hijo de puta más malo del mundo. Real y verdaderamente el mejor. ¿Tengo razón?

«... y que me dejen en paz».

—Sí, sargento.

—Ten presente esto, hijo. El dolor es temporal, pero el honor es para siempre. Esto tiene que ver con cómo te verás cuando llegues a viejo, con lo que les contarás a tus nietos que hiciste durante la plaga. Así que, ¿eres un guerrero o eres un cagado de mierda?

McLeod relaja su posición y mira al jefe de escuadra a los ojos.

Es hora de ser sincero con este tipo, al menos por una vez en la vida.

—Sargento, nunca he sido un guerrero y dudo que llegue a serlo. Usted lo sabe y yo también. Pero me portaré bien con usted. Usted siempre se ha portado bien conmigo. Puede que no crea que yo lo pienso, pero es así. De modo que me portaré bien con usted. Hoy patearé culos por la escuadra.

Ruiz pestañea.

—Muy bien, entonces —dice el sargento finalmente—. Sólo sé agresivo con tu ametralladora.

—*Hooah*, sargento —responde McLeod, poniéndose firme y saludando.

El suboficial niega con la cabeza sin apartar su intensa mirada de McLeod.

—En realidad eres una buena pieza, soldado. ¿Alguien te lo ha dicho alguna vez?

McLeod sonrío satisfecho y le responde:

—A diario, sargento.

—Sé agresivo mientras marchemos, McLeod —concluye Ruiz con aire misterioso—. Te estaré vigilando. Ahora, saca esa sonrisa de comemierda de mi vista antes de que te patee el culo por todo el edificio.

## 64. Valiente o estúpido, elegid

Equipados con la impedimenta de batalla al completo, los chicos de la primera escuadra están tirados en el suelo devorando las raciones y fumándose los cigarrillos de última hora. Por lo demás, están listos para ponerse en marcha.

Mooney y Wyatt comparten la última bolsa de magdalenas que sacaron de las taquillas de los niños ricos. Ratli está encorvado sobre una bota, terminando de arreglar un cordón roto. Carrillo se saca las placas de blindaje del chaleco siguiendo las órdenes que han recibido: despojarse de cualquier peso innecesario para moverse tan rápido como les sea posible. Finnegan llena un cargador con las últimas balas que acaba de limpiar, lo que reduce la probabilidad de que la carabina se le encasquille. Al igual que el sargento McGraw, al que antes pillaron toqueteando el amuleto de la suerte que lleva en el bolsillo, los chicos también tienen sus supersticiones. Finnegan besa el cargador antes de introducirlo en la carabina. Rollins sale corriendo para ir a ver al capellán después de enterarse de que el hombre está dirigiendo la plegaria de un grupo de soldados en otra habitación.

Mooney está sentado apoyado en la pared, con la carabina entre las rodillas y la boca llena de magdalena pasada mientras escucha las historias que comparten los chicos y cómo tratan de crear lazos de camaradería. Es sumamente consciente de todo cuanto lo rodea y del lugar que ocupa dentro de la unidad. Al igual que el resto de soldados, posee un conocimiento innato que le indica que cada minuto que pasa lo acerca a una confrontación con los rabis a plena luz del día. En tan sólo media hora puede estar muerto, con el cuerpo destrozado por una turba homicida. La vida es particularmente preciosa para los condenados. Cada momento que pasa lo experimenta como una instantánea. Y también lo embarga un intenso sentimiento de amor fraternal hacia todos los otros soldados que puede que mueran.

La cosa es que, si han de morir, al menos no van a morir solos. Al final, después de todo, eso es lo único que le queda en verdad a un soldado: el escaso consuelo de morir entre amigos. Ésa es la razón por la que los soldados consideran a sus compañeros como su familia. Miran a los ojos del peligro juntos, al borde del olvido eterno.

«Es triste pensar que lo único que habrán experimentado de verdad aquellos que mueran hoy será la guerra».

—Así que aquel *hajji* estaba en el tejado disparando un lanzagranadas. ¿Os acordáis del tío? —pregunta Carrillo, casi gritando mientras recuerda—. Cada vez que la segunda escuadra le disparaba, el tío se agachaba y luego asomaba la cabeza para disparar otra vez... Sólo que ni siquiera nos disparaba a nosotros.

—Es verdad. El tío disparaba a aquella camioneta amarilla aparcada cerca de la

fábrica —se mete en la conversación Finnegan—. Y nosotros decíamos: «Pero ¿a qué dispara? ¿Necesita gafas o es que es idiota?».

—Acorralaron a la segunda escuadra de mala manera y ese tío podría haber infligido graves daños a aquellos chicos, pero el colega seguía disparando al vehículo —explica Ratli, riéndose.

—Cierto, cierto. Habían colocado un artefacto explosivo en el vehículo —dice Carrillo, con los ojos húmedos y la mirada un poco perdida, recordando el momento—. La camioneta estaba conectada a un ladrillo enorme de C4, pero no explotó. Así que el tío intentó hacerla volar por los aires disparándole con un lanzagrandas.

—Sólo que no tenía ni zorra de disparar —apunta Wyatt.

—Algunos de ellos sí que sabían disparar —dice Mooney, y al momento se arrepiente de haber hablado. Las risotadas se transforman en unas risas por lo bajo.

Ahora todos comienzan a pensar en el resto de ese horrible día, las luchas en los callejones, las calles, los patios y las casas. Al final se intercambiaban disparos a bocajarro con los insurgentes en mitad de las salas de estar de la gente. No son capaces de recordar si los insurgentes eran chiíes o suníes, *yihadistas* o nacionalistas. Pero lo que sí recuerdan es la manera en que murió Torres durante los combates casa por casa, en cómo Simmons perdió las dos piernas.

—Sí... —dice Carrillo en voz baja, intentando aferrarse al recuerdo.

—Oíd, ¿y aquella noche, cuando apareció la unidad de blindados y ese *hajji* loco se enfrentó a un M1 Abrams con un AK47? —pregunta Finnegan.

Los chicos vitorean y se ríen, reavivando su regocijo con los nuevos recuerdos. Mooney sonrío. Las balas del AK47 rebotaban inofensivas en el blindaje del carro, chamuscado y abollado por los numerosos impactos de los lanzagranadas y los disparos de las ametralladoras pesadas. Al principio, los tripulantes del tanque no se creían lo que estaban viendo, y luego decidieron que si lo que el insurgente buscaba era un duelo, ellos le iban a dar uno. El tanque se detuvo en una nube de polvo, la torreta viró y el cañón bajó. A los pocos segundos, el tanque abrió fuego. Un proyectil que iluminó durante un instante la calle como si estuvieran a plena luz del día vaporizó al insurgente al momento.

—Igual que un matamoscas chafando un mosquito —añade Finnegan.

—Valiente o estúpido, elegid —dice el cabo Eckhardt.

De nuevo, el momento de trivialidad no dura mucho. Esta vez, la imagen del solitario iraquí disparando inútilmente a un monstruo blindado de sesenta toneladas, con las orugas de acero rechinando y el gran cañón apuntando para escupir una muerte instantánea en la forma de un proyectil explosivo de 105 mm, ya no les parece buen humor negro.

De hecho, la perspectiva de enfrentarse a los rabis otra vez por la mañana los hace identificarse con ese insurgente valiente aunque suicida, al parecer.

«Valiente o estúpido, elegid».  
Y aun así, también ellos lo van a intentar.

## 65. No se parece mucho a salvar el mundo, pero me vale con eso

Kemper llama a la puerta con una placa que pone: Joseph Hardy, director de investigación. Entra en el despacho y encuentra al oficial al mando sentado en el borde de la mesa, estudiando el arrugado mapa de Manhattan que ha vuelto a clavar con chinchetas en la pared.

El sargento de pelotón se lleva la mano al corazón y dice:

—*Salaam* ‘*Alaykum*, señor.

Por regla general, Bowman responde con un «*Hooah*» siempre que lo saluda un veterano —como él— de la operación Libertad Iraquí, y en especial de la operación Adelante Juntos III, en la que todos los soldados aprendieron costumbres iraquíes como estrategia para ganarse a la población. Pero hoy responde de todo corazón:

—*Wa* ‘*Alaykum As-Salaam*, Mike.

Y que la paz sea contigo.

Los ojos de Kemper se posan en el mapa.

—Es un buen plan, señor —dice el sargento de pelotón—. Los hombres saben lo que deben hacer.

—Tengo fe absoluta en mis hombres —responde Bowman—. Pero casi ninguna en mis planes.

Kemper se ríe y enciende uno de esos cigarros de olor nauseabundo.

—Un millón de cosas podrían salir mal y hacer que nos matasen —continúa el capitán—. Va a ser un día duro, Mike. Nuestra última prueba.

—Sí, señor.

—Ésta es la última operación militar antes de que América rinda Nueva York. Una vez nos hayamos ido, la ciudad quedará a merced del virus.

—Si los rabis nos dejan marchar, señor.

—Y si Inmunidad nos envía esos pájaros. —Bowman mira el reloj—. Ya es demasiado tarde. Haremos parte del camino a plena luz del día.

—Supongo que no podrá convencer al general para posponer la extracción un día.

—Creo que eso es un Noviembre Golf bien gordo, Mike.

—¿No quiere partir ahora, mientras aún está oscuro, y esperar a los pájaros en el parque?

—¿Y qué pasa si no aparecen? Estaríamos a campo abierto. Esta posición es muy buena. Hay electricidad. Quizá hasta tengamos que quedarnos aquí.

—Y ya que hablamos de ello, hay otra alternativa, señor. No he querido comentárselo delante de los hombres por razones obvias.

—¿No ir y quedarnos aquí?



—Hacer lo que hace el resto de la gente. Preocuparnos de nosotros mismos.

Kemper se da cuenta de que sólo en una situación tan peliaguda como ésta son capaces de hablar sin tapujos acerca de desertar.

—Y luego, ¿qué hacemos?

Kemper se encoge de hombros.

—Quizá podríamos tratar de volver al instituto y esperar hasta que los rabis se acaben muriendo. Intentamos alimentar y, de alguna manera, organizar a la gente. Cuando esto termine, van a necesitar un gobierno. ¿Tal vez ahí reside nuestra obligación?

—Claro. Ya has visto lo bien que se nos da levantar naciones.

Kemper suelta una nube de humo y ríe de nuevo.

Bowman niega con la cabeza.

—De verdad, Mike, no sé tú, pero a mí me gustaría combatir en esta guerra durante tanto tiempo como pueda. Levantamos la mano derecha y juramos defender la Constitución contra todos los enemigos, y si alguna vez América ha estado necesitada de que combatamos a un enemigo, es ahora. En cualquier caso, tenemos que sacar a la científica. Quién sabe, hasta podría llegar a curar esta cosa. El mundo no podrá tener la vacuna ahora mismo, pero quizá más tarde la necesite. No se parece mucho a salvar el mundo, pero me vale con eso.

El sargento de pelotón asiente.

—Supuse que pensaría de ese modo, capitán.

—Ésa es la misión.

—Es un marrón, eso seguro.

—*Hooah*, Mike.

—Sea como sea, dijo que quería verme. ¿Qué quiere, señor?

—Cierto. Así está el tema, Mike. Necesito un oficial al mando del segundo pelotón.

—¿Y qué pasa con el teniente Knight?

—Lo he nombrado mi oficial ejecutivo.

—Ah. Un movimiento inteligente.

—Mike, le ofrezco un ascenso al rango de teniente.

—Ya. Esto... Lo siento, señor. Gracias por lo del ascenso, pero no, gracias. Si en realidad se siente magnánimo, señor, me puede ascender a sargento mayor. Incluso sargento primero supondría un buen aumento en la paga.

El oficial al mando sonrío.

—¿Acaso tienes miedo de que tus amigos te den de lado, Mike?

—Si asciendo a oficial, señor, ¿de qué incompetentes podría quejarme durante todo el día?

Bowman estalla en carcajadas y responde:

—Que así sea. El batallón tendrá que reconstruirse como una unidad con efectivos de más y necesitará un sargento primero. Así que el puesto es tuyo.

Bowman extiende la mano hacia Kemper, quien se la estrecha con afecto.

—Felicidades —añade el capitán—. Te mereces con creces este ascenso. Aunque no estoy seguro acerca del aumento de la paga. El dinero se ha convertido en algo inútil. Por lo que sé, van a empezar a pagarnos con raciones de comida preparada.

—Gracias, señor.

—Lo mismo te digo, Mike. Gracias por todo... Quería que supieras que, pase lo que pase, te agradezco todo lo que me has enseñado.

—Se han vuelto las tornas. Ya ha empezado usted a enseñarme un par de cosas.

—Ya —responde Bowman algo avergonzado.

—¿Le importa si me llevo el mapa, señor?

—No, adelante.

Kemper descuelga el mapa de la pared, lo dobla con cuidado y se lo guarda en uno de los bolsillos del uniforme de combate.

—Un *souvenir*, señor —explica Kemper.

## 66. Debo de estar en buenas manos con unos soldados que tienen un nombre como ése

El ascensor lleva a Petrova y a una escuadra de soldados encandilados al vestíbulo de entrada, donde el resto de la compañía ha formado y está lista para abandonar el edificio. Cuando no la están mirando pasmados —a la famosa científica que ellos creen que guarda los secretos para curar la plaga—, a Petrova le gusta ver cómo trabajan. Estos muchachos parecen saber lo que se hacen. Se mueven como un mecanismo de relojería, y los suboficiales, los guerreros profesionales, los dirigen bien.

La compañía comienza a abandonar el edificio por secciones. Primero, dos pelotones salen en columna de a dos, una fila hacia la izquierda y otra hacia la derecha, para montar un perímetro defensivo en la calle a fin de que el resto de la compañía pueda salir con seguridad. Luego, el capitán Bowman, seguido por sus artilleros —a los que él llama la escuadra de El Álamo—, marcha al frente del resto de la compañía.

Petrova parpadea para acostumbrarse a la tenue luz, maravillándose con el cielo que no ha visto hace días.

El ambiente es fresco y el cielo está gris y nublado.

Los helicópteros han tardado demasiado en despegar. Ya ha amanecido y la columna tendrá que avanzar bajo la luz del día. El cielo gris está repleto de aves que graznan y que se alimentan de los muertos.

Al ver la carnicería, no se lo puede creer. Los coches han chocado unos contra otros en ángulos extraños en una calle llena de basura y vidrios rotos. La sangre salpica el suelo y se ha encharcado en algunos baches. Petrova camina por encima de maletas abiertas, libros infantiles maltrechos y una alfombra de discos compactos. La vida entera de la gente tirada por el suelo. Sin sus propietarios, esos objetos no son más que basura.

El aire huele a humo.

«Dios mío —exclama la doctora para sus adentros—. Ni siquiera sigue siendo una ciudad, sino un páramo».

Se imaginaba una ciudad en crisis, pero no que hubiera caído ya.

Ésta era su casa y la va a dejar para siempre.

Al fin, el oficial al mando da la orden de ponerse en marcha. La compañía se pone en pie entre el tintineo de las armas y el equipamiento y se dirige hacia el norte a paso ligero. Petrova se siente a salvo rodeada por semejante despliegue de la legendaria potencia de fuego americana. Aun así, también se siente completamente vulnerable por estar al descubierto.

Los perros rabiosos están ahí fuera, agrupados en sus ejércitos, a la caza de los no infectados. Petrova los percibe. Los gruñidos le acarician suavemente los oídos como susurros en el viento, y sus pasos hacen que el suelo tiemble con un ronco estruendo en la distancia. Si los perros rabiosos han conseguido destrozarse de este modo la ciudad más grande del mundo en unos pocos días, ¿qué espera lograr este endeble grupo de chicos con sus fusiles, bombas y ametralladoras? Sería como disparar a un océano con la esperanza de matarlo.

La doctora pasa junto a los restos quemados de un Chevrolet Malibú. Los esqueletos calcinados del conductor y su familia aún están en el interior. La mandíbula del conductor cuelga totalmente abierta, como si se riera en silencio de los necios que pasan por su lado. Petrova acusa el horror de la escena, que la golpea como una bofetada.

Se cubre la boca con ambas manos y traga saliva. Es plenamente consciente de que los soldados la observan para ver cómo reacciona. No lo hacen con mala intención, sólo están preocupados. Si ella empezara a gritar, pondría en peligro la vida de todos.

Pero Petrova no grita. Se calma y sigue andando, dejando atrás un horror tras otro. En el cielo, los pájaros negros graznan como si se estuvieran riendo de ellos.

Petrova mira al soldado que camina junto a ella: alto, delgado, de unos veinte años y con ojos inteligentes. Todo parece indicar que forma parte del grupo seleccionado para protegerla.

—¿Cómo se llama? —pregunta Petrova, con la voz tan calmada como le es posible.

—Soldado de primera Jon Mooney, señora —responde él de un modo tan serio que parece casi mecánico.

Petrova alarga una mano vacilante hacia el soldado.

Mooney se la queda mirando y luego la toma entre la suya, protegida por el guante, y la sujeta con firmeza.

—No dejaré que le pase nada, doctora Petrova.

—Gracias, Jon.

La cara del soldado se ilumina al oír su nombre de pila.

—Yo me llamo Joel —se presenta el soldado que marcha junto a ella en el otro lado—. ¿Quiere una barrita Kit Kat, señora?

Petrova sonríe y declina la oferta con educación con un movimiento de cabeza. Está demasiado nerviosa para comer y, además, durante días se ha alimentado de la comida basura que cogió de la máquina expendedora, con lo que ahora está completamente harta de ella. Han caminado varias manzanas sin ningún incidente, pero aún les queda mucha distancia que recorrer y el cielo se ilumina por momentos con la salida del sol por el horizonte.

Arriba, la gente se despierta con el ruido que hace la compañía mientras se abre camino a través de la calle atestada de vehículos y empiezan a gritarles desde las ventanas. Algunos les piden que los ayuden a matar a los perros rabiosos que rondan sueltos por la escalera, los pasillos e incluso en una habitación contigua. Otros piden víveres, agua y medicinas. Todos quieren que les den noticias, cualquier noticia.

—¿Están aquí para ayudarnos?

—¿Quién los ha enviado?

—¿Se ha terminado?

Petrova baja la vista, la cara le arde al pensar que el ejército no moverá un dedo para salvar a la gente de Nueva York; en cambio, se escabulle de la ciudad a escondidas para ponerla a salvo sólo a ella, abandonando al resto de la población a un posible futuro de enfermedad, hambruna y muerte.

Esta ciudad era su casa. Esa gente son los neoyorquinos con los que compartía aceras, metro, restaurantes, museos, parques, taxis, cafés y lugares preciados.

—¿A qué unidad pertenece? —le pregunta a Mooney con la esperanza de distraerse.

Siguiendo su instinto, confía en este joven de apariencia sensible. Los ojos del chico aún no han muerto, como les ha sucedido a los de muchos de sus compañeros. Esos ojos han visto muchas muertes y se han convertido, en parte, en lo que odian: unas máquinas de matar capaces de carnicerías sistemáticas y sin miramientos. Esas criaturas que vagan por las calles podrían ser, en cierto sentido, muertos vivientes, pero algunos de estos soldados están muertos en vida. Jon Mooney es uno de los que aún siguen vivos. Aún es humano. Se nota al mirarlo a los ojos, el lugar donde el alma asoma.

—Primera escuadra, segundo pelotón, compañía Charlie, 1.er Batallón, 8ª Brigada, 75º Regimiento, 6ª División de Infantería. A nuestra brigada la llaman los Ochos Locos, señora. En teoría, somos lo único que queda de ella.

—Los Ochos Locos —repite Petrova.

—Así es.

—Debo de estar en buenas manos con unos soldados que tienen un nombre como ése.

Mooney sonrío.

—Somos los mejores en lo que hacemos. Está a salvo con nosotros.

—¿Y cuál es mi nombre en clave?

—¿Perdón?

—Al presidente Kennedy se lo conocía como «Lancero». Yo también he de tener un nombre en clave.

—En verdad lo tiene. Usted es... la doctora Aguafiestas.

—Vaya —exclama Petrova.

—Los nombres no son importantes, señora. Se los sacan de la manga.

—No pasa nada —dice Petrova—. Pero no es tan bueno como los Ochos Locos.

El soldado se ríe. Entretanto, la gente sigue gritando desde las ventanas:

—¿Puedo ir con vosotros?

—¿Os vais a quedar por aquí?

—Chicos, ¿necesitáis ayuda?

El ruido ya ha atraído a unos cuantos perros rabiosos, que no tardan en ser ensartados con las bayonetas. Entonces suenan los primeros disparos. El sonido reverbera en la calle, el eco viaja por los cañones que forman los edificios. Estos sonidos, a su vez, hacen que más perros rabiosos salgan de sus escondites. Gruñendo y chascando los dientes, se abalanzan sobre la columna desde los callejones, las calles colindantes y el interior de los edificios para acabar con una bayoneta o una bala en el cuerpo nada más ser avistados.

Petrova nota que el cuerpo se le pone tenso por el miedo. Aprieta con fuerza la mano de Mooney; el brazo le tiembla. El soldado le sujeta la mano y no se queja, mientras escudriña los edificios con el entrecejo fruncido a causa del cambio en el ambiente. Él también lo nota.

Un extraño ruido sordo semejante al de un millón de cajas de cartón golpeadas en la distancia.

Los civiles gritan despavoridos desde las ventanas y señalan hacia el sur. Los suboficiales de la retaguardia gritan por la radio.

Petrova se suelta de la mano de Mooney, se sube al capó de una camioneta Ford Ranger y se arrastra hasta el techo, sin hacer caso a las protestas del soldado.

Jadeando, ella se da la vuelta y mira hacia el sur.

Un muro de personas en movimiento viene a la carrera hacia ellos, levantando una enorme nube de polvo que se eleva en el cielo y flota contenida por las paredes de los rascacielos.

En el interior de la marabunta de perros rabiosos, los coches y los camiones parecen desplazarse empujados por la multitud, como si flotaran en el agua.

Un millón de doctores Baird, todos dirigiéndose precipitadamente hacia ella en una masa compacta con un único objetivo en la mente.

Petrova chilla.

## 67. Si no puedes correr...

Con la carabina colgada al hombro, el capitán Bowman está de pie en el techo de un taxi amarillo manchado de sangre y observa a través de los binoculares. Deja escapar una maldición al ver la horda de rabis que se abalanza sobre la tropa a una distancia inferior a los dos mil metros. A su alrededor, la compañía pasa de largo y se prepara para situar a una escuadra en cada manzana para formar líneas de tiro mirando al sur.

Se enfrentan a una fuerza abrumadora y tienen pocas opciones. No pueden correr, al menos no muy lejos, porque los rabis corren más rápido. No pueden esconderse porque los helicópteros regresarían a la base si ellos no aparecen a la hora acordada, quedando así atrapados en la ciudad. Además, no hay ninguna garantía de que los rabis no los sigan al interior de los edificios.

«Si no puedes correr y no te puedes esconder, tienes que luchar».

La estrategia está fijada. El resto son tácticas.

Los rabis tienen a su favor el número y la velocidad, pero ellos no llevan armas. Sólo son peligrosos si pueden ponerte la mano encima. Así que si quieres vivir, mantenlos alejados.

El plan de Bowman es desplegarse en profundidad, con unas líneas que comiencen a retirarse en orden después de establecer contacto con el enemigo. Cada escuadra vaciará sus armas sobre una masa compacta de rabis, y una vez que el enemigo se encuentre demasiado cerca, saldrá corriendo hacia la retaguardia, a fin de que el enemigo tenga que enfrentarse a la siguiente escuadra.

Mientras que no se queden sin balas ni cometan ningún error, tendrían que ser capaces de mantenerse a salvo.

En realidad, duda de que el plan vaya a funcionar, pero no tiene otra opción.

Al desplegar a las tropas en profundidad, o lo que es lo mismo, al situarlas a lo largo de la calle, puede que desgasten y destruyan a la enorme horda de perros rabiosos al mismo tiempo que se acercan poco a poco a Central Park. El problema es que la formación se extenderá a lo largo de casi un kilómetro, con lo que la unidad será vulnerable por los flancos en caso de que otras turbas de infectados caigan sobre ella, cosa que teme que ocurra. Y si ocurre, su tropa se verá dividida en dos o más partes y cualquier unidad que por desgracia se quede aislada será destruida. Y la misión será un fracaso seguro.

Una densa estela de humo negro que sale de unos contenedores de basura ardiendo comienza a fluir por la avenida debido a un repentino cambio de viento y les bloquea la visión durante un momento. Guarda los binoculares y se permite contemplar el cielo un instante.

«Ojalá tuviéramos apoyo aéreo. Incluso un único helicóptero de reconocimiento

nos sería de ayuda».

—Adalid Seis, aquí Adalid Siete. Cambio.

Adalid Siete es el suboficial más veterano del batallón: Kemper.

—Adelante, Mike —dice Bowman por radio.

—Le informo de que Adalid Cinco lidera a un grupo hacia el este. Cambio.

—Repita. Cambio.

—Adalid Cinco lidera a un grupo por la calle Treinta y ocho. Cambio.

—Espere. Corto —responde Bowman, combatiendo una mezcla de rabia y pánico.

Adalid Cinco es el oficial ejecutivo.

La compañía se dirige al norte y Knight está llevando a algunos de los chicos hacia el este.

El hombre comete un error garrafal, ha malinterpretado sus órdenes y está muy, muy cerca de conseguir que los maten a todos.

Bowman se da cuenta de que sólo dispone de unos segundos para arreglar la situación.

Presiona el auricular de nuevo.

—Adalid Cinco, aquí Adalid Seis. ¿Me copia?

—Adalid Seis, aquí Adalid Cinco. Adelante, señor.

—Steve, ¿qué haces? Trae de vuelta a la formación a tu gente antes de que tengamos un desastre en las manos.

—Negativo —responde su oficial ejecutivo.



## 68. Respuesta equivocada

Observando con los binoculares la esquina donde giró con las compañías Alfa, Bravo y Delta y se separó de la columna principal, el teniente Steve Knight gruñe satisfecho cuando hilos de un brillante humo blanco empiezan a flotar sobre el cruce.

Su plan es simple: atacar a los rabis cuando entren en la intersección y luego retirarse con rapidez hacia el este mientras que el resto de la columna continúa hacia el norte.

Bowman le gritó por radio durante unos instantes, pero el capitán no tardó en darse cuenta de que perdía un tiempo del que no disponían y decidió adoptar el plan de Knight al momento.

«El bueno de Todd. Tiene una mente flexible».

Knight está convencido de que el plan funcionará. La retaguardia de la compañía Charlie ha lanzado granadas de humo para cubrir su retirada y después los chicos movieron el culo en dirección norte. Entretanto, la fuerza que él lidera atraerá a los rabis y se los quitará de encima a la Charlie manteniéndolos ocupados durante un tiempo.

«Los rabis no me harán quedar como un tonto de nuevo», se dice para sus adentros mientras sonrío.

Vaughan llega corriendo tras impartir las órdenes para que el resto del contingente se despliegue en profundidad mirando hacia el oeste con una fuerte retaguardia. A su alrededor, dos escuadras de soldados —su primera línea— han encontrado unas cómodas posiciones para disparar y esperan la orden de abrir fuego, con las armas cargadas y amartilladas.

Knight se guarda los binoculares y le guiña un ojo al que ha sido su sargento de pelotón y que ahora ha recibido el ascenso a teniente y está al frente de lo que queda de la compañía Alfa.

—Acabo de hablar con el oficial al mando —dice Vaughan—. Debería meterle una bala en la jodida cabeza. Acaba de sentenciarnos a muerte.

Encorvados sobre las armas, los soldados más cercanos a ellos levantan la cabeza y los miran sorprendidos, preguntándose qué pasa.

—Éste es el único modo de cumplir la misión —responde Knight.

—Mis chicos murieron porque usted no supo qué hacer —ruge Vaughan, y desenfunda la pistola de 9 mm y la amartilla. Tiene la cara encendida, lo que hace que la cicatriz que la cruza en diagonal parezca lívida—. ¿Y ahora ellos tienen que morir también para que pueda redimirse?

—Pero ¿qué demonios...? —exclama uno de los soldados.

—Oh, tío. Sabía que esta misión era un fregado —murmura otro.

—Esto es lo correcto —responde Knight con calma.

—¡Ahora lo supero en rango, Steve! ¡No tiene derecho a hacerme esto!

Vaughan levanta la pistola, da un paso al frente y apunta a Knight a la frente.

—No me importa que me dispires, Jim. Lo hecho, hecho está.

—¡No tiene derecho a hacerles esto a los chicos!

—¡Enemigos! —berrea uno de los soldados.

Sin apartar la vista de la pistola que empuña Vaughan, Knight respira hondo y grita con todas sus fuerzas:

—¡Fuego!

Una tormenta de disparos estalla en la línea convirtiendo la primera oleada de perros rabiosos en fragmentos voladores de carne y hueso.

Vaughan baja la pistola negando con la cabeza amargamente.

Más perros rabiosos doblan la esquina y corren hacia la línea hasta que otra descarga cerrada de disparos los deja secos.

—Han mordido el anzuelo —anuncia Knight en tono triunfal—. ¿Lo ves, Jim? —Levanta la carabina, apunta a un perro rabioso a través de la mira telescópica y dispara sus primeras balas—. ¡Sabía que funcionaría!

«Si toda la partida se va a perder, entonces no pasa nada si se sacrifica a los peones —reflexiona Knight para sus adentros—. Porque con la partida perdida, los peones mueren de todas maneras».

Cada cuatro balas, las trazadoras surcan la calle en un haz de luz roja creado por la estela del fósforo en combustión. Una ametralladora del calibre treinta abre fuego, lacerando piel y rompiendo huesos. Una granada de 40 mm cae desde el cielo, rebota en el techo de un coche y explota a media altura, decapitando una docena de perros rabiosos de una tacada.

Y aún siguen llegando. Giran por la esquina, tropiezan con sus muertos, los pies les chapotean en un lago de sangre, extremidades y cuerpos que se retuercen de dolor.

—¡Recargando! —grita alguien.

—¡Vamos!

—¡Tomad!

Uno de los soldados levanta un AT4, un lanzacohetes antitanque ligero sin retroceso con un alcance efectivo de unos quinientos metros para blanco de área; en otras palabras, para un disparo sin precisión. El soldado quita los dos seguros antes de amartillar el percutor mecánico. Calculando por encima la distancia, ajusta la mira de plástico del arma con forma de tubo y apunta.

—¡A cubierto! —berrea el soldado.

Aprieta el gatillo y se crea un violento fogonazo en forma de hongo por la parte trasera del arma. El misil con aletas sale expulsado y recorre la distancia entre el soldado y los perros rabiosos en medio segundo, rozando las cabezas de los

infectados antes de desaparecer en un edificio. Un instante después, el proyectil estalla con un destello cegador y sacude el edificio, que escupe sus entrañas ardientes sobre la calle.

Una vaharada de humo y polvo desciende sobre los perros rabiosos, envolviéndolos hasta hacerlos desaparecer de la vista.

Knight se ríe mientras vacía un cargador disparando el arma en modo automático, al azar, a través del oscuro velo.

Todos tienen que morir para resarcirlo de su pecado y así saldar la deuda con los muertos.

—¡Atrás, atrás! —grita Vaughan agitando la pistola—. ¡Al final de la formación!

Mientras los soldados salen escopeteados hacia la retaguardia, el antiguo sargento agarra a Knight por el brazo y le grita al oído:

—¡Teniente! ¿Tiene un plan para reagruparnos con la columna principal?

—¡Claro que sí! —sonríe abiertamente Knight, los ojos brillándole con luz propia—. ¡Es muy fácil! ¡Los matamos a todos!

—Respuesta equivocada, señor —responde Vaughan.

La pistola que lleva Vaughan en la otra mano suelta un estampido y la bala se aloja en la pantorrilla de Knight, que chilla y cae al suelo, agarrándose la pierna.

## 69. Instantes después, llueven trozos de cuerpos

McLeod corre al descubierto por el cruce gritando a viva voz y disparando su ametralladora indiscriminadamente, con lo que no acierta a ningún objetivo. Los otros chicos de la tercera escuadra que corren a su lado, con las caras rojas perladas por el sudor, mascullan maldiciones mientras disparan también a discreción. Las balas hacen añicos las ventanas, abren agujeros en la carrocería de los coches y revientan los neumáticos, resuenan en las paredes y se alojan en los cuerpos de los perros rabiosos.

En este momento, todos están más pendientes de correr que de disparar. La columna sigue retirándose hacia el norte después de la deserción de Knight. Todos temen que esto se vaya a convertir en una derrota aplastante. La jugarreta del oficial ejecutivo los ayudó a escapar de la primera oleada de rabis, pero miles más llegan a la zona desde el este y rodean a la columna por todos los flancos, desde cada bocacalle.

Como retaguardia, la única esperanza de la tercera escuadra es correr más rápido que los rabis antes de que la columna se rompa y se quede aislada.

Detrás de ellos, un soldado del tercer pelotón se detiene para llevarse un Javelin —un lanzamisiles antitanque— al hombro, el pulso le tiembla al apuntar mientras jadea para coger aire.

—¡A cubierto!

Al instante, el misil impacta contra un todoterreno que sobresale como una isla en medio de la corriente de infectados, y abolla la puerta como si fuera de papel de aluminio antes de explotar con un estallido que retumba bajo los pies de los soldados. La bola de fuego hace que la mitad del vehículo salga disparada contra la multitud antes de empotrarse en el cristal del escaparate de una tienda cercana mientras que la otra mitad del vehículo vuela por los aires girando sobre sí misma.

El soldado se inclina hacia atrás y aúlla victorioso.

—¡Tíos! ¡No me digáis que no lo habéis visto! —grita mientras se vuelve hacia sus compañeros, que no han dejado de correr.

Por detrás, una horda de infectados lo alcanza y lo derriba. Forcejea con ellos, tratando de escapar, pero cede bajo el peso de la interminable corriente de rabis. Detrás de ellos, una docena de infectados se tambalean aullando de dolor, envueltos en llamas de la cabeza a los pies y agitando los brazos a ciegas. Un instante después, el soldado queda completamente cubierto por una nube de humo negro y aceitoso. Una marea de rabis sale en tropel de entre el humo y corre en persecución de la columna. Ya casi ni se los puede reconocer como humanos: sucios, el pelo grasiento y apelmazado, el cuerpo acribillado de moratones y heridas abiertas, demacrados y cubiertos con harapos ensangrentados.

Son muertos vivientes.

—¡Enemigos a la izquierda!

Ruiz va por delante de la escuadra y agita el brazo como un entrenador de béisbol de tercera base que indica a sus jugadores que sigan corriendo para conseguir una carrera.

—¡Vamos! ¡Venga, vamos! —los azuza el sargento.

Los chicos dejan de disparar y dedican las últimas energías que les quedan a correr a toda prisa para cruzar la intersección antes de que les corten el paso y los masacren. Pasan junto a Ruiz en el momento en que grita:

—¡Granada!

El sargento lanza una granada a sus perseguidores. Instantes después, llueven trozos de cuerpos.

Siguen corriendo, y al llegar al siguiente cruce ven una columna de rabis que se les acerca desde el oeste, a unos cincuenta metros de distancia.

—El capitán dice que la zona está despejada por delante —dice Ruiz, cuando están a mitad de la manzana—. Iremos andando hasta el cruce.

—¡Entendido! —gritan a su vez los chicos mientras recuperan el aliento.

—No dejéis de disparar mientras nos tomamos el descanso. ¡Que sea un infierno!

Los chicos berrean exultantes y descargan una tormenta de metal candente sobre los perros rabiosos que se acercan para desaparecer en una nube de niebla roja. La intensidad del fuego disminuye de inmediato cuando los chicos se quedan estupefactos por la increíble potencia de fuego.

—¡Seguid disparando! —ruge Ruiz.

Es obvio que el sargento está cansado de retirarse sin que dejen de acosarlo y quiere crear un espacio para tener un respiro.

Una granada explota cerca de los amasijos calcinados de un coche en mitad de la calle. El vehículo se da la vuelta en el aire. McLeod apoya su ametralladora sobre el capó de un Toyota Corolla y empieza a disparar con ráfagas controladas. No pasará a disparo automático a no ser que deba hacerlo para continuar con vida. No quiere arriesgarse a que se le recaliente el arma. Una vez se encasquille, el arma quedará inoperativa y sanseacabó: él estará fuera del juego.

McLeod se fija en la atrayente puerta de un bloque de pisos. Un par de minutos de subir corriendo por la escalera hasta llegar al tejado y luego podrá esperar a que amaine la tormenta.

Pero no se mueve.

«Cada vez que disparo el arma —se dice a sí mismo—, estoy dando mi consentimiento a este circo».

Echa una ojeada al sargento Ruiz y luego dispara una ráfaga a una mujer delgada. No va a ir a ningún sitio mientras ese hijo de perra siga vivo. Le prometió a Maguila

que cumpliría con su cometido y tiene la intención de no faltar a su promesa, aunque no está seguro de por qué le resulta tan importante hacerlo.

Tiene una vaga noción de que se trata de un dilema moral. La única manera de escapar con éxito hacia el interior de uno de los edificios es que el resto de la escuadra —incluyendo a Williams, que le ha aguantado más cosas que la mayoría de la gente le habría aguantado— se quede en la calle combatiendo con todas las armas que tengan. Y su ametralladora también sería necesaria.

—¡Eh, están lanzando humo detrás de nosotros! —exclama alguien.

En el siguiente cruce, los compañeros del segundo pelotón —el destacamento avanzado de la columna— desaparecen hacia el norte a través de una pared de humo mientras lo que queda del primer y tercer pelotón se dirige hacia el este. Otra vez el maldito plan del teniente Knight.

—¡Preparados para retirarnos. A mi orden! —grita Ruiz.

El fuego disminuye a medida que los chicos se preparan para mover el culo.

Es hora de volver a correr.

## 70. No tengo miedo

Lentamente, Knight se pone en pie haciendo muecas de dolor a causa de la pantorrilla destrozada y ve al primer perro rabioso que se acerca a la carrera hacia él, a una distancia de sólo veinte metros.

—¡Vaughan! —chilla el teniente—. ¡Vaughan, auxilio!

Apoyándose contra el coche, alarga la mano para coger la carabina, pero no está ahí. Sólo le queda la pistola de 9 mm. Aprieta los dientes para sobreponerse al dolor y la desenfunda con rapidez. Descerraja varios disparos a la horda que avanza hacia él; varios cuerpos se desploman en el suelo.

Los perros rabiosos caen sobre él haciendo chascar las mandíbulas babeantes.

Knight se ríe, le brillan los ojos, se siente mareado y débil por la sangre perdida.

—¡No os tengo miedo! —aúlla, y vacía el resto del cargador en la cara de los rabis.

Los infectados no saben lo que es el miedo.

Sin hacer caso de los chillidos del teniente, los rabis lo descuartizan y se pelean por los despojos. Roen y muerden hasta los pedazos más pequeños, tratando de infectar la carne muerta con el virus vivo.

El resto de perros rabiosos sigue adelante, lanzándose de cabeza contra los fusiles de la compañía Alfa.

## 71. Una última carta

Bowman ve a su nueva retaguardia lanzar granadas de humo para ocultar su retirada mientras que el primer y el tercer pelotón se dirigen hacia el este con la esperanza de atraer a los rabis para que no presionen a la columna principal, que ahora sólo cuenta con un número de efectivos patético: veinticinco. A poca distancia, Kemper grita que despejen la red, puesto que está congestionada de voces que chillan y resultan incomprensibles.

En menos de quince minutos, la tropa que comandaba el capitán se ha desperdigado al viento y ahora combate contra un enemigo superior en una lucha decisiva, enfrentándose a la derrota con un pequeño destacamento.

—¡Vaughan resiste! —le informa Kemper—. Dice que dentro de poco empezarán a ir hacia el norte en dirección al lugar de encuentro.

—Entendido —responde Bowman, que intenta sentirse esperanzado.

Un perro rabioso sale corriendo de un edificio cercano, con las manos a modo de garras y rociando saliva mientras gruñe. Sin pensarlo, el capitán se lleva la carabina al hombro y le mete dos balas en el cuerpo.

Matar rabis se ha convertido en una rutina; ahora les resulta casi un gesto instintivo, carente de remordimientos.

Su compañía se encuentra al borde del abismo.

Knight, al actuar por iniciativa propia, dividió las fuerzas frente al enemigo. El bastardo tenía razón. Bowman es consciente de que si se hubieran ceñido al plan original, los rabis habrían caído sobre la columna desde los flancos en distintos lugares mientras ellos estaban enzarzados combatiendo y los habrían destruido sin ninguna dificultad. En aquel momento no había visto ninguna otra alternativa. Knight estaba dispuesto a sacrificarse a sí mismo y a sus hombres como si se trataran de peones de ajedrez; Bowman no lo estaba. No era de extrañar que ese loco cabrón se guardara sus ideas hasta el último momento.

Un rasgo de un buen comandante es adaptarse a los golpes que recibe en el campo de batalla. Bowman no sólo había decidido en aquel mismo momento seguir el plan de Knight, sino que luego decidió repetir la maniobra cuando se enfrentó a una lucha imposible de ganar ante otras oleadas de infectados que convergían en su posición. Casi todos los soldados del primer y del tercer pelotón se presentaron voluntarios para actuar como fuerza de diversión. Con suerte, Ruiz —que es parte de la retaguardia— tendrá la cabeza suficiente como para unirse a los chicos en lugar de llevar a los rabis a través del velo de humo que, en este momento, es su única protección real.

Están haciendo una buena obra, pero no hace falta que todos sacrifiquen sus vidas



por una causa. Cuando las cosas se pongan feas, sencillamente pueden desvanecerse en el interior de uno de los edificios y esperar a que aminore el peligro, y luego volver de manera escalonada a la escuela.

Había sido una decisión heroica, pero también práctica. Las alternativas eran quedarse todos juntos y morir como valientes o dispersarse para mantenerse con vida y olvidarse de la posibilidad de la evacuación.

—¡Enemigo a la izquierda! —grita el cabo Álvarez desde la vanguardia.

—¿Sus órdenes, señor? —inquire Kemper.

Bowman pregunta por el número de enemigos. Álvarez le responde.

«¡Por Dios! ¿Cuántos de estos monstruos hay ahí fuera?», piensa Bowman.

Adaptarse a los golpes.

Otro rasgo de un buen comandante es mantener siempre las opciones abiertas.

El problema es que ya casi han agotado las opciones. A Bowman le queda una última carta, y decide jugársela.

Ahora le toca a él ir hacia el este.

## 72. Enemigos

Ruiz no es tonto. Entiende el motivo por el que el capitán ha lanzado humo y, en lugar de seguir adelante a través de la cortina de humo y reunirse con el segundo pelotón, dobla la esquina para seguir al primer y al tercer pelotón, que ya se están preparando para golpear a los perros rabiosos cuando aparezcan por el cruce. Los otros soldados los vitorean cuando los ven aparecer por la esquina, felices por tener la potencia de fuego adicional y a un profesional como Ruiz junto a ellos. Las habilidades de combate del sargento son casi legendarias en el seno de la compañía Charlie. Por las venas de ese hombre corre agua helada, y en su corazón alienta el espíritu de un guerrero.

—¿Quién está al mando? —pregunta Ruiz al sargento Floyd, recién ascendido del rango de cabo por Bowman para que tome el mando de lo que queda del tercer pelotón.

Floyd, pálido y con los ojos hinchados, mira a Ruiz de arriba abajo.

—Usted, sargento —responde Floyd.

—Muy bien. Estáis demasiado juntos. Quiero que estos hombres se desplieguen...

—¡Enemigos!

—¡Fuego! —berrea Ruiz.

Los soldados gritan al abrir fuego a la vez. Al instante, las primeras filas de perros rabiosos caen al suelo, con los cuerpos maltrechos y derramando sangre a borbotones, pero otros ocupan su lugar inmediatamente. Todos los perros rabiosos están doblando la esquina. Han mordido el anzuelo por segunda vez, reduciendo la presión sobre la columna principal.

—¿Dónde quiere mi ametralladora, sargento? —pregunta McLeod, gritando por encima del estruendo.

—Elige tú misma, Dorothy —gruñe Ruiz mientras amartilla el arma y mete otro cartucho en la recámara de la escopeta—. Nos pondremos en marcha en menos de un minuto.

McLeod coloca el bípode sobre el capó de un taxi amarillo, apunta al centro del pecho de uno de los rabis que va en cabeza y dispara su primera ráfaga. El arma retrocede contra su hombro con cada disparo y hace que le castañeteen los dientes. Sigue disparando, la cinta y los casquillos vacíos salen expulsados por el eyector del arma y rebotan sobre el capó del coche. Las balas trazadoras surcan el aire en destellos sirviendo de referencia para apuntar al pecho, la cara, las extremidades y la cabeza. El raudal de metal al rojo vivo pulveriza todo con lo que entra en contacto.

—¡Granada!

McLeod se da cuenta de que los perros rabiosos se aproximan cada vez más. Floyd cometió un error: situó a sus hombres demasiado cerca del cruce, lo que impide poder dar a sus primeras líneas un respiro.

—¡Recargando!

Ruiz también se ha dado cuenta del problema e imparte órdenes a la primera línea para que se retire. El fuego pierde intensidad a medida que los chicos abandonan sus posiciones.

—¡Enemigos!

—¡¿Por dónde?!

—¡Los hijos de puta están detrás de nosotros! —grita alguien.

En el otro cruce, el primer pelotón ha quedado dividido en dos por una horda ingente que ha caído sobre ellos desde el norte y el sur.

En unos segundos, la mayor parte de la unidad de Ruiz ha quedado separada y rodeada.

—¡Mierda! —exclama el sargento.

—«Padre nuestro que estás en los cielos...» —reza McLeod. De pronto, es incapaz de recordar el resto de la oración al quedarse con la mente en blanco.

—¡Enemigos!

—¡Hombre herido!

Los perros rabiosos destrozan a los chicos en el cruce entrando a raudales por las calles colindantes, arrasando a su paso todo lo que encuentran.

—¡FUEGO! —ruge Ruiz para todos aquellos que puedan escucharlo; luego se da la vuelta y dispara su escopeta sobre los infectados que se acercaban por el lado contrario—. ¡DISPARAD VUESTRAS ARMAS!

Enemigos.

A algunos de los soldados los vence el pánico y huyen hacia las puertas cercanas, tratando de escapar por el interior de los edificios. La mayoría de las puertas son metálicas y están cerradas; otras son de cristal, fáciles de romper con un culatazo. Los soldados gritan de miedo e ira cuando al abrir las puertas las encuentran tapiadas con mobiliario apilado a modo de burdas barricadas levantadas por los residentes del edificio para evitar la entrada de los infectados.

No hay salida de ésta.

«¿En qué momento se dio cuenta Custer, tras ver a todos esos soldados con la muerte reflejada en los ojos corriendo loma arriba, de que estaba acabado? —se pregunta McLeod—. ¿Qué haría entonces? ¿Sentarse en la hierba a esperar que cayera el hacha, utilizando esos preciosos momentos finales para reflexionar sobre su corta vida...? ¿Quizá cascarse la última?

»¿O seguir disparando, malgastando ese momento, para poder prolongar su vida unos cuantos segundos más?

»¡Joder!, cuando yo muera quiero estar haciendo algo divertido y no disparando un arma».

McLeod decide dejar de disparar pero los dedos no le obedecen.

«Misterio resuelto —se dice McLeod a sí mismo—. El instinto de conservación triunfa sobre todas las cosas. La cantidad es mejor que la calidad. Si es así, quizá ahora sea un buen momento para pasar a disparar en automático».

McLeod dispara su ametralladora en modo *rock'n'roll*, rociando muerte a ciegas sobre la muchedumbre.

«Miradme —piensa McLeod—. ¡Soy el puto Rambo!»

—¡Así se hace, soldado! —ruge Ruiz, que dispara la escopeta y amartilla el arma, colocando un nuevo cartucho en la recámara mientras la vaina humeante del anterior sale expulsada—. ¡Devuélvesela multiplicada por diez!

—¡Lo intento! —contesta McLeod.

—¡Recargando! —grita alguien.

—¡Odio el puto ejército! —berrea Williams, que se pelea con la carabina intentando desencasquillar el arma. Un instante después, los perros rabiosos lo rodean convirtiendo su chillido en un húmedo gorgoteo nauseabundo cuando dos pares de mandíbulas se cierran sobre su garganta y se la desgarran.

—¡«Padre nuestro que estás en los cielos...»! —repite McLeod con voz ronca. Las lágrimas le caen por la barba de tres días mientras acribilla a los perros rabiosos que aún siguen mordiendo la cara de su amigo muerto, y arrancándole pedazos de carne y escupiéndolos.

Cerca, el cabo Hicks cae de culo. Tiene un brazo destrozado por el que le chorrea la sangre, mientras que con el otro empuña la carabina sin dejar de disparar al tiempo que el resto de soldados intenta formar con dificultad un cuadrado defensivo con las bayonetas caladas.

Una granada se mete por la ventana de un segundo piso y explota con un destello que lanza brillantes trozos de vidrio caliente y escombros en llamas sobre la calle, seguidos por un velo errante de humo y polvo.

McLeod tropieza y choca contra Ruiz, quien se retira poco a poco a la vez que dispara a toda velocidad su escopeta M4 Super 90. El ambiente está cargado por el humo y el hedor de la infección. Conforme la humareda se posa en la calle, McLeod ve que están destrozando a Hicks y a Wheeler. Tanto él como Ruiz logran llegar al perímetro defensivo para encontrarse con que éste ya no existe. Espalda contra espalda, entre los dos crean una zona de muerte de trescientos sesenta grados para los rabis.

La ametralladora se calienta en las manos de McLeod y, de repente, se queda sin munición.

—¡Fuego de protección final! —exclama Ruiz.

De pronto, el sargento se aleja tambaleándose y deja caer la escopeta humeante. Se aferra el cuello mientras la sangre le corre por los dedos.

—¿Sargento? —lo llama McLeod sin dar crédito a sus ojos.

Ruiz es indestructible. No puede morir.

No lo han mordido. Lo ha alcanzado una bala perdida.

—¡Emmanuel! —jadea el hombre, que cae de rodillas al suelo.

—¡Hombre herido! —grita McLeod, aunque sabe que es inútil pedir ayuda.

McLeod corre hacia el sargento para ponerlo a salvo, pero el tumulto de infectados y soldados hace que caiga al suelo. Un perro rabioso tropieza con él, dejándolo sin respiración. Jadeando, ve a Ruiz, que está a gatas en el suelo tratando de levantarse, rodeado por un montón de rabis que se echan encima de él y muerden cada centímetro de su cuerpo.

—¡Sargento! —grita McLeod.

Una rodilla le golpea violentamente en la nuca. El mundo se vuelve negro a excepción de las estrellas de colores brillantes que le hace ver el rodillazo. Cuando se le aclara la vista, Ruiz yace descuartizado salvajemente: un torso sin cabeza ni brazos, aplastado y con fragmentos de vidrio incrustados.

—¡Hijos de puta! —exclama McLeod mientras llora de ira, impotente—. No teníais por qué hacerle eso. No teníais que hacerlo.

Una granada explota a poca distancia, trozos de cuerpos calcinados y destrozados vuelan alrededor de McLeod y lo empapan con sangre y desechos de carne humeante. Otra nube de humo y polvo barre la multitud. Los chillidos agudos de los moribundos se abren paso por encima del pitido que le suena en los oídos. Histérico, McLeod solloza y se arrastra entre el bosque de piernas, a través de los desperdicios y el vidrio, hasta que consigue entrar en un taxi amarillo y se acurruca en el asiento trasero en posición fetal sin dejar de temblar. El coche se balancea y se mueve como una barca en medio de una tormenta cuando los infectados pasan a su alrededor para masacrar a los chicos del tercer pelotón.

Fuera, los chillidos ascienden a un *crescendo*.

«Padre nuestro que estás en los cielos...»

El tableteo de las armas ligeras empieza a apagarse. Un perro rabioso choca contra un lado del taxi, golpeándolo con la cara y haciendo que el vidrio se agriete. El cadáver maloliente sentado en el asiento del conductor se bambolea con el impacto, la cabeza se le gira y sonrío.

«Padre nuestro que estás en los cielos...»

«Padre nuestro que estás en los cielos...»

Una última ráfaga de disparos y luego nada, a excepción del sonido de miles de pies y un aullido primitivo, casi triunfal, que sale de miles de bocas.

«Padre nuestro...»

## 73. No tenía elección

Antes eran diez. Ahora son cuatro personas —sucias, cansadas y ensangrentadas— que se dirigen hacia el norte a través de un páramo mientras que los enjambres de infectados avanzan por los callejones cubiertos de basura y las calles secundarias en una caza interminable de carne fresca.

Son los últimos integrantes de la columna principal después de que Bowman dirigiera el resto del pelotón hacia el este para distraer a los perros rabiosos.

McGraw, Mooney, Wyatt y la científica, la doctora Petrova.

Avanzan en fila india, cerca de los edificios y manteniéndose en las sombras. Con cada paso que dan, el sonido de los disparos y los gritos se alejan detrás de ellos, hasta que ven la invitadora vegetación de Central Park, que les promete un refugio.

Más de una vez se han tenido que esconder para evitar grupos de rabis. Todos iban en dirección sur, hacia el tiroteo.

Un cubo de basura metálico aparece rodando por la siguiente esquina y se detiene en el bordillo. Ratas famélicas salen del interior y huyen despavoridas en busca de refugio.

Petrova gruñe asqueada y clava las uñas en el brazo de Mooney. Se ha enfrentado a cada uno de los horrores sin vacilar, y el brazo del chico, el objetivo habitual donde descargar su histeria, está ahora lleno de arañazos y moratones.

Mooney acepta el maltrato sin quejarse. Le gusta la atractiva doctora, pero ésa sólo es una de las razones. El dolor le impide gritar de miedo y repulsión.

McGraw ha ordenado un alto de seguridad. Mordisqueándose el bigote de herradura, la mirada atenta bajo las gafas de sol tintadas, les indica a Mooney y a Wyatt que se dirijan al frente.

Mooney señala a Petrova, pero el sargento no le hace caso. No queda nadie más. La última vez que se toparon con un grupo de infectados, Carrillo, Finnegan, Ratli, Rollins, Eckhardt y Sherman se quedaron aislados y se subieron a la caja de una camioneta para aguantar la carga.

Y ahora están muertos. Están seguros de ello porque tuvieron que volver a por la radio y encontraron los cadáveres tirados, destrozados como marionetas desechadas.

Wyatt le ofrece a Mooney una de sus sonrisas ladeadas, que hacen que las gafas parezcan estar torcidas, y luego le guiña un ojo. Mooney asiente con una expresión triste pero esperanzada. De momento, se han traído suerte el uno al otro. No pueden morir ahora.

McGraw golpea el aire con el puño: «Preparados para la acción».

Mooney y Wyatt se acercan sigilosos a la esquina con las armas listas para disparar. A excepción de dos coches de policía completamente calcinados en un

puesto de control abandonado, la calle está vacía. Quizá el cubo de basura se cayó sólo. A veces pasa.

Mooney está a punto de indicar que la zona se encuentra despejada cuando ve movimiento.

Es un perro. Una manada de perros. Perros sucios y salvajes devorando el cuerpo de un niño.

—¡Eh! —grita Mooney.

Wyatt le sisea para que se calle, pero Mooney no puede soportar la visión de los perros comiéndose al niño.

—¡Largo!

Uno de los perros encorva la espalda y se acerca con las orejas pegadas a la cabeza y enseñando los dientes, gruñendo para defender su comida.

Mooney mira la bayoneta de su carabina. No tiene permiso para disparar a no ser que sea un asunto de vida o muerte. Si no es así, tiene que utilizar la bayoneta. Pero no quiere liarse a cuchilladas con una manada de perros salvajes que sólo Dios sabe qué enfermedades tendrán.

Recoge del suelo una botella de cerveza y se la lanza a los perros, que se dispersan entre gruñidos y gañidos mientras se lamen las bocas ensangrentadas.

—Tío, mira eso —dice Wyatt—. *Hajjis* a la tres en punto.

En la otra acera, cuatro adolescentes vestidos con sucias sudaderas con capucha los miran fijamente.

—¿Crees que estarán infectados? —añade Wyatt.

Mooney meneaba la cabeza dudoso. No está seguro. Levanta la mano y los saluda.

Los chicos se miran entre ellos y uno le devuelve el saludo.

—No creo que lo estén, Joel.

Los chicos empiezan a andar hacia ellos y, antes de cruzar la calle, miran hacia los dos lados, guiados por la costumbre.

Sujetan bates de béisbol. Era obvio que iban a ir armados. Sería una locura aventurarse en la calle sin algún tipo de protección. Pero Mooney no está de humor para jugársela.

—Ya estáis bastante cerca —dice Mooney, y levanta la carabina.

Los chicos se detienen en mitad de la calle e intercambian una larga y elocuente mirada ausente. Luego vuelven a mirar a los soldados. Uno de los chicos sonríe.

Y al sonreír, la saliva le corre por la barbilla. Está infectado, pero aún no se ha convertido.

Los chicos se abalanzan hacia ellos blandiendo los bates.

—¡Deteneos o juro por Dios que os dispararé! —grita Mooney.

Uno de los chicos corre torpemente hacia Wyatt y se clava la bayoneta mientras que otro lo golpea en el brazo con un bate con fuerza suficiente para hacerle soltar la

carabina y enzarzarse en un forcejeo. Por su parte, Mooney trata de acuchillar con la bayoneta a los otros dos, pero esquivan sus estocadas y se sitúan fuera de su alcance. Se detienen con las bocas abiertas y riéndose sin emitir sonido alguno.

Uno de ellos hace un quiebro a la izquierda, el otro a la derecha...

La escopeta de McGraw ruge en un estallido ensordecedor matando a uno de los dos adolescentes en el acto. Los otros dos supervivientes huyen y dejan atrás a un muerto y a un herido que intenta arrastrar su ensangrentado cuerpo a través de la calle.

—Finiquítalo rápido, Mooney —ordena McGraw—. Confirma el asunto.

—A la orden, sargento.

Si el disparo de escopeta no ha atraído a los rabis, el aullido moribundo del chico lo hará. Lo mejor es ocuparse de él rápidamente. Mooney respira hondo, levanta la carabina con la bayoneta apuntando hacia abajo y descarga un golpe en la espalda del chico.

El cuchillo atraviesa sin dificultad el cuerpo e impacta contra el pavimento con una sacudida que le sube a Mooney por los brazos hasta el cuello. Durante unos instantes, el chico se retuerce ensartado en la bayoneta como una mosca clavada en la pared. Luego se queda inmóvil, desangrándose en el asfalto.

—Ahora está muerto, sargento —confirma Mooney.

—Entonces, pongámonos en marcha —responde McGraw.

Mooney saca la bayoneta y se queda de pie junto al cadáver, exhausto. Se fija en que Petrova se lo ha quedado mirando con una mirada cargada de terror.

—No tenía otra elección —se disculpa Mooney con un hilo de voz.

—Tus ojos... —susurra ella.

Mooney parpadea. ¿Qué ve en ellos?

—¿Estás herido, soldado? —le pregunta McGraw a Wyatt.

Wyatt, que se ha metido las manos debajo las axilas y hace presión con los brazos, niega con la cabeza. Está pálido y agotado.

—Estoy bien, sargento —responde Wyatt, y con una mueca de dolor se agacha para recoger la carabina.

—¿Qué les pasa a mis ojos? —inquire Mooney.

Pero Petrova no le presta atención. La doctora mira hacia el cielo gris pálido.

Mooney sigue la mirada de la mujer y siente el cambio en el ambiente. Y entonces oye el sonido procedente del suroeste: el estruendo de los rotores. La intensidad del ruido va en aumento hasta que tres helicópteros CH-47 rugen sobre los tejados cercanos a unos doscientos cincuenta kilómetros por hora con los pilotos rojos parpadeando en la barriga.

—Contacta por radio con los Chinook y diles que ya llegamos —grita McGraw a Mooney, quien ha acarreado el SINCGAR desde la muerte de Jake Sherman—.



¡Pídeles que sobrevuelen el punto de encuentro hasta que establezcamos un nuevo contacto por radio!

Mooney empieza a transmitir y contacta con los pilotos.

—Entendido, Perro de guerra Dos-Uno. Copiado.

—Contacto establecido —informa Mooney al resto.

El grupo suelta un vítor entrecortado. El único que tiene una expresión amarga en el rostro es Wyatt, que mira con tristeza a los helicópteros que desaparecen y murmura algo para sí.

—¿Lo has visto, Joel? —pregunta Mooney—. ¡Aún podemos salir de ésta!

Ver a esos enormes pájaros surcar el cielo ha sido una de las cosas más bonitas que Mooney ha visto en su vida.

Siente que dentro de poco estará en casa de nuevo, sea donde sea que esté ahora.

## 74. La dirección opuesta

McLeod abre los ojos y sale con lentitud del asiento trasero del taxi, con la cara pegajosa por la sangre seca y un ensordecedor pitido en las orejas.

Se pone en pie y respira hondo.

El cielo da vueltas y está cargado del lejano eco de los disparos.

McLeod cae de rodillas y vomita sobre el suelo ensangrentado.

Alguien le entrega una cantimplora de la que bebe con avidez.

—¿Cómo...? —pregunta McLeod, y lanza un gemido a causa del dolor en la cabeza.

La calle se ha convertido en una escena dantesca compuesta por montones de cadáveres, trozos de cuerpos y lagos de sangre. Aquí y allí, un rabis moribundo agoniza en el suelo, con la boca y los ojos abiertos como un pez fuera del agua. Los civiles de los edificios cercanos registran a los muertos. Las mujeres lamentan la muerte de los soldados y lloran mientras examinan los cuerpos en busca de comida, manchadas de sangre hasta los codos. Los hombres recogen las carabinas y miran con nostalgia en dirección al sonido de los disparos. Todos están pálidos y tienen los ojos desorbitados y llenos de terror. Algunas personas han hecho un alto en la tarea para vomitar contra la pared.

McLeod aparta las manos que intentan ayudarlo a tenerse en pie y se tambalea hacia el lugar donde vio por última vez a Ruiz. Tiene las botas llenas de sangre caliente. No es capaz de dar con los restos del hombre, pero sabe que están ahí, enterrados entre los despojos humanos esparcidos.

—¿Sargento? —llama McLeod con voz ronca. La garganta le duele y rompe a toser.

«Un momento —se dice a sí mismo al cabo de un instante—. La gente no aprende a no meterse donde no la llaman. Ahí fuera habrá personas que intentarán detenerte. Debes estar preparado para luchar».

Se agacha para recoger una carabina y una pistola, se llena los bolsillos de munición y rebusca hasta encontrar un par de raciones de comida preparada y una cantimplora.

—¿Lo hice bien? —se pregunta en voz baja McLeod.

Se inclina hacia adelante y tose, escupiendo repetidamente.

—¿Me he comportado como usted esperaba, sargento?

Los civiles se sitúan a su alrededor cuando empieza a andar en dirección opuesta al tiroteo. Se apartan y lo tocan ligeramente cuando pasa frente a ellos. A su espalda, una mujer solloza en silencio.

McLeod se detiene el tiempo suficiente para llevarse la mano al corazón y

murmura para sí:

—*Shookran*, sargento. —Y continúa hacia adelante.

Entrará en una tienda de música y tocará todos los instrumentos. Se montará la casa en la Biblioteca Pública de Nueva York y leerá todos los libros. La vida es corta y ésta es la mejor ciudad del mundo, repleta de tesoros.

Se jura a sí mismo que a partir de ahora nadie volverá a decirle lo que tiene que hacer nunca más.

## 75. Ha llegado tan lejos por una razón

El corazón de Mooney late con fuerza cuando los Chinook bimotor se posan en Sheep Meadow, con las hélices de nueve metros de longitud hendiendo sin piedad el aire fresco durante su descenso y levantando remolinos de polvo y briznas de césped que se alejan por el prado.

Cada una de estas máquinas de doce toneladas de peso mide un poco más de treinta metros y puede transportar hasta cincuenta soldados. Hoy, sólo llevarán a cuatro nuevos pasajeros.

La doctora Petrova llora a su lado.

—Nosotros jugábamos aquí —dice la mujer, señalando con un gesto débil el prado—. Todos nosotros.

Mooney apenas puede oírla. El ruido es ensordecedor.

—Ése era mi rincón, bajo el árbol —añade la científica.

Las rampas de carga en la parte trasera del fuselaje de los aparatos se abren y varios equipos de las fuerzas especiales se despliegan para establecer un perímetro de seguridad. Algunos de los hombres empiezan a disparar a objetivos lejanos, abatiendo así a los primeros rabis atraídos por el seco rugido de los rotores.

Uno de los soldados les hace señas.

—Ésa es nuestra señal —grita McGraw—. ¡En marcha!

La fuerza del viento es increíble, les da tirones en la ropa y los hace toser a causa de las nubes de polvo. Mooney le coge la mano a Petrova para ayudarla a mantener el equilibrio mientras avanzan, mitad al trote, mitad a trompicones, hacia la seguridad.

—Ya casi lo hemos logrado —le dice Mooney a la doctora, sin creerse que está a punto de salir bien librado de la situación.

La mujer está pálida y débil y murmura para sí.

—Éste era su hogar —dice Petrova.

—¿El hogar de quién? —pregunta Mooney—. ¡No se pare, señora!

—Comimos helado el verano pasado.

Un par de soldados bajan del helicóptero y se acercan a la científica corriendo, la cogen por los brazos y la ayudan a entrar en el aparato. Mooney los sigue, pero se da cuenta de que McGraw y Wyatt se han quedado a los pies de la rampa.

—Yo no voy a ir con vosotros, chicos —dice el sargento.

—¿Cómo?

—¡Me quedo aquí!

Mooney se lo queda mirando, impotente. ¿O el hombre se ha vuelto loco y quiere que lo maten o, por el contrario, es estúpidamente leal y prefiere correr un riesgo increíble para volver junto al capitán? ¿Acaso espera que Mooney se quede también

con él?

«No es justo», piensa Mooney.

—¡Dejo el ejército! —declara McGraw.

Wyatt se ríe en el viento arremolinado.

—Ésta era mi última misión —explica el sargento—. Se acabó. Voy a esconderme hasta que esto termine. Y entonces trataré de ir a casa, con mi chica. Buena suerte, muchachos. Quiero que sepáis que estoy orgulloso de vosotros.

—Gracias, sargento —contesta Mooney con un nudo en la garganta.

—Buena suerte, sargento —se despide Wyatt.

—Tengo suerte de sobra —responde McGraw, y les guiña un ojo.

El sargento levanta la mano en un saludo rápido y luego desaparece, corriendo a paso ligero por delante de los equipos de fuerzas especiales como si el mundo comenzara, en lugar de terminarse.

—Yo también me quedo, Mooney —dice Wyatt.

—¿Qué? ¿Tú también lo dejas?

—¡Qué va! —responde Wyatt. Se suena la nariz con los dedos y entonces añade con acritud—: Uno de esos retrasados pajilleros me mordió en el sobaco. El que estaba infectado.

—Por Dios, Joel —exclama Mooney, demasiado aturdido como para dar crédito a lo que acaba de escuchar.

—Anda que no duele. Ya noto a esos pequeños hijos de puta en mi cerebro. Supongo que me iré a cualquier parte y me comeré el resto de las barritas de chocolate. Quizá vaya a nadar en el estanque que hay ahí atrás. O quizá robe un banco. ¿Quién sabe? Pueden pasar tantas cosas en las pocas horas previas a que me convierta en un zombie...

La voz de Mooney se quiebra.

—Pero ¿qué cojones se supone que voy a hacer sin ti?

Wyatt lo premia con una de sus risas ladeadas.

—Te las apañarás solo, jefe. Pero yo... Yo me tendré que buscar un nuevo compinche.

—¿Venís u os quedáis? Elegid. Tenemos compañía —informa uno de los miembros de las fuerzas especiales desde lo alto de la rampa.

—Nos vemos, Joel —se despide Mooney, que extiende la mano.

Wyatt no le hace caso y se aleja torpemente en medio del viento huracanado. Sonríe y a modo de despedida levanta el dedo medio.

—¡Enemigos!

Varios soldados bajan por la rampa y empiezan a disparar sobre la horda de perros rabiosos que salen de entre los árboles y suben a la bodega de otro de los Chinook que han aterrizado en el prado, superando en el enfrentamiento a los guardias

apostados. Los cuerpos caen abatidos sobre el césped mientras que otros desaparecen en el interior del gigantesco helicóptero, que despegaba de repente.

Uno de los soldados agarra a Mooney y lo empuja sin contemplaciones al interior del aparato, donde cae al suelo gritando presa del pánico. Se arrastra para llegar hasta el asiento junto a Petrova, que chilla por el tiroteo y se cubre la cara con las manos.

—Basta ya de muertes —ruega la doctora.

Un suboficial cruza corriendo el pasillo hasta los pilotos y les ordena a gritos que pongan a volar el pájaro de inmediato.

—Todo irá bien, doctora Petrova —la anima Mooney—. Ha llegado tan lejos por una razón. Ha tenido un montón de ocasiones de morir, pero no lo ha hecho. No puede morir ahora.

El helicóptero despegaba de manera brusca y se eleva a una velocidad de ocho metros por segundo. La gravedad les succiona el estómago y los dedos de los pies.

Un médico de las fuerzas especiales se acerca con dificultad por el pasillo hasta llegar junto a Petrova y empieza a hacerle preguntas a gritos: «¿La han mordido?». «¿Tiene cualquier otro tipo de herida?» «¿Tiene otros problemas médicos que puedan afectar a su salud?» «¿Quiere agua?»

Mirando al otro lado, Mooney cambia de frecuencias en la radio de combate en busca de las transmisiones de la compañía Charlie. El aire entra por la cabina, con lo que le resulta difícil oír. Entonces se le destapan los oídos y las voces suenan tan claras como el tañido de una campana.

—Nuestro transporte está ahí arriba...

—No podemos...

—¡Hombre herido!

—¿Los helicópteros pueden proporcionarnos cobertura?

—Si alguien tiene una ametralladora, necesitamos...

A pesar de que las voces describen una batalla que se está perdiendo, le proporcionan un extraño consuelo. Aún están vivos ahí abajo, y mientras vivan, hay esperanza.

—Tenemos enemigos...

—No iría mal un apoyo de fuego a la izquierda...

—Establezcan una base de fuego...

—Entonces retírense con los otros equipos de asalto.

—¡Despejen la red, idiotas!

Mooney se fija en que los tíos de las fuerzas especiales miran con atención a través de las ventanas de uno de los lados del helicóptero y maldicen entre dientes. Mooney se da la vuelta sentado en su asiento y ve que el Chinook en el que entraron los rabis vuela de manera errática, con la cola balanceándose adelante y atrás y la rampa de carga aún bajada, por la que caen cuerpos hasta el suelo situado a decenas

de metros de distancia.

—Vamos, vamos —alienta uno de los soldados—. Mantened el control.

Mooney sabe cómo se sienten. Sus amigos están muriendo a bordo del otro helicóptero y no hay nada que puedan hacer al respecto.

El aparato ruge hacia el oeste, virando en dirección a la majestuosa construcción —similar a un castillo— que forman las torres San Remo con los otros helicópteros siguiéndolo a una distancia prudencial. Los hombres aguantan la respiración mientras esperan ver cómo se estrella el aparato y desaparece en una bola de fuego en el interior de una de las torres, pero el helicóptero logra retroceder dando bandazos al tiempo que trata de estabilizarse. Sin embargo, aún está demasiado cerca. Las hélices se rompen de repente al impactar contra el lateral del edificio, y las violentas tensiones que sufre el helicóptero parten al Chinook en dos en medio de un estadillo de fuego y humo. Los dos trozos caen a plomo contra el suelo, donde impactan haciéndose añicos.

Pero a pesar de que Mooney no puede apartar la vista, sólo se fija a medias en el drama.

En la radio, las voces continúan chillando.

## 76. Una empresa irrealizable

El segundo pelotón se detiene para disparar, como puede, una descarga cerrada sobre los perros rabiosos que lo persiguen. Luego, los soldados echan a correr de nuevo, dejando atrás un rastro de cintas de munición, casquillos usados y cadáveres de rabis.

Bowman se demora un poco más para proporcionar fuego de cobertura. Sabe que dentro de poco tendrá que hacer que sus agotados soldados descansen. Varios miembros del pelotón comienzan a quedarse rezagados y todos disparan sin apuntar. Por su parte, los rabis no dan la impresión de cansarse. Muchos infectados se paran de golpe y caen en redondo cuando el corazón les explota dentro del cuerpo a causa del cansancio extremo, pero el resto sigue avanzando. Ésos son los más fuertes y los que están en mejor forma, y siempre hay más para reemplazar a los que caen, según parece.

«Lo mismo se podría decir de nosotros —piensa Bowman—. Sólo que cuando nosotros caemos, nadie nos reemplaza. No queda nadie más. Estos hombres son los mejores, pero también son los últimos».

El capitán lanza una granada hacia la horda y se pone a correr de nuevo, sacudido por la explosión que espera que les conceda unos segundos más.

El objetivo era llegar al punto de encuentro en Sheep Meadow, pero el soldado de primera Mooney les comunicó por radio que los pájaros habían despegado y que la doctora Valeriya Petrova se encontraba a salvo a bordo de los Chinook.

La misión ha concluido. Era compleja y extremadamente peligrosa, pero la han llevado a cabo con un éxito parcial. Ahora tienen una nueva misión, más simple, pero el desafío es mayor: permanecer con vida.

Seis manzanas por delante, el avance de la tropa de Vaughan se vio detenido en Columbus Circle, una amplia rotonda en el extremo suroeste de Central Park, donde situaron una posición defensiva en el centro de la plaza, alrededor de la estatua de Cristóbal Colón. A duras penas resisten y Vaughan pide refuerzos a gritos. El capitán Bowman está conduciendo al segundo pelotón hacia esa posición. Todos los demás han muerto. No queda nadie más. Entre los efectivos de Vaughan y los suyos, quizá les queden setenta fusileros.

Vaughan eligió bien el lugar donde resistir. Al ser la confluencia entre la calle Cincuenta y nueve y las avenidas Broadway, Central Park West y la Octava Avenida, Columbus Circle se mantuvo despejada del tráfico civil y no hay vehículos alrededor, con lo que tienen unas buenas líneas de disparo en un lugar apropiado para el exterminio. Las dos unidades por sí solas disponen de muy pocas armas y están prácticamente rodeadas; necesitan reagruparse y concentrar su potencia de fuego.

Después de eso, o los rabis o ellos. Un clásico duelo bajo el sol.



La única otra opción que hay es dispersar a la tropa. Que cada uno se cuele en uno de los edificios cercanos, encuentre un lugar seguro donde esconderse y rece para que los rabis no vayan a buscarlo. Pero luego ¿qué? Sólo los suboficiales disponen de radio. Todos se encontrarían desperdigados, con poca comida y agua y a solas en edificios que lo más seguro es que estén repletos de rabis. Como se suele decir, salir de las brasas para caer en el fuego.

Su única esperanza para sobrevivir es que, de alguna manera, consiga llevar a la tropa a un lugar seguro o derrotar a los perros rabiosos en la plaza. Ahora.

Por delante, los chicos aflojan el ritmo de carrera.

—Problemas al frente —informa Lewis por la radio.

Bowman corre más deprisa para llegar a la vanguardia de la columna, desde donde Lewis y Kemper observan otro enorme ejército de rabis bloqueando el paso.

Un desfile macabro de perros rabiosos que avanzan con trote saltarán en una columna irregular: altos y bajos, delgados y gruesos, desnudos y vestidos, calvos y peludos, negros, blancos y amarillos, todos ellos desembocan en la calle y se dirigen hacia el norte por la Octava Avenida hacia el sonido de las armas de Vaughan. Es extraño, pero casi parece que están contentos.

Mientras tanto, la situación del segundo pelotón se complica. Una enorme multitud les cierra el paso por el frente y otra los persigue por la retaguardia. Bowman tiene pocos segundos para tomar una decisión.

La última regla de un buen comandante: un líder debe hacer lo que deba hacerse.

—¿Quién lleva los M203? —pregunta el capitán.

Los chicos que llevan el lanzagranadas acoplado a la carabina se adelantan mientras que Martin y Trueno sitúan la ametralladora M240 apuntando contra los perseguidores, para así ganar un poco más de tiempo. El tableteo entrecortado y breve de la calibre treinta llena el aire.

—Cargad fósforo blanco —ordena Bowman.

Los chicos obedecen y cargan los lanzagranadas con granadas de fósforo blanco. La sustancia arde rápido y produce una nube de humo en un abrir y cerrar de ojos, cosa que las convierte en buenas granadas de humo. Pero también consume con ferocidad cualquier cosa combustible, y el único modo de detener la combustión es sofocando el fuego.

Así pues, es una de las armas antipersonales más polémicas que existen, pero resulta ideal para el propósito del capitán. Las granadas en sí matarán y mutilarán a muchos perros rabiosos, pero además producirán tanto humo que el pelotón tendrá la oportunidad de abrirse paso hasta la plaza mientras que el enemigo está confundido y parcialmente ciego.

—Muy bien, señor —responde Kemper, que asiente e imparte sus propias órdenes a continuación.

Los chicos se apartan del grupo, unos se dirigen al frente y otros hacia atrás.

Disparan.

Las granadas trazan un arco alto en el cielo y caen en medio de la columna de rabis que doblan la esquina hacia la derecha para entrar en la Octava Avenida. Los proyectiles de fósforo blanco estallan y arden con furia entre los perros rabiosos apretujados; muchos de ellos se ven envueltos en llamas y se convierten en aullantes antorchas humanas mientras que otros están cegados por las nubes de humo.

—¡Corred, corred, corred! —ruge Kemper.

—¡Si pasamos a través de los rabis, llegamos a la plaza! —promete Bowman.

—¡*Hooah!* —aúllan los chicos, que cargan con las bayonetas caladas y disparan mientras corren, abatiendo docenas de perros rabiosos.

—¡Vamos a cruzar, Vaughan! —grita Bowman por el auricular.

—Recibido. Corto.

Abriendo una brecha a sangre y fuego, los soldados cruzan la intersección y corren la última manzana a toda velocidad. Respiran con dificultad, pero al fin son capaces de ver a Vaughan y su fuerza en formación defensiva de cuadrado.

—¡*Hooah!* —vociferan los chicos de Vaughan a modo de saludo; algunos dejan de disparar y se apartan para abrirles un hueco, al tiempo que levantan en alto las gorras y las armas cuando las tropas del segundo pelotón se unen a ellos.

—Tíos, anda que no estamos contentos de veros —dice Bailey, que se detiene y tose escupiendo una enorme flema al suelo—. ¿Dónde queréis mi ametralladora?

Bowman se acerca al teniente Vaughan, quien observa con el ceño fruncido y la mejilla hinchada por el tabaco de mascar. Los hombres se saludan y se dan la mano efusivamente.

—Vaughan, éste es su tinglado. ¿Dónde nos situamos?

—Estamos rodeados casi por completo, así que... escoja usted mismo, señor —responde el teniente tras encogerse de hombros.

Bowman asiente y enarca una ceja.

—¿Mike? —pregunta el capitán a Kemper.

—Si podéis aguantar los otros lados, nos pondremos en el este y entraremos en juego —dice Kemper—. Los hombres están cansados de correr, pero desean patearles el culo a los rabis.

—Entendido, sargento primero —responde Vaughan, y cada uno se va por su lado para impartir las órdenes y situar a sus escuadras.

Bowman admira muchísimo al teniente Vaughan. Conseguir que su unidad se escabullera de la tumba que les cavó Knight sólo se puede calificar de increíble. Los otros tenientes —también recién ascendidos— lo nombraron su líder cuando se unificó el mando. Replegándose por secciones hacia el este, Vaughan encontró un edificio por el que escabullirse. A medida que cada unidad se retiraba del frente, iban

entrando en el edificio y lo atravesaban saliendo por el otro lado y reuniéndose en una calle vacía, a una manzana de distancia del peligro. Incluso la última escuadra consiguió retirarse sin sufrir bajas. Eso ocurrió antes de que prácticamente todas las calles de la zona estuvieran repletas de perros rabiosos.

El único que murió fue Knight, que dio su vida a cambio de la de sus hombres. O así lo explica Vaughan. En combate pueden ocurrir todo tipo de cosas. Pon a un grupo de chicos armados hasta los dientes en una situación extrema en la que se encuentran desesperados para seguir con vida y ocurrirán todo tipo de cosas. Bowman lo sabe. Lo sabe demasiado bien.

Los soldados ocupan sus posiciones con rapidez, la formación cambia y crece cuando el segundo pelotón se sitúa en el lado este del cuadrado, con la ametralladora del calibre treinta de la escuadra de apoyo en la esquina nordeste del mismo y dos ametralladoras de mano en el sureste. Los perros rabiosos no dejan de avanzar, llegando en oleadas. El cuadrado se ilumina con los fogonazo de los cañones, que expulsan nubes de humo que se elevan en el aire.

—¡Recargando!

—¡Granada!

Varios soldados se apartan a todo correr para evitar el fogonazo trasero de un AT4.

—¡A cubierto!

Lewis camina por detrás de su escuadra, observando cómo disparan y haciendo sugerencias a los chicos. No muy lejos, Kemper grita:

—¡No gastéis munición! ¡Un rabis, una bala! ¡Disparad al pecho! ¡Abatidlo y al siguiente! ¡Que cada bala cuente!

«Hasta aquí hemos llegado —se dice Bowman—. El Álamo. La batalla final. Podemos lograrlo».

—¡Recargando!

Los perros rabiosos salen de la vaharada de humo chapoteando con los pies en los apocalípticos ríos de sangre, las extremidades retorcidas, los ojos ardiéndoles con odio y la boca contorsionada de dolor e ira.

Una marea sin fin de rostros grises.

Los chicos abren fuego sin piedad sobre los cuerpos desprotegidos, conscientes de que luchan una guerra de exterminio.

Los casquillos vacíos vuelan por los aires, repican contra el hormigón y se alejan rodando para acumularse en montones a los pies de la formación. Las balas trazadoras atraviesan las nubes de humo. Las granadas explotan en bolas de fuego y en columnas de humo, lanzando con violencia cuerpos rotos y desgarrados contra el suelo. Un misil antitanque explota con un estallido cegador y, durante unos segundos, barre toda cosa viva en el cuadrante sureste de la plaza, dejando tras de sí una niebla

densa.

La última batalla.

«Podemos lograrlo...»

Ése es el mantra de Bowman. Su oración.

En cuestión de minutos, no obstante, la batalla se vuelve en su contra.

Uno a uno, los chicos bajan las armas e informan de que se han quedado sin balas.

La intensidad del fuego empieza a decaer. Los lanzadores de misiles antitanque se tiran al suelo cuando se ha disparado el último proyectil. Las granadas empiezan a agotarse. Los cargadores pasan de mano en mano. Algunos chicos mascullan maldiciones mientras forcejean con las armas encasquilladas. Otros se ponen de pie, estoicos, y sostienen la carabina preparada para el combate con bayoneta mientras esperan el final. Muchos miran con la cara pálida al capitán en busca de una respuesta, cualquier respuesta que no sea la muerte. Tienen miedo a morir.

—Tal y como dijo Steve... —anuncia Bowman—. No hay balas suficientes.

El capitán apoya la carabina contra el pedestal de la estatua y expulsa todo el aire de los pulmones.

—Esto va a doler mucho —murmura Bowman, temblando un poco a su pesar. Desenfunda las dos pistolas de 9 mm y, con una en cada mano, espera el final.

Bowman se da cuenta de que se está fijando en los pequeños detalles: las ventanas rotas que hay en uno de los edificios al otro lado de la calle. Rostros blanquecinos que los miran desde arriba. Las trémulas hojas de los esmirriados árboles hacia el nordeste, donde se levanta el enorme monumento al *USS Maine*, que honra a LOS VALIENTES MARINEROS QUE PERECIERON EN EL MAINE, POR EL DESTINO INESPERADO, SIN MIEDO ANTE LA MUERTE. El tiempo se dilata, los minutos parecen convertirse en horas.

Los perros rabiosos siguen muriendo como moscas, pero ahora están más cerca, abriéndose paso entre la niebla, esperando pacientemente a que llegue su momento.

—¡Teniente Vaughan! —grita Bowman.

—¿Señor?

—¿Ve ese edificio al oeste de nuestra posición? ¿El Time Warner Center?

—Sí, señor.

—Será nuestro punto de reunión. Tal vez alguno de nosotros pueda llegar allí. Haga correr la voz.

—Sí, señor.

Kemper y Lewis se acercan al capitán, que les explica el plan. El edificio da la impresión de estar muy cerca. Sólo hay que cruzar la calle.

—Puedo llevar a los chicos hasta allí —dice Lewis con fuego en los ojos—. Sé que puedo hacerlo.

—Entonces, ocúpese de sus hombres, sargento.

Kemper enciende uno de sus cigarrillos de olor nauseabundo y suspira.

—Es el último que me queda —explica Kemper.

Bowman observa el muro de perros rabiosos que se acerca al perímetro centímetro a centímetro a medida que el número de disparos empieza a menguar y espera a que Vaughan le informe de que los chicos están preparados para cargar. El capitán apoya la espalda en la fría piedra de la estatua y respira hondo, deseando que el corazón le latiera más despacio.

Sabe que es una empresa irrealizable. Pueden cargar y cruzar la calle. Algunos sobrevivirán, pero no todos ellos. Quizá ni siquiera unos cuantos.

Días antes, Bowman se condenó para salvar a sus hombres, y luego ha sacrificado sus vidas para cumplir esta misión. La misión lo es todo, sin embargo, una misión tan noble como ésta —rescatar a una científica que podría salvar el mundo— no le parece que valga el precio tan alto que se ha pagado. Cuando los chicos mueran, jamás habrá nadie como ellos.

Así que se lanzarán a la carga y terminarán.

Una empresa irrealizable, sí. Pero aunque sobreviva un solo hombre, habrá valido la pena.

—¿Qué es lo que hice mal, Mike? —pregunta Bowman.

—Esto sigue sin tener nada que ver con usted, señor.

Bowman sonrío de oreja a oreja y luego rompe a reír.

—No se puede ganar siempre, Mike.

—Menudo marrón, señor.

—Los hombres están preparados —informa Vaughan.

Bowman le dice al teniente que dé la orden y lidere la carga de los soldados.

En cuanto a él, Bowman ha decidido que se quedará un rato más. No quiere seguir corriendo. ¿Y si lo hiciera y sobreviviera? ¿Adónde iría? ¿Y qué haría? ¿Cómo sobreviviría? ¿Cuál sería el mañana?

«Es mejor morir luchando, de pie como un hombre, por un país al que se ama... antes de que desaparezca para siempre».

—Señor, estoy orgulloso... —le dice Kemper.

## 77. ¿Quién heredará la Tierra?

Petrova mira por la ventana y se despide de su hogar y de todos los fragmentos de sí misma que deja atrás.

Después de mantener el helicóptero estacionario en el aire cerca de la base de las torres San Remo en busca de supervivientes, los Chinook remontan el vuelo y se dirigen hacia el suroeste, proporcionando así una vista de pájaro sobre Columbus Circle.

—¡Oh! —exclama Petrova, inspirando profundamente y tocándose el pecho al sentir que el corazón le golpea contra las costillas.

Es ahí abajo donde la moribunda compañía del capitán Bowman, dispuesta en un cuadrado irregular —a duras penas visible a causa del humo—, ha preparado su última defensa.

Petrova solloza al ver lo que ellos no pueden ver: legiones interminables de infectados que desembocan en la plaza, taponan las calles colindantes y levantan nubes de polvo al marchar por la ciudad.

No hay esperanza.

De pronto, el cuadrado empieza a moverse y los soldados corren en dirección al Time Warner Center, cruzando una corta distancia antes de perderse lentamente en medio de las oleadas de humo y los infectados. Algunos de los soldados rompen la formación y echan a correr en cualquier dirección, y forcejean cuando los cogen y los hacen trizas. Un instante después, es imposible diferenciar entre quién es un soldado y quién un infectado.

Una última ráfaga destella en la niebla. Una columna de humo se eleva al explotar una granada de mano. Un estallido cegador, fuego y polvo. Y luego, nada.

Los infectados llenan la plaza, vagan sin rumbo, como si los soldados nunca hubieran existido. De hecho, los perros rabiosos ya se habrán olvidado de ellos.

Petrova llora por los chicos. Lágrimas calientes surcan sus mejillas.

Los Ochos Locos, los llamaban.

«Yo os recordaré —jura Petrova—. Os lo voy a pagar».

—Oh, Dios —solloza Mooney, angustiado.

Con sólo veinte años, Mooney da la impresión de ser un hombre viejo y roto. En una sola mañana todos sus amigos han muerto, y lo más probable es que nunca se haya sentido tan solo. Al verlo de ese modo, Petrova recuerda que ella estuvo hecha un ovillo debajo la mesa de la sala de seguridad del instituto Bradley deseando ser otra persona; otra persona que no tuviera tanto miedo ni tanto dolor. Ahora le toca a ella ofrecer consuelo. Toma la mano del chico entre las suyas y los dos comparten lágrimas por la muerte de sus compañeros.

Conforme el helicóptero sigue elevándose en el frío cielo gris, puede ver más y más muchedumbres oscuras que circulan por las arterias de la ciudad. Nueva York pertenece ahora a los dementes, a los locos, a los infectados. Morirán como moscas en los días venideros y la ciudad se convertirá en un cementerio, dejando una pesadilla de enfermedad y hambruna para los supervivientes. La civilización retrocederá, al igual que el virus, y los supervivientes siempre temerán que vuelva. Prácticamente, sus descendientes adorarán al virus y su poder.

Petrova se seca la cara y se da la vuelta en el asiento sin dejar de asir la mano de Mooney, pero emocionalmente centrada en sí misma para intentar seguir siendo fuerte, para continuar luchando en esta guerra. De pronto se da cuenta de que los miembros de las fuerzas especiales, sujetos a sus asientos por los cinturones de seguridad, la miran con dureza y esperanza mientras se preguntan si ella, y lo que ella representa, valen la vida de sus amigos.

Lo que puede prometerles, al igual que les promete de todo corazón a los chicos caídos de la 8ª Brigada en este mismo instante, es que ella acabará con el virus. Habrá otros virus, otras plagas, pero la cepa del Perro Rabioso no va a regresar para amenazar con la extinción. Cuando haya acabado con el virus, la humanidad podrá volver a ocupar su legítimo sitio en la Tierra.

También honrará a los soldados con su recuerdo. Integridad, valor, lealtad. Hace unas semanas, éstos y los otros valores del ejército le parecían efectistas, incluso melodramáticos, pero en el futuro de América dichas cualidades serán escasas, lo sabe. No les resultará fácil a las próximas generaciones, moldeadas por la plaga, reemplazar a tales hombres del pasado.

Petrova cree, de todo corazón, que la humanidad sobrevivirá a este apocalipsis. Pero con hombres como el capitán Todd Bowman muertos y olvidados, ¿quién heredará la Tierra?

# Agradecimientos

Mucha gente me ha ayudado a hacer posible este libro, pero debo un reconocimiento especial a dos personas: Anthony McCurdy, amigo y veterano de la 101ª división aerotransportada (Asalto aéreo) y a Chris DiLouie, mi hermano, compañero de escritura y editor siempre dispuesto.